

GONZALO RODRÍGUEZ CALDERÓN



CABEZA DE MAÍZ

TERCERA EDICIÓN

(CON ENMIENDAS Y ADITAMENTOS)

2020



Gonzalo Rodríguez Calderón

chalinorod@hotmail.com

Zaruma. 2020

Calle 9 de Octubre 059

Teléfono: 07 2972 106

Contenido

EXPRESIONES PREVIAS	7
PRÓLOGO	9
PRIMERA PARTE.....	12
LA VILLA DEL CERRO DE ORO.....	13
LA VACA QUE CAYÓ DEL CIELO.....	16
LA DAMA MISTERIOSA	18
LOS TIRAPIEDRAS.....	20
RICARDO OSO	22
EL AHORCADO.....	24
UNA ZAPATERÍA SINGULAR.....	26
LAS SERENATAS.....	28
EL SEÑOR DE ROMA.....	30
GOTAS DE CIELO.....	34
EL DIABLO EN LA CALDERONA.....	37
LA REINA DE LA SIMPATÍA.....	39
EL MAL Y EL BIEN	41
EL TREN.....	44
MOLLOCO VS TIGRILLO.....	46
LA CURA DIFUNTO	48
EL ARROZ MOTE.....	50
LA TACONA.....	52
EL HOJALATERO DEL BARRIO.....	54
EL GAGON	55
LOS AJÍES DE ORO	57
LLEGABAN LOS GRINGOS.....	59
EL GALLO DE DON JACINTO	61
PININOS TREBOLIANOS	63
LAS CORRIDAS DE GUIZHAGUIÑA	66
DON CARLOS Y SUS INGENIOSIDADES	70
LA CAMILLA MISTERIOSA	72
LA BRUJA MONTE	74
MULAS PARA LA TROPA	76

LAS BRUJAS	78
EL DIA EN QUE LAS MINAS SE TIÑERON DE SANGRE.....	80
EL ARRIERO MISTERIOSO.....	83
LEVANTANDO EL ÁNIMO.....	85
JUVENTUD DIVINA TESORO.....	89
CUANDO LOS ZARUMEÑOS SE “ROBARON” LA IMAGEN DE LA VIRGEN DE EL CISNE	91
PERFILES DIABOLICOS.....	93
DE ZARUMA AL CERRO DE ARCOS.....	95
HECHOS DE SANGRE EN UNA EFÍMERA PROVINCIA.....	97
DOMINGO DE RAMOS	100
GARCIA MORENO BAILO EN ZARUMA.....	103
EL CURA SIN CABEZA ES UNIVERSAL	106
AÑOS DE INOCENCIA	109
HECHICERIAS	113
UN MILAGRO DE LA GUERRA	117
POSESIÓN DEMONÍACA.....	119
PELEA DE PERROS	120
EL TREN.....	122
LA RETRETA	124
DIOSES Y SERES MITOLÓGICOS EN EL POEMA DE VIRGILIO LA “ENEIDA”	126
EL TEATRO “MAESJI”	130
VISIONES TENEBROSAS EN LA CORDILLERA ORIENTAL	133
EL FAMOSO BANDOLERO NAÚN BRIONES EN ZARUMA	136
LA MUJER BURLADA	141
EL PISACA	144
SAN FRANCISCO Y SU IGLESIA	146
DON GUILLERMO: DE LOS CUATRO RÍOS AL CERRO DE ORO.....	148
COCES, ESTOCADAS Y HAMBRUNAS	152
EL DIABLO CON ESPUELAS	155
LA MULA DE SIETE CABEZAS.....	157
LA PRIMERA PISCINA	159
EN PRINCIPE EMBRIAGADO.....	161
UN CHASO FAMOSO	163

REALIDADES Y LEYENDAS DE LOURDES	166
SEGUNDA	168
EL BAUTIZO	169
UNA AVENTURA EN LA NOCHE	172
EL ESPIRITU QUE SEÑALÓ LAS CUENTAS	175
LOS PERUANOS HUYEN UNA VEZ MÁS	178
DÓNDE ESTA ANGEL IÑIGUEZ.....	179
EL FOGÓN	181
EL BURRO, YO Y ALGUIEN MÁS	183
MOLIENDA	189
HA MUERTO MI ABUELO ELOY ROGELIO	191
HISTORIA DE CANDIDO	193
LAS FIESTAS	196
ANÉCDOTA TREBOLINA	198
ROBO VALIOSO EN LA IGLESIA MATRIZ	199
EL BAÑO SEMANAL	201
LAS VISITAS	203
LAS LUMINARIAS	205
AL COMPAS DEL RECUERDO: CORAZON Y ESPIRITU DE UN PUEBLO	208
EL INDIO MOROCHO	210
EL DUENDE Y EL AVE	213
MUCHA PENA TE ESTÁ DANDO	214
LAS PROMESAS	216
LA BAJADA DE LOS PANTALONES.....	219
CORPUS CRISTY	221
EL ATAUD MISTERIOSO.....	224
LA RIQUEZA DEL SESMO Y LA HONRADEZ DE UN HOMBRE	226
LA FERIA	227
LAS CHAMIZAS EN LA FIESTA DE SAN ANTONIO	230
LOS ALTARES	232
DOS CASOS: EL PERRO OMNIPOTENTE Y EL CABALLO MISTERIOSO.....	234
CRÓNICA PARA CREYENTES.....	236
VIOLENTOS CELOS OCASIONAN UN FRATRICIDIO	238

EL BAILE DE LA CUADRILLA	241
INFORTUINO DE UN GRAN CABALLERO	243
EL ROBO DE LAS BARRAS DE ORO DE LA COMPAÑÍA MINERA SOUTH AMERICAN DEVELOPMENT COMPANY	247
EL MATRIMONIO EN EL PASADO.....	252
SINGULAR SERENATA	255
LAS TRAVESURAS DE UN OSO	256
DINERO A SUS ORDENES, ESPERO PROMESA.....	257
HASTA AQUÍ LLEGAMOS.....	262

EXPRESIONES PREVIAS

En la segunda década del siglo XX, concretamente en 1917, en la imprenta de la Universidad de Cuenca se edita “La Leyenda de Hernán” del insigne escritor morlaco Remigio Crespo Toral, obra muy importante, que en su tiempo y espacio en que los eruditos del idioma y los críticos literarios eran muy severos y ponían “los puntos sobre las íes”, trátase de quien sea, fue aplaudida.

“La Leyenda de Hernán” según una revista literaria de época, había permanecido oculta por quince años entre los manuscritos del autor, y en aquel 1917, en las solemnidades de la apoteosis, urgido por el ruego y la insistencia, permite la edición del libro –peldaño de los más sólidos en su ascensión gloriosa-. Así empieza el análisis de la obra realizada por otro grande de las letras de entonces, Víctor Manuel Albornoz”. En este análisis concienzudo hay unos párrafos muy elocuentes, de los que me apodero, para afianzar la presentación de esta nueva edición de “Cabeza de Maíz”.

“¿Acaso en la vida no se copió toda la historia de adversidad y desesperanzas o de mieles y alegrías? En el sobresaltado despertar de las mañanas de estío o en el cárdeno transmontar del sol en las tardes de invierno, el hombre va leyendo el libro de armoniosas verdades y fantasías o de las turbias realidades o amargas ironías”.

“Asomarse a las ventanas del alma, sentir el correr de las horas, oír al pájaro y a la fuente, hablar con el cielo y con la tierra, comprender el desborde y la alegría de todos los romeros del camino, son eventos que llegan al corazón”.

Pretendo pues, ubicarme en estos espacios o escenarios para justificar el susurro de las leyendas o el trajín de tradiciones y anécdotas de mi querida Zaruma que desde las páginas de “Cabeza de Maíz” saldrán en volátil recorrido para posarse en cofres de recuerdos o añoranzas.

Que nadie engendre la idea que al haberme referido a Remigio Crespo Toral y a su crítico Víctor Manuel Albornoz, pretendo compararme con ellos no, estos personajes son cumbres radiantes y yo no he ascendido a esas alturas.

“Cabeza de Maíz” circuló por primera vez en 1992, con respaldo de la Casa de la Cultura “Benjamín Carrión” de Zaruma, entidad que entonces presidía. El I. Municipio de la Sultana de El Oro en el año 2010 dispuso la segunda edición, circularon unos pocos ejemplares, pues fue necesario suspender la distribución por errores muy notables en el levantamiento de textos, lo que puso en mal predicamento al autor y a la entidad oficial auspiciadora. En esta ocasión , por reiterados pedidos de maestros de planteles educacionales, zarumeños residentes en otros lares dentro y fuera del país, gente estudiosa interesada en esta tierra, etc., entra en el escenario la tercera edición, pero alimentada con más leyendas, anécdotas y tradiciones, que luego de devorar calendarios asoman para dar una mayor sustentación a nuestra identidad; se deslindan ellas de sus fuentes primigenias fecundas, para retroactivamente trasladarnos a un Zaruma añejo, romántico, de faroles con llamas danzarinas, de calles empedradas y zaguanes centenarios, morada preferida de duendes y para conducirnos también a las campiñas que en sus frondas

encierran misterios, todo esto, sin descuidar hechos rubricadores de la magnífica y real historia de la Villa de San Antonio.

La corona española acumulaba casi todos los privilegios, dejando a sus colonias con demasiadas necesidades. En Zaruma buscaban el oro para engordar las arcas reales, poco quedaba para el pueblo. Cuando empezaron los movimientos independentistas en la Audiencia de Quito, la Villa de San Antonio sintió la necesidad de gritar a los cuatro vientos su libertad y fue el 26 de Noviembre de 1820 que alcanzó su anhelo, pues los zarumeños estaban convencidos que la libertad nunca es dada por el opresor, debe ser demandada por el oprimido, como la manifestara muchos años después Marthin Luther King Jr.

Entonces la asonada libertaria incruenta, voló con su voz por los recovecos cordilleranos, por sus caminos que suben y bajan, por las minas desgarradas, por los intersticios de las celosías, y, especialmente por los torrentes sanguíneos de su gente. Las autoridades peninsulares de Loja, pues Zaruma a ella pertenecía, recibieron la noticia y, aunque fueron reacios en aceptarla, la libertad entonada con ímpetu cívico no se desmoronó, perdura, y conmemoramos con orgullo, en el 2020 el Bicentenario de Independencia. Esta nueva edición de “Cabeza de Maíz” que desde 2017 viene buscando asidero, esperamos circule como parte de los homenajes de diverso orden a desarrollarse por tan magno acontecimiento.

PRÓLOGO

“Cuando mamá se ha servido la gallina número 40 de la primera serie y empieza a dar “pasitos “y a sentarse en la alfombra colocada frente a la cama, comienza a preocuparse seriamente de este gran problema: cristianizar, al guagua”; ¡claro!, no puede pasar más tiempo de “jíbaro” y el llamado a solucionarlo es el pobre marido, que mientras la señora devoraba tranquilamente su gallina diaria, amén de la variedad de rompopes, cremas, etc. a base de huevo, sudaba la gota gorda para hacer frente a esos inevitables gastos, y allí lo vemos al buen hombre delgado y pálido como un hueso, pues de la gallina, ni el caldo ni nada señor, ustedes los hombres no entienden de esas cosas ¡que van a entender!. Y las señoras necesitan convalecer; las señoras dije?, y lo repito: la gallina se la reparten amigablemente mamá y ¡comadrona!”, Así escribió Rodrigo Rodríguez (no sé si es pseudónimo o nombre propio), en el Semanario “El Oro” que en 1929 circulaba bajo la dirección de nuestro querido don Guillermo Maldonado. La verdad que esto nos hace meditar varios aspectos, uno de ellos: ¡Cómo cambian los tiempos! Las madres de ahora ya no guardan aquella dieta rigurosa y no se piensa inmediatamente en cristianizar el guagua”, porque la liturgia moderna todo lo ha reformado, y esto nos hace recordar, así mismo, todas aquellas costumbres que a pesar de, muchas de ellas, ser muy nuestras, van desapareciendo con el constante trajinar del tiempo.

No se crea que únicamente el “shora”, ese hermoso “shora” que nos caracteriza o el “arroz mote”, son cosas nuestras; también hay otras que en Zaruma, tierra bella de ensueños, leyendas y tradiciones, constituyen o mejor digámoslo constituyeron, parte de su diario vivir. Allí está por ejemplo, la Feria Dominguera, en que el hombre salía a comprar los víveres para la semana, pero con su típica alforja al hombro; ¡Sí! Esa alforja de policromía que ha constituido a través del calendario una cosa adherida a nuestra costumbre.

¡Ah! , la Feria zarumeña: bullicio y colorido, hoy en su propio mercado, antes en la plaza central de la población. La feria donde hoy es el parque era un reluciente enjambre humano, una verdadera estampa que se ha perdido en el pasado, Menester es recordar las “montoneras” formadas en la plaza, y es que hombres de sombrero, poncho y sandalias habían llegado con sus quesos: ¡Los San Fernando!, y había que pelear por una o más libras del mismo, antes que se acabe aquella delicia traída por indígenas sacrificados que habían hecho una jornada de varios días de camino para llegar desde San Fernando hasta nuestros lares.

En las Ferias de Zaruma, las de hoy o las de ayer, presente un ente que sobresale: el “Chazo”, con su andar, hablar y vestir característicos y que representa el centro del rico folclor de nuestra tierra.

Las visitas son también muy nuestras. La señora que impregnada de devoción, con su mantilla y su misal, va presurosa al templo, se acuerda que a fulana le debe una visita, desde hace tres meses o... tres años, y tiene que pagársela... y se la paga y qué visita, horas de larga tertulia que culmina en la mesa del comedor con un delicioso té o un aromático café, que también es muy nuestro, y luego vienen los coloquios amistosos: “Buenas tardes, manda a decir mi mamá que la salude y

que aquí le envía “estito” para que se sirva y que disculpe la pequeñez...y que le mande a devolver el charol”.

El niño o niñita que ha recitado esto, porque así lo ha venido repasando en el trayecto, regresa sonriente a su casa, con dos reales en el bolsillo.

Y qué decir de los baños! Dicen que hace de esto más de 50 años, los zarumeños se bañaban una vez por semana, pero esto no nos sorprende, porque ahora también hay quienes se bañan una vez por semana, aunque otros lo hagan una vez por mes. La verdad que hace más de media centuria, no existía agua potable en Zaruma y el precioso líquido había que comprarlo por barriles al “aguador” y siendo escaso no era propio desperdiciarlo. Quienes no se bañaban los sábados tomando el agua del barril, podían hacerlo en la quebrada de “Zaruma Urcu” en... El Chorrillo”, “El Guineal”, el “Chorro de Juan Gómez” o en el sitio “Batea Rumi... y había que bañarse bien, para... “togerse” el domingo. Y al decir toga, la gente de ayer era mejor vestida que la de hoy. Dios mío, con la llamada nueva ola: “pantalones” rojos, morados o amarillos, camisas verdes, azules o achiotadas, nos sorprende y sin embargo pensamos que nuestros campesinos estaban adelantados a esta moda, porque ellos, al menos refiriéndonos a sus camisas, ya las usaban con colores extravagantes.

¡Qué tiempos aquellos!..., todos con terno planchado y limpio, sombrero y bastón.

Las damas con el último decir de la moda,.. Todo es un alarde de etiqueta, cultura y consideración mutua. Son añoranzas que se entrecruzan en nuestra mente; a este respecto, Marco Rodríguez, en el Semanario “Rumbos”, otro de nuestros tantos periódicos desaparecidos, en su artículo intitulado “Al compás del Recuerdo”, escribió”: “Cuando las campanas de la Iglesia Mayor se echaban al vuelo, una canción plañidera brotaba de sus bocas de bronce, convocando a los hombres y mujeres a la cita con Dios, El tac-tac presuroso de los suecos de Carmen Valarezo y Rosario Astudillo eran los primeros en oírse sobre las piedrecitas de la calle de la “ladera”, mientras que por la calle del “conejo”, la calle de “las flores”, la del “matadero” y la “rastra”, damas emperifolladas con largos faldones, botines de media caña abotonados por un costado, moño y reluciente mantón, y caballeros de camisa con cuello almidonado, chaleco y bordón, concurrían a la primera misa, demostrando las costumbres de un pueblo de arraigada fe cristiana.”

Cerremos los ojos y miremos el pasado, su gente, sus cosas, su vivir. Si pero a todo esto es menester añadir que antaño existía la: “bajada del pantalón”, Jóvenes de 16 a 20 años todavía utilizaban pantalón alto y la bajada, o mejor dicho, alargada del mismo, constituía un verdadero hecho, porque esto significaba que el muchacho habíase transformado en “hombre”: No está por demás anotar, que la primera demostración de hombría que realizaba, era festejar su “independencia” con una buena borrachera.

Hay tantas y tantas cosas que decir de Zaruma, de su tradición, su historia y su folclor, que nuestra mente se ofusca y nos extrañamos de cómo hemos escrito estas líneas.

Cuánto quisiéramos decir que de los “serenos”, las “farras” y las fiestas, cuánto del vestir, de los modismos y costumbres. Cómo quisiéramos hacer referencia a Juan Macas, el viejo sacristán que arrancaba melodías a las campanas de la iglesia; a Don Pacífico Maldonado, el poeta fustigante; el ocurrido “Barco” o a la viejita Bárbara sentada en un portal, anhelando una limosna o llorando el Viernes Santo por la muerte de Jesús.

En fin, Zaruma es una gran tierra de tradición y de historia, de allí nuestro esfuerzo constante por dejar por escrito este rico acervo que, en definitiva; es parte de la cultura que nos caracteriza. Esta vez, junto a unos cuantos trabajos míos, aparece una variedad de tradiciones escritas en tiempos pasados, la mayoría por dilectos zarumeños, y publicadas en periódicos o revistas y, parte de ellas, participantes en el Concurso de Tradiciones Zarumeñas, promoviendo por el I. Concejo Cantonal en 1961, cuyas copias de alguna manera llegaron a mi archivo, permaneciendo trasapeladas, para ahora ver la luz.

Estas ricas crónicas dispersas en esta entrega, se han perennizado gracias a la traslación oral de que han sido objeto durante el paso del tiempo y han quedado como dijera un escritor “gemidoras en las oquedades de nuestra breñas, ululantes en las marañas de montes y minas, sonrientes y burlonas en las aguas de ríos y quebradas, poliformas en pueblos y plantíos”. Son la esencia de un pasado Zarumeño enriquecido de mil formas, que bien deseáramos hoy, retornen a brindar alicientes de ensueño y romanticismo o a dar pinceladas de folclor, en esta época moderna y materializada.

Zaruma tiene un nombre poético , pues proviene de dos voces quechuas: SARA= Maíz y UMA= Cabeza, es decir, Cabeza de Maíz”, denominación que se refiere especialmente al pelaje de la mazorca, dorada como el oro de las minas o como el sol de los atardeceres del terruño, que se duerme en el ocaso en su lecho de nubes violáceas.

Esta denominación la hemos tomado como propia para titular esta compilación de hechos y tradiciones de este bello rincón ecuatoriano.

PRIMERA PARTE

Autor

LA VILLA DEL CERRO DE ORO

Los frutos rojos y maduros de los cafetos contrastan con el verdor vegetal que en oleadas inmensas se balancea en la irregular topografía.

La mula vejancona da vueltas en círculos interminables, moviendo el trapiche para que éste triture la caña y le exprima la última gota de su néctar hasta dejarlo convertida en bagazo fibroso que se amontona en un rincón constituyéndose en la atracción predilecta de moscas y avispa. En el aire se esparce un olor especial de miel y aguardiente que emana de la destilería camuflada en la hondonada.

Hay aguas cantarinas que bajan jugueteando de la montaña más alta, aguas que en algún lugar van a mover la “chancadora” que rompe el cuarzo preñado de oro.

En fin, hay hileras de mangos y pomarrosas que se destacan en el verde apacible de los cañadulzales cortados a veces por caminos rojos o polvorientos.

Al hacer un viaje imaginario desde la costa oreense hasta el agro zarumeño, desde la planicie litoral en que campea alegre con un sol de trigo, de agua mansa y de montaña próxima se aprecia que el aire es particularmente delgado y etéreo en verano. Hay en la pampa costera casas de caña con techo de zinc que parecen estar más cercanas a la tierra más clavadas en el humus fecundo, casas que se van perdiendo mientras se asciende por el camino zigzagueante. El paisaje va cambiando, las tediosas y prolongadas planicies van siendo arremetidas por lomas que a medida que se avanza se agigantan en tamaño y forma diversos.

El Departamento de Antioquia en Colombia es cordillerano, allí está Medellín y tomado de la mano, el poblado de La Ceja, cuna de mi padre Cándido Rodríguez Puerta. Aurelio Caicedo, a quien más adelante también lo mencionamos, es un escritor folclorista, que trasladó a su libros las leyendas, las costumbres, las tradiciones del indicado Departamento y también hace una descripción maravillosa de la topografía de esos lares, lo hace con sabroso estilo, que particularmente me impresionó gratamente, por ello tomo parte de sus ideas, emulo a ratos su maravillosa visión para apegarlas a la geografía zarumeña, que guarda similitud con la antioqueña.

Al estilo de Aurelio Caicedo Ayerve y también en el mío vale expresar alegremente, que en este paisaje de sorpresas delante nuestro se va cerrando el horizonte y empieza la solemne procesión de montañas. Los caminos andan a saltos llevando a lado y lado una multitud de espesuras, pequeña gente vegetal siempre revuelta. Frecuentemente relampaguea la tierra en lenguas rojas para sumirse de nuevo en declives profundos. La misma cordillera parece un poco absurda, no ha podido desenredar su espalda y se la siente incómoda, puntiaguda, debatiéndose en un marco demasiado estrecho. Pero es mera apariencia que se resuelve en inmensidades y soledades. Los caminos de herradura, los chaquiñanes o las trochas aparecen de vez en cuando, de repente aflora un vestigio de carretera de tercer orden.

En la noche tapizada de estrellas, que apacible descansar en el espinazo de las lomas rumiando recuerdos y acariciando esperanzas, pero en aquellas penumbras o en esas horas azabaches, sin luna ni estrellas, que espantoso debe sentirse el anochecer en esas lomas, a cuyas espaldas hay otras lomas y después de esas otras y otras en sucesión ilimitada.

Hay al amanecer un río que aparece de pronto, casi ahorcado en algún cañón de la hoya de Zaruma. Anda despacio y orgulloso como si todos sus virajes fuesen tomados a su completa libertad. Río que cabalga en un corcel de piedras que luego corre impetuoso, flanqueado por una vegetación irregular y ante la asustada mirada del “pacaso” de piel arrugada o del tordo negro y cantor que vuela de rama en rama.

De repente, asoma un pueblo como Salvias, Guizhaguiña, Sinsao o Arcapamba. Esto es ya otro mundo de parcela y de hacha, de viviendas construidas aprisa con tablones arrancados al monte. Los caminos trepan y se deslizan por las quiebras con dudosa precipitud. Aún hay esos caminos con “camellones” en donde las acémilas dejan sus huellas, caminos que son testigos de las fatigosas faenas de los “arrieros” de antaño que llevaban carga de toda clase, alimentos de sus campos fértiles o madera para las minas que los yanquis explotaban.

Por todos lados está el chazo afanoso escarbando la tierra para que prohíje los frutos, sin embargo las nuevas generaciones prefieren la mina para sacar desde el subsuelo el metal precioso que brilla en vetas interminables.

El campo Zarumeño en verdad es impresionante con su topografía de olas vedes e infinitas, con sus pueblos de fiestas y tradiciones, con su gente sencilla y laboriosa, con su iglesia en cada aldea que lanza al viento sus repiques en un pregón de la fe cristiana que predomina. Hay sin duda pedazos de tierra amarga y pobre pero con cierto orgullo de soledad y de braveza, pero los hay también de excitante verdor de cultivos y faldas de yaragua mojada, interrumpidos por un cruce de caminos estrechos, por el caserío desintegrado por la blancura de un solemne templo o por un pueblo de plaza ancha encerrado en una trampa de montañuelas.

En el centro de este paraíso hay otro paraíso, la hermosa ciudad de Zaruma, sobre esta tierra alguien escribió con acierto: “Las colinas, con sus finas siluetas, recortan el aire alto. Un manajo de casas sostenido por milagro en los declives, es el punto a donde convergen y desde donde reinician su marcha los caminos. Los platanales y las invernadas resguardan el poblado cuyas casas, como escaleras de peldaños rojizos, ascienden a las lomas o se hunden en el vientre cenizo de la niebla. (1)

El monarca español Felipe II, dictó en 1593 la Cedula Real por la cual expresó su voluntad de que “el sitio y parte donde se hiciese la dicha población y reducción de españoles y se llame e intitule la “Villa de San Antonio del Zerro de Oro de Zaruma, de la Provincia de Quito”. Zaruma se fundó definitivamente el 8 de diciembre de 1595 por el Capitán Damián Meneses, pues su primera y precaria fundación la efectuó Alonso de Mercadillo en 1549.

Es la única ciudad oreense que festeja su independencia de España (26 de Noviembre de 1820), las otras ciudades lo que conmemoran son sus aniversarios de cantonización.

Zaruma fue la gestora para la creación de la Provincia de El Oro, hecho que se dio el 29 de noviembre de 1882, siendo su primera Capital. En 1941, mientras duró el conflicto con el Perú, Zaruma volvió a convertirse en capital de la jurisdicción oreense.

Actualmente la Sultana de El Oro, ostenta los distintivos de Ciudad de Interés Turístico Nacional, Patrimonio Cultural del Estado Ecuatoriano, Pueblo Mágico.

Zaruma es dueña de una rica historia y de arraigadas tradiciones y leyendas. “Es una ciudad encantadoramente antigua que no debe ser amenazada de futuro”. (2)

1. Revista Vistazo Serie.: Nuestro Ecuador N° 13 Zaruma un manojo de casas sostenido por el milagro de los declives.
2. Revista Vistazo Zaruma Joya de los Andes Pág. 42 agosto de 1986.

LA VACA QUE CAYÓ DEL CIELO

Suceden a veces en Zaruma cosas insólitas, dignas de hacérselas conocer a Ripley para que haga negocio con los periódicos del mundo.

Estas líneas las escribo el 3 de agosto de 1985 y del hecho que voy a narrar, apenas han transcurrido 2 meses, el asunto es que una negra, grande y fornida vaca fue traída del campo a la ciudad de Zaruma para, en el Camal Municipal, ser faenada y poder vender su carne en el mercado. El señor Roberto Carrión fue quien, mediando un contrato, transportó el bovino al matadero, allí la vaca negra, grande y fornida quedó esperando hasta que le llegue su turno que le permitiría convertirse en bistecs, para con un delicioso arroz, ir a parar a los estómagos de los golosos zarumeños.

Es costumbre de esta tierra “pelar las reses” en las primeras horas de la madrugada y a la robusta vaca le llegó su hora a eso de la una de la mañana. Los matarifes presurosos la condujeron a la “sala de sacrificios”, la tendieron en el piso y ataron sus extremidades a unas grandes argollas. Un filudo cuchillo penetró en su cuerpo hasta lastimarle el corazón y un chorro de roja sangre brotó rauda por la herida, pero el animal se resistió a la muerte, todavía quería seguir viviendo para deleitarse con las penalidades de este mundo y, aprovechando que sus patas no habían sido bien amarradas y con la desesperación de la muerte que quería llevársela, se paró violentamente y salió en precipitada carrera del Camal, subiendo jadeante la empinada Calle Colón y desde allí empezó un correteo desesperado por las estrechas y tortuosas callejuelas zarumeñas.

Conocemos bien los nacidos en esta Villa y aquellos que no nacidos en ella nos han visitado, que Zaruma es una tierra accidentada, completamente irregular con casas que por un lado tienen un piso y por otro cuatro o cinco o con edificaciones que por el frente tienen una calle y por la parte posterior una loma. Por estas irregularidades corrió aquella madrugada la vaca desesperada, tomando por la calle Sucre y dejando rastros de sangre, subió por unas escalinatas que dan acceso a las casas de los herederos del Sr. Segundo Galarza y por detrás de estas continuó su alocada huida por un borde que justamente estaba a la altura de los techos de otras casas del sector.

Corre y corre el desgraciado animal con su corazón herido y con su desesperación, siguió por donde la nariz le apuntaba, tal es así que del borde mencionado pasó al techo de la casa de la Srta. Orfa Astudillo, metió un estruendo infernal pisando la cubierta de zinc y todos se sobresaltaron porque creían era un terremoto, prosiguió el animal sobre el techo y llegó a un sector que ya no tenía zinc sino eternit, se rompió éste con el excesivo peso y la grande, negra y fornida vaca cae a la sala de este departamento donde habitaba el mismo señor Carrión que la había transportado para su sacrificio. Imagínense lectores el susto que habrá pasado esa gente, cuando dormía plácidamente, de pronto a las dos de la mañana les cae una vaca del cielo.

Terrible estruendo al caer sobre un elegante sofá que orgullosos los dueños tenían en la sala; el animal herido, ahora golpeado por la inesperada caída, llegó a adoptar poses de locura y empezó a correr de un lado a otro de la sala tratando de buscar una salida.

No la encontró, únicamente una puerta abierta había que daba al dormitorio donde una niñita descansaba con su pesado sueño. Su padre desesperado viendo que el furioso animal entró al dormitorio de su hija corrió a protegerla y en esos afanes de salvación la vaca golpeó a la criatura con sus duros cuernos.

Haciendo fuerzas sobrehumanas el hombre logró abrir la puerta de calle y luego de varios malabares como si se tratara de un diestro torero, hace que el animal salga, quedando con un susto terrible, con el corazón golpeándole violentamente en el pecho y en sus brazos su tierna hija temblando del susto.

La vaca, luego de una larga persecución fue cogida y ahora sí, bien atada, recibió otra cuchillada y junto con un mugido desesperado hizo escuchar su último suspiro.

Así es, aunque no lo crean ¡Una vaca cayó del cielo!

Para ser más veraces, del cielo raso.

LA DAMA MISTERIOSA

Zaruma, antes de las guerras de la independencia era un preciado don de los españoles, ya que sus minas generosas les ofrecían cantidades asombrosas del codiciado oro; es por ello que venía a estos lares mucha gente y entre esa fabulosa inmigración llegaba de todo, como es de suponerse, gente buena, dadivosa y trabajadora y gente mala, de pésimos instintos, criminal y predispuesta a la depredación. Lógicamente, también llegaban mujeres, virtuosas las más pero no faltaba en este ramillete de hermosas féminas, alguna que, siendo bella, era de alma descarriada, como la dama de nuestro cuento que pecó tanto y fue tan perseguida por los hombres que aún después de muerta continuaba tentando al prójimo masculino, pues del más allá retornó, siendo objeto de persecuciones con afanes libidinosos, aunque el “Don Juan” que pretendía obtener réditos amorosos, se arrepentía de por vida y prometía, con oraciones al cielo, jamás intentar de nuevo quebrantar la cruz del hogar.

La mujer de nuestra referencia, “abusó del comercio de la carne, sin ser carnicera”, como lo dijo, al describir un caso similar, en uno de sus escritos, don Modesto Chávez Franco, cronista ecuatoriano del ayer romántico.

Pues bien, aquella dama desapareció de este mundo a causa de muerte inesperada y por la mala fama que tuvo, su cuerpo inerte fue llevado por personas caritativas directamente a un hoyo cavado exprofeso en la ladera que hacía de cementerio. Fue rápido al Campo Santo porque el señor cura de entonces no quiso ni oír que una mujer pecadora, que en vida jamás pisó la iglesia, llegue ahora al templo, porque éste podía reventar por la presencia de este cuerpo que era un fardo apretujado de pecados.

Compréndase por justificable la actitud del sacerdote, ya que el hecho se daba en un tiempo de extremado apego a las normas católicas y los “curitas” tenían prácticamente la última palabra en el poder decisivo de los pueblos, al menos en esto de enterrar a los difuntos.

Aquella señora fallecida, pasó entonces a convertirse en “alma en pena” es por eso que años más tarde por la quebrada de “Juan Gómez” o por el camino que conducía a la legendaria mina de El Sesmo: aparecía por las noches una hermosa mujer de cuerpo esbelto, de cabello castaño con un rostro sonrosado, labios voluptuosos y ojos de mirar coqueto y los hombres especialmente los mineros ibéricos o criollos que caminaban por dichos lugares eran atraídos por aquella dama y la seguían para cortejarla aunque jamás por más que quisieron, lograron alcanzarla, pues por algún motivo sobrenatural siempre se mantenía una distancia de un metro entre la misteriosa dama y el sátiro perseguidor.

La mujer conservaba la deslumbrante belleza que había tenido en vida lo que era un imán para el hombre que feliz deseaba ser el poseedor de tan delicados encantos. En un punto cualquiera, la dama se detenía con manifiestas intenciones de corresponder a su pretendiente, mostraba su hermoso rostro y su espigado cuerpo al emocionado galán y en verdad allí estaba de frente una radiante ninfa de hermosura indescriptible, pero de repente sus ojos se perdían en la nada dejando dos oquedades huesudas, sus encarnados labios caían para dejar sus dientes a la vista

dibujando una sonrisa de tétricos presagios y el rostro iba desintegrándose poco a poco, prontamente y el cabello sedoso y ondulado desaparecía quedando su cabeza en calavera y todo su tentador cuerpo en esqueleto. El pobre galán con este cuadro de horror salía en arremetida fuga, era presa de convulsiones o perdía el conocimiento cayendo pesadamente al suelo húmedo y frío de la noche. Esta era la Dama Misteriosa.

Hay que reconocer que las mujeres como este caso han sido las propiciadoras que los pobres hombres caigamos en esos profundos hoyos del miedo de los que no hay como escaparse según este ejemplo que señala, que por la misma época, asomaba otro ejemplar del sexo femenino vestido de duelo riguroso con un largo traje negro que le llegaba a los tobillos y con manto del mismo color que cubría su cabeza, que aparecía de entre las tinieblas de la noche visitaba la casa de algún enfermo, visita que constituía señal segura que el atormentado ser quebrantado de su salud iba a morir y así sucedía; por eso a este curioso personaje venido con ese misterioso halo del más allá, el vulgo lo bautizó como “La llamada de la muerte”. En verdad que se le temía, porque estos decires se incrustaban profundamente en el corazón y la mente de las gentes pues los hechos que hemos narrado, se sucedieron en una época en que el mundo no estaba “contaminado” por la tecnología moderna, sino que las reuniones eran el nexo de transmisión de las leyendas, las tradiciones y la historia misma de nuestro pueblo, y éstas, en alas de fantasías y realidades se iban dejando como testamento, de generación en generación, aunque de este legado, muy poco queda en este tiempo de las ojivas nucleares.

LOS TIRAPIEDRAS

San Francisco es el barrio que en Zaruma sintetiza el nervio de colonialismo y su tradición pues es un rincón zarumeño tan antiguo como antigua es la población ¡Cuatrocientos y pico de años!... Un montón de calendarios han visto pasar este terruño y ese barrio. Un enjambre de lunas y soles, de lluvias y vientos, de alegrías y penalidades.

Sí, muchas cosas suceden en cuatrocientos y pico de años.

Zaruma en la colonia fue un importantísimo pueblo; tanta importancia adquirió que se constituyó en un laberinto de movimientos y de trabajo. Fue un constante ir y venir de gente por caminos tortuosos, polvorientos en verano y en invierno como ríos de lodo; todo por la ambición del oro, porque Zaruma ofrendaba generosa el codiciado metal y los peninsulares y toda la gente creía que estaba de recogerlo en las calles.

Siendo España la embajadora en esta América virgen de la cruz y la espada era lógico que nos envié sacerdotes y soldados y es así como vinieron los unos a cuidar el alma y los otros a imponer el orden, A ese callejón empinado de nuestra tierra a este barrio de “los tirapiedras”, como se lo llamó en lo posterior, llegaron los clérigos franciscanos allí fundaron su templo (1) y desde entonces surgieron leyendas y tradiciones que ahora aún se conservan y se mantienen: “que se oían voces en la tétrica obscuridad del templo” que el día de difuntos las campanas doblaban sin que nadie las tocara o que un monje con su toga café al que no se le veía la cara (el tradicional “cura sin cabeza” deambulaba por los alrededores”. Todo era una maraña de misterios y fantasías a lo que se sumaban otros relatos como aquellos de que en “Cuatro Caminos” frecuentemente se veía un extraño artefacto con luces verdes y rojas halado de caballos que exhalaban un humo con olor a azufre el ¡Carro del Diablo!... o que rumbo a Vizcaya se oían grotescos gritos de angustia y horror o que en la ladera del “Calvario” ardían las huacas.

El colonial templo de San Francisco fue borrado del mapa para, en su lugar, construir uno nuevo.

Leyendas que pasaban de abuelos a nietos y de éstos a sus hijos, todo recopilado en el interminable transcurso de los años.

Pero hay algo más reciente y que es objeto de esta crónica: “Los Tirapiedras” y es que en San Francisco, los mozuelos habíanse convertido en los reyes de la piedra. Protagonizaban verdaderas batallas campales con sus rivales de “La Ladera” o de “La Plaza”.

Dos batallones de muchachos armados con terrones y piedras efectuaban una tenaz lucha... piedra va piedra viene, roturas de cabezas, estruendo de tejados y puertas, contusos a diestra y siniestra y la guerra no culminaba hasta terminar con el último “proyectil”; y luego los comentarios, a narrar cada uno sus hazañas, su heroísmo, su valentía; a discutir para cuando se pactaría el próximo encuentro o a trazar las tácticas a seguir, como verdaderos y experimentados estrategas.

Pero no siempre era necesario pactar estas batallas, porque si alguien que no sea del barrio enamorado estaba de una “buena moza” del lugar, no le dejaban realizar sus coloquios, porque era recibido con una descarga de piedras.

Celosos hasta no más, los “Califucos”, era menester entrarles de buen modo, invitarlos a un “trago” o brindarles un tabaco, para granjearse, luego de tenaz insistencia, su confianza.

Ni aún en las fiestas del barrio, en que se rendía tributos de veneración a San Francisco, su Patrono, y se ofrecían fuegos de artificio además de diversiones, bares y bebidas, podía caminar con confianza, porque era peligroso recibir una avalancha de piedras... y es que no había como adentrarse con confianza en ese territorio prohibido, propiedad exclusiva de los celosos “Califucos”.

Con el andar del tiempo, poco a poco han ido perdiéndose en el álbum del olvido, estas costumbres; sin embargo, de vez en cuando, ese “algo” inerte, esa herencia dormida, despierta y en un fantástico arrebatado, les da por arremeter con una lluvia de piedras...o de tejas.

San Francisco es en Zaruma el barrio de tradiciones y leyendas, escritas con multicolor fantasía en el libro de hechos de la Sultana de El Oro.

“En el 12 de octubre de 1605 se presentó en el definitorio de este Capítulo que se celebró en el convento de Guano, una carta y petición del Cabildo de Zaruma y así mismo otra carta de los vecinos de dicho asiento, firmada de sus nombres, en que pedían a este Capítulo se fundase un Convento de nuestra Orden en el dicho pueblo, como más largamente consta de las dichas cartas; y, habiéndose tratado esto en el dicho Definitorio con los PP de la Provincia y definidores de ella, se determinó que se fundase dicho Convento y se admitió la dicha fundación como por ésta, firmada de nuestros nombres la admitimos y la ejecución de esta dicha fundación se remite al P. Provincial para que provea de religiosos que funden el dicho Convento precediendo de licencia de la Real Audiencia y del Ordinario. En testimonio de lo cual firmamos de nuestros nombres y sellamos con el sello de esta Provincia en el sobredicho día, mes y año.

L.S. Fray Diego de Pineda. Visitador. Sr. Cristóbal Jiménez Ministro Provincia. Sr. Alonso de Salazar. Definidor. Sr. Pedro Flores. Definidor. Fray Juan Definidor y Sr. Juan Farfán, Definidor”. Previas las licencias. La fundación del Convento de Zaruma se llevó a efecto, colocándolo bajo la protección de Santa María de los Ángeles. (1)

1. COMPTE. Francisco: Varones ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador, Primera parte. Siglo XVII. Página 109. Quito.1885.

RICARDO OSO

Dos hombres de regio barro, ejemplos de trabajo especialmente en faenas agrícolas, recordaban viejos tiempos en mi presencia. En realidad, que ellos podían añorar épocas lejanas pues el uno nacido en 1884 y el otro en 1881 tenían razón y derecho de hacerlo, la amena charla la protagonizaron don Lizardo Valarezo (el mayor) y don Modesto Valarezo Espinoza, recordaban los veteranos los años aquellos en que en Zaruma se daban bala como en el Oeste Americano; añoraban los precios de los víveres que comparados con los de ahora causan risa; época en que no habían carreteras y todo el transporte se lo realizaba por caminos de herradura.

Entre las remembranzas estaba aquella de cierto viaje realizado a Gonzanamá junto con Samuel Espinoza, a donde fueron para adquirir ganado; de regreso decidieron descansar en Nambacola y aprovechar el tiempo para almorzar, metieron las reses en un corral, siempre vigilantes por sí se pierda alguna pues costaba una fortuna, cada bovino cuarenta o sesenta sucres, según el tamaño. Don Samuel se adelantó a donde la dueña de casa y le solicitó le venda “un realito de huevos”, voy a ver si completo; contestó la señora y luego regresó con once huevos pero no los quería vender porque eran a real la docena, deseaban pagar los hambrientos hombres un real por los once huevos pero la doña se oponía ya que por un real debía entregar doce huevos y si no cumplía con este mandato de honradez la peste arrasaría con sus gallinas o bien estas dejaban de poner, hubo que insistir mucho para que pudiesen acudir en auxilio del grito de sus estómagos, una gallina costaba siete reales, era mucho dinero, repasaban también los dos ancianos, algo que esta tierra poco ha recordado: los arrieros. Alguien dijo y con sobrada razón, que si en Zaruma debía erigirse un monumento éste debía ser en homenaje al arriero pues él es el símbolo del verdadero progreso de estas comarcas que, con sacrificio y arrojo, trajinó durante años por caminos difíciles llenos de “camellones” en invierno y con capas de polvo en el verano, forjando la riqueza seccional con sudor y su noble trabajo. El arriero es historia, es tradición, puntal indiscutible de progreso. Con la charla de nuestros dos hombres afianzamos más este criterio y de tantas cosas que hablaron de los arrieros tomamos nota de una que es interesante y real.

Un alto hombre, fornido, sin temores, vivía en el Guácimo, lo conocían comúnmente como Ricardo Oso. Era éste un fletante de fama. Llevaba y traía carga entre Santa Rosa y Zaruma, cierta vez transportó unos cuantos quintales del aromático café zarumeño a Santa Rosa cada quintal costaba por entonces diez sucres, en esa ciudad debía entenderse con el rematista que se lo conocía más como “peajero”, este remataba al mejor postor el impuesto que el café debía pagar, un ciudadano se adjudicó el remate y luego dirigiéndose a Ricardo Oso, le dice; Oye serrano, ¿cuántos quintales has traído? Ricardo Oso le contestó indicándole el número de quintales, pero el rematista no confiando en la honradez de éste, se dirige donde el Comisario y le dice: Este serrano, señor Comisario, no quiere pagar los impuestos, Ricardo Oso da una serie de explicaciones que no son atendidas, en eso interrumpe toda discusión y pregunta a la Autoridad: Dígame señor Comisario, ¿cuánto se paga aquí para pegar un puñetazo?.

El Comisario llevando el asunto a la broma, le dice a Ricardo Oso: eso cuesta aquí cinco sures, Saca entonces el hombronazo zarucho un billete y entregándoselo al comisario, procede de inmediato a impactar tremendo puñetazo en la faz del rematista, dejándolo sin sentido.

El Comisario se quedó “boquiabierto”, pues no podía hacer nada ya que todo cuanto aconteció, incluso la recepción del billete entregado por “Ricardo Oso”, se efectuó delante de testigos.

En otra oportunidad Ricardo Oso en una playa de nuestros ríos estaba junto con otras gentes limpiando una chacra, Era invierno y el río “humeaba”. Descansando de su faena un instante, regresa su mirada y observa al otro lado del río un venado y decidió ir en busca del animal. Los compañeros le dijeron que no cruzara el río por el peligro que este entrañaba. Ricardo Oso dijo que no temieran y poniendo en práctica un sistema de natación que lo llamaban “volapié”, cruzó el impetuoso río y luego de instantes retornó con un hermoso venado, ¡Había carne suficiente para un apetitoso almuerzo para todos!

Cuentan que en otra ocasión, un gringo de la Compañía minera, de apellido Kaiser, despachador de la Empresa, sabedor de la fama del arriero Ricardo Oso, lo llamó cierta vez y le dijo:

Oh Ricardo yo saber tu eres muy fuerte, ¿quieres pegarte unos trompones conmigo?

Vea míster dice Ricardo Oso yo no quiero pelear, pero si usted lo desea, pégueme usted primero un puñetazo y luego se lo pego yo.

Así convinieron, el gringo Kaiser alto y robusto impacta tremendo golpe de puñete, aplicado con todas las fuerzas de su grueso brazo derecho, pero Ricardo Oso ni siquiera se mueve. Ahora le toca el turno y es el gringo quien cae “soñado” unos cuantos metros allá.

Otro caso: La compañía yanqui debía transportar desde Santa Rosa hasta Portovelo un largo cable de acero para el “Winche”. Estaba éste enrollado en grandes carretes y nadie se atrevía a transportarlo o a dar con una fórmula adecuada para solucionar el problema, Le dijeron cierta vez en son de broma a Ricardo Oso que lo transportase, Ricardo solicitó quince días de plazo y cumplido éste, apareció con algunas mulas, varios hombres, alambre de teléfonos y se dispuso a la tarea; desenrolló el cable y luego volvía a enredar en pequeños ovillos que eran colocados sobre el mular, dejaba extendido el cable unos metros y hacía otro rollo similar y así sucesivamente hasta que termino la faena; los rollos eran amarrados con alambres de teléfono y al otro lado de cada acémila colocó 3 hombres, formó así una larga cadena y empezó su ascenso por la terrible cuesta de “Las Escaleras”, llegó a Portovelo y entregó su carga ante la mirada de asombro de los norteamericanos dueños de las minas.

Así era Ricardo Oso, un arriero que apuntaló con su trabajo el progreso zarumeño, Era un arriero de verdad y pensar que en el transcurso del tiempo han existido unos cuantos “Ricardos Osos”.

Marzo 1 de 1979.

EL AHORCADO

En el año de 1921, el Municipio de Zaruma emprendió en la tarea de construir un nuevo cementerio, en terrenos aledaños al camino que conduce a la mina de El Sexmo, más concretamente en el sitio actualmente ocupado por la Escuela Gabriela Mistral.

Algunos restos mortales fueron trasladados desde su anterior morada a este nuevo Campo Santo, situación que no fue del agrado de algún sector de la ciudadanía que elevó su protesta a los munícipes, la misma que fue conocida por éstos en sesión del 27 de Octubre del vigésimo primer año de este siglo. Las personas que elevaron por escrito la protesta, la mayoría mujeres, “hacen ver que el nuevo local destinado para cementerio es inadecuado para ese servicio por ser sumamente rocalloso y de muy costoso trabajo por lo cual se ha notado ya que varios cadáveres están casi al descubierto y por consiguiente a merced de los perros que quieren devorarlos; y solicitan que se restituya a la Iglesia de Zaruma otro local que corresponda a la urgente necesidad de tener una Necrópolis bendita, protegida por la Cruz Redentora”.(1)

La tarea de construir un nuevo cementerio en el referido lugar no progresó ya que, tiempo más tarde, los trabajos fueron abandonados; sin embargo ya, algunos difuntos fueron depositados, para su “eterno descanso” en este sitio; entre ellos los despojos de un ciudadano que, por no ser correspondido por su amada, decidió abandonar este mundo, ahorcándose con una sogá que pendía de un grueso palo que ayudaba a soportar la cubierta de su casa. Según comentarios de gente de la época, parece que al ahorcado no le satisfizo su cambio de morada y por ello, en señal de protesta, aparecía en las noches lúgubres, con una sogá en el cuello y colgado de un árbol del bosquecillo que se arremetía hacia la hondonada. La gente que por la noche transitaba para ir a buscar oro en la vieja mina de El Sexmo, prefería acompañarse por temor a la aparición del ahorcado, pues ya conocían que algunos solitarios, ante aparición tan fantasmal, quedaron presos de inmovilidad y con una gelidez de auténtica muerte.

El hombre que se despidió de la vida terrenal con una sogá que hizo estallar su “manzana de Adán”, antes de tomar tan fatal decisión, repasó los desprecios de su amada, se desubicó de su hábitat, pareciendo que nunca, ni siquiera entonces, hubiera estado enmarcado en ese paisaje y panorama habitual, por eso atravesó alelado el patio seco y polvoriento de su casa y sentándose en medio de los arboles esqueléticos y la tierra austera, coqueteó con la muerte, que lo condujo a tomar tan terrible decisión.

Esta visión del ahorcado perduró en Zaruma por algunos años.

Ahora solo es leyenda.

Me van a creer los lectores que, últimamente en Santa Rosa, sucedió un caso similar y de ello me informé en la prensa que asombró a la ciudadanía con la noticia. Algunas personas lo vieron les parecía imposible que aquel horror que los paralizaba, sea algo real, por eso una fuerza desconocida y horripilante casi impedía todo movimiento a la par que sus rostros y sus manos parecían crecer desmesuradamente, como si se alejaran de ellos, dejándose inútiles y trancos.

¡Se pusieron tan pesados y tan enormes! Al fin pudieron vencer esta fuerza sobrenatural para emprender la fuga del lugar de la aparición.

He aquí la noticia publicada en el diario El Nacional, de Machala, en la página 15 de la edición del 23 de abril de 1988.

“LOS ASUSTÓ FANTASMA: Santa Rosa (Corresponsal) Regularmente en la vía Santa Rosa - Jumón, los trasnochadores, desde hace muchos años atrás, han venido sufriendo de alucinaciones, al menos así se lo consideraba, cuando era voxpopuli la aparición del ahorcado en las inmediaciones de esta vía; pero lo que era algo de ebrios se convirtió en una tétrica realidad, cuando cuatro personas vivieron una experiencia increíble la madrugada del jueves de esta semana, la misma que fue detallada por los actores de este hecho que dialogaron con este Redactor.

“Juan Manuel Amaluisa, Oswaldo Rentería, Claudia Valarezo y Rómulo Aguinaga, mayores de edad, nativos de Loja, y que trabajan en faenas agrícolas y camaroneras, la madrugada señalada o sea del jueves de esta semana, habiendo realizado gestiones personales se hicieron tarde, por lo que decidieron llegar a los lugares de su trabajo a pie ya que no contaban con el dinero suficiente para pagar la carrera de un taxi, fue en estas circunstancias que en medio camino cerca de Jumón, miraron aterrorizados como un hombre yacía colgado por el cuello, de un árbol a la vera del camino, y como se quejaba creyeron que aún estaba con vida por lo que decidieron prestarle ayuda, para quizás salvarle la vida”.

“Grande fue su sorpresa cuando el ahorcado al instante mismo que se aprestaban a prestarle ayuda, se esfumó en su delante, lo que motivó que los comedidos salgan en precipitado carrera del tremendo susto que se llevaron. Agregan y juran, que su versión es real, pues no sufrieron esta experiencia en estado de embriaguez, fue algo horrible dijo uno de ellos aún presa de terror. Finalizan manifestando que la aparición no sólo ellos la han visto pues al día siguiente se enteraron en la población que el supuesto ahorcado es ya tradicional en esta zona santarroseña”.

1. Actas del municipio zarumeño. 1921

UNA ZAPATERÍA SINGULAR

En una vieja “Revista de las Américas” leía unas apreciaciones sobre un humilde zapatero, apreciaciones que deseo citarlas para dar forma al tema que voy a enfocar sobre una zapatería muy singular que años atrás funcionaba en ésta, mi querida Zaruma.

“En la esquina de la calle en que se levantaba una vieja casona y en un miserable zaquizamí que apenas si tendría cuatro metros por lado vivía el zapatero remendón, con su mujer y su prole.

“Separaba la “casa” del taller un biombo, si tal puede ser un lienzo clavado en cuatro listones y pegados en él portadas de revistas ilustradas, programas de cine, retratos de políticos, todo mustio y resquebrajado.

“El Taller ocupaba la mitad de la puerta y tenía tres palmos de fondo: el banco, la mesita, el tarro de engrudo, la herradura imantada para recoger los clavos, los martillos, la lezna, etc.

“Sobre el quicio, el gato. Adentro: algunas hormas, las camas, la hornilla y en asqueroso hacinamiento, trapos y cueros, el hogar, en fin. El criadero de carne triste y sudorosa.

“Trabajaba de seis a seis. A veces de seis a siete, a ocho, según el quehacer.

“Era de ver entonces, a la luz de una tímida lamparilla, su menguada figura, la calva incipiente, aquel mechón que le caía sobre los ojos y en el cual engrasaba la lezna; sus rodillas juntas, sus pantalones arrugados y sus zapatos deshechos; que, ya se sabe, los zapateros son siempre los peor calzados.

“Y así la vida: dale que le das; sin más recurso que la labor de cada día, ni más consuelo que la borrachera ritual del domingo ni otro entretenimiento que la fabricación de chiquillos terrosos, enteleridos y enclencles”.

Y los años pasaban y la vida seguía su curso, el zapatero continuaba remendando zapatos durante el día, fabricando chiquillos durante la noche, leyendo revistas viejas los sábados y emborrachándose los domingos.

Y es que nada hay más triste que unos zapatos viejos. Unos zapatos rotos, abandonados, son más dolorosos que la agonía de un perro envenenado. Son la imagen desconocedora de nuestros pasos perdidos.

Tienen toda la inutilidad de nuestras andanzas sobre la corteza terrestre.

Un zapatero como este fue a trabajar más tarde en aquella zapatería muy singular y su temperamento triste se tornó alegre, pues en aquella zapatería de Don Cándido había un grupo de obreros alegres dicharacheros y bromistas y es por eso que su carácter y su modo de ser cambiaron notablemente.

La zapatería de Don Cándido como se lo conocía regularmente, era de mi padre y estaba localizada en la calle 9 de octubre, justamente donde yo levanté la casa que actualmente alberga

a mi familia. Allí había un galpón que era la zapatería, seguida por un tapial que le servía de cerramiento a la propiedad y que escondía un horno grande en donde mi madre horneaba semanalmente el pan para la casa y ese olorcito de pan caliente, trascendía por todo el barrio; posterior a este horno, un jardín con flores desperdigadas, con hojas ornamentales, con dos plantas de guayabo y una más erguida que era un guabo. Más abajo había una puerta de golpe en donde pasaba la popular y parlanchina lora, cantora y mal hablado que atacaba a los muchachos que le faltaban el respeto.

En la zapatería trabajaron en distintas épocas, don Nicanor, don Sempértégui, el conocido “Chazo” José Antonio Jara que era “aparador”, Eduardo Jarrin, Víctor Lituma, “Quiruche Sánchez”, “Shalvita” Durán, Antonio Placencio y otros tantos, que hicieron historia por su trabajo eficiente y por sus constantes picardías y bromas que perduran en el recuerdo.

A los curiosos los invitaban a sentarse en un banco con tiras de suela pero previamente había colocado una tachuela de punta o una buena cantidad de pegajoso almidón, o bien ataban un billete a una piola para que algún afortunado se lance a cogerlo pero no podía hacerlo, porque el billete corría presuroso, halado por uno de los bromistas. Invitaban a que un transeúnte los visite y una vez que estaba en el umbral de la puerta le caía desde un tarro grande una cantidad de agua que lo bañaba de la cabeza a los pies, este tarro era movido por un sistema de poleas.

En fin tantas cosas sucedían en esa zapatería muy singular, sin embargo el calzado que de estos talleres salía era de primera, y lo digo sin vanidad, porque los zapatos que vendía mi padre eran de prestigio en el sur de la patria. ¡En verdad que eran buenos!

LAS SERENATAS

Unos cuantos años atrás era muy común escuchar que fulano de tal le dio un “sereno” a la fulanita, queriendo indicar con ello que se trataba de una ofrenda musical que algún feliz enamorado le brindaba en una noche de luna y estrellas a la mujer de sus sueños. Mencionamos la luna y las estrellas porque es raro que estos casos se den en noches entristecidas por la lluvia o el tableteo de las descargas eléctricas.

Lo que pasa que este término de “sereno” está mal empleado, porque significa claro, sosegado, apacible, despejado. Lo correcto es “serenata” que no es otra cosa que “música nocturna en la calle para festejar a una persona”.

Me he puesto a averiguar desde cuando vienen dándose las serenatas y como resultado de esta indagación me informo que estas son herencia de los españoles, es decir que desde el coloniaje, está práctica, de una u otra manera, se constituyó en una grata costumbre.

El historiador Hugo Delgado Cepeda, refiriéndose a las serenatas de antaño, escribe:

“De lo que se sabe, entre 1564 y 1571, en el siglo XVI, los indígenas adoptaron, a más de los instrumentos nativos, la guitarra, introducida por el licenciado Hernando de Santillán, primer Presidente de la recién creada Real Audiencia de Quito, quien había encomendado de España un cargamento de ellas que luego distribuyó en todas las poblaciones indígenas. De todo lo anterior queda como conclusión que la Madre Patria trajo, como al resto de América Latina, la fecunda manifestación de su cancionero popular, el ingenio de sus coplas, el instrumento tradicional para las canciones folclóricas, la guitarra y sobre todo, los bailes europeos, las celebraciones patronales: Santa Rosa, Las Mercedes, Las Carmelas, Las Juanitas y consecuentemente, las serenatas”.

El mismo historiador apunta: Llevar serenata a una señorita era comentario general entre la gente de un barrio, porque calculaban, según las canciones seleccionadas, que esos amoríos progresaban o se trataba de la búsqueda de una reconciliación. En ocasiones, los amigos más íntimos participaban de la serenata y en la madrugada nos tomábamos unos tragos...”

Bien, si las serenatas datan de épocas coloniales y siendo Zaruma un reducto de españoles que, atraídos por el oro, poblaron esta Villa, quiere decir que desde hace siglos, las serenatas han hecho presencia en esta Sultana.

Tarea difícil el realizar una investigación concienzuda al respecto, por ello únicamente vamos a retroceder una cuantas décadas para abordar el tema.

Me cuentan que elegantes serenatas se escuchaban con bandolín interpretado por don Augusto Salazar Bermeo o con violín hábilmente ejecutado por don Julio Maldonado.

Don Segundo Galarza y don Raúl Galarza, también fueron serenateros, al igual que Nelson Jara a quien sus amigos le decían “el millonario”, Don Edmundo Peñaherrera Aymar y su hermano Hernán (Nansho), incursionaban en estos menesteres. Igualmente se recuerda a Galo Espinosa a

“Mocora” Manuel López a Luis “H”. Toledo. El negro Lorenzo Angulo, conquistaba corazones con melodías interpretadas a gruesa voz y con el fondo de su guitarra maniobrada con manos hábiles. En fin, son tantos, que no se anotan por la fragilidad de la memoria, aunque en la remembranza están los nombres también de Gilberto Alvarado y Atilio Crespo.

Las vitrolas tuvieron su parte en las serenatas, cuando no había artistas y la serenata adquiría carácter impostergable, entonces se escogían los discos de carbón, que con la aguja de la vitrola, violaban el silencio nocturnal, con sus notas de amor.

Más tarde, el “Chaso” José Antonio Jara fue el hombre de las serenatas que con voz argentina y al ritmo de su guitarra, cantaba con sentimiento al pie de los balcones torneados o los viejos ventanales con persianas de madera. Varias veces lo hizo en dúo con Manuel “Peto” Orellana y en otras, acompañado del dúo de clarinetistas Cueva – Samaniego, no faltando en casos especiales la Orquesta “Los Bemoles”.

Además de ser una expresión de amor entre dos seres que se amaban, también las serenatas servían para que el esposo exprese sus sentimientos por el “santo” o cumpleaños de su media naranja, para que los hijos tributen su cariño y respeto a sus madrecitas, en fin, la motivación era variada.

Actualmente, el 16 de julio, la Virgen del Carmen es homenajeada en pleno medio día y han surgido otras serenatas comercializadas ya que previamente son anunciadas a hombres y mujeres, y luego de obligadamente escucharlas, hay que entregar dinero por las mismas y a veces brindar un bocado o un trago a los cantantes y acompañantes.

Son tradicionales las serenatas que se brindaba a las reinas, a la Presidenta del Comité Femenino y al Presidente del Circulo Deportivo “Trébol”, por parte de la Rondalla de la entidad.

Hay tema para rato con esta cuestión de las serenatas, la verdad que esta es una costumbre muy hermosa que ojalá no se pierda en las sombras del olvido, ante el embate del modernismo con su electrónica que evoluciona cada minuto o el internet que nos permite comunicarnos al antojo con cualquier parte del mundo para satisfacer la curiosidad de algún tema que ha despertado nuestro interés.

Relato tomado del libro El Cerro de Oro de G. Rodríguez.

EL SEÑOR DE ROMA

Doña Trinidad habitaba una vieja casona, como muchas de esas que se observan en el campo. De ventanas estrechas, amplio alero, paredes blanqueadas y custodiada por un recio y claveteado portón.

Al penetrar tópose con la sencilla sala, un viejo sillón, amplios y toscos sofás y una vetusta banca de madera; la pared cubierta por pedazos de periódico que proyecta escenas infantiles repetidas hasta el fastidio, algunos cromos, un viejo reloj con sus números que apenas se ven.

Sobre el marco de la puerta, un cuadro de Jesús, pero a las claras está que no se trata de aquel joven sufrido y vigoroso, de atormentados y profundos surcos en la frente y el rostro bronceado, tostado por el sol ardiente y la tierra arenosa de Galilea, sino la de un Jesús como para la casa de Doña Trinidad, de cabellos rubios y de suave y agradable rostro rosado.

Más allá estrechas alcobas, con pesados muebles que traquetean siniestramente. Pendiendo de la pared, una lúgubre guitarra con cuerdas destempladas y con su cuerpo mugriento y desgastado, pidiendo a gritos que la saquen de su soledad y abandono.

Sobre la mesa, lámparas de kerosene, maceteros de barro con flores, un cuadro con fotografías de varios tamaños. Por atrás floridas plantas enmarcan el cuadrilátero multicolor del patio, algunos arbustos, plantas de café y plátano...más allá, algunas cañas. Los ladrillos que un tiempo fueron rojos, ahora están tocados de verde, porque sobre ellos pesa la rigurosidad de muchos inviernos; de los altos aleros que soportan el peso de las tejas, se prenden sutiles telas de araña, maravillas de perfección, que luego de los fuertes aguaceros, atrapan pequeñas gotitas de agua, las mismas que cual pequeños foquitos, alumbran al recibir la luz del sol del atardecer. No podía faltar el café en cáscara diseminado en el suelo, para secarse bajo la acción benéfica de Febo.

Delante de la casa, un chorro de agua cayendo sin cesar y entonando una interminable canción.....

Entre dos pilares una hamaca con sus hilachas desgreñados, en ella sentada doña Trinidad, rodeada de niños atentos y empapados de curiosidad.

Estamos en Roma, pero no en aquel pueblo de Emperadores y de historia, no en ese pueblo de grandeza y de cultura, sino en un pequeño barrio que es un retazo de suelo zarumeño: una iglesia de blancas paredes de barro y bahareque con campanas de viejo metal, humildes casitas, una plaza, pampa de amarillenta tierra y escaso césped desprovisto de clorofila.

Queridos, ahora les contaré algo referente al Señor de Roma -dijo Doña Trinidad- y con voz impregnada de acentuado dialecto campesino, les narró la siguiente fantástica historia:

“Cierto día –muchísimos años atrás - algunas personas con suerte especialísima y en forma casual, encontraron entre verduzcos montes y plomizas piedras, una imagen de Jesucristo Crucificado, espejo fiel de aquel sufrido hombre que murió clavado en la cruz para redimir al mundo infestado de pecadores.

Cuán grande sería la sorpresa, al constatar el excesivo peso de la imagen, sorpresa que se dilató enormemente cuando diéronse cuenta que era de bello metal: un oro puro de elevadísimos quintales.

Cuenta la leyenda que cuando lo limpiaron y limaron para darle el brillo apropiado, de sus costados vertía sangre. ¡Se había efectuado un milagro!: la Imagen de Cristo prevenía nuevamente a los hombres de mala fe.

En su honor y en el lugar que fue hallado, se construyó una capilla. Pero, ¡Oh designios del destino!, después de muchos años, en que el olvido había atravesado el calendario del tiempo, un perverso personajes, escudado en el disfraz de la incógnita, talvéz por lucro personal, o quizá para saciar al fantasma del hambre, se apoderó del sagrado Cristo.

Por encontrarlo se hicieron esfuerzos vanos, las esperanzas perdieron su verdor hasta que se hundieron en la fuente de la resignación.

Hubo de mandarse a confeccionar una imagen más o menos semejante y que es la que hasta nuestros días se la venera con devoción y con fe en un futuro más promisorio para nuestro suelo patrio.....”

Cuando Doña Trinidad hubo terminado el entretenido relato (que lo hemos escrito no en forma textual, ya que ella no empleó esas palabras) todos los muchachos que formaban el auditorio habíanse quedado perplejos, excepción hecha del menor de ellos, hijo de un compadre de Doña Trinidad, que tenía su residencia en Sinsao (unos cuantos minutos de camino más allá), el cual se había quedado dormido...

En efecto, en Zaruma muchos hemos oído un relato igual al efectuado por Doña Trinidad, algunos aseveran que esto es realidad, aunque otros le atribuyen a la fantasía, pero, cualesquiera que fuera el origen, ello se convirtió en una bella tradición.

Cuántos añoramos, sumidos en melancólicas reflexiones, esos lejanos y felices tiempos en que oíamos, formando un atento circulo, la descripción de estas narraciones. Yo fui naturalmente uno de esos niños más amigos de la imaginación que otros, y por eso me parecía que nuestros mayores, tenían que ser los conocedores de ello, porque los miraba como los traductores del misterio que me embargaba, de la sensación obscura que venía del mundo de afuera y de adentro, y que ellos tenían la fuerza de resolver con una mágica virtud.

Cuando estábamos alborozados en el juego, entre gritos y salado sudor, o encontrábamos sumidos en la realización de las tareas escolares, alguien, (un amigo y compañero) con voz que nos parecía celestial, nos decía entre risueño y confuso:

- ¡Mañana viene el Señor de Roma!!

Desde entonces, una inquietud invadía nuestro cuerpo.

Madrugábamos, la neblina cubría el horizonte y envolvía con su manto gris los tejados escalonados de nuestro terruño. EL sol con la fuerza de sus rayos, no tardaba en vencer a la espesa invasión gris y comenzaba a acariciar nuestros rostros.

Estábamos ya, en ese viejo barrio de “El Arrastre”, unos minutos de angustiosa espera, hasta que se oían las notas, no muy armoniosas, de una banda de músicos pueblerina, que se acercaba con vago paso por las faldas del “Cerro Gordo”, seguida por un desfile multicolor en el que intervenía gran cantidad de gente, la mayoría campesinos, engalanados con vistosos vestidos, precedidos lógicamente, por una urna que guardaba celosamente al Señor de Roma.

Después de algunos días – y eso era lo que nos interesaba- debía efectuarse el regreso de la imagen, al cual nos sumábamos, teniendo que recorrer varios kilómetros de irregular y caprichoso camino de herradura, lleno de “camellones” fabricados por el invierno riguroso y embebido de tristeza. Para que la marcha se nos hiciese menos fatigosa, íbamos siempre al lado de la “Banda” o acompañando a quien estaba encargado de hacer explotar los petardos o lanzar a los cielos los “globos” y los “cohetes”.

Mayor es nuestra añoranza al entrecruzarse en nuestra mente los vividos instantes de felicidad pasados cuando llegaba el venturoso y esperado día en que se celebraba la “Fiesta de Roma” su homenaje a la imagen de Jesucristo de la cual hemos hecho referencia.

Acudíamos al pueblo a visitar primeramente la iglesia y observar con curiosa mirada la estatuilla del Señor de Roma.

Oíamos luego en una cantina la voz quejumbrosa de una “vitrola” cuya aguja hería toscamente el carbón del disco, mientras sus notas transportadas por el remolino de las ondas sonoras, hacían llegar hasta nosotros una autóctona canción.

“... El domingo ya sabís,

Nos iremos pa’ Zaruma,

Te aguardo en el matadero,

Carita de arroz maduro...”

Y luego el discutir fogoso de los campesinos ebrios de grandeza, de quienes habían hecho presa el alcohol para sumirlos en un semi-inconsciente estado etílico (una fuerza extraña oprimía nuestros corazones, con el temor que saquen a relucir sus filudos machetes).

Una vez que el sol se iba perdiendo en fugaz carrera por el occidente y sus rayos se hacían cada vez más tenues, las campanas de la iglesia repiqueteaban alegremente, inundando el aire con su metálica sonrisa e invitando a los feligreses a depositar sus plegarias en el Templo del Todopoderoso. Más tarde, nos acercábamos a una “chingana” a llenar nuestros estómagos, sirviéndonos discretamente el popular “librillo”, acompañado de blancas y sonrosadas “cebollas curtidas”. Lógicamente, como buenos zarumeños, no podíamos

prescindir del aromático café (¡Nos servían en una taza de “fierro” una poción de “café de bolsa”, previamente endulzado!).

En la plaza no faltaba el “pan con manjar”, la mantecosa “fritada” que contrastaba con el albo “mote”, los “tamales” o la “chicha” preparada con el generoso maíz.

Cuando la noche abrazaba al pueblo con su morena penumbra y las luciérnagas engalanadas con su luminosidad intermitente nos deleitaban con su fabuloso ballet, caminábamos atraídos por una lámpara de kerosene que alumbraba con indecisa luz, allí, una viejecita, a quien el tiempo había colmado de arrugas, preparaba afanosamente la masa para las “empanadas”, nada más satisfactorio – y lo que esperábamos con ansiedad – era ver como esas empanadas saltaban a la sartén y entre pequeñas burbujas de manteca se iban dorando al mismo tiempo que abultaban su vientre, no sin antes herir tenuemente vuestros oídos con su característico chisporrotear.

La luna a su vez, mostraba su blanca y risueña faz y una brisa fría hacía estremecer nuestro cuerpo, mientras la gente bulliciosa se aglomeraba en la plaza y al son de inquietos “cachullapes” y alegres “sanjuanitos” se danzaba frenéticamente, a la par que los pañuelos taladraban el aire y las rodillas limpiaban el suelo.

Una vez que el embeleso se había apoderado de los participantes, cuando el licor corría cada vez más caudaloso y los “donjuanes” con floridas y susurrantes palabras conquistaban corazones, sucedía lo inesperado: de las entrañas de la noche, salía en vertiginosa carrera, arrojando chispas por los ojos y boca, con sus cuernos candentes y humeantes, lamiendo el ambiente con su lengua de fuego y poseída de demente bravura, una bestia dantesca: el “Toro – gente”, que ponía entre desconcertantes gritos y jocosos movimientos, en precipitada fuga a quienes encontrábamos agrupados en la plaza.

“El Toro-gente”, estaba representado por un voluntario cargando una armazón de toro, provisto de petardos, chispeadoras, camaretas y otros aditamentos de pirotecnia. Hoy todavía sale a relucir en las fiestas, pero con nombre evolucionado, ya que el vulgo lo ha rebautizado como “Vaca Loca”, de vez en cuando asoma un “chivo loco”.

Cuando las barbas empezaron a teñir nuestra cara, también sentimos el beneplácito de nuestro espíritu y entre sonrisas y aplausos, con el sombrero en el suelo y el pañuelo en la mano, envueltos en densas nubes de polvo, hicimos ondular nuestros cuerpos, al compás de las notas alegres, de la música hermosa de la Patria.

Hoy parece que el tiempo quiere pegar un golpe mortal a estas costumbres, en forma traidora pretende robarnos esas hermosas e inolvidables tradiciones; talvez se deba a los arrebatos del modernismo...las carreteras, la fuerza eléctrica, las maquinas, los átomos. Quizá una causa sea la deficiencia económica, ésa pobreza que anda al acecho para hurtarnos el bien vivir y la felicidad, o se deberá a que el idealismo ha desplegado sus alas para emprender veloz fuga de nuestro lado, dejándonos en su reemplazo al materialismo.

GOTAS DE CIELO

Gonzalo Rodríguez Calderón

2017, martes 19 de enero, la tarde empieza a morir y la noche abre sus puertas de su palacio de sombras. Estoy mirando desde la pequeña terraza de mi casa, un montón de tejados y al fondo las colinas “Calvario” y “Cerro Gordo”, así se las conocía antaño, actualmente son “Mercadillo” y “La Libertad”, Conforme el ocaso cumple su meta, la iluminación artificial de casas y calles va tomando intensidad. Lluve a cantaros, las palomas buscan resguardo bajo los aleros, la neblina empieza a asomar desde el oriente, y va cubriendo las casas, los cerros, las luces. Rueda un manto gris sobre la ciudad, y a la par, ruedan los recuerdos en mi mente. Así eran los inviernos de antes, en mi niñez y juventud los sentí acentuadamente, pues, con seis meses de invierno y seis de verano, transcurría el tiempo. Ahora en pleno siglo XXI, todo ha cambiado, ya no hay una precisión exacta de las dos estaciones, se registran veranos prolongados o el rato menos pensado cae un chubasco desordenado. El fresco y primaveral clima zarumeño, va poco a poco dejando su benévola acción, para entregarnos calores inusuales. En fin, las cosas son diferentes, el Almanaque Bristol o las predicciones de Eloy Ortega, a estas alturas no sirven de nada. Estamos en la era del “Calentamiento Global” y recién las grandes potencias y en general las naciones del mundo van despertando para dar una solución, aunque sea a largo plazo, a esta amenaza terrible.

Continúa la neblina rodando con su manto gris y el embeleso de recuerdos igual rueda y cautiva mis sentidos. ¿Cómo serían los inviernos en tiempos de la Colonia?, Mercadillo, Salvador Román, Los Montes de Oca, El Cura Juan Gómez, Damián Meneses, El Marqués de Solanda, y ese puñado de mineros y sefarditas soportando con estoicismo la crudeza invernal, los imagino con lodo hasta las canillas y con torrentes acelerados bajando por callejuelas tortuosas; la quebrada de Batearumi desbordándose y el puente “Matamulas” impedido de prestar servicio porque las aguas lo tienen cubierto. Pobres mitayos, con más agua filtrada hacia los socavones tenían que, a pico y pala, romper la roca pintado de oro.

Muchachos de escuela, jugábamos haciendo barquitos de papel para que, el agua que rodaba por las calles con su tropel espumoso lo vayan llevando, pero a los dos metros “nafragaban”.

Tiempo de “coger goteras”, los dueños de casas contrataban gente experta en estos menesteres, para arreglar el desalineado de las tejas que permitía que el líquido se filtre para ser recogido en baldes o en grandes ollas evitando que anegue la sala o la cobija del dormitorio.

No se contaba con carreteras, se transitaba por caminos de herradura, entonces, el invierno fabricaba “camellones” que succionaban los cascos de las bestias de carga. Así transcurría la estación de aguas, acá un derrumbe, acullá una casa desvencijada que se apuntalaba con guaduas.

Gajes del invierno. El sonido de la lluvia era, aún lo es, agradable, las gotas estallando en el suelo, rompiéndose en los techos, multiplicando sus golpes en las cubiertas del zinc, a veces hay un mensaje tranquilizante en este fenómeno atmosférico.

El invierno cuando descarga su ira nos empuja a un mundo de temores, de miedos, pero mayores son sus bondades que sus enojos, es hacedor de milagros, permite que la tierra nos obsequie las mieses y es de maravilla ver como los campos yermos tienden sobre si la alfombra verde. La clorofila pinta las campiñas y oleos de varios tonos dan color a las flores, a los frutos. Las pomarrosas empiezan su florecimiento, los cafetos muestran sus pepas rojas, la yuca, la papa, el camote, el sango, rompen suelos con robustos tubérculos, en fin, el paisaje cambia, la yaragua crece y corre apresurada para invadir patios cercanos, el arroz criollo se espiga en las lomas y los cañaduzales danzan al compás del viento. Los campesinos ríen, los mercados se alegran. El Haz y envés de las hojas cobran vida y miran agradecidos a las nubes.

Una amenaza mundial nos llena de escalofríos, como que nos quiere robar la regularidad y generosidad del invierno y también la calidez veraniega. La temperatura soporta un crecimiento, el mercurio en los termómetros, sube y sube, este horno encendido que poco a poco aviva sus llamas pondrá efectos negativos en el Ártico y entonces, los glaciares se enfermarán, su dureza ira debilitándose, los hielos del mundo se derretían y una moderna “caja de pandora” nos mostrará nuevos monstros, sequias, huracanes, ríos desbordados, inundaciones, elevación del nivel del mar. Nuestro mundo va sintiendo un malestar que se agrava, tiembla su cuerpo con duros sacudones que mueven tierras y destruyen pueblos, tiene nausea y vomita fuego desde sus cráteres. El mal ira diseminándose y será causa de extinción de algunas especies y habrá variaciones, e irregularidades, en el rendimiento de las cosechas.

La medicina para este enfermizo globo, debe aplicarse pronto, pues está próximo a someterse a terapia intensiva.

Que los inviernos normales regresen para diversión eterna del campo, para que el homo sapiens, se nutra de líquido vital purificado, no contaminado por lluvias ácidas ni smog perjudicial.

Anhelamos una estación de lluvias como actuaba en pasados tiempos, que las gotas del cielo sigan cayendo como perlas transparentes y milagrosas y la tierra se hinche de humedad gratificante.

Mientras tanto, que Dios perdone al hombre causante de esta debacle agobiante.

Desde mi terraza vuelvo a mirar las gotas de lluvia que humedecen los tejares y se filtran presurosas por persianas y viejos balaustres. Doy una ojeada al Cerro Calvario con una cruz grande donde Jesucristo esta clavado y anegado; dirijo mis ojos a la derecha, la casa de don Juan Ordoñez, un canaleta de lata para recoger agua del techo, de nada sirve, el óxido se lo comió y el líquido se desliza mojando una pared de tierra y bahareque que aún resiste el embate del tiempo, y bajo el alar, palomo y paloma intercambian “piquitos” en húmedo coloquio amoroso. La lluvia se muestra con más fuerza, el caudal recorre ansioso las calles retorcidas, una señora se asoma a la ventana de la casa de la familia Rogel para observar el patio de irregulares dimensiones que quedó

luego de que, por obra y gracia de una minería irresponsable, se aparezca un socavón, hueco inmenso que como ogro hambriento de otro mundo, abrió sus fauces y se tragó a la escuela la Inmaculada que ya había vencido a un siglo de existencia. La señora que atisbaba preocupada porque podría abrirse nuevamente aquel horrendo hoyo. Al referirme a la casa de la familia Rogel, considero del caso aclarar que ésta sustituyó a la hermosa casona de son Manuel Morales, una de las más representativas de la ciudad, con la típica arquitectura zarumeña; grande, con dos frentes, hacia la calle 10 de agosto el uno y a la calle Martín Samaniego el otro, esta calle cambió de dominación, actualmente se identifica como Ernesto A. Castro en homenaje a un ilustre ciudadano del cantón, nacido en Malvas, Sacerdote que alcanzó elevadas posiciones en la Diócesis de Loja, poeta destacado, autor de la letra del Himno a Zaruma.

El aguacero continuaba las golondrinas acaloradas después de largo vuelo aprovechaban aquella ducha natural y abajo, los delicados pétalos de las flores caían empujadas por el gotear del transparente líquido.

Vino a mi mente la imagen del busto de Alonso de Mercadillo, moldeado en bronce y ubicado en la calle con su nombre, el metal de seguro adquirió mayor brillo y cuando la lluvia amainó, la cara de bronce de don Alonso quedaría con unas gotas en sus ojos que se deslizaban como lágrimas, ¿sería señal de que el fundador español derramaba llanto de alegría o de dolor por las venturas o desventuras de la Real Villa?

Que tiempo habrá transcurrido, no lo sé, desde que la poetisa Mirian Álvarez Brenes, escribió unos versos, para que sean leídos por niños. A esta inspiración la tituló, “Las gotas de agua” haciendo referencia al invierno:

Las gotas de agua son bailarinas /que el traje sueltan para bailar/cuando las nubes allá en los cielos/abren los ojos para llorar/.

Cantan y bailan alegremente, / repiqueteando en el tejaz: / golpean los vidrios, ríen y gritan/.

Y antes que el agua vaya a cesar, /las gotas juntas se dan las manos/ y besan el campo para bailar.

¿Poesía para infantes? Si. Pero también para adultos, más aun para los que vivimos la senectud, momento en que nuevamente queremos ser niños.

Continuaré en mi terraza mirando caer el invierno, observando como los adoquines adquieren brillo, como la vegetación mueve sus hojas por el agua surtida desde inmensa ducha, como las estatuas se lavan, como la gente corre por las calles protegida por viejos paraguas.

EL DIABLO EN LA CALDERONA

Lo sabemos todos y especialmente los nacidos en estos lares, que van cargando con algunas décadas de vida a costas, y como consecuencia sus cabellos se han enralecido o han adquirido el color de la nieve, que en Zaruma no existía a principios de siglo un reloj público, pues el único que hay en la actualidad fue colocado en la flamante y hermosa torre de la Iglesia Matriz, muchos años después.

Para informar la hora en la noche avanzada o al amanecer, había un sereno que, además de su exclamación; ayudaba al propio tiempo a cuidar la propiedad ajena.

Pues, recorría las empedradas calles del terruño alumbrándose con un mechero, cuya luz de candela era su acompañante en el desempeño de sus labores.

Son las doce, y serano gritaba el Negro Ángel María por las callejuelas zarumeñas.

Aún más, el mismo hombre era el encargado de encender los faroles ubicados en diferentes sitios del pueblo.

El “Negro” Ángel María vivía por las alturas de la calle San Francisco y el mismo contó este tétrico asunto del aparecimiento del diablo en el sitio denominado “La Calderona”.

Por allá arriba, donde el viento sopla más fuerte, en las inmediaciones de lo que los zarumeños conocemos como “Cuatro Caminos” se encuentra el sitio “La Calderona”, un lugar tétrico que desemboca en un barranco, como que quisiera desprenderse de las alturas. Es un terreno en ángulo, funesto por su obscuridad y rodeado de rara vegetación, que da la impresión al vidente de ser extrañas criaturas. Por allí justamente cierta noche sin luna, con el único bullicio del croar de las ranas y el sonido tenebroso de los búhos, pasó un señor, sus nervios empezaron a hacer efecto pues el lugar tenía fama por los continuos “espantos” que se producían; a medida que avanzaba escuchó el ruido del agua que caía por el “chorro” y luego los cascotes de la acémila pisaban indecisos en las frías aguas de la “Quebrada”, cuando cruzó ésta y ascendió la pequeña cuesta, sintió que un bulto subió al anca del animal y lo cogió, primero de los brazos, y luego presionando por debajo de las axilas, era un ser peludo, con sus uñas como garras y un aliento de fuego que quemaba su espalda. Horrorizado pensó: Es el Diablo ¡Dios mío líbrame!

Unas dos cuadras más distante de “La Calderona” como quién diciendo acercándose a la ciudad, vivía en su modesta casa el “Negro” Ángel María, aquel sereno que deambulaba por las noches y prendía los faroles cuando el Astro Rey se ocultaba por occidente. Hincó el hombre las espuelas de bronce en el animal, pero éste a pesar de ser un robusto y veloz ejemplar, apenas podía moverse, bufaba manifestando su terror y con mucho esfuerzo lograba dar un paso,

¡Ángel María, Ángel María por Dios, socórrame! Gritaba desesperado el infortunado hombre, el “Negro” Ángel María sale angustiado a ver qué pasa y ¡Oh sorpresa! Observa que el hombre que se acercaba montando una asustada acémila y con el diablo al anca. Presuroso el sereno penetra a su casa y regresa de inmediato con un crucifijo bendito; Cristo clavado en la cruz que había

recibido en la iglesia, por muchas ocasiones, baños de agua bendita; ante esta circunstancia, el bulto maléfico se desprendió y rodó barranco abajo haciendo un ruido tremendo, su cuerpo peludo se fue perdiendo en la oscuridad, aunque sus ojos de braza, como “puchos encendidos de cigarrillo”, aún se dejaban ver de lejos, el hombre que vivió el terrorífico episodio cayó desde la silla de montar, sin conocimiento, mientras que la acémila bajaba la calle. San Francisco en carrera desenfrenada.

Unos vecinos acudieron al bullicio, tratando de ver al diablo pero fue imposible, únicamente un hombre con palidez de muerte yacía desmayado mientras el ambiente se impregnaba de un olor a azufre quemado y una fetidez de porquería.

LA REINA DE LA SIMPATÍA

Merece destacarse que esta singular y bella Sultana de El Oro, la señorial y castellana Zaruma, es la única ciudad de nuestra provincia que año tras año festeja su emancipación de España, así lo han venido haciendo desde 1820, cuando el 26 de Noviembre de ese año de los gritos libertarios, mediante un movimiento incruento, resolvió independizarse de la Madre Patria.

Cuando Zaruma conmemoraba 111 años de vida independiente, dentro del marco de las celebraciones decidieron las autoridades designar la reina de la población, cuestión que era poco usual en el medio y si se nombraba bellas soberanas, esto acontecía esporádicamente, Así sucedió, se realizó un acto que revistió caracteres de emotividad, cuando se proclamó el 23 de Noviembre de 1931 a Rosa Elvira Ordoñez como “Reina de la Simpatía Zarumeña” que era en sí la Majestad de esta tierra fundada por Alonso de Mercadillo y Damián Meneses. La Proclamación se efectuó en evento público y gratuito, en la plaza principal de la ciudad, donde hoy está el parque de la Independencia; pues, desde los balcones de la Escuela Fiscal de Niños, con toques de clarín, salvas y el general alborozo de los concurrentes, el señor Guillermo Maldonado Valencia, entonces Presidente de la Ilustre Municipalidad y responsable de los festejos cívicos, cumplió con este honroso cometido.

La coronación de la bella zarumeña se hizo por la noche en una inolvidable velada realizada en el Salón de Actos del Concejo Cantonal. La referencia detallada de este acontecimiento social y cultural la encontramos en el quincenario LA EPOCA, en su edición N°.28 del 1 de Enero de 1932. A través de ella, podemos apreciar el respeto y seriedad que se imprimían a estos actos y, a diferencia de lo que sucede actualmente, en que prácticamente las Damas de Honor están suprimidas, o cuando se las designa no se les otorga una denominación especial, en esa oportunidad, cada una de las señoritas de la Corte, tenía por disposición de Su Majestad, una curiosa y nominación designación, lo apreciamos en el artículo que por ser de historia y de añoranza, sin más rodeos lo reproducimos de inmediato: VELADA LITERARIO MUSICAL: Son las nueve de la noche. El Salón de Sesiones del I. Concejo, iluminado a “giorno” y artísticamente adornado, es una policromía: Hemos tomado palco con antelación, por temor a quedarnos sin él. Empieza a llenarse el recinto de gente elegante: mujeres con abrigo de piel, boínas ladeadas y vocecitas de canario, caballeros con traje de etiqueta, perfumados, correctos, ocupan todos los asientos hasta que hay plétora de público. La velada en honor a Su Majestad Rosa Elvira I. Reina de la Simpatía Zarumeña y de su Corte Real, se inicia y se desarrolla de acuerdo con el programa especial formulado para el efecto. En un bien trazado discurso hizo la presentación de la Velada el Sr. Humberto Reyes S. La exaltación al trono y Coronación de su Majestad Rosa Elvira la hizo el Sr. Guillermo Maldonado, con un brillante discurso literario, en su doble carácter de Presidente del Concejo Municipal y del Comité Central.

Hubieron dos alegorías: la de la libertad y la de las Cinco Parroquias del Cantón Zaruma, rindiendo homenaje en trajes típicos y con ofrendas naturales a la Reina de la Simpatía; ambos hermosos cuadros presentados por la señora Victoria Astudillo de Galarza. Directora de la Escuela Fiscal de Niñas, siendo el último ofrecido por el niño Reinaldo G. Maldonado. Una vez en el trono, su

Majestad publica sus edictos, pletóricos de amor y de bondad para sus vasallos, por medio de su Secretario Real, el señor Porfirio Crespo C., formando su Corte de Honor con las bellas y espirituales damitas Rosa Román Hidalgo, Dama de la Confianza de su Majestad, Irma Jenny Espinoza Román, Dama del Espejo; María Esther Rodríguez Calderón, Guardadora del Joyero y Rosa Tulia Astudillo Castillo, Gran Florista de su Majestad; y nombrado para Consejero Real al señor Héctor Emiliano Valverde. También pronunció un Importante discurso el señor Pacífico Maldonado, y el Dr. Miguel E. Cabrera recitó su bonita composición titulada “La Música”. La orquesta amenizó todos los actos y deleitó al público ejecutando, entre otras piezas, sus producciones: “Reina de la Simpatía”, pasodoble, y el sentimental pasillo “Rosa Elvira 1^{ra}” además “La Época”, marcha del señor Segundo Cueva Celi; “Zarumenita” pasillo por el señor Francisco Paredes H., y otras. La Velada fue un derroche de arte, de buen humor, y de literatura, que constituyó un verdadero homenaje a Su Majestad, quien finalizó el acto agradeciendo la manifestación, con un galante discurso.

NOTA: *Aún se conservan fotografías, con la Reina y sus Damas paseando en lujoso automóvil convertible resguardado por policías o “carabineros”, como se los conocía.*

EL MAL Y EL BIEN

Si los niños llegan a leer esto, en buena hora. Ya cuando jóvenes, adultos a ancianitos con bastón y pies arrastrados, cada quien buscará su senda en concordancia con la vida que se lleve, si llenamos la multicolor alfombra zarumeña con pecados de diversa índole., de hecho iremos al infierno a tostarnos como fritada en una inmensa paila con aceite hirviendo, o si tomamos la senda del bien viajaremos al cielo a aquel paraíso donde las virtudes caminan airoas y la paz es la norma de existencia. De repente algún enojado nos manda a los quintos infiernos, ¿existirán cinco de ellos como fraguas candentes?

Esto del infierno y el cielo, más que todo sirve para controlar nuestras acciones, si blasfemamos, robamos, matamos, traicionamos, calumniamos, etc. derechito iremos a la mansión de Lucifer, todo lo contrario, si actuamos con el bien como bandera de presentación, en los diversos campos, Dios, nos abrirá las puertas del cielo y San Pedro, nos ira ingresando de uno en uno.

Nuestros padres nos decían que los niños que no cumplen los deberes, aquellos que no quieren servirse la sopa, los desobedientes, los que pasan en peleas con otros niños, en fin, irán al infierno. Bueno no es para tanto. Lo que si habrá un espacio, en el Limbo para los terrícolas con pecados veniales. “Pecadillos” diríamos, como aquel denunciado cuando de niños nos confesábamos “acúsame padre que le robé dos panes a mi mamá”.

Lo del infierno, lo del cielo, es un misterio. Los católicos creemos en ello, pero hay sectas, ateos, hay materialistas que borran esto y dicen que con la muerte todo se acaba, allí los huesos, la carne, se vuelven polvo, todo ha llegado a su fin, no hay otro camino. Bueno, lo de los creyentes y lo de los no creyentes nos entrega un largo ovillo que hay que desenredar.

Amalia Domingo Solar, en su libro “Cuentos Espiritistas” (Casa Editorial MAUCCI, Barcelona), en página 118, con el título “Los Pequeñines” empieza, en su primer párrafo, pintándonos el episodio de un niño de madura inteligencia, que luego fue hombre de grandes ejecuciones:

Leamos:

Los seres que atraen más mi atención son los niños. Estaba el pequeño Enrique, hace algunos días, en la baranda de la escalera de su casa, dispuesto a descender por ella rápidamente, cuando acertó a subir una señora, amiga de su madre, la cual, viendo al travieso chicuelo expuesto a romperse la cabeza, le dijo:

- ¡Detente grandísimo bellaco!: ¿no ves que te puedes caer y te vas a matar? Y como eres tan malo, irás derechito al infierno.

¡Ah! ¡Eso sí que no! - dijo el chiquillo-. Ni me caeré ni me iré al infierno.

- Sí que irás – replicó-, ¿no ves que eres malo?
- Pero, si no hay infierno, ¿Cómo he de ir?
- ¿Cómo que no hay infierno? ¿Qué estás diciendo?

- Lo que oyes; ahora mira, hay una religión nueva que es la de la verdad, y esa dice que no hay infierno.
- Pues la mía dice que si – replicó la devota, mirando al niño con severidad.
- ¡Ah! porque tu doctrina es vieja y embustera, contestó el rapaz con gran aplomo

La señora escandalizada, en cuanto vio a la madre de Enrique le contó lo ocurrido

Hizo venir a su hijo y le preguntó:

- Dime hijo mío ¿ quién te ha enseñado esos religiones nuevas y las cosas que dices?

El niño miró fijamente a su madre, se llevó la mano a la frente y le contestó con cierta resolución:

- Yo lo inventé. Yo que me las pienso.

Y este librepensador tendrá a lo menos siete años cumplidos de edad.

Con este ejemplo, seguimos nosotros con el tema. Para hacerte una idea del infierno, escribe otra dama: Lucrecia Rego de Planos (Catholic.net), imagina el lugar más horrible que puedas, quítale todo lo bello que le quede y llénalo de las cosas más repugnantes y aterradoras, imagínate haciendo lo que más aborreces, sufriendo unos dolores indecibles en todo el cuerpo, contemplando imágenes espantosas, escuchando sonidos estridentes y desafinados, experimentando los sabores más amargos, sufriendo con los olores más desagradables, sintiendo en tu corazón los peores sentimientos: envidia, celos, remordimiento, rencor, odio.

Después rodeado de las personas más abominables que te puedas imaginar: orgullosas, envidiosas, egoístas criticonas, satíricas, sarcásticas, sádicas y degeneradas.

Esto puede ser una imagen de lo que es el infierno.

Continuamos con nuestro empeño. La Divina Comedia es la obra inmortal de Dante Alighieri. Según su escrito, viajó al infierno a los 35 años, un Viernes Santo del año 1300, recorrió todos los círculos en 24 horas. Al infierno lo describió en forma de embudo o cono invertido el cual ésta dividido en círculos, del más grande al más pequeño, metidos todos en una atroz topografía. Los cinco primeros forman el Alto Infierno, los 4 últimos el Infierno Inferior, allí hay sepulturas, pozos, despeñaderos, arenales y pantanos, en el ápice está el diablo o sea Lucifer.

Una roca abierta comunica con el purgatorio. A propósito de Purgatorio, aquí en Zaruma un sector llevaba este nombre, pero los moradores analizando que los consideren como entes que están purgando pecados, le cambiaron de denominación.

Describe Dante a Lucifer, como un demonio de tres cabezas y dentro de la boca de la cabeza principal se halla Judas, a quien mordía con filosos colmillos, mientras el traidor gritaba de dolor.

De acuerdo a los pecados, mientras más malos hayan sido te ubican cerca del diablo, los pecadillos de poca monta están situados en los círculos más extremos, uno de ellos el Limbo, allí están los “paganos virtuosos”, los no bautizados.

Nacido en Zaruma, es un dilecto amigo, actualmente radicado Machala, hijo del afamado compositor e intérprete José Antonio Jara; siguiendo la tradicional costumbre de motejar a los congéneres, le decíamos “diablo”, no he logrado conocer el porqué de ese apelativo. Y por rincones de la ciudad hay unas diablillas y unos diablillos. Años, muchos años, han quemado calendarios, desde que la vía Alóag – Santo Domingo, un hábil maquinista esculpió en una roca la imagen del demonio, que se popularizó, era el “Diablo de Tandapi” y en nuestro lar no faltó que a un paisano lo llamarán de esa manera.

Y vamos a la contraparte: el Cielo. Todos queremos ir allá, rezamos, procuramos ser buenos aunque nos es difícil. Pedimos a Dios, cuando alguien fallece, familiar o amigo, que lo recoja. En fin el cielo es una esperanza por eso hay que practicar el bien y alejarnos del mal. En el cielo no hay lugar para el pecado, si pecamos en la tierra se bloquea el camino al cielo. El cielo es la morada de un Dios santo y justo.

Nos toca decidir.

La moral, la urbanidad, la cívica, eran materias obligatorias de enseñanza en escuelas y colegios, que formaban nuestra personalidad y nos inducían al bien, ojalá en nuestros templos del saber, que los voy a nombrar a la usanza zarumeña, la Gabriela, la inmaculada, la Ciudad de Zaruma, la San Juan Bosco, el centro Escolar, el Nocturno, el 26, la Sultana, pueda lograrse que este tipo de enseñanza vuelva a trascender en las aulas y en el alma misma de los educandos.

El Curita Godoy, gordo, alto y con gruesa y negra sotana, tan popular en las comarcas zarumeñas, párroco del Campamento Minero de Portovelo, cuando alguien le pregunto:

- Padrecito ¿hay infierno?
- No lo sé, hijo, pero si lo hay, ¡estamos jodidos!

EL TREN

Zaruma es una tierra legendaria pues, lleva en sus páginas muchos hechos, leyendas o tradiciones que se han acumulado en los siglos de su existencia. Preocupado el autor por estos acontecimientos ha escrito algunos folletos que recogen vagamente algo de ello, pero la temática es inagotable, razón suficiente para no quedarse estático y continuar con esta recopilación que es parte de la vida zarumeña de ayer o de hoy.

Nos referimos ahora a un hombrecito pequeñín, cuyos pies descalzos recorrieron las calles de la Villa y sobre todo trajinaron raudos, por mucho tiempo, por el camino que une a Zaruma con Portovelo por la cuesta de El Castillo; este hombrecito usaba sombrero, de paja unas veces y de paño otras, y alcanzó mucha popularidad en la Sultana de El Oro y, en el entonces Campamento Minero de Portovelo, recordamos que se llamaba Fidel, pero casi nadie lo conocía como tal sino con el mote de “El Tren”.

Desde algún lugar serraniero, llegó a estos lares, abandonando su choza, sus cerros acariciados por el viento frío, sus trigales mecidos por las brisas. Llegó a Zaruma por los años 30 y encontró un trabajo muy peculiar, transportar la comida preparada a los hombres que viviendo en esta ciudad, laboraban en Portovelo, Campamento al que se trasladaban todos los días. Para su trabajo don Fidel se olvidó del poncho compañero y lo abandonó en algún rincón del cuartito en que vivía.

En un comienzo llevaba tres o cuatro portaviandas, pero más tarde fueron diez, quince, veinte y para ello tuvo que hacer funcionar su imaginación: en dos tiras de fuerte madera, de tres metros cada una, aproximadamente, ataba con seguridad en cada una, diez portaviandas repletas de olorosa y apetitosa comida.

Era puntual, exacto como tren, cumplía su itinerario a cabalidad y las horas de salida y de llegada no podían fallar. Por eso, antes de las once de la mañana esperaba las portaviandas frente a la Iglesia Matriz y acumuló sus “vagones”, a las once en punto, balanceaba sus varillas, y un viraje en la casa del maestro Encalada posteriormente algo similar en “La Bomba” y luego sí a trotecillo lento, sin jamás disminuir este ritmo, bajaba y bajaba hasta llegar a su “estación”. Las personas que vivían a la vera del camino no necesitaban reloj simplemente veían pasar “el tren” y sabían la hora exacta.

La cantidad de portaviandas que llevaba, que eran los “vagones”, y el choque que se producía entre ellas, que significaba el ruido del motor sumándose a ello el trotecito de don Fidel, fue suficiente para que la chispa zarumeña lo rebautizara con el apelativo de “El Tren”.

Es de destacar que en sus hombros llevaba dos alforjas allí ponía las botellas cerveceras o de cola que habían sido llenadas con café endulzado, limonada o “pinol” y tapadas con un corcho o un pedazo de tuza. Cargaba más o menos veinte botellas y todas eran entregadas a sus dueños sin equivocación, aunque muchas tenían similares características. Algún zarucho cierta vez con el afán de molestarlo y más que todo para ver indicios de equivocación le presentó diciéndole que

la botella con café no era la que le pertenecía, pero “El Tren”, sin inmutarse, y con solemnidad contestó: ¡Esa es! Y en verdad que esa misma era.

“El Tren” era exacto en su arribo a Portovelo; todos los días llegaba faltando cinco minutos para que suene “el pito” de las once y media, que era señal de descanso para que los trabajadores almuerzen. Se “estacionaba” en las inmediaciones de las Oficinas de la SADCO donde había un espacio verde con unas bancas de madera y allí entregaba a cada uno su apetitosa carga aun calientita. Varios le hacían partícipe de su almuerzo y terminado el mismo, recogía las portaviandas, las ataba a las liras de madera y emprendía su retorno por la empinada cuesta de El Castillo, con el mismo trotecito de siempre.

Cuentan que un comienzo cobraba dos reales por cada portavianda y que conforme pasaron los años este valor subió a \$1.20.

Así transcurrió la existencia de nuestro querido Tren. Al terminarse la South American Development Company que era la compañía yanqui que explotaba el oro también se terminó el Tren dicen que incógnito murió en un rincón zarumeño aunque otros sostienen que regresó a su choza asentada en los cerros acariciados por el viento para dar descanso a sus cansados pies y musculosos brazos y dedicarse a mirar apacible los trigales movidos por la brisa.

Pues sí mis amigos aunque parezca imposible Zaruma ha tenido su propia e increíble locomotora.

NOTA: Este relato fue incluido en el libro *SUEÑOS Y PALABRAS* texto de Castellano para 4^{to} grado, de la autoría de Mónica Burbano de Lara y Alicia Velasco de Rivera. Grupo Editorial NORMA EDUCATIVA.

MOLLOCO VS TIGRILLO

A nosotros los Zaruchos nos parece algo normal ver a los foráneos que gozan de nuestra hospitalidad como les concita la atención ese constante y diario tum tum, que desde que el sol se afianza con su luz después de una noche de descanso, se oye por doquier.

Verdad es que desde las seis de la mañana en los hogares zarumeños empieza a oírse un golpetear que proviene de las diferentes cocinas y ese tum tum es el grito de las “piedras de moler”, una pieza pétrea, relativamente grande con una concavidad (o dos) y otra pequeña que se aprisiona con la mano, con estos dos objetos se “maja y se maja” el sabroso plátano para elaborar el popular molloco, algo casi insustituible en los desayunos zarumeños. Si con lógica pensamos la deducción nos llevará a comprender que el plátano es previamente “cocinado” o preferiblemente “asado en brasa”, es puesto en la piedra con su concavidad y empieza el tum tum hasta lograr obtener una bola ligosa y provocativa y no se piensa que el “molloco” o el “majado”, como también se lo llama, es únicamente una bola de plátano se le adiciona maní y como una verdadera magia gastronómica obtenemos el “molloco de maní”, sabrosísimo con un huevo frito al lado, pero con un huevo “criollo” de aquellos de yema bien colorada puesto por una gallina que picotea alegremente en las campiñas.

Pueden, las manos hábiles de las amas de casa entregarnos para deleite de nuestro estómago, el molloco de queso o bien un majado de chicharrón. Todos ellos son deliciosos, de allí el justificativo del continuado tum tum mañanero. Los “mollocos” son para Zaruma lo que los “Bolones de verde” son para el resto del país.

Sin embargo no se crea que el matutino tum tum es únicamente para el molloco, lo es también para el tigrillo, las mismas piedras de moler, amasan el plátano y luego desmenuzado en la sartén que ya tiene su lecho de manteca caliente, se mezcla con huevo, queso y cebolla que es opcional y tenemos ya el afamado “Tigrillo”.

Pensamos los zarumeños que estos dos deleites del paladar, son extraordinariamente buenos, y siempre en el ring de nuestra diaria existencia estarán presentes Molloco vs Tigrillo y, únicamente nosotros, en calidad de jueces tendremos que otorgar a uno de ellos el triunfo. Difícil problema que desde que Zaruma descubrió el plátano y la piedra de moler, no se ha podido dilucidar.

Hasta aquí este articulillo escrito en 1979, ya han pasado muchos años, como cuarenta y pico...

Para esta nueva edición que presentamos incluimos el siguiente aditamento:

EL “TIGRILLO” NUESTRO DE CADA DÍA

El “Tigrillo” es una comida típica de Zaruma. Ni la historia, la Antropología, el Costumbrismo Social o la Tradición oral o escrita han determinado sus orígenes, se considera, sin embargo, que viene de épocas tempranas y que los antepasados, aprovecharon el plátano que se produce en Zaruma y en sus entornos agrícolas, así como el queso elaborado, en los mismos espacios geográficos más los huevos de gallina que era posible obtenerlos mediante una crianza casera de las aves

ponederas. En base a estos ingredientes, nació el Tigrillo, pero, ¿Por qué este delicioso bocado fue bautizado como tal?, la explicación es sencilla de acuerdo a la metodología de preparación utilizada por nuestras abuelas y bisabuelas: al plátano una vez que se le ha quitado la corteza, se lo ponía a asar en carbón, y cuando estaba en su punto, era molido en piedra con concavidad que, con el golpe de otra piedra pequeña que podía ser manejada con la mano, permitía obtener una masa que era desmenuzada. En una sartén con un leve lecho de manteca, se revolvían los huevos para agregar de inmediato el plátano “desmenuzado” después queso y sal a gusto, todo esto se mezclaba con cuchara de palo. Surge, entonces el apetitoso “tigrillo”, en acción comparativa, se lo bautiza como tigrillo, porque el plátano al ser asado al carbón queda con manchas negras, y al mezclarse con los otros elementos, obtiene un color amarillo con pintas negras, similar a la piel de aquel animal, de especie felina, conocido vulgarmente en la zoología como tigrillo.

Cuando nació este plato típico, en Zaruma no había aun energía eléctrica, tampoco existían las cocinas de kerosene o de gas como en la actualidad; el combustible era la leña y ésta, encendida, dejaba carbonizado a los maderos, lo que se aprovechaba para el asado correspondiente.

El modernismo fue cambiando la receta primigenia, ya al plátano no se lo asa, salvo rarísimas excepciones, simplemente se lo coce o se lo fríe. La llegada de las “procesadoras de alimentos” que en Zaruma se las conoce ocurridamente como “molloqueras” facilitó la tarea, las piedras de moler o los batanes fueron arrinconados para el recuerdo. Se adicionaron otros elementos a la receta, cebolla, que se fríe en la misma sartén, y además de los huevos y el queso también se le complementa con una porción de “cuajada” que es un producto derivado lácteo que se elabora en las campiñas, y en estos tiempos, costumbre nueva es agregar a la preparación, una porción de carne de cerdo frita o a la plancha.

Queda delicioso, y el “Tigrillo” sigue llamándose tigrillo, aunque sin aquellas manchas negras, porque muy pocos son los que asan los “verdes” en las brasas ardientes de carbón.

Esta comida típica zarumeña salió del reducto donde ha estado custodiada por años, ahora ya es conocida en el país y también en el exterior porque los zarumeños que han engrosado las corrientes migratorias a diferentes países, no pueden vivir sin el tigrillo y lo han difundido, y, los extranjeros que lo han degustado sienten en su paladar las delicias de este plato tan tradicional, símbolo de verdadera zarumeñidad. Recuérdese, eso sí, que el complemento para saborear el “tigrillo” es una humeante taza del aromático café Zaruma.

LA CURA DIFUNTO

Los veteranos pueden atestiguarlo, pues era una costumbre arraigada el hecho que los campiranos que llegaban a la ciudad por lo general acudían a la hospitalidad zarumeña para que en tal o cual hogar les brinden posada a fin de pasar la noche, Amparado en esta costumbre llegó cierta vez un señor del campo con su sombrero de chazo y una alforja con adornos caprichosos en rojo y blanco, donde una dama amiga que habitaba en su casa ubicada en el antiguo barrio del Matadero, una vez que la posada fue concedida dejó amarrando su mula en un pilar de la casa y avisó a la dueña que iba de inmediato al centro a buscar remedios para un familiar que estaba en estado de muerte.

Había solicitado posada por la noche y cuando retornó con los remedios eran las primeras horas de la madrugada, Agradeció la benevolencia de la señora y avisó que se regresaba a su pueblo de origen, la generosa dama insinuó que se quedase hasta que amanezca y salga el sol, pero el campesino indicó que ello era imposible porque la gravedad del enfermo no esperaba y emprendió su viaje montando en su fiel mula café.

Al pasar frente a la Iglesia de San Francisco, se sorprendió al oír que las campanas llamaban a misa y no quiso perder la oportunidad de asistir al Santo Oficio lo que aprovechará para rogar por la curación de su enfermo familiar.

Ató la bestia en un poste y desde afuera vio que la puerta de la Iglesia estaba abierta y por dentro iluminada con velas que lloraban lágrimas blancas y emitían luz amarillenta que hacían danzar sombras en la pared de tierra y bahareque, se adentró nuestro hombre al templo y con sorpresa vio frente al altar a un sacerdote desconocido cubierta su cabeza con una capucha que apenas dejaba ver su cara, el extraño y desconocido cura le hizo señas de que avanzara hasta donde él estaba. Así lo hizo el creyente campesino zarumeño y al acercarse vio sorprendido que el rostro del sacerdote que apenas se dejaba mirar tenía un color de hueso y sus ojos hundidos, dijo el sacerdote: Estoy de viaje más antes debo celebrar misa pero como el sacristán no está te ruego hijo mío que hagas sus veces.

Asintió el buen hombre y ayudó como acólito a que el desconocido sacerdote oficiara la misa.

Terminada la ceremonia el religioso le dijo que él era un ánima que cierta vez había cobrado mucho dinero por celebrar una misa que nunca celebró, que el dinero lo gastó en diversiones y que por esta estafa el Dios Supremo lo convirtió en un alma en pena que debía officiar la misa en todas las iglesias del mundo. Luego se quitó la capucha y su rostro era una calavera.

El hombre apenas avanzó a salir de la Iglesia de San Francisco, al hacerlo, se cerraron las puertas y se hizo la obscuridad acompañada por el silencio total dentro del templo. Eran las dos de la mañana.

Avanzó a desatar la bestia y montaba pero el animal también asustado en el lugar de seguir su camino retornó a la casa de la señora que horas antes le había brindado posada.

La dueña oyó que llegó una acémila y algo cayó pesadamente. Se levantó y sorprendida vio que aquel hombre a quién había ofrecido su hospitalidad y al que había sugerido que no salga de viaje en tan tétrica noche estaba tendido en el suelo “mascando espuma”. Gracias a la ayuda de vecinos lo entraron a casa y lo socorrieron con aguas aromáticas y un sorbo de “coñac”; cuando recuperó el conocimiento contó lo ocurrido y los presentes se persignaron horrorizados.

Dijo el hombre que mientras no aclare totalmente el día, no daría un paso fuera de la casa, aunque fallezca su querido familiar. Así lo hizo y por bendición su pariente sanó, venciendo a la muerte en tan desesperada lucha.

El campesino hombre bueno y trabajador por mucho tiempo se preguntó ¿Por qué sería que a mí se me pareció el cura difunto? Cuando contó este hecho en su pueblo, todos se burlaron, creían era una broma.

EL ARROZ MOTE

Hilaridad me causa recordar a aquel foráneo que dijo en tono burlesco: “Los zarumeños comen barbaridades, le meten arroz mote, café de bolsa o molloco de maní.....! Y se quedan tan orondos,.....!”

Mi espíritu bulle de sentimientos, pero al mismo tiempo ríe de aquel individuo que osó criticar las cosas nuestras.....Si!, cosas muy nuestras que sobreviven en el transcurso de los años.

Algún zarumeño que no haya saboreado un arroz mote, una taza de café de bolsa o un regordete molloco de maní, no debe preciarse de tal, porque eso es lo bueno de Zaruma, tener sus cosas típicas, sus platos propios, sus manjares especiales.....tan buenas cosas que hay que defenderlas de toda depredación, de todo olvido.....de todo ingrato. Si bien es cierto que el “café de bolsa” o de “chuspa” se lo toma en otras partes y nuestro “molloco” también es conocido en otros rincones aunque por allí se lo llame “molido” o “bolón”, la verdad es que el arroz mote, es auténtico zarumeño, nacido, bautizado y confirmado en esta Sultana y es parte de nuestra costumbre, de nuestra vida y de nuestro estómago; es más autóctono, además porque es arroz nacido en nuestra comarca, claro, un grano revestido del más auténtico criollismo, entiéndase bien, más sabroso es el arroz mote cuando se lo prepara con la gramínea criolla, y es que debe ser así, porque ese arroz nuestro, esa planta que “tiene por fruto un grano oval, blanco, harinoso y comestible”, esa planta que con sus doradas espigas se balancea juguetona con los arrullos del viento en las riberas de los ríos o en las laderas de las lomas, esa planta que pródiga nos da sus mieses para ayudarnos en el sustento alimenticio diario, esa planta, pues, es la que da origen al arroz mote.

Blanco y humeante, sin sabor a nada, porque no tiene ni sal ni dulce.....ni manteca ni especias, es un arroz puro, ciento por ciento puro.....Más, no se rían ustedes, que los zarumeños no somos tontos, calentito, calentito, lo entreveramos con queso, y cuando ya se hace hilachas, es cuando lo “engullimos”.

También solemos comerlo con carne de chanco asada, escogiendo aquella seca que durante algunos días ha estado expuesta al sol, tendida en el alambre de secar ropa.....pero si es de chuparse los dedos y este momento, solamente de pensar se hace “agua la boca”.

Tontas criaturas las que no les gusta el “arroz mote”.

Hay paisanos ausentes que retornan a su lar y lo primero que piden es un plato de arroz mote, nobles conterráneos, sinceros hasta la muerte, aferrados a nuestras costumbres y tradiciones. En cambio existen otros que llegan agringados y olvidándose de lo nuestro, solicitan presurosos un “Chateubriant”, un “jamón a la tetrazinni” o un “spaghetti”.....pobrecillos, cuanta pena nos causan.

Es justo gramínea generosa que te hagamos homenaje, es justo que rindamos tributo a quienes te cultivan, a aquellos que con sus manos encallecidas te siembran y te cuidan, “pajarean” cuando

llega la época y te cosechan con sudor y con júbilo, para bien del bolsillo de ellos y para satisfacción de las cavidades gástricas de muchos zarumeños.

LA TACONA

El buho de traje gris lanzaba sus sonidos guturales a la media noche, mientras en las casas se empezaba a apagar las luces para el descanso cotidiano y la entrega rutinaria en los brazos de Morfeo.

Las calles solitarias únicamente convivían con el frío del pavimento. El silencio era cada vez más prolongado, roto a intervalos por el aullido triste, lanzado por un perro desde el Cerro Gordo. En fin, se engendra la madrugada en contubernio con penumbras y silencios. Llega la calma, tan quieta y tan silente que se torna misteriosa; de repente, raros sonidos hieren el ambiente callado, es el caminar de una dama que baja la empinada calle San Francisco. Toc Toc, golpean los tacos de sus zapatos en el cemento. Los curiosos levantan el cortinaje para averiguar quién es aquella dama solitaria que camina pasada la media noche.

Algunos de los testigos dijeron no haber visto nada pues sólo escucharon los misteriosos pasos, otros, en cambio, manifestaron que vieron una dama de blanco cuya figura llegaba ya al final de la calle San Francisco para perderse en el recodo de la calle Sucre.

En los días subsiguientes los vecinos comentaban lo acontecido. Yo sólo oí los tacos pero no vi nada, decían unos. Yo vi una mujer solitaria, aseveraban otros.

La cuestión se repitió durante dos, tres, cuatro en fin, muchas noches. La dama misteriosa con sus sonoros tacos bajaba por calle en declive. La noticia se difundió en Zaruma como llama en reguero de pólvora y ahora la fantasmagórica figura rondaba por otras calles de la ciudad.

- Yo observé cuando bajaba por la calle 9 de Octubre, era como un bulto blanco que luego desapareció!.
- ¿Será un espanto, tal vez un alma en pena?
- Que espantos ni que boberas. Han visto ustedes a la señora Flor Marina que madruga todos los días a misa.
- ¡No, hombre, no, es que esto no es a las cinco o seis de la mañana. La aparición es a las doce de la noche o una de la madrugada.

Como el personaje de esta reseña hacía sonar fuertemente sus tacos, el vulgo pronto la bautizó como “La Tacona”.

La fantasía empezó a forjar mil maneras de descripción: Yo me quedé esperando – decía alguien – y cuando ya la alcanzaba, desapareció.

No faltó quien asegura que vio un solitario par de zapatos de mujer con tacos altos, que caminaban sin pies ni cuerpo alguno por las calles y se perdían en los zaguanes húmedos.

De todo esto se alertó a la policía y a los guardianes nocturnos, pero ninguno, en varios días, observó nada.

Zaruma vivió con esta intranquilidad y tan indescifrable misterio, durante muchos días, hasta que por fin en una clareada y fresca mañana, cundió la noticia de que “La Tacona” había sido localizada. Por abajo, en el sitio denominado “La Bomba”, un decidido trasnochador, con unos cuantos tragos adentro, vio pasar a “La Tacona” por la calle que conduce al hospital. La sigue, a pesar de que su corazón golpeaba fuertemente en su pecho y su piel estaba erizada como que fuera de gallina. Coge a “La Tacona” que vestía un manto blanco y. ¡Oh sorpresa!, la atormentadora dama misteriosa no era tal, se trataba de un señor que por ser evangelista se dedicaba a difundir los preceptos de la biblia. Un hombre más bien delgado, de media estatura, que según declaró había hecho aquello para asustar a los zaruchos, haciéndoles creer que se trataba de algo misteriosa y divino que llegaba a estos lares para ahuyentar a las gentes del pecado y conducirlos por los caminos del Señor.

Relato tomado del libro “Cerro de Oro” del G. Rodríguez C.

EL HOJALATERO DEL BARRIO

Ha sido la calle 9 de Octubre el lugar de mis juegos infantiles, de mis andanzas juveniles, con unos cuantos años auestas, sigo viviendo en esta barriada.

En esta calle había un viejo edificio de madera que fue demolido hace unos años para construir una casa de hormigón del señor Víctor Campoverde, a este antiguo edificio de madera, de dos plantas, se lo conocía con el nombre de “convento viejo”, en un cuarto de la planta baja vivía el hojalatero del barrio, don Néstor Vélez, un veterano delgado, alto con el pelo que le iba blanqueando a medida que transcurría el tiempo. Don Néstor pasó más tarde su taller a la casa de los herederos de la familia Galarza, ubicada en la misma calle, unos cuantos metros más arriba.

Allí el maestro hojalatero, fabricaba regaderas, hacía embudos, construía canaletes para recolección de aguas lluvia, mandaba al mercado lámparas de kerosene, etc. Muchachos entonces, nos gustaba ver los trabajos y la habilidad de don Néstor y él nos admitía gustoso conversaba, nos permitía coger retazos de lata para cualquier travesura infantil. Pero a medida que el peso de los años le iba cayendo, su carácter fue cambiando, el hombre bonachón y generoso se fue tornando serio y poco comunicativo y en sus últimos años “no aguantaba pulgas”, y cuando los muchachos resbalaban presurosos en las tablas (tablas que se les ponía sebo, esperma, grasa, etc.), y con un niño trepado encima, se las hacía deslizar por la calle empinada y empedrada; había que cargar esta tabla a la cumbre de la calle para bajar nuevamente, presurosos, impulsándose con las manos), este bullicio le molestaba y ya que la muchachada no le obedecía en sus requerimientos de no hacer tanto escándalo, les hacía una broma poniendo vidrios o tachuelas en el suelo para que no haya como impulsarse con las manos.

Cuando la pelota de los juegos callejeros, por desgracia iba a parar en su taller, era devuelta pero con un hueco hecho con el cautín caliente.

Sin embargo, no todo era así, en sus aburridos días de vejez, lo que no aguantaba era el bullicio y el molestar de los muchachos, pero en cambio era caritativo y afable con la gente y tenía “chispa” para hacer sus pasadas a personas ingenuas para lo cual existían planes premeditados con don Aparicio Lituma y don Carlos Cely.

El hojalatero del barrio fue un personaje muy conocido en la ciudad y en sus últimos años lo acompañó su fiel amiga, la famosa lora de Don Cándido Rodríguez con la que conversaba todos los días y disfrutaban juntos del almuerzo, cuando el sol hacía caer sus rayos verticales sobre esta tierra prendida en las estribaciones de la cordillera de Vizcaya.

EL GAGON

Silba el viento en el follaje en la fría noche de invierno. La neblina gris y espesa cubre el poblado. Se nota un esfuerzo inútil de los bombillos por brindar con mayor claridad su luz artificial. Los zaguanes engendran obscuridades tenebrosas. Un perro aúlla debajo del tablado, mientras la lechuza agorera lanza su pregón de terror y de misterio. Es una noche de presagios tétricos y la gente se “acurruca” entre las cobijas.

De repente se oye un gemido, voces guturales de escalofrío, una mezcla de palabras, llanto y carcajadas.

¡Es el gagón! Murmuran quiénes escuchan. Alguna mujer anda viviendo mal ¡Dios la libre! ¡Dios nos libre!

Es la leyenda del Gagón algo que nadie desconoce en Zaruma.

Nuestras abuelas cuando se “apagaba la luz”, nos reunían en círculos y nos narraban leyendas, consejos y “ejemplos” y nunca faltó aquel de los gagones.

Muchachos curiosos, nos gustaba escuchar todo esto aunque los nervios nos invadían y no deseábamos ir a la cama porque nos daba la impresión que las brujas con su escoba iban a entrar por la ventana, que el gagón nos gritaría su tétrico pregón en nuestros oídos o que el muerto nos “jalaría de las patas”.

Se nos decía que los gagones gritaban como los gatos cuando en las noches, rompiendo los tejados, realizan sus andanzas amorosas. En verdad que da miedo oír a los felinos con ese maullar desesperante y aun en la actualidad surge siempre la duda: ¿Serán los gagones?

Los seres de esta leyenda son pequeñitos, con un sombrero negro grandote y como no falta quién asegure que los han visto, dicen que su cara es arrugada, sus cejas espesas y sus uñas afiladas. ¿Será verdad?

Como esto es una leyenda, simplemente es fruto de la imaginación.

De ser realidad no queda otra cosa que aplicar el pensamiento de aquel Santo Filósofo que nos dijera con serena realidad: ¡Ver para creer!

Esta cuestión de los gagones, no es algo que se comenta únicamente en la ciudad, también en el agro existe la leyenda en donde, por la sencillez de su gente, se da más tinte de realidad a este tenebroso asunto.

Yo, curioso por recoger estas notas de leyendas y tradiciones, escuché atento una tarde en una molienda rural, hablar de los gagones. Puse mucha atención y fijé mi mirada en la que ponían los humildes campesinos que escuchaban la narración con la boca abierta y los ojos saltones.

El olor del guarapo nos llevó a esos rincones. El trapiche crujía animosamente mientras trituraba la caña dulce. Los asnos “jateaban” el vegetal, a la vez que una mula daba vueltas halando un largo palo que hacía funcionar la máquina.

El dulce líquido con el jugo de naranja agria deleitó mis papilas gustativas y en más de una ocasión alcé el codo para llevar a mi boca tan agradable néctar.

Terminada la faena, luego de que las panelas obtuvieron su forma, los campesinos se pusieron a descansar y, entonces, uno de ellos contó a los presentes la aparición del gagón, en la noche anterior.

Los cuerpos de las hermanas Meche y Agripina, que vivían solitarias en el recinto, habían sido arañados. El gagón estaba apoderado de las mujeres sin compañía. Era algo así como un embrujo malévolo. No podían salir de sus casas porque donde iban se les aparecía y si no obedecían, la comida con la que debían alimentarse se llenaba de porquerías. El gagón con sus feos gritos de gato en éxtasis, anunciaba su presencia en la oscura noche campesina. Por allí rondaba con su cuerpo de enano y su gran sombrero negro.

¡Hay que traer al señor Cura para que bendiga el lugar!

¡Los gagones también asoman cuando un compadre y una comadre están en mala vida!

El Gagón, en el campo o en la ciudad, es una leyenda bien arraigada.

Dios ampare a los que mantienen compadrazgo de andar en coloquios clandestinos!

¡Si! El Gagón es una leyenda de años y aun en este tiempo nos parece ver a media noche un hombrecillo pequeño que deambula con lamentos escalofriantes por los zaguanes húmedos y silentes o escalinatas solitarias con presagios en sus peldaños.

LOS AJÍES DE ORO

Hay una hermosa leyenda zarumeña, por la que nos esforzaremos en narrar algo, es hermosa porque en ella se nos dice que no únicamente el oro de esta comarca afloraba de la tierra enriquecida, sino que cierta vez, un arbusto dio también sus frutos de oro.

De esto hace mucho tiempo, aquellos años románticos en que las callejuelas de Zaruma se iluminaban por las noches con mecheros o con faroles, tiempo aquel de gratas añoranzas.

Cada casa tenía para preparar los alimentos, cocinas u hornillas hechas de barro y el combustible empleado era la leña, ya que el kerex, el gas o la electricidad no se conocían en el medio, entonces, era necesario comprar una “mula de leña” o una “pila de leña” a fin de poder cumplir con estos menesteres, pero había gente pobre que, no disponiendo de dinero suficiente para adquirirla, salía a buscarla en sitios cercanos a la ciudad, lo hacían en principio en el “Cerro Gordo”, más tarde, en las inmediaciones de la mina de El Sexmo o Vizcaya, posteriormente, más lejos. Caminaban, caminaban los hombres acompañados de asnos que llevaban en sus lomos las “árguenas”, otros cargaban sobre sus hombros los troncos de vegetales secos, en fin, como la jornada era larga, llevaban “fiambre” en una talega o en una alforja.

Marchó don Manuel cierta mañana con su alforja al hombro, rumbo a Zaruma – Urcu, llevaba pan, panela y un refresco que serviría para mitigar el hambre y la sed, luego del fatigoso trabajo.

En las laderas del cerro Zaruma-Urcu empezó su faena. Bien sabemos los nacidos en esta Villa, que dicho cerro tiene poderes encantados, pues siempre jugaba con el “Santa Bárbara” ubicado unos kilómetros más abajo, lanzándose bolas de fuego.

Don Manuel, lastimándose con los abrojos, recogió una considerable cantidad de leña, que llevaría hasta su humilde hogar y serviría para cocer los escasos alimentos por unos días. Cuando se disponía a regresar vio una hermosa planta de ajíes, cargada sobremanera, decidió apropiarse de unos cuantos, para en su casa, condimentar la comida, los puso en la alforja y emprendió la caminata de retorno.

Una vez en su hogar descargó la leña y se puso a descansar con su espalda dolorida e indicó a su esposa – la veterana buena mujer de su vida- que en la alforja traía unos ajíes, que los sacase para guardarlos e irlos utilizando conforme las necesidades. La señora al levantar la alforja, que ya estaba sin la leña, la encontró demasiado pesada. ¿Cómo es posible que unos cuantos ajíes tengan tanto peso? Empezó a sacar esos frutos pequeñines, amarillos unos, rojizos otros, y lanzó un grito de sorpresa.

Manuel, Manuel, ¡Por Dios! ¡Los ajíes están duros, parecen de oro...!

Don Manuel olvidándose del descanso presuroso fue a cerciorarse de lo que su “vieja” le decía.

¡Gran verdad, los ajíes eran de oro!

¡Milagro!, ¡Milagro!, gritaban impresionados los dos viejecitos y por sus mejillas corrían lágrimas como perlas de alegría.

Si la planta estaba llena de ajíes y yo cogí unos pocos, decía don Manuel, me voy de inmediato a Zaruma- Urcu a procurarme unos cuantos más. Llegó a la ladera del desgredado cerro, corrió al sitio donde antes encontró la planta mágica, pero no la vio. Buscó inútilmente en otros lugares.

¡Dios mío, la planta ha desaparecido!

El Divino Creador le dio una lección, pues la ambición no debía existir en un hombre de trabajo y de bondades como era don Manuel.

En efecto, el vegetal de frutos de oro ya no existía. Regresó don Manuel y con la respiración agitada por el cansancio, le contó a su esposa lo sucedido.

El Todopoderoso quiso premiar a un buen hombre y le hizo el milagro. Con los ajíes de oro y con la venta de los mismos tendría dinero suficiente para rehabilitar su escuálida economía y para cimentar una más profunda felicidad con la compañera de sus días.

LLEGABAN LOS GRINGOS

“1896. La South American Development Company (empresa norteamericana) anota el Dr. Curtis E. Sauer (Médico del gran país del norte que llegó por estas tierras y se casó con una zarumeña en su obra Extractos de la Historia de Portovelo) asoma acá y adquiere las propiedades de la Zaruma Gold. Mining Co. Limited en la subasta realizada en Machala, capital de la Provincia de El Oro. El Señor William Adam Kissam fue la fuerza motora de la SADCO y contribuyó a la compra de dichas propiedades.

Este señor era pariente de la familia norteamericana Vanderbilt.

“El Señor de apellido Newberry es el primer Gerente de la SADCO”.

Falleció muy poco tiempo después y se dice que fue en alta mar viajando a Nueva York. En recuerdo y honor suyo se le puso el nombre de Newberry al túnel principal de la mina, así como también el club social norteamericano organizado en Portovelo.

Sobre la terminación de sus labores el Dr. Sauer apunta: “La SADCO, después de hacer donaciones de ciertos equipos, materiales secundarios y tantos otros artículos no necesarios para la labores mineras, dejó prácticamente de existir en Portovelo el 31 de Diciembre del año 1950”

Durante los largos años que los gringos permanecieron por estas regiones dejaron cosas buenas y cosas malas, mas no es intención juzgar su actuación, ya muchos lo han hecho en diferentes épocas y en diversas publicaciones. Lo que deseamos plasmar en el recuerdo es la curiosidad que despertaron en nosotros, niños aún, cuando llegaban los domingos cabalgando en hermosos caballos y se bajaban en la tienda de licores que tenía mi recordado padre Cándido Rodríguez en los bajos del Hotel Colombia, edificio que desapareció en 1959 a consecuencia de un voraz incendio.

Llegaban los gringos, grandes, sucos, colorados, de ojos azules y a veces arribaban unas gringas muy, pero muy hermosas. Lo hacían por la mañana y se servían del mejor licor, comían, jugaban naípe o dados, oían música y retornaban a Portovelo en los lomos de las nobles bestias.

Muchachos curiosos nos gustaba mirar los briosos caballos y escuchar la tertulia en un idioma del que no entendíamos ni jota que luego remedábamos alegremente y casi siempre los gringos nos lanzaban una bolsillada de monedas metálicas, lo que provocaba la formación de una verdadera montonera ya que toda la muchachada se abalanzaba en procura de obtener mayor cantidad de “cuartillos” medios o pesetas.

Los gringos llegaban a libar unos tragos en Zaruma porque en el Campamento de Portovelo estaba prohibido hacerlo desde 1936. Por eso, hubo una proliferación de cantinas en la Sultana ya que no únicamente los gringos subían en procura de los embelesos etílicos sino una gran parte de los trabajadores criollos que al auspicio del buen “puro” de Curtincapa o de la cerveza “Pilsener” de Guayaquil se pegaban sendas borracheras.

Antes se expendía licores en el Barrio Machala que estaba fuera de la jurisdicción del Campamento Minero de Portovelo pero a raíz de una prohibición todo este tipo de bares o cantinas terminaron en dicho lugar.

En el libro “Oro y sangre en Portovelo” de Ricardo A. Paredes consta lo siguiente:

“Después de la masacre de obreros, niños y mujeres que realizó la Dictadura de Páez el 18 de Enero de 1936 fueron clausuradas las cantinas del Barrio “Machala”, pero con esa medida no se logró suprimir el alcoholismo porque las cantinas se trasladaron a Zaruma, simplemente el

Gobierno al decretar esa medida seguía las órdenes de la SADC que quería eliminar a una serie de competidores en el comercio, pues hay que tener en cuenta que las cantinas eran a la vez proveedurías de víveres, vestidos y medicinas”

La gran verdad es que los zarumeños estábamos acostumbrados a ver continuamente a los gringos; sí! Por muchos años. Si fueron buenos o malos que el Gran Dios los juzgue al amparo de su grande y poderosa sabiduría.

EL GALLO DE DON JACINTO

Había que hacer varias paradas para llegar a aquel legendario barrio, pues la cuesta interminable hacía sacar la lengua del cansancio, las extremidades inferiores se aflojaban mientras los pies hacían crujir los guijarros. Por allí, en una de esos laberintos zarumeños vivía don Jacinto, un veterano con su anatomía especial, diríamos que era más flaco que gordo, de nariz aguileña y ralo bigote, parecía un debilucho, sin embargo sus ímpetus sexuales eran de renombre.

Casado estaba don Jacinto con doña Cleotilde, una viejecita curuchupa y muy buena, pues aseaba la casa, preparaba la comida, lavaba ropa, complacía a don Jacinto y se daba tiempo para velar y orar al Santísimo, en la colonial iglesia cercana. Al templo iba todos los días con su manto negro cubriendo sus cabellos encanecidos, con el viejo libro de oraciones y el rosario desgastado por el diario manoseo.

Cuentan que don Jacinto se portaba muy mal con su esposa, pues la castigaba continuamente, las exigencias cada vez eran mayores y las burlas constantes por el fervor religioso de la viejecita; más aún, tenía este hombre en el camino de más arriba una “moza” con la que convivía en actitudes frenéticas y a la que prodigaba toda clase de halagos.

La vecindad conocía estos pormenores y decía que algún día don Jacinto recibiría un castigo, no un castigo humano sino un escarmiento demoníaco.

El personaje y Cleotilde, tenían en su propia casa un gallinero ubicado en la esquina del patio, allí dormían plácidas las gallinas junto con el grande y colorado gallo de don Jacinto, era el único “macho” que orgullosamente estaba en su harem.

Cierta madrugada se escucha un verdadero alboroto en el gallinero y “Princesa” la pequeña perrita de la casa, ladraba insistentemente. Se levantó el viejo. Abrió la ventana y el viento frío y fuerte de la noche golpeó su rostro adormitado, sus párpados se separaron ligeramente, permitiendo una mejor visualidad. ¡Es el zorro!. En verdad un enorme zorro se llevaba en su trompa a su querido y único gallo.

¡Ahora verás zorro hijo de p.....! refunfuñó don Jacinto. Se colocó su pantalón y salió en precipitada carrera persiguiendo al animal. “Princesa” iba atrás jadeante y ladrando al impertinente ladrón.

Llegaron al sitio donde había un “chorro” de agua y desde allí se desvió por un camino oscuro y funesto con cañaverales, cafetos y árboles que parecían extraños fantasmas. El veterano persiguió por dicho lugar al zorro que no aflojaba su presa, la pequeña perra se prendió con sus dientes en la manga del pantalón como insinuándole que no vaya. El viejo se encolerizó con el animal pero después lo invadió cierto temor y pensó que la perra tenía razón pero antes lanzó una última ojeada y allí estaba el “zorro” mirándolo de frente con sus ojos que echaban chispas y sus colmillos grandes que brindaban terroríficos destellos. Se quedó atónito y emprendió fugaz regreso con el corazón queriéndose salir de su pecho y la cabeza que parecía se le agrandaba; “Princesa” corría también gimiendo con el rabo entre las piernas.

Luego de contar lo sucedido a su esposa se acostó. A las cinco de la mañana con gran sorpresa oye el conocido canto del gallo, sale a ver y allí estaba su querido y lindo gallo colorado. Pensó don Jacinto que esto era una advertencia y que la noche anterior se había librado de las garras del demonio aparecido en figura de zorro. Después los vecinos vieron con agrado como don Jacinto acompañaba a doña Cleotilde todos los días a orar en la Iglesia de San Francisco. Ahora era un hombre bueno, generoso y con profunda fe cristiana, su fama de mujeriego cayó en el olvido.

PININOS TREBOLIANOS

Estos datos recogen algunas de las actividades desarrolladas en los primeros años de vida, del Círculo deportivo “Trébol”, institución que fuera fundada en 1934, un 20 de Diciembre y que desde entonces ha marcado hitos de grandeza y prosperidad en nuestro pueblo. El Primer Directorio de esta Entidad se estructuró de la manera siguiente: Presidente, Sr. Carlos Jijón, Vice-Presidente, Sr. Jorge Matamoros, Secretario, Sr. Manuel Alberto Maldonado Sánchez, Tesorero, Sr. Celso Jijón R, Síndico, Sr. Cornelio Crespo, Prosecretario, Sr. Sergio Bravo, Recaudador, Sr. Jorge Reyes Samaniego, Vocales Principales, Sres. Jorge Reyes S. y Ángel Espinosa C. Vocales Suplentes, Sres. César D. Astudillo, Ángel Asanza y Luis Cordero.

Mucho hay que anotar del convivir de este club, ahora trasladamos algunas de sus primeras resoluciones que creemos son de importancia recordarlas:

No desperdiciaban tiempo los trebolianos de antaño, es así como en plena Navidad sesionaban, tal el caso siguiente:

SUSCRIPCION A EL UNIVERSO: “Por moción presentada por el Señor Crespo de que a cual periódico porteño debería suscribirse este Centro y con apoyo del señor Matamoros, el Sr. Presidente la puso en consideración y por unanimidad se resolvió suscribirse al periódico “El Universo” desde el 1 de Enero de 1935, para lo cual se dirigirá un oficio y se anexará una libranza postal por \$ 28,00 al Sr. Director del diario” (25-XII-34).

NOMBRAMIENTO DE PORTERO: “El Sr. Presidente manifestó que era de suma urgencia el nombramiento de portero y que sería lo mejor acordar en esta sesión tal nombramiento y asignarle como sueldo mensual ocho sures. Se aprobó esta noción por mayoría” (25-XII-34). El 30 de Diciembre se designó portero al señor Eduardo Molina con jornada de trabajo de 5 de la tarde a 11 de la noche.

LAS PRIMERAS PELICULAS: “Una vez que cada uno de los Comisionados, dio cuenta de su cometido, el Sr. Presidente dijo que en vista que parecía tener muy buena acogida la moción presentada por él, en la sesión anterior, había contratado ya con el señor Segundo Gallardo las dos funciones de cine parlante, cuyos nombres son “Los Dos Soldaditos” y “El Águila y el Halcón”, por la suma de \$ 80,00 que se resolvió en sesión, y el pago de la mitad del transporte, las que se deberían estrenar Miércoles y Jueves de esta semana, todo lo cual se resolvió por mayoría. También se dispuso que los valores de entrada sean: Luneta \$1,00; Galería para hombres \$ 0,60 y Galería para niños \$0.30” (13-I-35).El sucre era la moneda.

SOBRE EL TENNIS DE MESA: (Copia ortográfica textual) “El Socio Sr. Jorge L. Reyes, mocionó en el sentido de que estaba resultando demasiado oneroso para varios socios amantes del juego de ping-pong en virtud de ser muy caro \$ 0,15 o \$0,10 por cada jugada y que sería mejor cobrar \$0,05 apoyada esta moción por el suscrito Secretario, fue puesta a consideración de la H. Junta por mayoría se dispuso no cobrar ni un solo centavo por las jugadas de pin-pón” (17-III-35).

LOS PRIMEROS UNIFORMES: “A Insinuación del Sr. Presidente y por unanimidad, se resolvió mandar a confeccionar una docena de camisetas o vividís para el equipo de volley-ball y de básquet-ball, en la ciudad de Quito, las que serán numeradas del 1 al 16; de color rojo y con un trébol negro en la parte delantera, así como también la docena de medias respectivas....”

EL PRIMER CAMPEON: “El Señor Presidente hizo uso de la palabra y en frases encomiásticas ofreció al Sr. Jorge Reyes, la copa que estaba en disputa en el juego de ping-pong, donado por el mismo Sr. Presidente, con motivo de haber salido triunfador el Sr. Reyes y, además lo declaró campeón del presente año, en el juego antes mencionado” (1ro. – V – 35).

ACTIVIDADES TEATRALES: “El Sr. Jorge Matamoras, mocionó en el sentido de que sería muy apropiado y ventajoso para el progreso de este Círculo, preparar un drama para presentarlo en la fiesta de Julio...(5-V-35)

“El Sr. Segundo Crespo pidió la palabra a la Presidencia y dijo “Que entre las obras que ha leído en junta de dos o tres socios, la mejor le parece la titulada “Claveles y Tulipanes” y que mociona se prepare dicha obra”. La moción del Sr. Crespo fue apoyada por el Sr. Jorge Reyes y puesta a consideración de la Junta por el Sr. Presidente, por unanimidad, se resolvió: dar o representar la obra ya dicha en la fiesta de Julio” (12-V-35).

LA PRIMERA ACEPTACIÓN A UN ENCUENTRO DEPORTIVO: Como información merece indicarse que ya en oportunidades anteriores el Club fue invitado a sostener encuentros deportivos, pero no se aceptó.

“A continuación se da lectura a una invitación hecha por la Asociación Deportiva de Portovelo para un encuentro de Volley-Ball y otro de Basket-Ball el día 24 y también jugar la revancha el 26 de los corrientes. Puesta a consideración de la junta por el Sr. Presidente, por mayoría de votos resolvió aceptar solamente la invitación del 24” (19-V-35). “El Sr. Vicepresidente (Jorge Matamoras) expresó: que el objetivo de la sesión era nombrar dos o tres representantes de este Círculo para que acompañen a los jugadores y que, como se tenía conocimiento, la Asociación Portovelo iba a mandar un carro para que bajen los jugadores, con la plata que se tenía dispuesta para pasajes, caso de que vengan a dejarlos los jugadores de Portovelo, se invierta en brindarles un vaso de cerveza.....” (23-V-35).

EL PRIMER RADIO: “El Sr. Presidente hizo leer el acta de la Sesión del 1º. de abril próximo – pasado en la cual consta la Comisión que se encargaba de hacer la compra del radio, siendo los que la componían: los Sres. Presidente, Luis Páez, Enrique Reyes, Miguel A. Ortega, Honorio Valarezo y Jorge E. Matamoras. Acto continuo, el Sr. Presidente hizo poner de pie a los señores Comisionados presentes y les rogó dijeran si estaban o nó contentos con la compra del radio que había hecho él en la ciudad de Guayaquil y, como manifestaron que sí, hizo la entrega del aparato a la Junta General, quedando todos los socios contentos. El mismo Sr. Presidente expresó que para el buen manejo del radio sería conveniente nombrar seis operadoras para que, cuando no esté el uno, opere el otro, según numeración que se implante.... (29-V-35).

Deliciosas añoranzas estas, prometo en otra oportunidad seguir con este empeño, para deleite de los zarumeños y, especialmente de los trebolianos.

LAS CORRIDAS DE GUIZHAGUIÑA

Pocas regiones en el Ecuador pueden interesar tanto al turista como Zaruma el hecho de hallarse en una irregular zona, donde los fríos de las alturas se ven templados por el sol ecuatorial dulcificando de esta manera el clima para seguridad y bonanza de sus pobladores y de su producción vegetal haciendo de ella, un pequeño paraíso. Hay sin embargo lugares que viven bajo un sol abrasador anotándose otros amparados por un sol tibio y macilento.

La naturaleza ha hecho que la porción de tierra que comprende la Hoya de Zaruma esté formada por cerros estrujados caprichosamente, lo que no permite observar con frecuencia una planicie de regulares proporciones: Laderas esmeraldinas: mares verdes de exuberante follaje. Anchas franjas amarillentas pobladas por arrozales. Cañaduzales dándose la mano con cafetales, platanales encorvados por el peso de sus frutos. Ríos torrentosos, cimbreados semejando plateados ofidios que se abren paso con sus rugientes aguas por entre la enmarañada geografía.

Por un lado y otro se dejan entrever con sus fauces abiertas veteranas minas con sus entrañas doradas por el bello metal.

Al este de Zaruma, cabalgando sobre las planicies de “El Tablón” y arañándose a uno de esos caprichosos cerros, se encuentra un pueblecito pintoresco: Guizhaguiña rodeado por caminos rojizos y empolvados que contrastan con el verde claro y la arrogancia de esbeltos cañaverales.

Para llegar allá hay que emprender con santa paciencia un interminable ascenso por zigzagante camino cobijado de piedras.

Guizhaguiña como todos nuestros pueblos incrustados en el medio rural posee su Iglesia, una Escuela donde los niños del lugar se alumbran con la antorcha del saber, casas humildes con paredes de barro y techumbre de tostadas tejas; y la Plaza, cuadrilátera alfombra tapizada por pequeñas y pisoteadas yerbas que no se atreven mostrar al mundo su verduzco color. Pintoresca pampa en donde revolotean laboriosos pobladores acompañados por achiotadas gallinas que picotean aquí y allá o por el escuálido perro plagado de pulgas que se rasca amodorradamente.

En el templo una hermosa imagen de la Virgen de los Remedios.

Joya engarzada en el corazón del pueblo, pequeñita con suave y sonrosada tez, bellísima cara adornada con dos profundos mares celestes de mirar piadoso largos y rizados cabellos que caen perezosos sobre sus hombros. Estoy refiriéndome a Guizhaguiña de antes, de muchos años atrás.

¡Virgen de Milagros y de Piedad!

Ese conglomerado montubio que la guarda y la venera con celo por su parecido con la Virgen de El Cisne y por los milagros que ha realizado (según nos cuenta la tradición) las ha considerado humildes hermanas, santas compañeras de belleza indescriptible y poder celestial, en honor a ella la Virgen de los Remedios, celébranse año tras año, hermosas festividades.

Guizhaguiña se despoja de su rutina y se engalana con su mejor traje de fiesta para recibir con sus brazos desplegados y las puertas de su corazón abiertas a los “comerciantes” “ruleteros” “brujos” (vendedores de exóticas bebidas que curan todo mal) y centenares de devotos provenientes de varias regiones del austro ecuatoriano, formadores de infinita romería que tienen como misión especialísima rendir un voto de admiración y simpatía, un culto de homenaje y veneración a la Celestial Patrona del lugar.

Populares fiestas en donde se captan coloridas escenas: “chinganas” exhibiendo su amarillenta y ahumada vestimenta, “fritada” danzando toscamente en la paila: varones tostados por el sol y la labor del suelo que cubren sus hombros con la alforja salpicada de figuras, mujeres, con sus caras empapadas en polvo y carmín y luciendo brillantes vestidos nuevos, chillones muchachos que saltan y corren. Por ahí una “ruleta” que da vertiginosas vueltas y lanza gritos cual mortífera ráfaga de metralla. Por acá un hombre de ojos saltones, aprisionando una gallina en una mano y un “cuy” en la otra, que vocifera destempladamente:

¡Quién dice más a la una, a las dos y a las...”

Más allá fuentes de canguil, “alfeñiques, etc. y borrachos de mirada extraviada, que se entrecruzan con indeciso paso, desgarrado su voz al gritar histéricamente: ¡Viva la Fiesta”.

Por otro lado los feligreses embebidos de profunda fe religiosa, visitan la efigie de la pequeña Virgen de los Remedios, ellos después de elevar sus oraciones, frotan el cuerpo de la Santa con blancos algodones o ramas de manzanilla, saliendo luego sonriendo, con aire de triunfo, ya que convencidos están que algodón o manzanilla, habíase apoderado de milagroso y divino poder y que tan pronto curaban un molesto dolor de muelas o una desahuciada Peritonitis.

Antaño, tiempos felices aquellos, se efectuaban en las festividades de Guizhaguiña, las llamadas “corridas”, hermosa costumbre barnizada de colorido y preñada de tradición, estas se realizaban con mayor frecuencia en Roma y Sinsao, en donde, quienes tenían la consigna de intervenir, se ataviaban elegantemente con brillantes y límpidos “cocos” que cubrían sus cabezas, e impecables ternos dignos de una sonada fiesta de gala, después de muchos inviernos, los “Guizhagúíñas” se apoderaron de las “corridas” haciendo de ellas una propiedad casi exclusiva.

Engalanaban briosos caballos, con finas monturas lustrosas correas, secundadas de multicolores cintas y caprichosos adornos de papel “crepe” o espejosa tela, el equino completaba su ajuar con relucientes adornos de plata, adheridos con maestría a sus bridas y sus estribos.

Los jinetes, Priostes la mayoría de ellos, vestían ya no lujosos ternos y el tradicional “coco”, sino, límpidos pantalones, planchadas camisas de diversidad de colores, alado y novísimo sombrero de paja abrazado por anchas cintas, filudos machetes al cinto escondidos en vaina de labrada suela y charoladas botas con sus talones aprisionados por metálicas espuelas.

Con los pañuelos al cuello paseaban arrogantes ufanos, orgullosos. Mientras el Astro Rey, obsequiaba sus vivificantes rayos a la masa insólita de espectadores, se formaban grupos, que tenían su respectivo líder que hacía las veces de guía, luego se apostaban en cada una de las

cuatro esquinas de la plaza, en cuyo centro estaba un hombre agitando el aire con su pañuelo (quién desempeñaba un papel especial, como si dijéramos: “Jefe de Ceremonias”). A una señal de éste, salían simultáneamente caballos y jinetes, se entrecruzaban con armonía y precisión matemática a la vez que formaban figuras. Después los corceles, fustigados con fuerza, emprendían clásico galope en contorno a la plaza, atravesando con maestría la barrera invisible del aire; entre tanto, los jinetes con sus pañuelos revoloteando y sus cabellos jugando con el viento, lanzaban a los espectadores ávidos de emociones, “cocos chilenos”, “bombones”, “frutas” y aún “grillos” (cuartillos, medios, reales, etc.), que rodaban buscando su refugio en el polvo del suelo y dando como lógica consecuencia la formación de “montoneras”, verdaderas piras humanas, que dejaban tras de sí, una densa nube de polvo que envolvía la silueta de bulliciosos muchachos de asustadiza mirada, de amarillentos dientes y rosadas mejillas, que habíanse sumado a la carrera.

Luego de breve pausa, los corceles llevando en su lomo a los jinetes, cual perezosos Rocinantes cargado a cuestras sus Quijotes, desfilaban con armonioso paso, atraídos por el fulgor reluciente de la sagrada Imagen de la Virgen. Frente a ella, los jinetes depositaban la respectiva limosna, digna ofrenda de generosidad y de fe.

Cada persona que estaba ansiosa por hacer un obsequio a la “Mama Virgen” tenía que solicitar y cabalgar uno de los caballos que habían intervenido en las “Carreras” y entre gritos y aplausos, cuchicheos y burlas, llegaba ante la milagrosa imagen para ofrendarle sus dádivas y sus plegarias.

Suponemos, con lógica razón, que todo esto se realizaba tras premeditados ensayos.

Cuentan quienes conocen del asunto que uno de esos ensayos se efectuaba el 29 de Junio en la fiesta de San Pedro y San Pablo, para hacer su presentación de rigor el 2 de Agosto, día dedicado a Nuestra Señora de los Remedios.

Nuestro corazón explota de contento cuando revuelan en la mente estos y otros bellos recuerdos como los “Altars”, “El Desfile de los Priostes”, etc. Colorido y tradición, en donde, entre sonrisas y suspiros... se danzaba airoosamente al compás de bulliciosas notas que invadían el éter, mientras el Dios Baco embriagaba sin cesar a sus inquietos súbditos,... Y cuando llegaba la noche, ésa bóveda negra cual obscuro terciopelo tachonado de lentejuelas, se efectuaban las “Chamizas”, costumbre que se va extinguiendo como el fuego que las produce, fogata ardiente sobre la cual, adultos campiranos, daban acrobáticos saltos para no chamuscar su vestimenta de fiesta o quemar su humanidad.

Y que decir de las “Mojigangas”, representadas por entusiastas jóvenes disfrazados de osos, payasos o diablos que hacían las delicias del público, produciendo el solaz indescriptible de su espíritu y transportándolo a las regiones de lo sublime. Si miramos retrospectivamente al tiempo, ese tiempo que lo sepultamos con lágrimas de tristeza y de alegría, ese tiempo impregnado de telarañas y recuerdos, nuestra mente iluminará con nostálgica añoranza esas costumbres tradicionales vestidas con el ajuar de la belleza, que con el pasar de los años se están marchitando y que necesitan regárselas con la fuente milagrosa del entusiasmo, para que revivían engalanadas

con el lenguaje de la inmortalidad y se actualicen como expresiones genuinas del espíritu festivo que nos caracteriza.

(Este trabajo obtuvo el primer premio en el Concurso de Tradiciones zarumeñas promovido por el Ilustre Municipio de Zaruma, en Noviembre de 1961)

DON CARLOS Y SUS INGENIOSIDADES

Era una familia numerosa y siempre con júbilo comentaba sobre lo hermoso que se estaba poniendo el pavo que criándolo lo tenían para comerlo en Navidad. En esa fecha del Niño Jesús comerían todos, aquella gran ave doméstica, bien bronceada, con lechugas, tomate en rodajas, huevos duros y encebollado. Alcanzaría para todos y sobraría algo aun, para quedar bien en tan grata fecha, convidando a algunos vecinos.

La familia numerosa y de escasos recursos, tenía fe en el pavo y el pavo respondía satisfactoriamente.

Los comentarios anticipados sobre la succulenta cena navideña, dejaron de producirse de repente, más bien hubieron miradas de tristeza, lamentos protestas: pues el pavo había fallecido. ¡Si!, había encontrado muerte trágica. La cena hubo que adelantarla, preparada al apuro y ya no en la cantidad deseada, gran parte de la carne amoratada y los huesos fracturados fue menester arrojar a la basura.

Esta terrible desgracia para la ilusionada familia sucedió al finalizar un mes de Agosto del año, bueno, el año no lo recordamos y no interesa mayormente faltaban pocos meses para Navidad.

Era un mes de Agosto de esos en que por estos lares soplaban fuertes vientos tan fuertes que las tejas de los techados zarumeños caían movidas por esa fuerza natural para romperse en mil pedazos al estrellarse en la calle o el muro vecino.

Ventarrones fuertes aquellos que desclavaban las hojas del zinc de las cubiertas y las hacían volar unas cuantas decenas de metros. Ventanas hubieron cuyas bisagras no resistieron la bravura telúrica. Podríamos decir que eran vientos huracanados que hasta las casas hacían estremecer. Antes, este fenómeno atmosférico obraba así con fuerza; ahora, como hasta el clima ha cambiado, ya el invierno no es el mismo invierno, el verano tampoco es el mismo y los vientos no son los mismos vientos.

En esas ventoleras de aquel Agosto, asoma un personaje de quien hay mucho que decir por su suspicacia y su talento y por la forma jocosa como desarrollaba sus cosas, que antes que engendrar ira, provocaba una sonrisa o una sonora carcajada. Carlos Toro Cornejo, hombre dedicado a su trabajo, hombre de hogar, aun al momento de escribir estas líneas se lo ve afanoso en su labor municipal; pues este don Carlitos, aprovechando aquellos violentos soplidos del viento, quiso hacer una de las suyas (esto cuando era joven porque allí mantuvo el auge de sus ingeniosidades), cogió el pavo de la familia numerosa, se aseguró bien donde soplabla el viento y desde las cumbres del Barrio San Francisco, lanzó al indefenso animal, el mismo que fue planeando en actitud de angustia hasta que fue a estrellarse en el frontón de una casa de más abajo; tan fuerte fue el impacto que al cruir de sus huesos se escuchó a lo lejos.

Esta ave del orden de las gallináceas, de la especie *Mellegris gallopavo*, oriunda de América del Norte, con un horrible “moco” en su parte frontal y con la mala suerte de ser poco voladora a

pesar de tener alas, encontró su muerte y con ella fallecieron también las ilusiones de una cena navideña.

Nuestro amigo Carlos Toro, en su mocedad era arriesgado y ocurrido. Cierta vez, en aquellas tradicionales Fiestas del Carmen, don Segundo Galarza había confeccionado un hermoso Castillo de varios cuerpos que, como una maravilla de la pirotecnia sería quemado esa noche en homenaje a la Patrona de Zaruma y para deleite de cientos de curiosos espectadores; pero... Carlitos Toro, aguó la fiesta a todos, porque aún no entraba la noche, ya que el sol todavía miraba inquieto desde occidente, tomando un cigarrillo encendido, prendió la mecha inicial del grandioso aparato, ruedas, volcanes, colores y nubes de humo con olor a pólvora inundaron el ambiente. Unos cuantos curiosos acudieron. Cuando los dueños del castillo quisieron frenar el avance del ajetreo de chispas y luminosidad, ya fue demasiado tarde, pues “la palomita” emprendió su ascenso hacia el infinito.

Por allá arriba en “Cuatro Caminos”, vivía un oficioso zapatero, don José Jiménez (dueño de un fonógrafo), a donde Carlos Toro acostumbraba, de vez en cuando, pasar el rato en amena charla. Cierta noche en una de esas tertulias hicieron sonar el fonógrafo que por su ancha corneta hacía oír las notas de bellos pasillos; esto inquietó “la tripa aguardientera” de los allí presentes y decidieron tomarse unos tragos. Luego de una colecta Carlos rogó a José Jiménez que fuese a comprar un poco de aguardiente; así lo hizo el hábil artesano y mientras duraba su ausencia nuestro hombre tenía que hacer alguna picardía vació la caja de agujas en la corneta del fonógrafo y cuando regresó su dueño, solamente ronquidos fúnebres y destemplados se escuchaban del flamante aparato.

Ahora en el año 2020 al retomar estas añoranzas, rindo mi pleitesía a don Carlos Toro a quien el Señor llamó a sus dominios lo recuerdo como amigo y como un querido y típico ciudadano zarumeño.

LA CAMILLA MISTERIOSA

Curtincapa según los estudiosos significa en idioma autóctono. “Señor o Jefe Dorado”.

Hasta 1944 fue anejo de Zaruma ya que en ese año alcanzó su parroquialización. Hoy pertenece al cantón Portovelo.

Tiene un clima templado un tanto frío en las montañas. Su producción es variada y abundante: café, yuca, plátano, maderas, pasto, caña de azúcar y ganado vacuno.

Este pueblo tiene fama en el sur de la patria ya por que el aguardiente de primera calidad que produce ya por la bravura de sus hombres que no le temen a nada ni a nadie. Para muchos no nos es difícil recordar cuando los “Curtincápac” se enfrentaban a machete, dinamita o balazos a los guardias de estanco que iban a clausurar destilerías clandestinas (que abundaban en la región) y los agentes de alcoholes tenían que salir en precipitada fuga, para no encontrarse con la muerte.

Tampoco nos es raro traer a la mente aquellas ya tradicionales estampas sabatinas o domingueras en que, en una camilla improvisadas con dos guaguas una cobija o una lona se traía la víctima cargada por ocho hombres que se cambiaban en turnos de a cuatro para acudir al hospital de Zaruma o donde un médico. Por lo general la víctima había recibido unos cuantos machetazos que le hacían aflorar su sangre y su carne por varias regiones del cuerpo. Era continua esta situación y por lo común los hechos se suscitaban en Curtincapa o sus alrededores.

En verdad que en Curtincapa había gente brava y la hay aun y por cuestiones de faldas de terrenos y a veces hasta por simples situaciones peleaban los mozos con hambruna decisión sabiendo de antemano que la bronca era a muerte en donde uno tenía que sucumbir y otro tenía que quedar para contar el cuento.

Preocupado el autor por recoger leyendas y tradiciones, acudió ante un ciudadano de Curtincapa, de avanzada edad, cuyo nombre omitimos por así él haberlo solicitado y nos contó la leyenda, realidad según él, de la “Camilla Misteriosa”. Esta se presentaba por lo general el Día de Difuntos, aunque no como regla segura, era en verdad una típica camilla improvisada, justamente como aquella a la que hemos hecho referencia en líneas anteriores. “La Camilla Misteriosa” aparecía por las noches por los caminos campesinos, llevando un muerto tapado con una sábana blanca y cargado por cuatro hombres sin cabeza, las canillas del muerto colgaban, eran en verdad canillas de esqueleto, cuyos huesos golpeaban unos a otros con el andar de los cargadores, produciendo un lúgubre tintineo.

Se dice que Dios castigó a cuatro borrachos que, sin que medie motivo alguno, cayeron a machetazos a un indefenso muchacho y despedazaron su cuerpo con las filudas herramientas, cercenándole la cabeza. El Todopoderoso les impuso la pena que por los siglos cargarán a su víctima por los caminos del mundo, pero lo harían sin cabeza, en castigo por haberle separado esta parte del cuerpo al mencionado muchacho.

Desde entonces ese no temerle a nada ni a nadie desmejoró por que la “Camilla Misteriosa” ha hecho correr a más de un campesino y a muchos el desmayo los libró de tan tétrica visión.

Nuestro interlocutor vivió en carne propia la lúgubre experiencia.

Cierta vez que fue a talar un bosque, se hizo tarde, los rayos del sol se perdieron poco a poco tras la cordillera y la noche empezó a cubrir la región con su negro manto; salió el hombre por fin al camino real, acompañado de su perro fiel, seguían caminando cuando diose cuenta que el can, lanzando gruñidos y con el rabo entre las piernas, regresaba a su amo dando manifestaciones de miedo. Me paré nos dice y de pronto, a la vuelta del camino, vi la camilla cargada por cuatro bultos negros, ¡cuatro hombres sin cabeza!.

Imagínese usted, cuatro cristianos descabezados cargando una camilla de guadua y tela, con un difunto encima tapado con una sábana blanca y colgando sus pies de esqueleto.

Cuando ví eso, quise gritar y no pude, traté de correr y fue imposible, un frío me corrió por el cuerpo no pude ver más y caí al suelo allí quedé hasta que los rayos del sol del nuevo día, me devolvieron el calor y el conocimiento.

Conté a mi esposa, mis amigos y familiares y un escalofrío estremeció sus cuerpos.

Le narré al señor Cura y me dio un escapulario y un poco de agua bendita, por sí esto sucede otra vez, ya que se trataba de difuntos cuyas almas estaban en pena.

LA BRUJA MONTE

Habrasedado cuenta el lector que en mis escritos siempre tengo que referirme al laboreo de las minas. Sucede pues que esta “Cabeza de maíz” (Sara-Uma) arrastra desde los siglos de su existencia una tradición minera asombrosa. Si bien en Portovelo, cuando se establecieron las Compañías de Explotación se hacía todo el proceso para la obtención del dorado metal, han sido las minas zarumeñas, incrustadas dentro del propio pueblo, como las de El Sexmo y Vizcaya, las más conocidas por su generosidad áurea. En verdad, ellas se convirtieron en las más famosas de América. ¡Pensar cuantos hombres, cuantas naciones se han enriquecido con lo nuestro y Zaruma sigue debatiéndose en la angustia de su aislamiento y su pobreza!!

¡Oh!, ese oro que despierta la codicia del hombre.

¿Quién no conoce el oro?. Si algún ser no goza de ese privilegio, le diré que éste es llamado “el rey de los metales”. Es de un color rojo-amarillento y es inalterable en el aire y en el agua. Es uno de los minerales más dúctiles, por lo que ha sido (y es) utilizado en los trabajos de joyería. Puede reducirse a láminas tan delgadas que diez mil de ellas superpuestas no alcanzan ni un centímetro de espesor. El oro regulariza la vida económica de una nación. El oro es también ambición, muerte, corrupción!.

En nuestro medio se explota el oro del subsuelo para lo cual es necesario la excavación de minas. Hay minas zarumeñas que con los siglos de su existencia nos podrían -si supiesen hablar- contar muchas cosas. Pues bien, esas minas necesitan y han requerido siempre dotárselas de seguridades a fin de garantizar la vida de los mineros que generalmente tosen su silicosis, estas seguridades se hacen con madera, los largos túneles, de kilómetros algunos de ellos son revestidos con palos y tablones a fin de no permitir que la roca caiga con estrépito en el lomo de los mineros. Así se hace, se hacía en el coloniaje, cuando los mitayos cogían en sus manos pepas de oro para entregárselas a los amos de España.

Esta acción de “enmaderamiento” de las minas ha hecho que las montañas de la Hoya de Zaruma vayan talándose inmisericordemente sin que nunca jamás se haya emprendido en una constante labor de reforestación y esta situación vino a agravarse en más con el incremento ganadero, que para obtener invernadas indujo también a la tala de bosques.

Muchos miles y miles de árboles se han llevado a las minas y aquí el motivo de esta leyenda de la Bruja-Monte, contada a quien esto escribe por campesinos leñadores.

Cierta vez, dos chasos madereros estaban cortando árboles en una montaña, todo el día sudaban la gota gorda en esta agotadora tarea, el sol se fue muriendo en el ocaso y la noche empezó a lanzar sus tétricas penumbras. Cuando estaban los dos montañeros dispuestos a regresar, escucharon un quejillo..... un lamento de mujer. Decidieron ir por distintos rumbos en procura de localizar el origen de aquellas voces de escalofrío. Uno de ellos llegó al sitio y pegó un grito lastimero. Era la Bruja-Monte, allí con su cuerpo cubierto de chamizas y hojarasca, con sus

cabellos de bejuco, con sus brazos como ramas de árbol y con su faz de calavera y colmillos de lobo.

¡A correr se ha dicho!. ¡Mañuco!, ¡Mañuco!, vuela a casa porque es la Bruja-Monte, y no regreses a ver!.

Existe la creencia entre los chasos madereros de que cuando se localiza a la Bruja-Monte hay que correr sin volver las miradas, porque si esto sucede, la Bruja-Monte vuela y se coloca delante, interceptando el camino.

Dicen que la Bruja-Monte es la reina de las montañas del mundo y es muy brava cuando cortan los árboles de sus propiedades. En el libro “A echar cuentos pues” de la autoría del colombiano Antonio Molina también se describe a esta bruja de los bosques.

No quiere tampoco la Bruja-Monte que por allí pasen carreteras, desea estar tranquila.

Cuentan que a la Bruja-Monte le gustan los chiquillos a quienes los lleva a lo recóndito de las montañas, para brindarles cuidados y alimentos. A los taladores que logran cogerlos los mata y les saca los ojos y con cuchillo empieza a rebanarlos como cuando se pela y se corta una cebolla para hacer “encurtido”.

A los peregrinos que por la noche deambulan por su territorio los hace huir con sus quejidos lastimeros y lamentos tenebrosos, o los lleva para que sean alimento de las fieras.

La Bruja- Monte con su cuerpo de hojarasca y chamizas, con su cabello de bejucos con sus brazos de árboles, con su rostro de calavera, sus ojos de fuego y dientes de lobo, es una fantasía, una leyenda entre los hombres madereros, sin embargo hay quienes aseguran que la han visto y que lograron salvarse porque en su huida no regresaron a ver.

MULAS PARA LA TROPA

Me cuenta don Modesto Valarezo que por allá, en lejana época, en los años veinte, no habiendo carreteras por el sur de la patria, la movilización de las tropas de nuestro ejército se realizaba a pie, con largas y fatigosas caminatas por los difíciles caminos de nuestra arrugada topografía, pero los oficiales de la época pedían “prestadas” las acemilas para hacer menos fatigosa su marcha y sorprendían a los campesinos, llevándose los semovientes por las buenas o por las malas.

Por los caminos zarumeños pasaban las tropas a las guarniciones de Loja. Cierta vez llegó al puente de El Amarillo una columna de soldados, le arrebataron a don Modesto la mejor mula y unos cuantos metros más allá hicieron lo mismo con el señor Manuel Castillo y siguieron adelante hasta alcanzar el camino de Sigsho; allí, algunos de los uniformados encontraron a cuatro personas, una de ellas bastante joven, casi un niño, los otros dos, hombres ya y uno mayor, era el padre, todos de apellido Romero.

Dice el soldado a uno de ellos (Modesto): ¡Entrégame la mula!

- Vaya a comprar si quiere andar montado – contesta.

El soldado haciendo derroche de valentía se adelanta a apoderarse del cuadrúpedo y entonces Romero, defendiendo lo suyo, le asesta un machetazo. El soldado con las ansias de la muerte, rastrilla el fusil y una bala hizo estallar la cabeza de Romero en mil pedazos.

Belisario, otro de los Romero, huyó asustado. Va corriendo y una sonora bala de fusil le impacta en la espalda y cae al suelo sin aliento....sin vida.

Antonio Romero agazapado también trata de alejarse del lugar, aunque una bala le perfora el sombrero. Llega éste al puente de El Amarillo y con la angustia y la desesperación dibujadas en su rostro, se acerca donde don Modesto Valarezo y le dice:

- ¡Don Modesto, por Dios, los mataron a mis hermanos. Acompañeme a traerlos!

Hicimos una “chacana” (especial de camilla) – recuerda Modesto- nos armamos y fuimos al lugar. Cuando llegamos no habían soldados, pero el cuadro era terrible.

El padre gritaba desconsolado ante los cuerpos abaleados de los hijos:

Ve, mis guagüitas, mis palomitas, mis amores, como los mataron!

Los bajamos al río – continúa nuestro interlocutor- y en el puente los acomodamos y los velamos. El padre de los difuntos quería arrojarlos al río cuyas aguas bajaban con la furia del invierno.

Que voy a vivir sin mis hijitos!!.

Al siguiente día bajó el Comisario Rodas Prado con ciudadanos curiosos.

El progenitor, dijo: ¡A mí no me llevan! Y apoderándose del machete gritó: ¡Habrán más muertes!.

Tranquilízate – manifestó don Modesto Valarezo – y le quitó el machete.

El Comisario explicó que harán la autopsia de Ley a los occisos y que debía acompañarlos sin temor porque a él no le harán nada. Convencido, emprendió el ascenso hacia Zaruma, pero en medio camino lo esposaron y luego lo encerraron en la tétrica cárcel del pueblo.

Le costó tiempo y dinero salir de prisión –comentó don Modesto-

En otra oportunidad llegan unos soldados a Sinsao, al mando de un sargento, quien ordena que cojan unas mulas.

El propietario de los animales, don Clemente Asanza, grita con valentía y a todo pecho:

¡Ah, puñeteros, ustedes no se llevan las mulas, carajo!, y sacando una escopeta se apresta a defender lo que es suyo, cuando los soldados cumpliendo la orden se acercaron a apoderarse de las mulas, don Clemente hace un disparo y ¡pum!, cholo al suelo. Era don Clemente manco y un nieto le ayudaba a colocar las municiones en el arma. Los soldados contestaron el fuego apuntando al lugar donde salía humo del disparo, pero ya don Clemente estaba en otro lado y ¡pum! otro cholo al suelo; así las cosas y viendo las de perder, los soldados decidieron huir de aquel peligro. En esta vez no lograrían mulas para la tropa.

Zaruma, marzo 2 de 1979

Del libro Anécdotas y Leyendas de Zaruma

Autor: Gonzalo Rodríguez

LAS BRUJAS

Cuando éramos niños, escuchamos continuamente narraciones del accionar escalofriante de las brujas, y estas descripciones salían con elocuencia de las bocas de nuestros abuelos y ellos lo que hacían es repetir lo que siendo párvulos, ya les habían contado sus mayores. La verdad que las brujas que pululan en tupidos bosques o en casonas abandonadas, eran, según las describían, viejas de nariz aguileña que por dentadura tenían únicamente dos colmillos, lanzaban siempre estridentes carcajadas burlonas, vestían un sombrero de alta y prolongada copa y un camisón largo de color negro, lo fantástico de ellas era que se trasladaban rápidamente de un lugar a otro “por vía aérea” utilizando por vehículo una escoba. De su dedo índice fluía una descarga eléctrica, como un rayo, cuando quería poner a prueba su hechizo.

Cuentan que por las cercanías de Zaruma también existió años atrás una bruja que se la veía montando en su escoba en noches de luna llena o en anocheceres como “boca de lobo” angustiados por los gritos discordes de las lechuzas o por el viento quejándose con silbidos en el follaje, pregonando notas agoreras de incertidumbre; pero, además de erizar los nervios a todo cristiano y de andar buscando súbditos para Satán, también ejecutaban acciones de justicia aplicadas a aquellos pecadores que siempre andaban pisoteando los diez mandamientos, tal es el caso que sucedió en las postrimerías del siglo pasado cuando un niño malcriado y altanero por haberle pegado a su madre fue visitado por la bruja que lo hechizó de por vida transformándolo en un batracio, de allí que asombrados campesinos picaban sus mulas en la cuesta de El Amarillo y siempre confesaron el señor Cura que lo habían visto con forma de sapo, que lloraba y con palabras roncadas, pedía perdón, ¡era el niño embrujado!

Actualmente es común escuchar que a tal o cual persona le han hecho la brujería, que de su estómago se evacúan animales raros y peludos, que su cuerpo se va secando como apergaminada momia o que bebiendo alguna pócima, que hace transformar el amor que tenía para su esposa en un odio profundo, impregnado de grandes deseos de criminalidad capaz de exterminar a su víctima de la forma más sanguinaria.

Es creencia que la brujería y la superstición marchan juntas, de allí que antiguos métodos de control de la natalidad, practicados en tribus de marcado atraso cultural, constituyeron un rito supersticioso auspiciado por las brujas, tal es el caso de algunas mujeres de aquel grandioso continente negro: África, que para evitar engendrar bebían la saliva de los camellos cansados o tomaban afanosas el agua con que se había lavado un cadáver.

Esta cuestión de las brujas es algo antiquísimo y universal, vale citar, para una mejor ilustración lo que Molina Uribe al respecto de estos fantasmagóricos seres, escribe en sus “Consejos y Leyendas del Mito Campesino”.

“La brujería y la hechicería parece ser tan viejas como el mundo”

Caldeos, egipcios, griegos y romanos la habían descrito y pintado en pomas, jarrones y sarcófagos, exaltando el poder de las sombrías deidades que subyugaban a la Humanidad, y las evocaciones

de la magia negra, el vaticinar de los adivinos, el calcular de los astrólogos y todas las indecibles manifestaciones de la brujería, por siglos y siglos ha perdurado.

“Miles de hogueras en la Edad Media incendiaron el mundo para quemar la superchería, pero sus reflejos y chisporroteo, lejos de exterminar la creencia, fue a veces un estímulo.

Por ello, quizás, buscando el alma humana con ansiedad infinita a sus muchas incógnitas, ha sido la hechicería un medio para atrapar conciencias, alimentar odios, buscar alivio a adoloridas penas, mistificar la fe y sorprender a los incautos.

Y en vano la Iglesia ha fulminado anatemas y condenado a fuego eterno a los impíos adoradores de estas prácticas. En vano los poderes de la tierra aplicaron numerosas torturas, porque la brujería en su multiforme presentación, adherida a la fantasía, sigue viajando por el mundo de ayer y de hoy, a veces con rumor de conseja y no fuertemente ligada a la ansiedad humana “que las hay, las hay” “pero no hay que creer en ellas”, reza el dicho popular al referirse a las brujas. No es posible en la “era espacial” los descubrimientos modernos y la suficiencia mental del hombre, que las “brujas” sigan viajando en sus “escobas”. Pero, sin embargo la pobre humanidad hambrienta de lo sobrenatural fascinada con el misterio y subyugada por lo imaginativo sigue oyendo las risas tumultuosas y estridentes de las brujas de ayer y de las de hoy que en “aquejarres” de distinto escenario, bailan al son de los pífanos del “Gran Cornudo” o de la música moderna que rompe sus notas entre las burbujas de la champaña. Lo dice Molina Uribe en el libro ya citado.

Algunos zarumeños manifiestan con humor que aún existen brujas pero contagiadas por la modernidad pues sustituyen la escoba con una abrillantadora eléctrica.

EL DIA EN QUE LAS MINAS SE TIÑERON DE SANGRE

Zaruma se había convertido en una tierra de promisión. La fiebre del oro logró apoderarse de los españoles que cual bandadas de pájaros, acudían al lugar, sin importarles el paludismo y otras fiebres, el clima inhóspito de las regiones bajas o lo abrupto del terreno carente de caminos.

Los indios nativos de Zaruma, víctimas de los abusos de los extraños que invadieron sus tierras huían despavoridos de su pueblo y reducciones. ¡Quién sabe a dónde irían a establecer su nueva morada!. Los pocos que quedaron eran presa de agotadores trabajos, de vejaciones y molestias y sólo por su fuerza de hombres rudos de regía raza, resistían tanta crueldad.

Existían en Zaruma allá por el lejano año de 1622, dos indígenas, a quiénes a más de ser individuos de la misma sangre aborígen, de la misma sangre guerrera de Atabaliba, los unía los lazos indestructibles de una estrecha amistad. Ambos habían formado su hogar y el lloriqueo o el bullicio del juego de sus hijos, sintetizaban el cántico de felicidad en sus respectivas chozas. Ambos compartían el maíz o la chicha o la carne de algún animal, producto de su cacería. Ambos miraban respetuosos a su Inti, es decir su antiguo soberano y con su nueva fe, observaban sorprendidos a su “Taita Dios”: la imagen de Jesucristo. Todo marchaba perfectamente, hasta que fueron contratados, para el laboreo de minas, por Don Juan González de la Viña, un rico español que había llegado a esta zona en búsqueda de mayores ingresos para sus acaudaladas arcas.

Amadeo Suqui y José Chuquimarca, que así se llamaban los dos aborígenes, desde el momento de entrar a servir a Don Juan Gonzáles de la Viña, empezaron el ascenso a su Calvario, comenzaron a sufrir amargas, a saborear injusticias y maldades.

El tiempo transcurrió lento y los padecimientos se fueron acrecentando. Amadeo Suqui y José Chuquimarca, en compañía de otros de su raza, además de las labores en las minas, eran alquilados a pulperos y otros elementos o en las estancias para trabajos de cultivo o para el laboreo de trapiches de cañadulce.

Este excesivo trabajo, sumándose a ello los cambios de clima y las vejaciones y abusos o las epidemias de viruela o sarampión herencia de los Castellanos ocasionaba la muerte a muchos de ellos.

Don Juan González de la Viña, se había ensañado con Amadeo Suqui; además del fuerte trabajo de la mita, lo obligaba labore por las noches. La resistencia de Amadeo se iba agotando, sus poderosos músculos de acero se iban extinguiendo y agobiando estaba su espíritu, maltrecho su corazón. Cierta noche, sintiéndose débil quedose dormido sin concluir su trabajo. Don Juan, que había notado este hecho, acostumbrado como estaba a maltratar y herir de muerte a los indios, haciendo uso de su espalda, sin explicación de ninguna clase, hirió mortalmente al pobre Amadeo en el abdomen.

Pasaron dos días con sus noches y José Chuquimarca se impacientaba por la ausencia de su amigo.

¿Dónde estará? Interrogábase.

¿Lo han visto? Preguntaba a sus hermanos de raza.

Lo buscó. Había hallado manchas de sangre en el ingenio de oro. Al cabo de seis días encontró a Amadeo, escondido por el blanco en una casa apartada, quien le narró lo sucedido. A los pocos días, víctima de una terrible infección, a consecuencia de las heridas mal curadas, murió.

La chispa de la rebeldía habíanse escondido en el corazón de José Chuquimarca. El rencor quedó grabado en su alma. Su amigo, su amigo de siempre, había muerto por culpa del maldito blanco, del cruel señor de las minas.

Zaruma seguía siendo invadida por peninsulares ambiciosos. El oro radiante, seguía ofrendando su riqueza. La población en pocos días crecía, habíanse construido más casas, llegado más indios, sí más indios, para convertirse en esclavos del trabajo.

José Chuquimarca, a pesar del tiempo transcurrido, seguía en las rudas faenas de la mina. Cierta vez oyó contar a una india que en otra de las propiedades de Don Juan González de la Viña había muerto su compañero el cual fue obligado a palos y puntapiés a practicar un trabajo sumamente peligroso es decir a cavar una veta en terreno flojo y sin precauciones de ninguna naturaleza. Las protestas y súplicas del indio no fueron oídas. El trabajo prosiguió pero la tierra cedió sepultando al aborigen cuyo cuerpo fue hallado luego en pedazos.

El buen José Chuquimarca oyendo esto recordó a su amigo Amadeo Suqui, el rencor que se había mantenido inerte recibió una dosis de energía. Perdió la noción del tiempo su mente se ensombreció. Se apoderó de un gran martillo utilizado para romper la roca y con él se dirigió a la casa de don Juan González de la Viña y con sigilo acercóse al español.

El odio que guardaba en su alma salió a flote. Sus labios con fuerza se cerraron. Su rostro enrojeció. Sus ojos proyectaron un brillo un reflejo como los de fiera hambrienta y acorralada, sus puños crispados se abrieron para agarrar más fuerte el martillo y luego le descargó un terrible golpe en el cráneo que lo mató instantáneamente.

¡Terrible desgracia! Reaccionaron los otros españoles. José Chuquimarca se había refugiado en una mina donde otros indios trabajaban. Los peninsulares armados con arcabuces y sables llegaron a la cueva prodigiosa. Sabían que Chuquimarca estaba allí. No podían perder tiempo buscándolo, su “yo”, cruel clamaba sangre. Había que eliminar a todos porque entre ellos estaba el hombre buscado... Derramando su ira descargaron la pólvora de sus armas y los sables hallaron su refugio en el cuerpo sudoroso de indefensos indios. Los ayes de dolor se repitieron muchas veces por el eco de los vericuetos de la mina, la sangre corrió por las húmedas rocas y un ambiente de muerte quedó flotando en la viciada y caliente atmósfera.

Se encontró luego el cuerpo de Chuquimarca en retazos.

Las rocas doradas de la mina se tiñeron de rojo y el sol, el sol de los Incas, se ocultó de indignación.

La tragedia estremeció al pueblo. La justicia nunca llegó. Era Octubre del año 1627 sin embargo Zaruma a pesar de los avatares del destino siguió su ascenso al progreso.

EL ARRIERO MISTERIOSO

Es cosa corriente en los momentos que, en las diferentes poblaciones del País, se trate de rescatar el pasado, rememorando sus hechos históricos o investigando sus tradiciones y sus leyendas, estas últimas cuya credibilidad se pone en tela de juicio constituyen, con su halo de certeza o de duda, parte del folclor y de las creencias ancestrales que van transmitiéndose de boca en boca.

En mi permanente búsqueda de datos históricos, hechos tradicionales o leyendas, llegué al pueblo de Buza en una tarde en que negras nubes, como pesadas humaredas, entre las que enormes llamaradas rojizas lamían el cielo violáceo, descendían lentamente hacia el ocaso y de lo alto bajaba una vaga melancolía hasta las casitas diseminadas en las laderas cordilleranas o en las orillas del río, Don Ángel Ponciano, nuestro interlocutor, flaco, de cabello entrecano y bigote a lo Cantinflas, al ser requerido, nos contó lo que se plasma a continuación, aclarando que el contenido o el fondo en el mismo quizá la forma de describir cambie por los modestos arreglos que tratamos de darle. Anselmo, un arriero de los tantos que escribieron la historia de Zaruma y cantón se levantó de su catre, estiró sus largos brazos para desperezarse y con sus callosas manos se restregó los ojos para aclarar su mirada que estaba opacada por su profundo sueño.

A lo lejos sobre el horizonte abrigado poco a poco como si sintiese el contagio del frío matutino, comenzaba a salir el disco rutilante del sol. Junto al chorro de agua, dos vacas flacas rumiaban apaciblemente moviendo su cola con estiércol adherido..

Las aves mañaneras trinaban con alborozo mientras el regordete gallo de plumas rojas, seguía con su canto sonoro.

Reunió el arriero su recua, colocó sobre las nobles bestias las albardas o enjalmas y luego ató la carga que llevaba de Zaruma a Santa Rosa. Montó en su mula y con gritos de entusiasmo partió a su destino luego de su merecido descanso en el “tambo” de Buza. Debía ascender a Ayapamba y de allí bajar a la planicie costanera por la llamada “Cuesta de Las Escaleras”.

Dicen que cuando descendía por el zigzagueante camino con sus mulas y su carga, sintió de repente que tras de él venía otro arriero muy afanoso profiriendo gritos y maldiciones. Anselmo esperó para seguir el viaje con su compañía, pero nadie llegó, sintió el cansancio y el resoplido de las mulas y el traquetear de herraduras, por sus fosas nasales penetró el olor a sudor de las acémilas y sus oídos escucharon los gritos del arriero misterioso. Lo sintió todo, pero no vio nada. Allí mismo Anselmo cayó. Los entendidos dijeron que había muerto del susto.

El fantasma de un arriero venía del más allá para recorrer los caminos de sus andanzas por los senderos montañosos de nuestra geografía, llenos de “camellones” y con abismos en ciertos trechos, que tantas vidas cobraron en aquella noble época de la arriería.

Quizá ahora, aquel fantasma, haya escapado a otros caminos, temeroso del tráfico vehicular, del asfalto demasiado caliente, o quizá fue “asesinado” de un dinamitazo por algún “petrolero” o “sablero”(buscador de oro) que son los personajes que ahora, en estos tiempos, escriben su propia historia y van generando sus propias leyendas en nuestro Zaruma.

Así lo aseguran. Desde que Anselmo murió en la cuesta de Las Escaleras, el arriero misterioso ya no asustó a más gente, pero desde entonces, por el sitio donde Anselmo cayó sin vida, las mulas de los otros arrieros no querían pasar, se “empacaban”, los animales se resistían desesperadamente

enterrando sus cascos en la tierra colorada, una angustia, una rabia salvaje, impotente, brillaba en los ojos enormes y redondos de las acémilas. Tanta era el temor de los mulares que se reflejaba en relinchos angustiosos.

Para que los arrieros y sus recuas no pasen por el escalofriante lugar, fue menester construir un desvío en el camino, cuestión que fue muy difícil por lo caprichoso de nuestra geografía.

LEVANTANDO EL ÁNIMO

Gonzalo Rodríguez Calderón – Archivo del Círculo Deportivo Trébol.

Las instituciones de Zaruma y su cantón, luego de la guerra (1941), realizaron una serie de actividades, culturales, sociales, deportivas, con el fin de alentar el espíritu de los oreñenses, de los zarumeños en particular, abatidos por esta guerra injusta. Se destaca el Círculo Deportivo Trébol, que continuaba eligiendo a sus reinas, desarrollando bailes de gala y una actividad social sorprendente además de una extraordinaria acción en el campo deportivo. Del archivo del prestigioso club tomamos algunos datos que los incluimos y que a nuestro juicio son testimonio de civismo y amor a la Sultana de El Oro, cuando aún el olor a pólvora existía y la roja sangre que teñía los campos de batallas, se resistía a desaparecer ante los embates del tiempo.

Concurso de Tiro al Blanco.- Era necesario retomar las prácticas de manejo de fusiles, luego de prolongado receso, ante la eventualidad de que la guerra asome nuevamente, por ello, el Club Social y de Tiro “Diez de Agosto” que se fundó en 1909, promovió un concurso de Tiro al Blanco, invitando al efecto el Círculo Deportivo Trébol”.

Zaruma, noviembre 20 de 1943

Señor

Presidente del Círculo Deportivo “Trébol”

Ciudad.-

Me es altamente grato invitar a Ud. y, por su digno intermedio, al Centro de su presidencia, para que tome parte en el concurso de tiro al blanco, que, con ocasión de las festividades locales ha promovido el Club “Diez de Agosto” y se llevará a cabo el día 27 del presente, de acuerdo con las bases adjuntas.

Se disputará un premio, que será adjudicado al equipo triunfador, además se adjudicará un premio individual al concursante que obtuviera mayor puntaje.

En la seguridad de su aceptación, formulo votos por su bienestar personal y por el progreso siempre creciente de la Institución que Ud. preside con tanto acierto, y con sentimientos de la más alta consideración y aprecio, me suscribo de Ud.

Atentamente,

(f) Dr. Modesto J. Peñaherrera
Presidente.

Bases del concurso:

Fusil: Mauser Manglicher

Cartuchos: Cinco por concursante

Equipo: de cuatro

Distancia: 200 metros

Blanco: Fijo, circular de cinco anillos

Posición: Libre sin apoyo

Tiempo: Sesenta segundos del primero al último cartucho

Los tiros fuera de tiempo serán eliminados.

El Comisionado (f) Segundo A. Hidalgo

El Comisionado (f) Mayor Carlos Andrade

Este interesante evento más que un concurso fue un entrenamiento bajo la supervisión de un militar con el rango de Mayor del Ejército.

Jira provincial del equipo de básquet del Club Trébol: La movilización dentro de la provincia aún era muy controlada en 1943, dos años después de la invasión. El Club Trébol mantenía un prestigioso equipo de baloncesto y decidió viajar a Machala y otras localidades del litoral orense para sostener encuentros en esta disciplina, pero para cumplir este cometido debía obtener autorización de las autoridades civiles, militares también y de los padres de los integrantes del equipo. Veamos algo al respecto que tomamos del archivo de la mencionada entidad.

“Manuel V. Astudillo Castillo”

COMISARIO NACIONAL DEL CANTÓN ZARUMA

CERTIFICA:

Que los ciudadanos Enrique Rodríguez C., Marco T. Angulo Yépez, Marco Rodríguez C., Camilo Sotomayor P., Rómulo Romero, Jaime Chan, Plutarco Espinosa, Manuel Ignacio Hidalgo, Augusto Gallardo, Orlando González, Alfredo Ordóñez y David Ortega, son personas conocidas por el suscrito, que observan y han observado buena conducta y que revisados los Archivos del Despacho no se encuentra causa penal en contra de ninguno de los nombrados. En tal virtud, se les concede Pasaporte para que puedan trasladarse a la ciudad de Machala, lugar donde van en jira deportiva. Por lo tanto, se ruega a las demás Autoridades de tránsito, que les guarden y les hagan guardar los fueron y privilegios de ciudadanos ecuatorianos.

Es conferido el presente, en Zaruma, a veintiuno de Septiembre de mil novecientos cuarenta y tres.

El Comisario Nacional y Policía
(f) Manuel V. Astudillo C.

El Secretario
(f) Julio S. Ortega Molina

Otro documento del archivo del “Trébol”

REPÚBLICA DEL ECUADOR
V. ZONA MILITAR

Asunto: Concediendo pasaporte para que puedan transitar libremente

Zaruma, 21 de Septiembre de 1943

CARLOS H. RENTERÍA, TENIENTE CORONEL Y ACTUAL COMANDANTE DE SEGURIDAD DE “EL ORO”

Concede franco pasaporte a los señores Enrique Rodríguez, Marco T. Angulo y diez jugadores del “Círculo Deportivo Trébol”, los mismos que pueden transitar libremente por los Cantones: Machala, Santa Rosa y Pasaje.

Honor y Patria
(f) Carlos H. Rentería
Tncrel.

Según este pasaporte, se establece que, en aquella fecha, la Comandancia de Seguridad de El Oro funcionaba en Zaruma.

En el archivo consultado, encontramos las comunicaciones originales de los padres de cada uno de los deportistas, autorizando la movilización, por los cantones de la parte baja de la provincia, que aún tenían recuerdos amargos por los cruentos eventos. Presidente del Club Trébol era el Señor Marco Tulio Angulo Yépez, que al propio tiempo era profesor de la Escuela de Varones de Zaruma, que adoptó el nombre de Centro Escolar Municipal; el Señor Enrique Rodríguez Calderón era el entrenador del equipo y a la vez Vocal del directorio. En Diciembre de 1943, se cambia la plana directriz, quedando estructurada de la manera siguiente:

Presidente: Enrique Rodríguez C., Vicepresidente: Carlos Jijón Hidalgo, Tesorero: José Romero Molina, Síndico: Manuel Teodolfo Aguilar, Secretario General: Marco Tulio Angulo, Secretario de Actas: Manuel Alberto Maldonado, Prosecretario General: Luis Felipe Aguilar, Prosecretario de Actas: Sergio Lituma Aymar, Bibliotecario: Marcelo Zambrano Torres, Recaudador: Celiano Reyes Samaniego, Vocal de Deporte: Camilo Sotomayor Pereira, Vocal de Juegos internos; Modesto Espinosa. Además tres vocales principales y tres suplentes. El impulso del baloncesto tuvo un aliento sin precedentes, arribando a su época de oro que se mantuvo por muchos años.

En lo que respecta a la misión del Club, con su visita a los cantones Santa Rosa, Machala y Pasaje, su presencia fue beneficiosa y alivió el peso de sinsabores y tragedias vividas en la invasión.

Sembrando Esperanza: El resto de instituciones clasistas, sociales, deportivas, culturales del cantón, emularon la actividad del Círculo Deportivo Trébol. Era necesario ejecutar eventos de distracción para levantar el ánimo de los pobladores locales. El Centro Obrero de El Castillo conformó su propio equipo de baloncesto, bajo la batuta de Manuel H. Novillo como Presidente y Ricardo Ayala como Vicepresidente, igual, el Centro Obrero “Primero de Mayo” del barrio El

Faique organizó su representativo en igual disciplina, con Agustín Romero en la Presidencia y Humberto Elizalde en la Vicepresidencia y en calidad de Director de Deportes, Alberto Elizalde. El 9 de Febrero de 1943, se organizó en la Unión Obrera “ 19 de Marzo” un campeonato de Billar entre los centros sociales de Zaruma y Portovelo. El Club Portovelo se reorganizaba para impulsar sus actividades socio-deportivas, con su Presidente Héctor Cortázar y en la Vicepresidencia, Victoriano Romero. La Organización Obrera Portovelo reeligió a Alfonso Calero Benítez como Presidente, y Humberto Páez Alarcón como Vicepresidente. En fin, todos tenían animoso empeño por realizar actividades de diverso orden, era necesario opacar la tristeza por los hechos vividos y dar luminosidad y aliento a los espíritus orenses. En igual forma obró la Asociación Deportiva Portovelo al mando del Dr. Silvio Ortega R. y tantas otras instituciones del cantón.

No se desvanecían del todo la rabia, el resentimiento por la injusta incursión bélica. El tiempo iba avanzando, las actividades poco a poco entraban a la normalidad. El Hotel “Olímpic” de mi padre Cándido Rodríguez, que era el único en Zaruma y que prácticamente no recibió huéspedes durante la guerra, lentamente iba alojando a las personas que ya llegaban. Los gringos de Portovelo, subían, en hermosos caballos, por la cuesta de El Castillo; para ubicarse en el bar del hotel y dialogaban en inglés, ¿toparían temas de la invasión?

La guerra del 41 terminó, pero el patriotismo zarumeño debía ser alimentado aún más, y este alimento se brindaba especialmente en las escuelas, por ello uno o dos años después de la invasión los desfiles cívicos conmemorativos en que participaban los alumnos del Centro Escolar Municipal “ Guillermo Maldonado Valencia”, se los hacía con uniforme blanco, pantalón y camisa, simbolizando la paz, alba boina también y fusiles de madera que se llevaban al hombro y se los guiaba hacia adelante para rendir honores a la bandera y a la patria. La vestimenta blanca tenía el significado de que somos un pueblo paz y los fusiles, el de sembrar en los niños un verdadero civismo y la obligación de defender al país, ante cualquier otra agresión futura, que cause heridas a dicha paz.

La economía de postguerra comenzó a salir de su letargo, las costureras y sastres tuvieron trabajo en la confección de uniformes, los talleres de calzado igual, y también los maestros carpinteros, como don Aurelio Macas, Víctor Ordóñez y otros artesanos que escapan a la memoria, fabricaban los fusiles de madera, “fusiles de palo” como los niños los bautizaron. Los campos reverdecieron con la magia de los agricultores, los mineros taladraban el suelo, el comercio ya no tenía mayores impedimentos para el acopio de sus mercancías. Pasó la guerra dejando, eso sí, un halo de tristeza y rencor acumulado. Zaruma no fue hollada por las botas enemigas, pero vivió episodios que se insertaron en su rica historia. A poco tiempo de la invasión en los planteles educativos se entonaba una canción revestida de aliento y ecuatorianidad: Heroica juventud noble y patriota, legión que simboliza la ESPERANZA, altivo cóndor que a la cumbre avanza, jamás sin patria y con gran civismo.... y al final del canto, un grito como el de soldados bravíos, un grito como de fieras heridas, era el grito de patria como un reproche a la invasión sureña y a la indiferencia e injusticia de algunos países de nuestro hemisferio:

¡Viva el Ecuador!, ¡Viva la unidad, para defender nuestra Integridad!.

JUVENTUD DIVINA TESORO

El tiempo se ha encargado de hacer volar las hojas del calendario.

Con velocidad han transcurrido los días los años, y aquellas horas de la juventud que, en nuestro ser, se quedaron impresas, imborrables, como tatuaje en pecho de viejo marinero, que ni los vientos con sus soplos estremecedores, ni el océano con su apariencia infinita o con su bravura manifestada con encrespados oleajes, ha podido borrar, todavía incrustadas, con abrumadora nitidez, están en nuestra retina o en los recónditos laberintos de la masa encefálica.

Los años 50 constituyeron para mí, y no me equivoco al decir que para mis amigos de edad igual y mis condiscípulos, la perennización de la época de ilusiones, en la que el amor picoteó en nuestros corazones a la vez que un nuevo mundo se abrió al pasar por el dintel de nuestras almas, cuando empezábamos a dar los primeros pasos como hombres.

Por ello, recordar la década de 1950 a 1960 es para mí un recuerdo especial. Es un recuerdo muy distinto a los otros recuerdos. Algo diferente a las remembranzas generalizadas que vienen a ser lo mismo que todo este deslindar y que equivalen a adjudicar un signo a una porción indiscernible de los hilos de un viento que se hayan deslizado por el campo. Por ello, el recuerdo de “mi época” me sumerge dentro de yo no sé ni qué lugares de alguno de esos mundos que acaban envolviendo a todo el que abre un libro y echa a vagar en él las naves de la vista. Por eso se me astilla en los ojos el recuerdo.

Vivencias que germinaron en la áspera cresta de la cordillera de Vizcaya y en la Villa de Zaruma con sus casitas diseminadas aquí y allá. Vivencias que tienen igual validez cuando el sol irrumpe en la mañana con su estallido de luz, cuando las sombras van ascendiendo lentamente bajo la roja tragedia del ocaso o cuando llega la noche con su procesión de obscuridad a veces fría, espesa húmeda, para amalgamar el ronco croar de las ranas o el silbido monótono y agudo de los grillos.

Fue esa época, ya lo manifesté, que me hizo revolotear en los aleteos del amor y en ese deambular juvenil surgió uno especial, ahora convertido en mi esposa y madre de tres hijos. Y el amor surgió en esos años románticos arrullados por “Los Panchos” que, en maravillosa conjunción de voces, entregaron los más hermosos boleros, que aún viven brillando en la inmortalidad. Años de hondo sentimiento, conjugados con los pasillos del dúo Benítez Valencia, cuya música oíamos en la rockola o en las estaciones radiales, pues la Televisión aun no asomaba en Zaruma; y aquel romántico pentagrama del trío “Los Panchos” o el cantar profundo de Gonzalo Benítez y el “Potolo” Valencia, eran rotos a momentos por los bailes de la sensual “Tongolele” o de las hermosas mellizas conocidas como las “Dolly Sisters” o por el ritmo alegre del Mambo lanzado al mundo por un músico moreno y pequeñín llamado Dámaso Pérez Prado. Generalmente a todas estas luminarias del arte las veíamos en las películas mexicanas que se estrenaban en el añorado Teatro “Maesji”. Allí espectábamos también los clásicos filmes norteamericanos que se matizaban con otros estelarizados por Elvis Presley o “The Platers” que nos obsequiaban su música o por Marilyn Monroe que proyectaba desde la amplia pantalla los destellos de su belleza.

En esos años constituía un vía crucis organizar un baile juvenil, pues quiénes lo intentábamos, debíamos mover cielo y tierra para procurar la concurrencia de las chiquillas, lo que se conseguía luego de la actuación de sendas “delegaciones diplomáticas” que solicitaban el permiso a los padres y, después de presentar rigurosa lista de quienes concurrían al baile, el permiso era máximo por dos horas, en aquellas fiestas nos tomábamos furtivamente una cerveza o ese delicado coctel bautizado como “leche de tigre” y fumábamos un “Lucky”, un “Camel” o un “Chesterfield” que disfrazaban la nicotina con un aroma especial en el ambiente, convertido en danzarinas volutas de humo.

Actualmente la televisión ha absorbido al cine o la radio. Ahora ya no hay que pedir chicas para los bailes, pues son ellas las que los organizan: el “Lucky” y el “Camel” han sido sustituidos por el “Marlboro” o el “Lark” (y otras peligrosas hierbas). El Rock de Elvis es reemplazado por el Rock Latino con muchas melodías tan alusivas como aquella “Agüita Amarilla” que no deja ningún mensaje. Ya la juventud no vive pegada a las radios escuchando música o percatándose de las noticias. Ya la juventud no hace grupo para resolver un crucigrama. Es que las cosas han cambiado, sin embargo, cuando pasen los años recordarán sus especiales efectos, sus amores y sus sueños, pues gracias al gran Dios, en medio de este asombroso embate también hay cosas buenas que algún día se traerán a la mente y los jóvenes de ahora, cuando sean maduros, harán reminiscencia de su época, de su década, como yo lo he hecho en estas líneas.

Así es la vida el mundo da vueltas, el tiempo inexorable sigue su marcha, los hombres pasan dejando su rastro, nuevas gentes pululan en las ciudades.

CUANDO LOS ZARUMEÑOS SE “ROBARON” LA IMAGEN DE LA VIRGEN DE EL CISNE

Bien sabemos, Zaruma fue fundada por segunda vez el 8 de diciembre de 1595, lo hizo el Capitán Damián Meneses, para cumplir una Cédula Real de Felipe II. Un año después, algunos habitantes de la flamante Villa se trasladaron al pueblo de El Cisne y se robaron la milagrosa imagen. Suena duro el término robaron y lo justifico amparándome en definición enciclopédica: **Tomar para sí lo ajeno**. En aquel 1596 según lo señala Pío Jaramillo Alvarado, citando “Los **Anales** de Montesinos de 1596” y Fray José Lucero 1674: **“Hubo este año hambre muy grande en el pueblo de El Cisne, que está entre Loja y Zaruma. Trataron los indios de dejar aquel pueblo y algunos insistían en que se adentrasen tierra adentro, con ánimos de huir de la religión católica, más que de buscar mejor tierra. Estando en esta determinación se les apareció la Virgen Santísima y les dijo que fundasen aquí una iglesia y que allí os quiero asistir para que no tengáis más hambre. Haciéndolo así y pusieron a la iglesia el nombre de Nuestra Señora de El Cisne, como al pueblo”**. Desde entonces los milagros vienen sucediéndose. Retomando el tema, parece que en 1596, los mineros españoles o los criollos de Zaruma, acusaban graves problemas por lo que decidieron trasladarse a El Cisne y traer a la Virgen a la Villa, para que brinde protección. En larga jornada y briosos caballos llegaron a la morada de la milagrosa y unos a hurtadillas la sacaron, mientras otros enfrentaban al pueblo. Grande la alegría en la Villa cuando la imagen llegó, pero aquella alegría duró muy poco, pues la Virgencita retornó por cuenta propia a El Cisne, unos pocos días después. Cuando fueron a adorarla, ya no estaba.

El doctor Francisco Javier Riofrío, Canónigo Doctoral de Loja hace referencia a la **versión acerca del retorno de la imagen, misteriosamente, de Zaruma, cuando fue llevada con el intento de que no regresase al Cisne, quedando la huella del viaje por las montañas en la orla humedecida de su manto azul**.

Este hecho se difundió rápidamente y los habitantes de El Cisne atestiguaron que su tez estaba sonrosada por el esfuerzo y la fatiga y su vestido maltratado por la larga caminata.

En mi archivo personal cuento con la copia de la página número quince de un libro, que según decía mi madre es “el libro de los Cantares”, no lo aseguro, ni poseo referencias editoriales, pero transcribo el texto:

Un despojo legítimo llena de súbito terror a los moradores de El Cisne. Los españoles blancos de la Villa de Zaruma, concertados de antemano, en 1596, sitiaron El Cisne y usurparon por la fuerza la Santa Imagen y se la llevaron consigo. Angustiada la gente de El Cisne lloró, corrió al abandonado templo y allí hizo reclamos al Cielo por su tesoro perdido. Pero María amaba a sus indiecitos: Pasado unos pocos días, “la Santa Imagen volvió por sí sola de Zaruma al Cisne, llevando señales evidentes de su camino en las fimbrias de su vestido, humedecidas por las gotas de rocío caídas en la montaña” (Narración del Archivo de Madrid).

La Virgen de El Cisne, es amorosa y solidaria y más aún, es milagrosa. El Dr. Riofrío, citado líneas atrás, nos narra una leyenda: Cierta doncella indígena, inocente y recatada, salía todos los días

conduciendo su rebaño y encontraba con frecuencia a una hermosísima pastorcilla coronada de fragantes rosas y llena de limpieza y majestad, aunque vestía con el humilde traje de las campesinas. Bajo esta humilde apariencia gustaba a la Santísima Virgen acompañarla en la custodia del ganado que pacía... Todo era sobrehumano en el rostro precioso, y en la gracia y suavidad de aquella pastorcilla divina que así regalaba a su inocente compañera con sus dulces y celestiales visiones.

En 1922 la imagen real de la “Churonita” realizó una de sus visitas a Zaruma, ¿Será posible lograr que ahora, María en la advocación de El Cisne nos alegre con su presencia para que nos proteja de la terrible pandemia y nos ayude, con su reconocido amor, a remediar tantos males que aquejan a esta tierra de oro. Oro de riqueza y de desgracias.

PERFILES DIABOLICOS

Recordemos que años atrás, el Rosario de la Aurora, recorría las empedradas callejuelas zarumeñas antes de que Febo lance sobre la tierra sus primeras espadas de luz, ese Rosario matutino con las repetidas aves marías purísimas...! y el susurrar de las oraciones familiares, alejaban de las mentes infantiles aquella presencia permanente del diablo atormentador que contraía el corazón de los niños, pues eran los propios padres que sembraban su presencia en la vida cotidiana, si algún infante hacía una travesura, la madre imprecaba con elevado tono de voz: ¡Muchacho malcriado el Diablo te “jalará” de las patas! o “Muchacho, parece que estás endiablado!. Pues, como podrán colegir, metían a Lucifer en toda oportunidad en que el pobre niño intentaba pergeñar alguna de sus inquietudes propias de la edad, y más aún, en aquellos sagrados días de Semana Santa, en que sometidos a un permanente ayuno, apenas roto a instantes con fracciones de sardina enlatada y blanco arroz seco, no había como escupir porque era pecado, no había como recrearse en el río o la piscina porque quien lo intentaba con un refrescante baño, corría el riesgo de convertirse en pez; en fin, no había como intentar siquiera un pecado venial, porque el diablo andaba suelto y prontamente, de una oreja, cargaba a los infelices pequeñines a los “quintos infiernos”.

Por eso es que, antiguamente, cuando, la luz eléctrica no existía, cuando los carros no contaminaban el ambiente con el ronquido de sus motores o con gases de carbono, cuando el trino de las aves no había sido ultrajado aun con el estridente sonido de las rockolas o de las radios transistores, las creencias en leyendas, apariciones y diablos de mil formas y variados colores, era parte misma de la existencia, especialmente de los niños; más acentuado era el hecho, cuando los faroles, románticos por cierto, alumbraban por sectores las callejas o las velas con macilenta luz, hacían danzar sombras tenebrosas en las blanqueadas paredes de tierra y bahareque de las viejas casas zarumeñas, el tormento se perpetuaba aún más, ya que no existiendo periódico, radio o televisor, la tertulia nocturna familiar o de vecindario, era propia de la época y, lógicamente, no faltaba en alguna de ellas, abordar el tétrico tema de espantos o de apariciones diabólicas.

De allí que los niños de ayer eran más temerosos del diablo que los de hoy, pues se lo describía como un ser de pelaje negro con cachos, y cola alargada, siempre emanando un olor a azufre el poseedor de un largo y afilado tridente, listo para penetrarlo en el vientre y reventar las “tripas” si es que no se cumplía la otra amenaza de meter a los pecadores desobedientes y malcriados en una paila de aceite hirviendo con ciertas dosis de plomo derretido.

Este diablo, llamado también “luzbel” deambuló por los portales y zaguanes del Zaruma de entonces y vagó en las horas noctámbulas, arrastrado su cola peluda o haciendo sonar sus “pezuñas” en el empedrado, a fin de dar una mayor expresividad a nuestra intención de perfilar en palabras al demonio, vale repetir lo que un escritor folclórico colombiano dijo sobre el diablo, aunque no precisamente del demonio que andaba atormentando almas en nuestro poblado” las horas nocturnas, oscuras y medrosas, sirviéronle de telón de fondo de sus fechorías, se metía en las casas y, acurrucado en los desvanes, o escondido en los amplios patios de las viejas casonas,

o horcajadas sobre nuestra imaginación enfermiza, se adueñaba de todos, grandes y chicos, abriendo con dolor los párpados insomnes de toda una muchachada adormecida con los cuentos de duendes y de brujas.”

En algunas de mis modestas publicaciones que recogen algo del folclor, tradiciones y leyendas de este solar nativo, ya se han narrado casos de apariciones diabólicas en nuestro medio, y no es porque personalmente lo hayamos visto a aquel peludo con cuernos y cola, sino porque así nos lo contaron, pues son narraciones que se han venido manteniendo de generación en generación, ahora impresas para que no se pierdan definitivamente en este mundo del átomo y las drogas, del SIDA y de las comunicaciones vía satélite, del Corona Virus.

Recordamos que en ese pequeño callejón llamado “Chiriboga” que queda tras de la Iglesia Matriz, había una casa en donde salía el diablo por las noches, incluso los dueños y los vecinos invitaban a quien quiera que presumiera de valiente, para que aprecie las manifestaciones de su presencia y en verdad se oían voces, caían terrones al suelo que quebraban el silencio de la noche de angustia o las velas se apagaban para cubrir el escenario en desesperante oscuridad, esta novedad era muy generalizada en la población y todos hablaban de la aparición nocturna del diablo en aquella pequeña casa, vieja y colonial, que ya no existe ahora, por ventaja, ese tormento diabólico que se apoderó de los zaruchos, se desvaneció cuando se supo que todo era una patraña de bromistas ciudadanos, urdida para asustar a los coterráneos y para poner en ascuas a los pecadores, que sí los habían, como los hay ahora.

Leyendas de la aparición del demonio en nuestro pueblo, están impresas en mi anterior publicación ANECDOTAS Y LEYENDAS DE ZARUMA, que el diablo existe, vaya usted a saberlo, la propia Biblia lo describe como enemigo del Todopoderoso, si no lo cree, atrevase a leer la obra o ver la película El Exorcista y experimentará que en su alma y en su mente queda flotando un eterno halo de duda y temor, y entonces empezará a meditar seriamente en que es tiempo de ir bajando la diaria dosis de pecados.

DE ZARUMA AL CERRO DE ARCOS

Para llegar al Cerro de Arcos hay que salir de Zaruma, llegando primero a un barrio pintoresco donde existe un hermoso santuario levantado en honor al “Señor de Roma” que es una pequeña imagen metálica de Jesucristo en la Cruz a la que se le atribuyen muchos milagros, por eso el Barrio Roma (así se llama), acoge una romería numerosa y ésta cargada de leyendas y tradiciones; luego se arriba a Sinsao, joven parroquia, con su flamante iglesia y su parque repleto de plantas ornamentales y flores diversas, de allí se baja a otro barrio denominado Ortega, con un río que irrumpe en sus entornos y, tomando una carretera que se abre al lado izquierdo, se llega a la parroquia Salvias, partida por un río correntoso y que cuenta con un templo católico construido con una inmensa roca de fondo, por allí, hay vestigios arqueológicos y, en sitio especial, un petrograbado, con mensajes gráficos de los ancestros.

De Salvias asciende una vía de tercer orden hacia la serranía, ésta conduce al Cerro de Arcos, una maravilla natural en la frontera de las provincias de El Oro y Loja.

CASI COMO UN SUEÑO

Analizando en acción retrospectiva este viaje, pasamos por parajes de lo más lindo que puede haber. Paisajes casi de sueño que permiten visualizar una inmensidad cordillerana que reverdece en impresionantes oleadas.

La vista se deleita con tupidas arboledas que esparcen frescor acariciante con sus frondas merecidas por la brisa. Al paso corren juguetonas corrientes de agua plateada y en los prados, las flores imponen sus colores. En cada flanco, los parajes combinan sus atractivos y se dejan admirar largamente.

Así va desfilando la campiña, pero cuando desde Salvias ascendemos a las cumbres, la vegetación semi tropical va siendo sustituida por cactus montañosos y arbustos que se resisten a crecer, para desembocar en pajonales propios del páramo que se balancean movidos por el viento que allí toma otras dimensiones y sopla con vigor, acompañado del frío de las cumbres. A la distancia el fenómeno atmosférico se siente cuando de una loma morada que se está volviendo amarilla surge el viento en desorden y se esconde entre espigas.

LA RUTA DE LAS ALTURAS

Ascendemos por la cuesta que a ratos se torna tediosa y nos sumía en fatigas. Hacemos un alto para admirar la imponentia de un cerro llamado Chivaturco. Un campirano subía a loma de una mula vejanzona y jadeante y aprovechamos para conversar un rato. Cuéntenos alguna leyenda del cerro, y el hombre como que se entusiasmó, sabía bastante al respecto, y entre otros relatos, nos indicó que por las breñas del cerro hay unos vampiros enormes que por las noches salen a chupar la sangra de las vacas y las personas y que, por esas inmediaciones también habita un chivo gigante que bota candela por los ojos y hacia la cumbre está el diablo, que hace reventar al cerro como si fuera un volcán. ¿Ha visto usted al diablo de Chivaturco?, preguntamos, dijo que

no, pero que sus abuelos si se encontraron con esta aparición terrorífica, era como un hombre que tenía “rabo”, con cachos de chivo en su frente, barba que le colgaba de la quijada, como las de un chivo, y los pies no eran como los de nosotros los humanos, sino que tenía “patas de chivo”. El Chivaturco cada vez iba quedando abajo. Al fin llegamos al Cerro de Arcos. ¡Qué maravilla obsequiaba por la naturaleza! Rocas carcomidas por fuertes ventiscas y convertidas en arcos, columnas irregulares de granito, cuevas con una alfombra de montes. Piedras inmensas por aquí y por allá, en fin, un laberinto pétreo excepcional, por las ranuras naturales salen voces no humanas, son quejidos, lamentos, que se mezclan con el silbido del viento que a ratos arremete con furia y, entre los pajonales amarillos, algo se mueve es el Duende de orejas puntiagudas cubiertas de vellosidades verdes, atisba con curiosidad como quien diciendo a los visitantes, estas tierras me pertenecen.

Luego de un considerable trecho aparece radiante la Laguna de Chinchilla, de gélidas aguas, dicen que en un momento menos pensado emergen cuerpos transparentes y congelados que son las almas de indios sacrificados en tiempos pre coloniales. Los Sara-umas, los guizhagúñas o los yulunguenses, (según leyendas narradas por abuelos y trasladadas de generación en generación) se concentraban antes de las cosechas (o después de éstas) para sacrificar vidas humanas como un tributo al sol, el Inti sagrado, o a la Pachamama. Y en esa misma laguna, en noches de plenilunio, una bella mujer se presentaba en el centro de esa acumulación de aguas, ninfa etérea que se mostraba de tenue azul al ser iluminada por la luna. Dicen que es la guardiana de tantos tesoros que duermen en el fondo oscuro de ese gran pozo, la hermosa fémina, coquetona, atraía a los ambiciosos para ofrecerles las riquezas de los tesoros que resguarda, pero, al llegar ellos los sumerge en las profundidades y allí mueren, para engrosar luego aquel batallón de miedo, de fantasmas congelados.

HECHOS DE SANGRE EN UNA EFÍMERA PROVINCIA

“Media hora de coraje, buena letra muchachos, y a la victoria”. Fue ésta la voz de mando de Alfaro para sus soldados, quienes con la valentía y el ardor de siempre, rubricaron con caracteres epónimos otra de las batallas, sangrientas muchas veces por el triunfo del liberalismo.

Para el caso de nuestro relato, se hace menester mirar retrospectivamente las páginas al álbum histórico de la Patria. El 1 de septiembre de 1905, don Lizardo García, al haber sido elegido Presidente del Ecuador, tomó posesión, en solemne acto, de su elevado cargo.

Desde un comienzo trató de mantener la paz en el país, y nada mejor que armonizar con los “revoltosos” liberales, es así como el Congreso reunido creó la llamada “Comisión Codificadora de las Leyes Militares”, designando entre otros y como miembros más prominentes de esta Comisión a los Generales Francisco Hipólito Moncayo, José María Sarasti y al temible hombre de aquellos tiempos Eloy Alfaro.

En Quito el trabajo de Don Eloy, viese obstaculizado por una continua y estrecha vigilancia, lo que hizo derramar indignación, ya que siendo Alfaro un hombre de “pocas pulgas” retó, mediante manifiesto público, al Gobierno de Lizardo García, a la vez que pidió al Partido Liberal que esté alerta y unificado, porque así lo exigían los requerimientos de la Patria. Estos hechos, a lo cual se suma su renuncia de la “Comisión Codificadora de las Leyes Militares”, hicieron tambalear la estabilidad del Gobierno, el mismo que al observar conversaciones y asambleas liberales en toda la República, dobló la vigilancia y aumentó las hostilidades, todo lo cual se constituyó en una ardiente brasa que pronto inflamó los corazones volcánicos de los liberales del país.

Alfaro se levantó en armas y luego diríamos inmediatamente a manera de un gran rosario diseminado por el suelo patrio, fueron suscitándose proclamas, protestas y combates, terribles combates como los de aquel tiempo, en que la bravura, la sangre, la pólvora y el machete se codeaban con fiereza en los campos de batalla.

Mientras esto sucedía, Zaruma también se había convulsionado.

Intranquilo el pueblo, reuniones callejeras. Protestas.. Proclamas...Reclamos... El ambiente estaba candente. No quedaba duda, la rebeldía del “Viejo Luchador” había contaminado a los “Zaruchos”.

El Gobierno de don Lizardo García había sido débil, indeciso, y lo que es peor, durante su exigua existencia, poca por qué no decirlo ninguna atención había prestado a este rincón de oro que era Zaruma. El pueblo, el pueblo libre y sin prejuicios, se reúne y mediante Acta de Pronunciamiento, desconoce al Gobierno de Lizardo García. El Calendario que señala el paso incontenible del tiempo, decidió que el 14 de Enero de 1906 sea el día indicado para aquellos hechos. Pero esto no era todo. Se declara a Zaruma como la Capital de una nueva Provincia con el nombre de Abdón Calderón, designándose para el efecto un Jefe Superior Civil y Militar nombramiento que recayó en la persona de Víctor C. Sotomayor nombrándose al mismo tiempo a Adolfo J. Espinoza como Jefe Político del Cantón.

El jefe civil y militar, recientemente elegido para ayudarse en su difícil administración, debido al estado de intranquilidad del pueblo nombró como Comisario al Señor Manuel Servilio Astudillo, y aquí viene a pesar del largo preámbulo el objetivo de nuestro relato: Un sujeto raro y cicatero, decíase que por las cuestiones políticas del momento, aunque otros lo atribuían a venganzas personales o quién sabe quizá a que los instintos malsanos lo dominaban se presentó en el pueblo cabalgando en brioso caballo.

Con su figura imponente y temible, llevando resolver al cinto y en su espalda una escopeta como imitando al villano de las leyendas del viejo oeste americano, así, con decisión porque algo terrible había forjado en su mente, llegó hasta la plaza principal se desmonta del inquieto cuadrúpedo y, acercándose a las oficinas del Jefe Civil y Militar Don Víctor C. Sotomayor y del Comisario don Manuel Servilio Astudillo apretó con destreza el gatillo, asesinándolos al instante luego de sonoros y mortíferos disparos.

El pueblo estupefacto observaba el macabro hecho, largos minutos de angustia de silencio de sorpresa ¿Reacción? Claro que el pueblo reaccionó. Instantáneamente se convirtió en juez y verdugo y allí mismo en su Zaruma, el criminal fue ajusticiado.

El Dr. Maximiliano Espinoza, en amena charla, nos hizo conocer que su padre fue el que impidió que incineraran el cadáver del asesino, por parte del pueblo que estaba enardecido. Criterio del progenitor del Dr. Espinoza fue que la venganza estaba ejecutada y no había para que ir más lejos.

Zaruma que nuevamente, por pocos días, se convirtió en capital de una pequeña provincia retornó a su anterior vida de Villa, para seguir luchando por su supervivencia.

Como refuerzo a lo expresado, transcríbase a continuación el acta de la sesión extraordinaria del Concejo, realizada el 27 de enero de 1906.

“Se instaló bajo la Presidencia del Señor Miguel Carrión, con asistencia del Vice- Presidente Dr. Carlos F. González, Antonio Crespo, Consejero 3ero principal. Julián Valarezo id. Primero suplente, que asiste por falta del primero principal y el infrascrito secretario.

“Tuvo lugar esta reunión no obstante de haberse certificado un cambio político en la administración local, habiéndose elevado este cantón a la categoría de Provincia, la cual se denominó “Abdón Calderón”.

Concurrió el personal del Concejo, antes expresado, en virtud de haber sido elegido por el pueblo para sus representantes y haber ratificado el señor Jefe Civil y Militar tales nombramientos, en el orden que a cada uno le corresponde.

“Fue leída y aprobada el acta de la sesión anterior de 23 de los presentes, así como se ratificaron todos los procedimientos que en los anteriores a esta fecha, tiene.

A continuación el I.C.M., consideró como irreparable la pérdida que acaba de sufrir con motivo de los asesinatos cometidos en las personas de los señores Víctor Camilo Sotomayor y Manuel Servilio Astudillo, distinguidos ciudadanos del centro de esta ciudad y dignos miembros de esta

corporación Municipal, y que tanto han honrado con sus relevantes prendas y buena intención en todo lo que ha relacionado con el bienestar y adelanto de este lugar y como un justo homenaje a sus memorias.

ACUERDA

Protestar por un hecho tan alevoso como inmoral,
Colocar (los miembros que actualmente componen el
Concejo) por cuenta del Municipio, como un tributo de
recuerdo, una lápida en cada una de las bóvedas;
hacer constar en el acta, el pesar que abrumba a esta
Corporación por el fallecimiento de sus distinguidos miembros;
levantar la sesión en señal de duelo; y, dirigirles una
nota oficial de condolencia a los familiares de los extintos,
enviándoles copia auténtica del presente Acuerdo.
Dado en el salón Municipal, en Zaruma a 27 de enero
de 1906.

DOMINGO DE RAMOS

Quizá mi intención no es hablar en forma exclusiva del Domingo de Ramos mis deseos son más bien referirme a los tristes días de la Semana Santa de antaño, de ése ayer en que con más fervor religioso se ponían de manifiesto los preceptos de la verdadera fe cristiana.

El domingo de Ramos se acercaba. Unos días antes, en el Mercado, en alguna esquina del parque o en cualquier otro sitio escogido al azar, se apostaban campesinos para ofrecer en venta los verdes ramos. Se vendían como “pan caliente” y es que nadie quería quedarse sin la real palma ya que próximo estaba el día dedicado a ellas.

Llegaba el Domingo de Ramos. Afluencia de campesinos y revolotear de gente del pueblo. Desde temprano se oían sonar infinidad de pitos fastidiosos o inmensas cornetas que emitían su ronco trino, instrumentos todos fabricados con las alargadas hojas del ramo. Así mismo se observaba un ir y venir de objetos verdes, modelados con el mismo vegetal: estrellas, canastas, esteras, cruces de todo tamaño y hasta figuras de animales hechos con la santa palma.

Tras el repiquetear alegre de las campanas, se acudía a la Iglesia Matriz todos con sus ramos y objetos de ellos fabricados. Adentro, con actitud solemne se atendía a los actos litúrgicos de aquella misa especial. Las palmas empezaban a moverse formando un mar verde de santidad, produciendo con sus larguchas hojas un ruido suave. Luego de la ceremonia al salir del Templo, por las calles deambulaban escuadras de muchachos con sus bulliciosas cornetas o niñas con verdes pulseras y anillos o amas de casa, que celosamente iban a guardar su ramo bendito porque en tiempo de lluvias torrenciales, cuando arreciaba la tormenta había que clavarlos en la puerta de la casa o quemarlos para que la furia de la naturaleza encuentre sosiego.

Así era el Domingo de Ramos así desenvolvíase este día de verdes hojas de bullicio y de fe que se desarrollaba como preludio de los tristes días de duelo de Semana Santa.

Ya en esa Semana, el Altar Mayor de la Iglesia parroquial (y de todas las iglesias) se cubría con un inmenso manto morado que ostentaba en su centro una cruz verde, verde del color de los ramos. Todas las imágenes y cuadros de la nave, también estaban tapados con la lúgubre tela.

Los Jueves y Viernes Santos, eran los días de mayor tristeza, de más profunda fe, de más amplio respeto. En esos días todo era castidad y buen comportamiento y respeto religioso. No había como decir malas palabras (era una magnífica oportunidad para moderar nuestro vocabulario), ni andar de espaldas, ni ponerse ropas vistosas, peor aún, estar en risotadas o disfrutando de las notas musicales. Nada de eso, porque según nos decían nuestros mayores, “el diablo andaba suelto” y podía aprovechar de ésas oportunidades para llevarnos a los “quintos infiernos”.

El Jueves por la noche debíase hacer guardia porque el Señor Jesucristo estaba preso, para esto, se acudía en grupos familiares, ya que el Párroco previamente había colocado en sitio apropiado una lista de las familias del pueblo y el respectivo horario en el cual, se señalaba el movimiento en que determinadas personas debían hacerse presentes en la referida guardia.

El Viernes Santo, Viernes de Dolores día en que Jesús expiraba. Día de cristianismo profundo, había que rezar y de los pecados arrepentirse. No había como bañarse porque existía el temor de “hacerse pez, pescado decíamos” o de convertirse en “sirenas” si de mujeres se trababa por esto, era necesario evadir la tentación que ofrecía la piscina con sus refrescantes aguas.

Durante estos días estaba vedado comer carne de res. En todos los hogares se ingería sardinas en lata, arroz con huevo frito. Tortillas de pescado de río o de mar, loco de papas, sopas de fideo, repe, etc. Si, nada de carne, porque estábamos en rigurosa vigilia.

Se rezaban las estaciones. El viernes por la tarde se hablaba de las Siete Palabras y por la noche en la alocución había que escuchar el Sermón del “Descendimiento” como punto culminante de estos tristes recordatorios.

Jesús crucificado hijo de Dios Padre que murió por redimirnos estaba clavado en la pesada cruz en medio de flores, montes y ramos que habían sido previamente acomodados para el efecto. Al pie las imágenes de la Virgen María y de Magdalena que con sus miradas de angustia, con sus manos en actitud de súplica y sus ojos enrojecidos por el llanto, acompañaban en su postrer momento al crucificado.

El sacerdote en su sermón, en su triste alocución, nos hacía vivir las desgarrantes y dolorosas escenas que experimentó Jesucristo; luego de esto algunos señores de la localidad que hacían el papel de “Santos Varones” bajaban a Jesús de la cruz, lo desclavaban sigilosamente y después el magullado y santo cuerpo tras silenciosos momentos de angustia, pena y rencor para los torturadores, del Señor, era depositado en un largo y elegante cofre con paredes de vidrio allí Jesús dormía su eterno sueño.

Tristeza en el rostro de los hombres, llanto en la faz de las mujeres. Una variedad de sencillas veteranas lloraban inconsolables, quién no recuerda el llanto angustioso de la viejita Bárbara, la “Loca Bárbara” como se la apodaba vulgarmente, las lágrimas como surtidores tibios rodaban por sus arrugadas mejillas.

Luego venía el suplicante y triste canto entonado por los feligreses:

“...Purifica mi alma, de toda malicia.... “y después la procesión por las calles de la Plaza, con decenas de velas de luz amarillenta. Más tarde se desfilaba ante el féretro y se sobaban algodones en el cuerpo de Jesucristo, especialmente en sus profundas heridas. ¡Algodones que debían ser guardados para casos angustiosos y terribles, para enfermedades y desgracias!.

Hay que resaltar que el Jueves, las campanas morían. El viejo Juan Macas, decano de los sacristanes zarumeños, hacía doblar las campanas con tal tristeza que se hacía “churo” el corazón: así, las metálicas pregoneras lanzaban al aire su agónico y doloroso adiós, porque más tarde se anunciaría que “las campanas había muerto”. Juan Macas el artífice del “repique” había puesto ahora todo de sí para sacarles a sus amigas de metal estremecedores ayes lastimeros de fugaz despedida.

La matraca con su ruido de palo se veía minúscula ante el sonoro grito de las campanas. Pero que había que hacer, éstas hallaron la muerte y alguien debía quedarse en su reemplazo. El mencionado Juan Macas era lógicamente quien, desde las altas ventanas de la torre del templo hacía sonar las matracas primeramente, luego, con su típico traqueteo, era transportada por muchachas que presurosas trotaban por las empedradas calles.

El Sábado, “revivían las campanas” era sábado de Gloria repiqueteaban armoniosamente, renacía la alegría, escondíase la tristeza porque ellas anunciaban que Jesús había resucitado. Luego venía el Domingo de Pascua, y para que decir más basta manifestar que las Glorias continuaban sus bailes festejando su onomástico.

Hoy estos ritos cristianos han sufrido variaciones por cuanto el Sábado ya no es de Gloria sino que es Sábado Santo, sin embargo, el Domingo de Ramos sigue siendo el preludio de días santos en nuestro pueblo y en todos los rincones del mundo católico.

GARCIA MORENO BAILO EN ZARUMA

En Zaruma, la palabra “mina” es de uso frecuente, por su historia minera de siglos y por la explotación áurea que aún se mantiene, lo que obliga a la pronunciación cotidiana de este término, por ello, cuando escuchamos este vocablo “mina” que se registra en otros lugares, nos llama la atención.

Minas Nuevas, es un barrio rural del cantón Zaruma, posiblemente lo bautizaron así porque su hallazgo y explotación fue posterior a la presencia de socavones de ricos metales de tanto renombre en tiempos de la colonización española. Asoma la palabra “mina” en este sector, y en varios lugares del mundo, Minas Gerais en Brasil, como ejemplo.

Este corto comentario es valedero, pues la intención es hacer referencia a San José de Minas para irnos encaminando en el tema. Este punto geográfico de Ecuador se encuentra a 80 kilómetros de la ciudad capital de la República, siendo parroquia del cantón Quito, se ubica en una depresión entre el nudo de Mojanda, las estribaciones de Cotacachi y el cañón de Guayllabamba. Lo riega el río Cubí.

En su inicio, el pueblo nació en unos terrenos donados por don José Narváez de su hacienda “Capulispungo”. Aquí se levantaron las primeras chozas y también una capilla para oficios religiosos. En ese entonces Minas formaba parte de la parroquia Perucho.

En realidad, San José de Minas era nada más que un campamento que servía de descanso para los enfermos o para quienes transportaban cadáveres con rumbo a Perucho y otras localidades.

En 1870 el anejo de Morascocha perteneciente a Perucho se convirtió en la parroquia San José de Minas.

Hemos consignado breves datos de San José de Minas por ser el lugar donde nació Severo Gómez Jurado que a decir de uno de los más destacados biógrafos y genealogistas del país, Rodolfo Pérez Pimentel en su “Diccionario Biográfico del Ecuador”, es el Panegirista de García Moreno, que nació en San José de Minas. Sus padres legítimos Julio Gómez Jurado y Gómez Jurado que estudió becado en Quito por el Presidente Gabriel García Moreno, teniente Político y Juez de Caranqui, heredó la quinta El Manzanal de Caranqui que había sido de su tía Eumelia Gómez Jurado Espinosa; y su madre Mariana Erazo Manosalvas, naturales de Guachucal y San José de Minas, respectivamente.

Aprendió las primeras letras, nociones de Aritmética y otras asignaturas en su pueblo natal –nos señala Rodolfo Pérez Pimentel- quien continúa: “y como su abuela Ramona Manosalvas Benalcázar le refería curiosas anécdotas de la vida de García Moreno, a quien había conocido y tratado, le entró la manía de saberlo todo sobre dicho mandatario. En 1913 fue aceptado en el Colegio de los Padres Jesuitas de Cotacollao. El año 1916 ascendió al Noviciado y el 18 realizó sus votos religiosos. En 1926 fue enviado a estudiar al Colegio Jesuita de Barcelona, donde cursó el primer año de Teología y el año 27 se trasladó a la Universidad de Lovaina en Bélgica. Durante su estadía en Quito había conversado de García Moreno con los jesuitas ancianos, tema que se le

empezaba a convertir en una monomanía compulsiva, pero fue así como logró rescatar muchos recuerdos para la posteridad..

(...)El año 1953 dio a luz el primer tomo de su “Vida de García Moreno”. Iniciando una larga serie, pues el 55 editó el segundo. El 56 volvió a Quito y en el archivo de los Jesuitas de Cotacollao halló algunas libretas de Monseñor Pólit, el diario probado de Pablo Herrera y dos bibliografías de García Moreno escritas por José Modesto Espinoza y Aparicio Ortega, de allí en adelante siguieron apareciendo los restantes volúmenes hasta el sexto que fue el último cronológico que financiaba con las ventas anteriores...”

¿Y que fue del baile de García Moreno en Zaruma?, se preguntarán los lectores, a lo que respondo que el preámbulo dilatado es para ubicar geográfica a históricamente a este distinguido personaje Severo León Amable Gómez – Jurado Erazo, con nombre de significado contradictorio, pues Severo quiere decir duro, exigente. León, peligroso, feroz, Amable, delicado, culto, respetuoso; sacerdote Jesuita que en el libro ya señalado nos da a conocer sobre la visita de García Moreno a Zaruma, según se apunta el primer presidente de la República que visitaba esta tierra y es entonces cuando el polémico mandatario danzó alegremente al son de música de época. Transcribimos, pues, la mencionada reseña:

Pág. 389 del Libro “Vida de García Moreno”

“Habiendo pernoctado en la Chonta, prosiguió su viaje, trepando por aquellos parajes denominados “Escaleras, y llegó al picacho constituido por la población de Zaruma. Era el once de noviembre de 1864 considerado célebre por los Zarumeños por haber sido en aquella fecha la vez primera que un Presidente visitaba tal vecindario. Se alojó en casa del Jefe Político Miguel Guzmán Maldonado, en cuyo sitio existe ahora la casa de Francisco J. Apolo. Fue visitado por el Dr. Serafín Romero, quien tuvo la valentía de discutir acaloradamente con su Excelencia, censurando en varios puntos al régimen. El epílogo fue una amplia felicitación de García Moreno a su contrincante, alabando su entereza de carácter. La distinguida familia zarumeña Carrión Guzmán dice que García Moreno fue homenajeado con banquete y con baile de gala; y que su Excelencia bailó la mazurca con doña Josefa Maldonado Sánchez, mujer del Jefe Político. Esta festiva cordialidad de García Moreno tiene su explicación: La familia Maldonado Sánchez era pariente de los Marqueses de Solanda residentes en Quito, los cuales cultivaron amistad sincera con el Presidente, como se ha visto en las cartas. “en tiempo de la Colonia, una rama de los Maldonado Sánchez de Zaruma tuvo fortuna de hallar una hueca o entierro de oro, y con ella o con una parte consiguió del Rey la dignidad del Marquesado, y se trasladó a la Capital de la Real Audiencia.

El Presidente abandonó Zaruma poco antes de las doce del día, prosiguiendo su camino; se disfrazó de indio sanlucano: pantalón de bayeta negra y tan alta que solo llegase a las rodillas; poncho también de color negro. Entrada la noche arribó al pueblo de San Pedro se dirigió a la casa parroquial, y pidió posada humildemente a su Párroco y Presbítero Manuel María Álvarez, habiendo conseguido contestación afirmativa, se acurrucó en un rincón del corredor, y se durmió.

No debió sentir mucho frío, pues el clima de aquel lugar es algo abrigado.

Al día Domingo de madrugada se despidió del Sr. Cura con estas palabras: “Soy el Presidente García Moreno”, y continuó su viaje a Loja.

Don Severo León Amable nos narra este episodio con lujo de detalles, hace referencia al Marquesado de Solanda iniciado por un zarumeño. Resalta el temple de un hijo de Zaruma, Dr. Serafín Romero que discutió con García Moreno que era un Presidente temible por su temperamento muy fuerte y podía castigarlo. También señaló al Jefe Político que actuaba en 1864, don Miguel Guzmán Maldonado. Indica que el presidente llegó a un inmueble donde actualmente se levanta otra casa, la del señor Francisco J. Apolo y que en el transcurso del tiempo ha ido cambiando de propietarios, edificio localizado en la confluencia de las actuales calles Bolívar, San Francisco y Sucre.

Según lo narrado, García Moreno bailó la “Mazurca” con doña Josefa Maldonado Sánchez, este baile era originalmente una danza de salón de la corte real y nobleza polaca que se difundió por todo Europa junto a la polca, durante la segunda mitad del siglo XIX, convirtiéndose en el baile de moda en todas las capitales del viejo continente. Se bailaba la mazurca en parejas siendo una danza de carácter animado y gallardo. El baile de Europa pasó a América y lógicamente al pueblo de Zaruma de mucha nombradía en la Colonia y en la vida republicana.

La gran verdad de este histórico episodio es que Gabriel García Moreno bailó en Zaruma.

Se fue de Zaruma disfrazado de indio sanlucano.

EL CURA SIN CABEZA ES UNIVERSAL

Tiempos de la Colonia aquellos en que Zaruma se fundaba el templo católico, estaría este bajo la regencia de los Franciscanos y así sucedió desde los albores de 1.600 en que esto aconteció.

Muchos años permanecieron los Franciscanos difundiendo la fe cristiana, de entre estos emisores del catolicismo se enumera una gran cantidad de gente con vocación y otros con actitudes “no santas” que, con seguridad se ganaron un pasaje a las candentes posesiones de Lucifer.

Uno de ellos enamórase de una distinguida dama casada y sus relaciones de amor, pasaron a mayores y como era lógico, el secreto del comienzo se transformó en un comentario después, porque la discreción de los amantes dejó de existir y, empujados por aquel prohibido amor, hicieron públicas sus relaciones.

El marido engañado, como era de esperarse, reaccionó y cierta obscura noche zarumeña, agazapado tras de un muro, esperó la llegada del Franciscano que tenía planeada una entrevista con la que era su esposa; llegó el religioso y el esposo indignado alzó la filuda hacha que había llevado y de un solo tajo, separó del cuerpo la cabeza del sacerdote...Desde aquel entonces surgió la leyenda referente a que por las callejuelas de Zaruma, deambula por las noches “El Cura sin Cabeza”.

Esta leyenda del Cura sin Cabeza es bastante difundida en nuestro país y en otros de Latinoamérica, aunque en cada lugar se narra con diferentes colores.

Rodrigo de Triana, escritor y folclorista insigne de la patria, escribió cierta vez sobre “El Crimen del Algarrobo” y nos dice: “En la hacienda Etelvina, colindante a la población de Colimes, los campesinos me relataron como cosa cierta que un agricultor pobre tuvo una mujer tan hermosa que llegó a impresionar y enloquecer al cura párroco, el que una vez le declaró el amor. Ella se lo contó al marido, el cual le dijo que le diera una cita nocturna al sacerdote, en el pequeño huerto que había junto a la casa. El sacerdote, acudió a la cita y el ofendido marido lo esperó tras un árbol de algarrobo, dándole tal machetazo al cura que le separó la cabeza del cuerpo.

Pero no contento con victimar al sacerdote, el marido corrió al convento, se apropió de todos los dineros y las prendas del sacerdote, que llegó a ser rico una vez que el cura guardaba los dineros recogidos para levantar el templo nuevo. Eso calificaron de “EL crimen del algarrobo” y decían que al pie de ese algarrobo, apareció un sacerdote sin cabeza, pidiendo caridad a todo el que por allí pasaba, para edificar el nuevo templo proyectado”.

Antonio Molina Uribe, escritor colombiano en su libro: “A echar cuentos, pues”, nos deleita con una serie de leyendas de su patria, entre ellas la de “El Cura sin Cabeza” y al hacer un comentario de su propio trabajo, con sapiencia nos dice:

“...Así, “El Cura sin Cabeza” se encuentra en la tradición de muchos pueblos y lugares de Antioquia y de Colombia y de otros países. La Edad Media configuró iguales o parecidas semblanzas que

adhirió a muy diversos lugares, borrando en veces los límites de la leyenda con el rótulo de la historia...”

“...Un crimen oculto, un homicidio perpetuado al amparo de la impunidad, a la simple fantasía, modeló quizá esta “conseja” de “El Cura sin Cabeza” que viejas crónicas, relatos y difusión oral han hecho caminar por tantos y tan diversas regiones, no sólo de Colombia toda sino de otros lugares de este y otros hemisferios...”

Con lo antes expuesto, queremos expresar que ésta no es una invención zarumeña, sin embargo la leyenda existe y no pocos aseguran haberse encontrado en alguna ocasión con “El Cura sin Cabeza” que con un gran rosario en la mano, deambula en peregrinaje nocturnal por las torcidas y empinadas calles de nuestro terruño...

Con el título “El Cura sin Cabeza”, el diario EXTRA de Guayaquil el sábado 11 de agosto de 2012, editó una interesante narración sobre la leyenda del sacerdote decapitado que deambulaba por la población costeña de Yaguachi, escrita en forma elegante y amena con clara vocación investigativa y con lujo de detalles por la redactora Germania Salazar y con las correspondientes entrevistas. Este es el reportaje que lo plasmamos, elevando disculpas al prestigioso diario que lo publicó y a la inteligente periodista que lo redactó:

“El cura sin cabeza es una leyenda mítica de las tantas que hay en Yaguachi, donde sus pobladores cuentan que hace muchísimos años un sacerdote fue decapitado por delincuentes, solía penar con sotana y la cabeza en sus manos. La historia es muy conocida y al igual que otras fábulas será plasmada en un libro de un escritor.

“Todas las leyendas tienen núcleo verdadero, pero la fantasía popular se encarga de inflarlas”, señala el padre Roberto Pazmiño Guzmán ex Vicario de la Diócesis de Guayaquil y ex párroco (1974-1986) de la catedral de San Jacinto de Yaguachi, asentada en este hermoso cantón. Fue allí donde conoció varios mitos, entre estos el de un cura sin cabeza que se lo contó Máximo Rodríguez, el sacristán de aquel entonces.

Pazmiño dice que esta historia no data el tiempo exacto que sucedió, pero se presume que fue en el siglo XVIII. Se trata de un cura que fue decapitado por delincuentes mientras rezaba en la llamada ermita de San Jacinto (hoy Catedral de Yaguachi). Los asesinos se robaron la custodia de oro con piedras preciosas. El cuerpo inerte quedó tirado en el piso y la cabeza a varios metros.

El cadáver de clérigo habría sido sepultado en la misma ermita. Pero a los pocos días de enterrado, según la gente, el alma salía del lugar para recorrer las pedregosas calles del antiguo sitio.

El espíritu del sacerdote pedía a los trasnochadores que rezaran por él. La persona que veía el espectro caía fulminada botando espuma por la boca.

Ante este acontecimiento, el pánico se apoderó de los pobladores, quienes cerraban temprano las puertas y ventanas de sus casas...”

La redacción de Germania Salazar continúa con otras importantes apreciaciones.

Pero el cura sin cabeza de Yaguachi, no era el único, los había en Zaruma, Guayaquil, Quito, Cuenca, etc., también en otros países, con leyendas a cual más fantasiosas:

En Tonalá, Estado de Jalisco, México, un sacerdote fue “colgado” en la calle Pedro Moreno y desde entonces en el trayecto, donde hay un arco y un campanario, los que pasan por allí ven a un sacerdote sin cabeza pasando por el arco, mientras sopla un viento helado.

En Guatemala, en las catacumbas de los templos se ha visto muchas veces a un fraile caminando pero que no tiene cabeza y cuando alguien se le acerca, desaparece, dejando a quien lo vio, con escalofríos, vómitos y las piernas pesadas que apenas las puede mover para caminar.

En Nicaragua, la leyenda se refiere a que un sacerdote franciscano, Fray Antonio de Valdiviezo, fue asesinado en la ciudad de León. Lo asesinaron con un machete que le cercenó la cabeza, la que rodó hasta el lago Xolotlán. Desde entonces los indígenas veían por las noches de los jueves y viernes santos, a un cura sin cabeza, con sotana y con una campanilla colgada del cordón amarrado en la cintura.

El Panamá, en la Villa de los Santos, los pobladores han visto deambular a un padre sin cabeza que, según se dice, es el ánima de un sacerdote que fue decapitado; se sabía que iba a aparecer por el sonar previo de una campanilla.

Quien lo veía quedaba mudo y sin poder caminar.

En el Perú, especialmente en el Distrito de Barranco, ubicado en Lima, en la iglesia de la Ermita, habitó, al finalizar el siglo XIX, un sacerdote pecador, de vida desordenada y de mal carácter y por eso la gente no lo quería. Se produjo cierta vez un terremoto y entonces, la torre de la Ermita se cuarteó y una gran campana cayó en la cabeza del sacerdote, destrozándolo por completo. Como cuando vivía era un hombre malo, un sacerdote sin fe, un malvado, Dios le impuso como castigo que debería ir vagando por las noches, pero sin cabeza.

Y así, en América latina, especialmente cada país tiene, en el libro de leyendas a un cura sin cabeza.

Algo de verdad, algo de mentira, mucho de fantasía, hay en las leyendas. Los ancestros iban alimentándolas cada vez con más aditamentos, producto de su creatividad e inventiva y, en la narración oral mucho tiene que ver quien la cuenta ubicando en un plano casi de realidad al personaje y haciendo sentir los escalofríos de miedo a los que escuchan, de manera especial a los niños.

AÑOS DE INOCENCIA

Gonzalo Rodríguez Calderón

Alguna vez escribí algo sobre los juegos infantiles, hoy retomo el tema para ubicarme un momento, en aquellos instantes de felicidad, ahora que estoy en mi vida otoñal.

Penetro al recuerdo de mi niñez y me ubico asistiendo a primer grado de la escuela, fue un ingreso directo pues en aquel tiempo no había jardín de Infantes en Zaruma, peor aún los espacios educativos de Pre-Kinder, Inicial 1 o Inicial 2. Aprendí las primeras letras, vino luego la lectura. Escribía la maestra con tiza blanca que resaltaba en el negro pizarrón: Mi mamá muele, debíamos también los alumnos, escribir lo mismo en la pequeña pizarra personal con lápiz, pero “lápiz de pizarra” y luego leer pausadamente y al unísono aquellas frases. Antes los pizarrones, eran de madera con pintura especial negra, con el andar del tiempo cambiaron a verdes y los hay ahora blancos para escribir con marcadores especiales.

La jornada escolar diaria se cumplía a doble ritmo: 8 a 12 am en la mañana y 2 a 4 por la tarde. Los recreos eran ansiosamente esperados y rápidos todos al patio para descansar la mente y agitar el cuerpo entre carreras enloquecidas y gritos ensordecedores.

Tres trimestres comprendían el año lectivo, los dos primeros con vacaciones de una semana cada uno y el tercero con vacaciones de tres meses ya que había concluido el período de estudios. A gozar el gran espacio vacacional, para luego asistir al grado siguiente si es que se “ganaba el año”, si se “perdía el año” significaba un borra y va de nuevo.

A las temporadas de vacaciones trimestrales y finales los muchachos les “sacábamos el jugo”, ni dormíamos ni comíamos tranquilos pensando en los juegos. Los trompos, las bolas (ahora llamadas canicas), la elaboración de cometas, o las, guardadas en algún rincón, salían a relucir para hacer malabares con el viento de agosto, los cocos chilenos, los checos, los zumbadores hechos con tapillas de cola o cerveza aplastadas y piola, las tablas para resbalar en las calles empinadas y empedradas, a las que se les aplicaba sebo de res para que se deslicen a velocidad.

El camal municipal era visitado en tiempo vacacional para conseguir aquella sustancia grasosa o lograr alguna vejiga de toro que luego de lavarla se la inflaba para maltratarla a puntapiés en improvisar partido de fútbol, y manualmente hacíamos carritos de madera o “tirajebe” con horquetas arrancadas de algún árbol, especialmente de guayabo, que era resistente. Los cigarrillos venían envueltos en papeles debidamente adornados a colores donde sobresalía la marca, los tabacos nacionales Welcome, Full, Dorado o los extranjeros. Lucky, Camel, Chester eran buscados por la muchachada para aparentarlos como billetes, “billusos” así se les decía, y se les asignaban valores diferentes en sucres, que era la moneda usual, según la marca, con ellos se pagaban apuestas o los triunfos en las competencias de destreza de hacer bailar los trompos.

La lista de aquellos juegos es larguísima, me he quedado corto en su relación, y se suman los entretenimientos colectivos, la rayuela, la yuca, la pelota envenenada, la petaca en palo, las

rondas, las veladas imitando payasos, trapevistas o cantantes, los paseos al río, y más, y más y más.

Recorríamos los muchachos el pueblo por los senderos de piedra, el sudor invadía los rostros y se mezclaba con el polvo, ¡Por Dios que taroso vienes! Decía mamá entre rabia oculta y sorpresa. “taroso” era una expresión que, aunque mal utilizada, significaba estar muy sucio.

No faltaba uno, de entre los más pequeñines, que luego de tan agitado trajín, exhibía sus mejillas sonrojadas y también un poco de mucosidad verde que resbalaba de su nariz, como consecuencia de una gripe mal curada, “gripe madura” como la calificaban las abuelas.

Niñez de alegría, niñez de energía increíble, niñez de sana picardía, niñez de creatividad, niñez de camisas sucias, de pantalones rasgados y zapatos destapados, niñez de inocencia. Dicha infinita en aquella infancia vivida a plenitud.

Leíamos historietas graficadas de personajes de Disney o del viejo oeste americano. Nos gustaba imitar las acciones de los vaqueros de indios o charros valentones que, además de revistas, también se mostraban en el cine y surgían los juegos: Uno de cowboy, otro de indios, o podría ser de bandidos contra los honestos. Y el sonido de disparos de las “armas” afloraba desde las gargantas infantiles, revólveres o escopetas tenían diferente explosión: **pam pam, pum pum, pen pen**, y la batalla era encarnizada. **Te maté!** decía alguno de un bando y la víctima caía al suelo y allí debía permanecer. **¡No te levantes, estás muerto!** Por otro lado los indios pieles rojas montaban en caballos de palo (palos de escoba) y arrojaban lanzas o flechas de carrizo o de papel enrollado como canuto. El combate concluía y como si se hubiera firmado un tratado de paz, todo quedaba en la tranquilidad y es que la sirena de la iglesia ya sonó con un largo ulular a las 12 del día, momento de almorzar.

El Sheriff, el robabancos, el asaltante de diligencias, el bandido sanguinario, los indios Xioux, listos para romper el tratado e ir a una nueva refriega.

En verdad, me quedo corto para describir tantos juegos de esa etapa de vida de antaño, tan diferentes a los actuales que individualizan al niño moviendo sus dedos sobre un teclado o haciéndolo esclavo de una pantalla.

Las vacaciones volaron. Ya estamos matriculados en la escuela. Iremos a otro grado y las tablas de multiplicar serán nuestro tormento.

Al fin, la Fiesta de la Virgen del Carmen, la Imagen transportada en andas recorriendo calles empedradas, mientras que en “El Arrastre” el bullicio tomaba dimensiones, el “carrusel” fiestero había llegado, ¡qué alegría! La Cancha de básquet se repletaba para aplaudir al equipo del Circulo Deportivo “Trébol” que siempre llevaba las de ganar. Por un lado ruletas que circulaban con su ráfaga de suerte, los helados o chupetes de don Fajardo, huevos chilenos en un sitio, la fritada de doña Adela por otro. Don Rogelio Romero con su vaca lechera mecánica ponía la novedad y Luis Chimbo, en el parque con su bolódromo. Se trataba de una especie de tobogán de madera de 1.70m. aproximadamente el que competían bolas de regular tamaño simulando una carrera de

caballos; los competidores rodaban por la pista que tenía un recorrido en descenso de 3 vueltas, pero la calzada tenía obstáculos, unos clavos, en los que tropezaban los participantes y como consecuencia retrocedían unos centímetros, causando demora, y desviando de su ruta a otros corredores; a fin, uno llegaba a la meta, el apostador llevaba su parte económica, otra era para don Luis Chimbo, dueño del entretenimiento. Gran Gamán, así se llamaba uno de los “caballos” que siempre salía airoso en la contienda, ¿sería de mayor peso que los otros? es posible. Los niños felices. Los reales las pesetas, las “ayoras” que nos daban los papás, pronto se esfumaban, solo nos quedaba la tarea de mirones.

Las emisiones de estas remembranzas me han hecho romper las reglas literarias, a ratos singularizo, en momentos pluralizo, mezclo episodios conforme va saliendo el tropel de recuerdos. Sabrán disculparme.

¿Cómo jugarían los niños aborígenes antes de la conquista ibérica? ¿Cómo lo habrán hecho los hijos de españoles colonizadores? Es un ovillo bastante enredado, hay que buscarle el inicio para poco a poco ir adentrándonos en las realidades lúdicas de nuestros ancestros. Al respecto les cuento que algo sorprendente encontré en la sección intercultural del Diario Opinión de Machala, en página 20 de fecha 29 de julio de 2018. Registra el documento al pueblo KAYAMBI, que habita en la sierra ecuatoriana del norte y otra parte en la región oriental. 120.000 de ellos viven en la provincia de Pichincha, 27.000 en la de Imbabura y 350 en Napo.

Niños y adultos practican un curioso juego que ha perdurado hasta la actualidad. En verdad es muy curioso, porque en el centro del mismo hay un muerto, si, un difunto de verdad, con la palidez en su rostro y recostado boca arriba en elegante ataúd de madera “charolada”, rodeado de “capilla ardiente” con velas de llamas danzarinas. Tendido en este escenario allí yace maquillado su rostro, sus ojos cerrados en aquel suelo de eternidad, el mejor terno sacado del viejo armario que hacía de pared para dividir dormitorios. Los brazos cruzados en X sobre su pecho.

“Aun en la vida cotidiana de este pueblo podemos encontrar prácticas lúdicas propias como el chungay, juego que se lo practica cuando una persona adulta muere se lo juega así: Llegada las 12 de la noche empiezan a jugar las personas, se realiza un círculo, en el mismo se colocan doce granos de maíz, seos de maíz negro y seis de maíz blanco, un árbitro en el medio que tiene que ser familiar del muerto. Las personas que forman el círculo batan el chungay, este es de madera y tiene tres lados, en cada lado se encuentran inscritos números; el árbitro mira en que número ha caído el chungay, según el número que se obtenga un jugador se lleva el maíz y el que se lleve la mayor parte de maíces es el ganador. Llegada las 5 de la mañana, el ganador obligará a los perdedores, asumir el papel de ganado y los saca arando, luego tendrán que subir a un árbol, que se encuentre cerca de la casa y gritarán imitando al cuscungo, para que toda la comunidad llegue a desayunar y finalmente llevar al muerto a la iglesia y proceder al entierro con la compañía de todo el pueblo. Como podemos observar en este juego, la cotidianidad está impregnada de lo lúdico, por ello juegan a enamorarse, a los porotos, a la construcción de coches de madera, a la casita, etc. Juegos que en la actualidad se entremezclan con la televisión o videos.

Costumbres creencias y símbolos. Este pueblo acostumbra en tiempo de verano subir con los niños a las lomas y gritas **“yo kujuta karanki achilli taitico**. Pedían que el agua llegue, que las lluvias vengan”.

Jugaban los KAYAMBIS con la muerte pero también la respetaban. En Zaruma nos era prohibido jugar durante un velorio. La familia en grupo acudía al acompañamiento vistiendo de negro riguroso, los muchachos, al menos, con camisa blanca y al momento del traslado, un cortejo infantil delante del difunto que en caja mortuoria, era transportado en hombros, y aquel cortejo infantil sostenía al frente de su pecho, una corona o una cruz manualmente elaborados en casa, con papel crepé o de seda, negro blanco o morado, colores luctuosos de entonces. Caminata larga, lenta sudorosa cuando el sol lanzaba sus dardos o temblorosa en momentos en que las nubes lloraban a cántaros.

Mucho antes al campo santo que se ubicaba en terrenos donde ahora está la Escuela Gabriela Mistral, luego a otro, que sustituyó a aquel, localizando en una prolongación de la calle Sucre, no existía la Avenida El Oro, estaba en las cercanías de los coloniales terrenos del Cura Juan Gómez que atestiguó la fundación de Zaruma realizada por Damián Menees en 1595, panteón cercano así mismo, al “Puente de Matamulas”. El cementerio actual está ubicado en lo que se llamaba “Curva Grande”, **¡está muy lejos!** se comentaba cuando entró en servicio. Al momento está inmerso en la trama urbana de la Villa de Zaruma. Sus bóvedas, nichos y terrenos, están repletos, pronto se requerirá de otro, ojala sea un campo de paz, para que los seres estén bajo tierra y donde sólo se escuche el eco de sentidas oraciones y se mire la alfombra que cobija a los muertos, el césped, aquel vegetal pequeño que se prende en el humus con la fuerza de garras y con sus hojas enanas regadas con lágrimas, rocío de amor y recuerdos.

Gonzalo Rodríguez Calderón
Diciembre de 2018

HECHICERIAS

Me amparo en el buen criterio de mis congéneres zarumeños y no zarumeños para que sepan disculparme si lo que indico a continuación llega a herir susceptibilidades, son cosas que yo no las he inventado lo que me tranquiliza ellas son producto de esa especial “chispa” de las masas populares. Por aquí en Zaruma, a los que viven en el Barrio San Francisco les dieron el apelativo de “Tarapiedras”; a los radicados en la Calle Colon, por las cercanías del camal Municipal, los llaman en tono burlesco y jocoso “Comesangre”; a los habitantes del tradicional Barrio La Bomba, los apodan “Come-zorros”, etc.; igual cosa sucede con ciertos recintos o parroquias zarumeñas, con el mismo ánimo bromista, citamos como ejemplo que a los de Malvas, además de “Malvados” les dicen “Viringos” y a los de Paccha “Brujos”, y es sobre esta población y sus “hechicerías” que veras esta crónica. Paccha la que fuera más antigua y preciada parroquia de Zaruma, paso a convertirse en cabecera del cantón Atahualpa.

El porqué del mote de “Brujos” para los dilectos amigos pacchenses. No lo sabemos, más adelante transcribiremos parte de un importante documento que explica la práctica de acciones de hechicería en dicha región, que quizá trata de darnos una justificación al respecto; mientras tanto, trataremos de recordar algo que sobre hechicerías hemos escuchado, pues son creencias que en nuestro país se fueron arraigando, hallando campo fértil en la malicia del indio, la ignorancia del mulato, la superstición del negro, y confirmaron en el blanco y el mestizo el temor, la violencia, el ansia de vasallaje y en no pocas veces el cautiverio de las almas sencillas, según criterio de un escritor.

Cuando existía el hospital “Humberto Molina” en el ahora denominado barrió Reinaldo Espinoza, fue admitido en uno de los pensionados de ese inmenso caserón, un hombre procedente de alguna compañía nuestra. Llegó en tan mal estado que por más esfuerzos que desplegaron los facultativos, su problema de salud no encontró solución. Se sugirió a los familiares que lo lleven a que muera en su casa.

Uno de los enfermeros que conoció el caso, al cabo de algún tiempo, subía la cuesta de “El Castillo”, pues, residiendo en Portovelo y o habiendo vehículo para su traslado, decidió hacerlo a pie, para poder cumplir con su “guardia” en dicha casa asistencial. Mientras ascendía jadeante por el cansancio, vio que por el empedrado camino, bajaba aquel hombre que fue mandado a que lance su último suspiro en su hogar. Esto asustó al enfermero, su corazón empezó a golpearle apresuradamente en el pecho a la par que la cabeza parecía agrandársele por la impresión. No era posible, ¡Aquel hombre estaba muerto!

Trató de huir, pero el “aparecido” lo llamó y le dijo que no temiese, que él no había muerto, pues, cuando desahuciado lo sacaron del hospital, sus familiares lo llevaron donde un brujo, quien lo libero del mal hechizo y desde entonces su salud no tuvo más complicaciones.

He escuchado otras narraciones producto de escalofrantes aquelarres, como el caso aquel en que una señora envidiosa y perversa, mandó a obsequiar a su vecina, un par de apetitosas empanadas recién salidas del horno y cuando la convidada se dispuso a comerlas, partió por la mitad una de ellas y ¡oh sorpresa!, su interior era un hervidero de gusanos.

Rememoramos también aquel episodio suscitado a raíz de que un conocido caballero zarumeño fue obsequiado con un mango, grande y fragante como los que se producen en nuestros campos. El mango fue colocado en algún lugar de la percharía de la tienda. Los hijos vieron la provocativa fruta que los tentó, y se abalanzaron a tomarla; en esos ajetreos, el mango cae al suelo, se rompe, y de su interior empieza a salir una espuma, algo efervescente, que lo envolvió y consumió todo, hasta hacerlo desaparecer por completo, “con pepa y todo”. ¡Esto es brujería” exclamaron sorprendidos y asustados los que presenciaron el increíble hecho.

Nos remitimos a Paccha y también a un artículo publicado en inglés por el investigador Frank Salomón, intitulado: “Shamanism and politics in late-colonial Ecuador” que traducido al español fue publicado en la Revista “Cultura” N° 21-b, del Banco Central del Ecuador. Su título en nuestro idioma: “Shamanism y política en la última época colonial del Ecuador”.

Los shamanes todavía ostentan el título quechua de kuraca, empleado por los gobiernos incas y español para designar a los señores Caciques de grupos étnicos apoyados por el Estado.

“Los shamanes sudamericanos solían combinar poderes políticos y mágicos sobre los hombres y el cosmos por igual”

El autor del referido artículo encontró los datos que nos a transcribir en el Archivo Nacional de Historia (Quito), en el capítulo: “Don Andrés de Arévalo, Cacique de Paccha, jurisdicción de Zaruma, sobre destierro por crimen de hechicería”.

Pues vamos al grano y procedemos a insertar partes el ya varias veces mencionado artículo:

“hacia 1700, Andrés Arévalo, el shamán asesino de Paccha temido por todos, no ocultaba que odiaba a los ganaderos advenedizos y a aquellos de su propio pueblo que seguían tal ejemplo. Según informaron sus vecinos, en una ocasión preguntó qué derechos tenían los indios forasteros para venir a Paccha con una vaca esquelética y luego darse aires de hacendados, en vez de rendirle pleitesía. Arévalo prefería obscuras amenazas contra esa gente; su amenaza favorita consistía en decir a sus enemigos que no vivirán para ver madurar sus huesos. Reivindicaba el cacicazgo jurídico de Paccha, pero este le fue arrebatado por un pariente que le tenía hostilidad y era amigo de los ganaderos. De igual manera, la jerarquía de los oficiales de la vara, quienes habían ejecutado sus órdenes anteriormente, llegaron a sentir rencor por sus intimidaciones y finalmente se volvieron en su contra, a fin de defender a los forasteros agraviados. Fue un regidor que finalmente llevó sus quejas ante el magistrado español en Zaruma”.

Los testimonios expuestos durante el juicio consiguiente, describen a una comunidad aterrorizada por la venganza mágica de Arévalo. Incluso los testigos de la defensa, al prestar testimonio, encontraron que no podían pensar en nada que los exculpara. Se le atribuyeron veinte y cuatro actos de agresión mágica, que habían causado la muerte de 18 personas y de un número indeterminado de reses. Muchos de los 18 acusadores se creían sobrevivientes de los ataques de Arévalo, y atribuían su supervivencia a las obras de un shamán-curandero forastero, Juan Vallejo, quien había desplegado una verdadera campaña de localización de los dardos mágicos de Arévalo y de desentierro de sus envoltorios malignos.

“...De acuerdo con un testigo que espía a Andrés Arévalo y a su mujer, Gertrudis Quenca, la pareja se sentaba encasa por la noche ante una mesa iluminada por dos velas. Encima de un campo de cuatro telas de colores diferentes, había un objeto de piedra, descrito como una loza...”

“... Se había visto que Andrés Arévalo entraba furtivamente en las casas de sus enemigos, y salía de ellas, llevando efectos personales del tipo utilizado para sus maleficios.

Una vez se había visto robar una racima de bananos en la casa de una víctima. Sin percatarse de que le estaba observando, Arévalo llevó la fruta a una colina solitaria, donde se apeó del caballo y camino alrededor de la colina mientras rusticaba y escupía tabaco y espigo. A medida que iba llamando a personas invisibles a lo lejos, les echaba banano y luego se alejó cabalgando. Después del rito, los bananos y las mascaduras de medicina quedaban esparcidos en el camino.

El testigo que había estado observando desde unos matorrales, dijo que el rito duro tanto que él se moría de hambre, pero estaba tan aterrorizado que en lugar de comer la fruta la amontonó y defeco sobre ella. Se vio a Arévalo, en otras ocasiones, mirando fijamente a la cima de las montañas hablándoles. Su ritual nocturno dentro de casa, se asemeja a los relatos modernos sobre los ritos andinos utilizados para matar enemigos....”

Este hechicero hizo de las suyas con sapos, serpientes y variedad de alimañas, con estiércol, huesos de muerto y partes de animales (intestinos de lechuza, uña de la gran bestia, colmillo de lobo, etc.), deducción que aflora del párrafo siguiente:

“... Arévalo supuestamente atacaba a la gente, al ganado y a los cultivos. Algunos testigos sobrevivientes se habían visto “secarse” debido a los dardos/mágicos, tales como pedazos de carbón, tabaco y tripas de lechuza, sapos y serpientes que se incrustaban en partes de sus cuerpos. Pero, la mayoría se sentía perjudicada por los envoltorios que causaban enfermedades. El curandero shamán Vallejo, excavó y exhibió conjuntos de objetos peligrosos encontrados en las entradas, fogones, fuentes y corrales de las víctimas, atribuyéndolos a Arévalo. Contenían varios artículos considerados inmundos (heces o materias descompuestas, huesos de difuntos, partes de animales de mal agüero), o que podían poner a los humanos en comunicación con los espíritus (plantas psicoactivas Envoltorios que mataban animales, colocados cerca de las saladeras y puertas de los corrales, contenían inmundicias. Los testigos dijeron que para matar a los cultivos Arévalo hizo envoltorios de una especie particular de granos de pimienta roja y amarilla que esparcía entre las plantas sanas para que se enfermaran. También se le imputó la capacidad de hacer que los gusanos devoraran un huerto de maíz, o incluso de marchitar a un huerto con solo echarle tierra.....”

Con este cúmulo de maldades, era tiempo que la justicia se haga presente y ella no tardó. Veamos: “... Las autoridades de Zaruma, encontraron culpable a Arévalo y a su mujer. Haciendo caso omiso de las fervientes suplicas de las víctimas por la pena de muerte, el juez sentenció a ambos a que fueran azotados en las calles, a que se les privara de sus pertenencias y a que se les exilara por seis años en el pueblo serrano de Alausí donde debían realizar trabajos forzados en un taller textil. Arévalo apeló a la Real Audiencia de Quito, y el Protector de Naturales (un funcionario pagado por el Estado) presentó una fogosa defensa, alegando que Arévalo era, en realidad, un maisincho (adivino) inofensivo y no un brujo. Pero los jueces de la Audiencia, convencidos de que aun un rumor de sus regresos a Paccha haría que la comunidad se desbandara completamente, les impusieron una sentencia incluso más severa que la primera. Condenaron a la pareja el exilio perpetuo y también ordenaron el enjuiciamiento del shamán curandero Vallejo....”

Por todo lo constante en líneas anteriores, surgen al amparo de la lógica, algunas interrogantes: ¿Será desde entonces que a los vecinos de Paccha los motejaron como “brujos”? ¿Este apodo surgió antes o después de aquel lejano 1700? No se sabe con seguridad. Talve’z este apelativo vienen dándose desde siglos. Esto me libera de esa “meaculpa”, así los dignos amigos pacchenses no me señalarán eternamente con su índice acusador, pues lo que se ha escrito no es fruto de mi invención, son cosas de documentos y archivos y los archivos, a decir de un insigne pensador, son a la historia, lo que la poesía es a la realidad: su esencia.

(Tomado del folleto “Aquellos Tiempos” autor Gonzalo Rodríguez – Zaruma 1989

UN MILAGRO DE LA GUERRA

Con una felonía, el Caín de América ponía sus garras en tierras orenses y luego en las lojanas y amazónicas.

Era el año aciago de 1941. El Perú invadía el suelo ecuatoriano. Las botas de la soldadesca del sur hollaron nuestro territorio y se habían apoderado de Machala, Santa Rosa, Pasaje a causa de encontrar las fronteras casi abiertas con la presencia de minúsculas guarniciones, mal alimentadas y vestidas y peor armadas, que debían hacer frente a un enemigo que asoma por cientos en las arenosas y cálidas tierras fronterizas y lo que es más, dotado de toda clase de armas que para el momento, eran modernas. Así se escribió y así lo recuerdan los mayores.

Eran los tiempos, entonces, en que Zaruma preparaba su defensa recogiendo voluntarios y desempolvando armas.

¡Sí! Eran los tiempos de intranquilidad, de escasas de angustia, cuando a los niños que aun concurrían a la escuela se los adiestraba en buscar refugios ante un posible ataque aéreo del secular enemigo. Sonaba en la escuela, inesperadamente la campana y todos los muchachos debían salir a la carrera a esconderse en los cafetales vecinos o en las entrañas de las minas abandonadas.

Eran los tiempos aquellos en que Zaruma “los refugiados”, los hermanos de la provincia que venían huyendo de los ataques inesperados, con un bulto al hombro y unos cuantos billetes que no compraban nada.

Ante la agresión salvaje y despiadada de las hondas y la aviación peruana, que sembraban la ruina y la muerte, por una parte, y ante el abandono en que se hallaban por otra, miles de orenses huyeron de sus hogares, prefirieron perderlo todo antes que entregarse al enemigo.

Alguien escribió alguna vez: “Con los ojos llenos de espanto, cruzaron caminos, selvas y montañas. Semi desnudos unos enfermos otros, con hambre y con sed los más caminaban.....caminaban.....” Iban donde la suerte los aviente y en busca de refugio y amparo.

Zaruma los recibió. Cada “zarucho” despejó su sala abrió sus bodegas limpió sus piezas abandonadas y allí brindó abrigo a sus comprovincianos que habían sido visitados por la desventura, los socios del Círculo Deportivo “Trébol” y de otras Instituciones movieron en busca de alojamiento.

¡Sí! Era en esos tiempos cuando sucedió el milagro. Bien habían servido las rogativas y todos los lirios que con sus llamas fabricaron sus propias lágrimas. ¡La Virgen del Carmen había oído las súplicas!.

Era un día despejado del mes de Julio de 1941 el cielo de un hermoso azul celeste y el sol brillando con lucidez en el firmamento. De pronto asomaron dos aviones. Recuerdo que los veíamos grises muy grises pero con su insignia peruana.

Son “peruanos” gritaba una empleada campesina que trabajaba en labores domésticas, a la vez que corría a la calle.

¡Virgen Santísima del Carmen! ¡Ampáranos! Gritaban e imploraban dos viejecitas, con sus ojos preñados de lágrimas mirando hacia el inmenso cielo.

Carreras. Confusión, los viejos a coger sus armas, los niños con la boca abierta.

¡El milagro se hizo! EL cielo despejado de un hermoso celeste y el sol reluciente desaparecieron pues inmensas nubes arrojaron e esa natural belleza y un manto de gris neblina cubrió la población de Zaruma.

Desde el aire los aviadores peruanos no podían ver nada sino un nebuloso mar, pasan de largo, fue entonces cuando dos bombas estallaron en la indefensa población de San Roque.

Todos acudieron la noche de aquel día a la Iglesia Matriz a dar las gracias a la Virgen del Carmen por el milagro concedido. La Santa Virgen oyó esta gratitud y siguió protegiendo a Zaruma porque hizo posible además que los invasores se detengan en Panupali ante el arrojo de un puñado de valientes y no logren su propósito de llegar hasta Zaruma rico asiento aurífero y el milagro fue mayor al permitir que esta Sultana acoja en su seno por mucho tiempo a tantos hermanos desventurados de la Provincia.

Bien vale transcribir ante este recuerdo lo que Julio Santamaría escribió en el epílogo de su libro “La tragedia Internacional del Ecuador y sus Responsables”. “Lector Ecuatoriano, si el contenido de este opúsculo ha estremecido las fibras de vuestro sentimiento de dignidad erguíos con los puños crispados sobre los despojos de la Patria escarnecida y jurad vengar la agresión cobarde de Julio de 1941 y sacudí los del pacto ignominioso del 29 de Enero de 1942 de Río de Janeiro; y si no podéis vengaros por vuestras propias manos que vuestros hijos, nietos, bisnietos y tataranietos se trasmitan el juramento como una deuda sagrada para con la Patria”.

POSESIÓN DEMONÍACA

Los estudios apuntan que las referencias más antiguas de posesiones que el diablo ha practicado a humanos, datan de los sumarios, que tenían la creencia que todas las enfermedades ya del cuerpo, ya de la mente, eran causados por “demonios de la enfermedad”, a estos demonios los llamaban **gid – dimn**. El sacerdote que practicaba exorcismos se denominaba **ashipu**.

Las posesiones del diablo en el cuerpo de los cristianos se convirtieron antiguamente en una plaga. Personas supuestamente poseídas fueron exorcizadas y/o ejecutadas por mandato de la ley imperante, algunas fueron asesinadas. Durante la edad media, ciertos de gatos, cabras y otros animales, de inusual comportamiento, fueron sacrificados por considerar que estaban poseídos por el diablo.

Algunos eruditos religiosos-cristianos consideran que los demonios pueden penetrar en una persona utilizando diversas maneras, y que hay actividades que favorecen el ingreso de Lucifer, como las prácticas diversas de espiritismo, la invocación de espíritus de personas fallecidas, los pactos con el diablo, la cartomancia, la tabla “guija”, como se la pronuncia vulgarmente, etc.

Los poseídos sienten que un ente extraño los controla, tienen síntomas de ahogarse o quemarse, dolor, angustia, visión de entes extraños o ya fallecidos y que no son percibidos por los demás.

Este escabroso capítulo de la posesión demoníaca ha sido más difundido por el cine que por la literatura. En el llamado “Séptimo Arte” se han producido varias películas sobre el tema, destaca aquella llamada **El Exorcista**, que retrata el caso de posesión demoníaca en una jovencita del siglo XX. Los que hemos visto esta película quedamos cundidos de miedo y sin embargo nos atrevemos a seguirla apreciando una y otra vez. La protagonista con su cara desfigurada hace girar el cuello y su cabeza de vueltas como una ruleta, una voz gruesa y terrorífica pronuncia palabras soeces o de lenguajes extraños y demuestra potencia desproporcionada. El demonio metido en su cuerpo le da fuerza brutal, y la presencia del maligno hace que las luces se enciendan o se apaguen, que las puertas se cierran estrepitosamente, que los cajones de los muebles se abran a su antojo o vuelen con velocidad inusitada. El sacerdote exorcista sufre penalidades sin fin, golpes, insultos, escupitajos o es bañado por vómito verdoso que arroja la poseída, un miasma fétido y repugnante. Y el Curita, aguanta y aguanta, con el crucifijo en las manos y sus oraciones, hasta que por fin logra que Lucifer salga de la jovencita.

Pero este demonio recargado con el máximo de maldad, entra ahora al cuerpo del exorcista, toma posesión y lo induce al suicidio.

¡Qué miedo!. Concluida la película, toda la familia a dormir, nadie quiere apagar la luz eléctrica, es mejor así, pues parece que en la oscuridad el diablo adquiere más poder. No falta un bromista que al pequeñín de la casa le dice: ¡Tendrás cuidado porque el diablo va a venir a “jalarte las patas”!, y el pobre chico, tembloroso y con disimulo, va y se acurruca en medio de sus padres.

Que el diablo es tentador, los es. Mucha atención, porque los confesionarios están cada vez más repletos.

PELEA DE PERROS

En un libro de Antonio Uribe, leí la leyenda del “Perro Negro” en la cual el mismísimo diablo se presentaba en forma de un enorme y grotesco can del color de la noche. Dice el autor a este respecto: “Era y sigue siendo una temible aparición del Maligno, en horripilante figuración de un mastín, de ojos fosforescentes y temibles aullidos, que echando “chispas” por ojos y boca, en las noches oscuras y medrosas, recorría los caminos o las calles de los pueblos, infundiendo extraño pavor.

Para el campesino timorato, para el labriego de alma sencilla y corazón bondadoso, este “endriago” conformaba en la sencillez de sus espíritus al mismo demonio, eterno atormentador de la humanidad y cómplice aceptado de todas las maldades del hombre.

En Zaruma años atrás, existieron unos perros que no siendo justamente la encarnación de Luzbel, fueron unos verdaderos “diablos” para pelear. Eran dos enemigos acérrimos que no se podían ver ni en pintura y diariamente ofrecían al viandante, en las calles de la Villa, lo grotesco y lo reñido de una real pelea de perros.

“Yaky” un can de media sangre bóxer de propiedad de Gonzalo Carrión Guzmán era el un contendor, de color café, musculoso fornido y con dientes afilados y “Sansón” era el otro, con sangre en sus venas de pastor alemán, con pelaje abundante y porte aristocrático, siendo su amo el conocido caballero don Francisco Palacio (Padre). Estos dos perros, eran de verdad enemigos declarados y como que hubieran firmado un pacto de desafío permanente, todos los días se enfrentaban en tenaz y sangrienta lucha por allá en las esquinas de las calles Bolívar y San Francisco.

Ladraban, se mordían, sangraban, se revolcaban hasta el cansancio y luego se retiraban agotados, tomando cada uno su rumbo y regresándose a ver como quien diciendo “mañana, nos enfrentamos nuevamente”. Y así sucedía, al siguiente día, un nuevo round de pelea perruna sin tregua. La gente estaba acostumbrada a este diario bullicio y no faltaban los muchachos que se citaban para ir a espetar la “pelea de perros”.

Pero por la misma época no todo era pelea para los otros pobres caninos que no querían presentarse al teatro de la tradicional lucha ni como separadores ni como defensores por eso “Bobby” un perro lobo del difunto Celiano Romero se transformó en el Don Juan del pueblo y mientras los otros peleaban él se dedicaba a sus coloquios y no había perra, por más orgullosa o por más peligro que exhibiera que se resistía a sus ardientes amoríos, y hablando de perros recuerdo lo que mi madre me contaba de un can grande y respetable que había en casa y que estaba muy bien amaestrado hasta el punto que cuando la venta de carne se hacía donde hoy funciona la Imprenta Municipal él llevaba en su trompa un canasto con un papel de pedido en su interior y el dinero correspondiente y los expendedores señores Luis Sotomayor, Antonio Guzmán o Aurelio Hidalgo, le ponía el pedido en el canasto y el canino regresaba airoso a casa y por supuesto nadie se atrevía a quitarle su valiosa carga. Volviendo al caso de “Yaqui” y “Sansón” por mucho tiempo siguieron en su mortal desafío hasta que cierto día fue menester dar muerte al furioso “Yaqui” por haber atacado sorpresivamente a una niña de la ciudad.

Esta remembranza canina nos hace meditar: ¿No será que también nosotros los humanos estamos protagonizando una constante “pelea de perros”?

EL TREN

Zaruma es una tierra legendaria pues, fundada que fuera en 1549 por Alonso de Mercadillo, lleva en sus páginas muchos hechos, leyendas o tradiciones que se han acumulado en los siglos de su existencia. Preocupado el autor por estos acontecimientos ha escrito algunos folletos que recogen vagamente algo de ello, pero la temática es inagotable, razón suficiente para no quedarse estático y continuar con esta recopilación que es parte de la vida zarumeña de ayer o de hoy.

Nos referimos ahora a un hombrecito pequeñín, cuyos pies descalzos recorrieron las calles de la Villa y sobre todo trajinaron raudos, por mucho tiempo, por el camino que une a Zaruma con Portovelo por la cuesta de El Castillo; este hombrecito usaba sombrero, de paja unas veces y de paño otras y alcanzó mucha popularidad en la Sultana de El Oro y, en el entonces Campamento Minero de Portovelo, recordamos que se llamaba Fidel, pero casi nadie lo conocía como tal sino con el mote de “El Tren”.

Desde algún lugar serraniego, llegó a estos lares, abandonando su choza, sus cerros acariciados por el viento frío sus trigales mecidos por las brisas. Llegó a Zaruma por los años 30 y encontró un trabajo muy peculiar, transportar la comida preparada a los hombres que viviendo en esta ciudad, laboraban en Portovelo, Campamento al que se trasladaban todos los días. Para su trabajo don Fidel se olvidó del poncho compañero y; lo abandonó en algún rincón del cuartito en que vivía.

En un comienzo llevaba tres o cuatro portaviandas, pero más tarde fueron diez, quince, veinte y para ello tuvo que hacer funcionar su imaginación: en dos tiras de fuerte madera, de tres metros cada una, aproximadamente, ataba con seguridad en cada una, diez portaviandas repletas de olorosa y apetitosa comida.

Era puntual, exacto como tren, cumplía su itinerario a cabalidad y las horas de salida y de llegada no podían fallar. Por eso, antes de las once de la mañana esperaba las portaviandas frente a la Iglesia Matriz y los cómodos sus “vagones”, a las once en punto, balanceaba sus varillas, y un viraje en la casa del maestro Encalada posteriormente algo similar en “La Bomba” y luego sí a Trotecillo lento sin jamás disminuir este ritmo bajaba y bajaba hasta llegar a su “estación”. Las personas que vivían a la vera del camino no necesitaban reloj simplemente veían pasar “el tren” y sabían la hora exacta.

La cantidad de portaviandas que llevaba, que eran los “vagones”, y el choque que se producía entre ellas, que significaba el ruido del motor sumándose a ello el trotecito de don Fidel, fue suficiente para que la chispa zarumeña lo rebautizara con el apelativo de “El Tren”.

Es de destacar que en sus hombros llevaba dos alforjas allí ponía las botellas cerveceras o de cola que habían sido llenadas con café endulzado limonada o “pinol” y tapadas con un corcho o un pedazo de tuza. Cargaba más o menos veinte botellas y todas eran entregadas a sus dueños sin equivocación, aunque muchas tenían similares características. Algún zarucho cierta vez con el afán de molestarlo y más que todo para ver inicios de equivocación le presentó diciéndole que la

botella con café no era la que le pertenecía pero “El Tren” sin inmutarse y con solemnidad contestó: ¡Esa es! Y en verdad que esa misma era.

“El Tren” era exacto en su arribo a Portovelo; todos los días llegaba faltando cinco minutos para que suene “el pito” de las once y media, que era señal de descanso para que los trabajadores almuercen. Se “estacionaba” en las inmediaciones de las Oficinas de la SADCE donde había un espacio verde con unas bancas de madera y allí entregaba a cada uno su apetitosa carga aun calientita. Varios le hacían partícipe de su almuerzo y terminado el mismo recogía las portaviandas las ataba a las liras de madera y emprendía su retorno por la empinada cuesta de El Castillo, con el mismo trotecito de siempre.

Cuentan que un comienzo cobraba dos reales por cada portaviandas y que conforme pasaron los años este valor subió a \$1.20.

Así transcurrió la existencia de nuestro querido Tren. Al terminarse la South American Development Company que era la compañía yanqui que explotaba el oro también se terminó el Tren dicen que incógnito murió en un rincón zarumeño aunque otros sostienen que regresó a su choza asentada en los cerros acariciados por el viento para dar descanso a sus cansados pies y musculosos brazos y dedicarse a mirar apacible los trigales movidos por la brisa.

Pues así mis amigos aunque parezca imposible Zaruma ha tenido su propio e increíble locomotora.

LA RETRETA

Mi mente está repleta, como que proyecta infinidad de filminas. Esto me hace recordar!. Recuerdo la plaza de mi pueblo. En cualquier día cuando el desapacible y voluble clima montañoso se dignaba permitirlo, salían a esta plaza principal, conocida como La Independencia, señoras y niños, a veces jóvenes a estudiar la Anatomía de... pero más les interesaba ir a la cantina de la esquina a pegarse nos tragos en un ambiente con una mezcla de alcohol y tabaco. Algunos niños con su triciclo, sus patines o sus balones, se solazaban, otros que no los tenían jugaban a las canicas o a corretearse entre ellos.

En días ordinarios, el pequeño parque, atracción principal de la plaza, era tedioso, hasta las ardillas metálicas, adorno de la pileta central, parecían aburrirse.

Sin embargo, a las once de la mañana de todos los domingos, se producía allí una animación inusitada, por obra y gracia del concierto de la Banda Municipal. En realidad, ese concierto era una persistencia modal de la “retreta” que atraía preferentemente a las jovencitas ciudadinas y a sus bienamados. Entonces se iba a la retreta en ansiosa búsqueda romántica de una sonrisa, a lucir la corbata nueva o asolear el terno dominguero o, simplemente a matar el tiempo antes del almuerzo.

El público amaba la retreta, la respaldaba con su presencia y yo intuía, sin ser definitiva y ejemplarmente melómano, la calidad artística de los intérpretes.

Antes de las once de la mañana, desde la calle Bolívar, la Banda Municipal desfilaba rumbo al parque, los domingos. Los miércoles y sábado también había retreta por las noches, aunque sin desfile previo.

En verano la retreta se daba alrededor de la pila. En invierno, si no lo permitía la lluvia pertinaz, se ofrecía el concierto desde uno de los portales de la plaza.

Qué lindo era aquella. Los jóvenes gozábamos del espectáculo. Nos gustaba la retreta. Salíamos a dar vueltas en el parque. Las chicas también salían, y como antes los padres eran tan celosos de sus hijas, aprovechábamos de la retreta y pasear en el pavimento del parque, nosotros en una dirección, ellas en sentido contrario y en cada encontrón, una mirada, una sonrisa, una mágica de manos.

Gustar la retreta paseando en pareja, era un verdadero triunfo.

Los domingos coincidía la retreta con la salida de misa de 10 y se constituía el hecho en una verdadera fiesta muy concurrida. ¡Zaruma era más alegre en aquellos tiempos!.

Así sucedían las cosas en la plaza de mi pueblo hasta que un desaprensivo Presidente del Concejo dio por terminada la Banda Municipal; mandó a la casa a la mayoría de sus integrantes, guardó en una bodega los instrumentos y algunos fueron regalados a otros pueblos vecinos, pues ellos si seguían teniendo su banda musical.

Merece destacarse que la primera banda de Músicos Municipal, se inauguró oficialmente en 1911, ésta ofrecía su retreta desde los balcones de la antigua torre de la iglesia, pues bien sabemos que la torre actual es otra y no posee balcones.

La segunda Banda Municipal se estrenó en 1931 y luego, la tercera, dirigida por el “Chaso” José Antonio Jara, en 1946 o 1947 si no nos traiciona la memoria.

Teníamos Banda Infantil, en un deleite ver y escuchar a un pelotón de pequeñines entonando melodías, pero esta banda no nos alegraba con retretas continuas, salvo en la Fiesta de El Carmen.

De repente, en la actualidad, una entusiasta Banda de Pueblo llamada “Sultana de El Oro” nos brinda una retreta, gracias a algún prioste que festeja al santo de su predilección. Para bien hay otra banda popular: “Los Primos”.

(Relato tomado del libro “El Cerro de Oro” de G.R. C

DIOSES Y SERES MITOLÓGICOS EN EL POEMA DE VIRGILIO LA “ENEIDA”

Los profesores de Literatura, de Historia también, nos enseñaban en el Colegio 26 de Noviembre, la vida y obras de grandes escritores de antaño. Nos trasladábamos en este periplo de aprendizaje a Roma, Grecia, España, Inglaterra y otros lares. La Ilíada y la Odisea no podían faltar, al igual que Don Quijote o las descripciones de Shakespeare. Genios de las letras a nuestro alcance. Insertamos en este libro algunos trozos de la Ilíada escrita por Virgilio, pudiendo resultar fuera de tono, cuando estamos enfocando temas de Zaruma, pero bien vale recordar a los pasajes y los hechos misteriosos del poema como un aporte a los estudiantes de nuestra ciudad a fin de que, si no lo han hecho aún, se adentren en la vida de estos personajes y su maravilloso erudición, ya que el tecnicismo moderno nos está a ratos llevando de la mano hacia otros mundos y protagonistas, con espadas de luces, viajando por galaxias recónditas.

VIRGILIO EL POETA. Publio Virgilio Marón con su nombre en latín Publius Virgiliano Maró, nació en Andes, actual Italia, 70 años antes de Cristo. Estudios retórica, lengua y filosofía en Cremona, Milán, Roma y Nápoles.

Su primera obra las Bucólicas con temas de la tradición de pastores. Luego las Geórgicas como un apoyo a la política imperial de relanzar la agricultura en Italia, en la que recrea la belleza de la vida campesina, no podía ser de otra manera pues sus padres fueron del campo y cultivaban la tierra o pastoreaban ganado y allí vivió su infancia. Dejó también para la posteridad otros libros menores. Llegó a la cima, cuando escribió un importante poema patriótico, a imagen de las grandes epopeyas de Homero (otro escritor famoso), este poema es la Eneida, relacionado con el pueblo romano y sus virtudes y con el propósito de cimentar una mitología propia para la nación. El personaje principal es el héroe troyano Eneas.

Virgilio demoró doce años en escribir esta obra maestra de la literatura universal, en sí, es un poema épico compuesto de doce cantos. No es que sea así, pero en atención a la proporcionalidad, considero personalmente y me da la impresión aunque no precisa que escribió un cantó por año.

La Eneida se considera como modelo de perfección literaria, tanto por su equilibrio métrico como por su musicalidad.

Cuando el autor estuvo a punto de morir encomendó en su testamento la destrucción del poema al que consideró no terminado aún. El Emperador Augusto impidió que se cumpliera ese deseo.

LOS ESPACIOS DE VIRGILIO. Una mirada al bello estilo la encontramos en Biografía de Virgilio y su obra literaria. Poeta Romano (https://historiaybiografia.com/biografia_virgilio). De allí tomamos unos párrafos.

(...)Era la suya una familia modesta y de austeras costumbres, el padre poseía algunas tierras que cultivaba con un pequeño grupo de esclavos. La madre era abnegada se consagró a la educación de sus hijos Virgilio, Flaco y Silón, muerto temprana edad.

(...)Las abejas zumbaban en las colmenas, los rebaños pastaban en los fértiles prados, cada año las cosechas se elevaban en los surcos y el niño (Virgilio), crecía descubriendo los encantos del campo, del trabajo y la sana alegría de los paisanos, y la belleza de todo aquello que más tarde debía celebrar en sus poemas.

(...) Aprendió a amar los matorrales que limitaban los generosos campos, al arroyo que corría oculto en la hierba, la sombra de, imponente oleastro, el prado oloroso de tomillo y de violeta, los bosquecillos de robles y avellanas, la grutas tapizadas de hiedra, los pequeños estanques bordeados de sauces y enebros...y ese amor sería expresado por Virgilio, en la más bella poesía.

PERDURABILIDAD. La obra la Eneida ha perdurado por siglos, desde antes que Jesús naciera.

Cuántos cientos, miles, millones de personas habrán leído este poema. Cuántos eruditos le han hecho un estudio prolijo. Cuántos literatos lo habrán desglosado para saborear poco a poco su contenido?

Personalmente declaro que no es mi intención inmiscuirme en esas honduras intelectuales, sólo pretendo apoderarme de trozos del poema en que se menciona con increíble vuelo de inspiración, a los Dioses, a los terrores, a los espacios demoníacos, a los fantasmas y más seres de mitología y realidades, sin apartar las glorias, los amores y los escenarios maravillosos a los que llegará la gente buena después de su muerte.

Con el andar del tiempo he escrito algunos libros que se relacionan a leyendas, tradiciones y costumbres de Zaruma, y aunque no se trate de la patria chica, estos aspectos de la Eneida, serán incluidos en adiciones futuras si acaso mi intención llega a los dominios de la realidad.

TROYA Y EL CABALLO GIGANTE Troya, ciudad de Asia menor, cuyo sitio y destrucción es el tema de la Ilíada de Homero, tema que también consta en la Eneida, de Virgilio.

El Caballo de Troya fue un artilugio enorme de equino. Construido con madera por el ejército de Grecia, el que es mencionado en la Guerra de Troya y que, según el relato, fue usado por los griegos que fingieron abandonar el caballo, como una estrategia para introducirse en la ciudad fortificada de Troya. El caballo fue tomado por los troyanos como signo de victoria siendo introducido el gigante equino al interior de los también gigantescos muros que guarecían la ciudad, sin conocer que dentro del caballo, en su tórax y en su abdomen, se encontraba un grupo de soldados griegos, que eran sus enemigos. Durante la noche los griegos salieron del interior del monumental caballo y lograron matar a los centinelas y luego abrieron las puertas de la ciudad-fortaleza para permitir la entrada del numeroso ejército griego, lo que provocó la caída definitiva de Troya. El gran caballo fue construido por inspiración de Minerva (antigua diosa Ítala protectora de los poetas y maestros).

Realidad o ficción lo del Caballo de Troya? La verdad es que ha dado lugar a la escritura de muchos libros y el cine ha recreado la escena con emocionantes episodios.

Eneas héroe logró sobrevivir con un grupo y con otro grupo sobrevivió Atenor. Eneas es personaje principal de la Eneida, obra del literato Virgilio de la que tomamos trozos que alimentan nuestro propósito de citar a los Dioses y a seres mitológicos.

SALIDA DE TROYA, EL ARBUSTO DE SANGRE NEGRA, LAS ARPÍAS, Y LOS CÍCLOPES. Eneas con un grupo apreciable, logró salir de Troya luego de la catástrofe, lo hizo en veinte naves, los desterrados desembarcaron en un lugar llamado Tracio y allí cortó un arbusto del que brotó sangre negra y al propio tiempo se escuchaban gemidos y lamentos. Volvió a dar otro corte y una voz que salió de la tierra le reveló que bajo el arbusto se encontraba el cadáver de Polidoro, otro troyano.

Luego asoman las Arpías, pero antes de narrar el suceso, voy a describir a las Arpías o Harpías (puede escribirse con h o sin h, como aseguran los entendidos), según indagaciones que personalmente he realizado: Son seres con cuerpo y alas de buitre, con senos abultados y cara de mujer con palidez de muerte, su pelo es duro, grueso y enmarañado, tiene los dientes podridos. Su lenguaje se basa en una especie de gritos y cacareo, sin embargo pueden entonar hermosas canciones para hechizar a la gente. Son cobardes cuando están solas y viven en cuevas extremadamente sucias.

Continuamos con las peripecias de Eneas y su gente: Cuando se disponían a comer, las Arpías descendieron sobre ellos e infectaron los alimentos. Los soldados intentaron cazarlas, pero en ese momento la reina de las Arpías, posándose en lo alto de una roca les gritó un poco de profecías siniestras, entre ellas que padecerían un hambre que los haría devorar carne humana.

El dios Apolo hizo que no se cumplieran los vaticinios de la reina de las Arpías e insinuó que visite a la Sibila de Cumas y que cumpla con las instrucciones que ella le dará, también el Dios Apolo indicó que el lugar para una futura ciudad será donde se encuentre una cerda muy grande, blanca, que tendida al sol y junto a las riberas de un río solitario, con treinta lechoncillos, también blancos, prendidos de sus ubres.

En otro pasaje los desterrados llegaron a la tierra de los Cíclopes para rescatar a Aqueménides que allí fue abandonado y tuvieron que salir prontamente del lugar por temor a los Cíclopes que eran gigantes, tan enormes que un humano de tamaño normal le llegaba a la rodilla. En mitad de la frente tenían un solo ojo. Mientras esto sucedía, la tristeza se apoderó de Eneas que lloró por la muerte anticipada de su padre. La Sibila, que era vidente y profeta atendió el pedido de Eneas que lo conduzca a las puertas del reino de Plutón, sobrenombre del dios griego de la riqueza. La Sibila dígame que busque en lo más intrincado de la selva un árbol que tiene una rama de oro, la que debería arrancar para que le entregue como regalo a la esposa de Plutón, y así Eneas llega al árbol maravilloso guiado por dos palomas enviadas por la diosa Venus que era su madre.

UN MUNDO SINIESTRO EN LAS VASTAS MORADAS DE PLUTÓN.- La Sibila entra con Eneas a las moradas de Plutón allí observan el lecho del Duelo y los Remordimientos Vengadores, las enfermedades, la vejez, el hambre, el miedo, la miseria, el sufrimiento; descubren luego la guerra y la feroz discordia y en las hojas de un árbol frondoso, pegados estaban los sueños.

Observan más adelante, fantasmas monstruosos, animales salvajes y a la orilla del tenebroso mar ven una multitud de sombras que solicitan con angustia al capitán del barco que los pase a la otra orilla, pero éste sólo lleva a los muertos que reposan en tumbas. El barquero infernal los admite cuando Eneas muestra la rama de oro destinada a Prosperina. Este pasaje os lleva al recuerdo de las minas de Zaruma en cuyos socavones húmedos y oscuros cruzan imágenes volátiles de fantasmas florando sobre el piso de cascajo o en un recodo de los túneles asoma la mula de siete cabezas.

En fin, sobrellevando otras dificultades llegan al recinto poblado por las almas de los niños, de los arrastrados a la muerte por falsas acusaciones y de los que por decisión propia se quitaron la vida. Arriban después a una hermosa llanura con verdes praderas y bosques frondosos iluminados por un sol reluciente y en donde se respira un aire puro y vivificante. En ese paraje, Eneas se encuentra con su padre que había fallecido, que muy alegre lo conduce a un hermoso bosque bañado por el río Lateo, cuyas riberas están ocupadas por muchedumbre de almas que son de quienes abandonaron la vida sin hallarse completamente libres de sus vicios o pecados que deben beber la paz y el olvido junto al río para poder ser admitidos en las alegres y bellas campiñas del Elíneo.

CERAMOS EL TEMA con la narración de esos destinos a los que deben llegar los troyanos y en general la humanidad y que, siendo descritos en la Eneida, mucho antes de que Cristo naciera son comparables con el infierno, el limbo o Purgatorio y el Edén Eterno de la religión católica, cerramos este escrito, no son antes dejar en claro que los periplos de Eneas continúan en aquel poema de maravillas, llegando a un término feliz, siempre con un escenario de sinsabores y glorias, en un ambiente de Dioses y seres mitológicos que no son otra cosa que entes fantásticos y legendarios, llenos de misterio y que forman parte de las vivencias de griegos, troyanos y romanos en tiempos antecedentes a la Cristiandad, además con luchas bravías, escudos metálicos y filudas espadas, divinidades superiores inspiradores, seres perturbadores con el hombre, animal superior de carne y hueso, inmerso en torrentes de realidades o apreciaciones fantásticas.

Zaruma, diciembre de 2018

EL TEATRO “MAESJI”

El cine fue parte de la vida de Zaruma, fue porque ahora ya no hay ni una sola sala de proyecciones. Y si el cine constituyó una obligatoriedad en el trajín cotidiano de los zarumeños, fue gracias al querido y añorado Teatro “Maesji”, nombre que se estructuró con las primeras sílabas de los apellidos de sus creadores: MA de Matamoros (Jorge), ES de Espinosa (Ángel) y JI de Jijón (Celso), ellos hicieron posible este milagro de entretenimiento para la gente de esta tierra. Ir al cine era un ritual de los pobladores, los adultos de familia acudían especialmente los viernes, sábados y domingos y los muchachos tenían también reservado su espacio en las funciones de matinée que se proyectaban los domingos desde las 3 de la tarde, pero a las 2 ya estaban en la sala de cine para dar rienda suelta a la lectura de revistas de historietas que allí mismo otros muchachos las alquilaban.

Los inicios del Teatro “Maesji” se dieron en la plaza del mercado, allá en la década de 1940. El mercado era un edificio grande con techo de zinc y piso de cemento. Para que funcionara como sala de cine se ingeniaron grandes tableros móviles de madera, pues pasada la función, especialmente de los sábados había que alzarlos con una especie de polea para efecto de la feria dominguera.

Don Jaime Jarrin Romero era el encargado de hacer funcionar las máquinas de proyección. Todo marchaba a pedir de boca, hasta que cierta noche en que se proyectaba la película “El joven Mr. Peet”, por alguna razón de falla eléctrica, los rollos de celuloide se quemaron y siendo altamente combustibles, propagaron el fuego, las llamas se agigantaron y el Teatro “Maesji”, sus proyectores, sus bancas, el mercado mismo quedaron reducidos a cenizas. No había carro de bomberos y la gente se las ingenió para que el fuego no destruya las edificaciones vecinas. Fue una noche triste y la tristeza duró bastante tiempo pues los zarumeños no podían continuar con su enviada costumbre.

El flagelo sucedió el 20 de septiembre de 1944. Una nota aparecida en un periódico local, contenía el texto siguiente:

“El día miércoles 20 de los corrientes, Zaruma se vio sorprendido por el terrible incendio de la Plaza del Mercado de la ciudad. El fuego se inició en la pared de la plaza que sirve de teatro, debido a un accidente fortuito, la inflamación de la película que estaba pasando y según datos, está inflamación se debió a las altas y bajas del voltaje de la luz, por cuyo motivo se llegó a prender fuego la caseta de los aparatos proyectores de donde pronto se propagó al resto del edificio, siendo imposible detener el fuego debido a la absoluta falta de elementos extinguidores de incendios.

La ciudadanía y el cuerpo de conscripción, en colaboración con los empresarios, olvidando ya las máquinas que fueron presa del fuego, lucharon tenazmente para detener el incendio, siendo humanamente imposible, lo único que se logró salvar fue una pequeña parte de la casa de la Plaza.

Es sumamente doloroso este hecho, puesto que con ello también Zaruma pierde los momentos agradables del cine ya que todos los equipos de la Empresa “Maesji” se fundieron bajo las llamas.

Al siguiente día por la noche, según fue escuchada en la radio por retransmisión hecha desde H.C.J.B. de Quito, el H. Asamblea Nacional, aprobó un Acuerdo por mayoría casi absoluto y de carácter urgente, haciendo una asignación de CIENTO CINCUENTA MIL SUCRES, para la reparación y reedificación de la Plaza de Mercado. Este Acuerdo fue presentado por nuestro coterráneo el Diputado Dn. Eduardo Guzmán Matamoros, con el apoyo del otro Diputado por nuestra Provincia, Cnel. José Antonio Gómez González y del Representante por Loja, Dr. Eduardo Ludeña.”

El ánimo de los empresarios Matamoros, Espinosa y Jijón, no declinó y es así como decidieron continuar con su empeño, esta vez en casa propia.

Tiempo después, con su entrada principal por la calle 26 de Noviembre, se inauguraba el nuevo Teatro “Maesji”, en una edificación mixta con estructura de madera, paredes de tierra y bahareque (que años más tarde fueron reemplazadas por ladrillos), techo de teja y a la entrada una sección de cemento más elevada donde había una especie de palco, a lado gradas de cemento que permitían el acceso a la sala principal con su piso inclinado. Al fondo un escenario y en la parte frontal del edificio la boletería y lugar de proyecciones. La gente que ingresaba veía los proyectores y a los encargados de manejarlos. En la puerta generalmente estaba don Jorge Matamoros recibiendo los boletos que permitían el acceso al público numeroso que reavivó el vicio del cine.

El Teatro “Maesji” no sólo fue para exhibición cinematográfica, allí también era el lugar de los grandes espectáculos, como las comedias del “Omoto” Ernesto Albán, las obras teatrales del conjunto artístico del Círculo Deportivo “Trébol”, la proclamación de reinas, actuación de artistas de la farándula nacional, etc. Fue el Teatro “Maesji” un valioso impulsor de la cultura.

El aniversario de este teatro se festejaba con una semana de proyección de películas de primera clase, para lo cual se vendían “Abonos” que permitían a un precio menor ingresar a todas las funciones, y las bancas del local se llenaban para disfrutar de las delicias del denominado Séptimo Arte.

Luego de las películas era costumbre ir a un salón, a los sitios de expendio de comidas en el mercado o a los comedores de la señora Etelvina Ortega o de Juanito Romero. El menú siempre era el mismo: café con tamales, apanado, guatita o caldo de patas.

En determinada noche la función fue suspendida, pues uno de los empresarios, don Celso Jijón Ramírez, sufrió un infarto que le causó la muerte. El público solidario se trasladó a la casa del duelo.

Con el óbito de don Celso, la empresa sintió un debilitamiento hasta que algún día pasó el teatro a ser propiedad del señor Lautaro Berrezueta y, aunque el nombre cambió a Cine “Fénix”, los zarumeños continuaron asistiendo. El aparecimiento de la televisión en Zaruma mató definitivamente al cine, por ello su propietario vendió los proyectores e incluso el edificio, el

mismo que debido al abandono, sintió el peso del tiempo y fue cayéndose en pedazos llevando consigo los recuerdos y gran parte de la vida de Zaruma.

VISIONES TENEBROSAS EN LA CORDILLERA ORIENTAL

Encontrará el lector, en alguna página de esta nueva edición de “Cabeza de Maíz” una visión paisajística de un viaje al “Cerro de Arcos”, maravilla natural que está entre límites de Zaruma y la Provincia de Loja, y algunos años han pasado desde aquella inolvidable excursión. Sin embargo, en la narración que se hace, no consta un poco de leyendas que, con paciencia, y parando en diversos puntos del trayecto, fueron recogidas y que, como pequeño tren de recuerdos llenaron los vagones de estas traslaciones orales que alimentan la identidad zarumeña.

Salimos de Zaruma y en el Barrio Rural de Roma, hicimos un descanso y allí, lógicamente nos hablaron del “Señor de Roma”, su historia, pequeño Cristo de metal hacedor de milagros. Cada año hay fiesta con romería inmensa. Continuamos y en el barrio Ortega otra parada, preguntamos a un viandante sobre leyendas y nos dijo recordar una, que tiene que ver con don Ruperto, viejo campesino, que siempre se lo observa caminado entre cañaverales. Bueno dijimos, y ¿qué de raro tiene esto? Entonces la respuesta no se hizo esperar: Don Ruperto murió hace muchos años, abatido por los Guardas de Estanco, pues era poseedor de trapiche metálico que era movido por mulas que caminaban en círculo y una destilería de aguardiente, el problema radicaba en que estas instalaciones eran clandestinas y las leves imperantes castigaban duramente a los infractores. Los Guardas de Estanco lo mataron, ya que Don Ruperto trató de defenderse a balazo limpio. Desde entonces el alma de Ruperto recorre los sembríos de caña dulce del lugar.

Bordeando un río arribamos a la parroquia Salvias, nos hablaron del popular Cura sin Cabeza que de repente asomaba por detrás de una roca de proporciones repleta de grabados realizados por los ancestros indígenas. ¡Los petroglifos de Salvias!

Ascendimos por la cuesta que a ratos se torna tediosa y nos sumía en fatigas. Hacemos un alto para admirar la imponente de un cerro llamado Chivaturco. Un campirano subía a lomo de una mula vejanzona y jadeante y aprovechamos para conversar un rato. Cuéntenos alguna leyenda del cerro, y el hombre como que se entusiasmó, sabía bastante al respecto, y entre otros relatos, nos indicó que por las breñas del cerro hay unos vampiros enormes que por las noches salen a chupar la sangre de las vacas y que por esas intermediaciones también habita un chivo gigante que bota candela por los ojos y hacia la cumbre está el diablo, que hace reventar al cerro si fuera un volcán. ¿Ha visto usted al diablo de Chivaturco?, preguntamos, dijo que no, pero que sus abuelos si se encontraron con esa parición terrorífica, era como un hombre que tenía “rabo”, con cachos de chivo en su frente, barba que le colgaba de la quijada, como las de un chivo, y los pies no eran como los de nosotros los humanos, sino que tenía “patas de chivo. (Estas apariciones en el Chivaturco ya las mencionamos en esta misma obra).

Al fin llegamos al Cerro de Arcos. ¡Qué maravilla obsequiada por la naturaleza! Rocas carcomidas por fuertes ventiscas y convertidas en arcos, columnas irregulares de granito, cuevas con una alfombra de montes. Piedras inmensas por aquí, en fin, un laberinto pétreo excepcional, por las ranuras naturales salen voces no humanas, son quejidos, lamentos, que se mezclan con el silbido del viento que a ratos arremete con furia y entre los pajonales amarillos,

algo se mueve es el Duende de orejas puntiagudas cubiertas de vellosidades verdes, atisba con curiosidad como quien diciendo a los visitantes, estas tierras me pertenecen.

Luego de un considerable trecho aparece radiante la Laguna de Chinchilla, de gélidas aguas, dicen que en momento menos pensado emergen cuerpos transparentes y congelados que son las almas de indios sacrificados en tiempos pre colonial. Los Sara-umas, los guizhagúíñas o los yulunguenses se concentraban antes de las cosechas (o después de éstas) para sacrificar vidas humanas como un tributo al sol, el Inti sagrado, o a la Pacha mama. Y en esa misma laguna, en noches de plenilunio, una bella mujer se presenta en el centro de esa acumulación de aguas, ninfa etérea que se mostraba de tenue azul al ser iluminada por la luna. Dicen que es la guardiana de tantos tesoros que duermen en el fondo oscuro de ese gran pozo, la bella fémina, coquetona, atrae a los ambiciosos para ofrecerles las riquezas de los tesoros que resguarda, pero, al llegar ellos, los sumerge en las profundidades y allí mueren, para engrosar luego aquel batallón de miedo, de fantasmas congelados.

Transcurridos algunos años volví a realizar el mismo recorrido, pero no a Arcos, sino a Manú, gracias a la invitación cordial de un afectuoso y respetado amigo, Efraín Tituana, manuense de cepa, residente en Zaruma, viajamos en el automotor de su propiedad que el conducía y nos acompañó otro amigo de siempre, Fabricio Toledo. Partimos por la mañana llevando galletas y bocadillos para el camino, pasamos por pueblos con seres tenebrosos en sus rincones. Cuando íbamos por la cercanía del cerro Chivaturco, ese gran coloso, parecía que el chivo de ojos de fuego nos estaba mirando o el diablo con cornamenta, barba y “pezuñas” de chivo, nos seguía la pista.

Sube y sube, el vehículo hacia que el ronquido del motor alce su tono, en ciertos trechos debía de conectarse la doble transmisión. De pronto el paisaje se ilumina en serranías, parcelas de diverso color, como manto de policromía tejido en el suelo fecundo, verdor por un lado y cebada y pajonales por otro, alamedas en ciertos tramos del camino. Nos acercábamos a Manú, pueblo de alta producción agrícola, despensa de la Provincia de El Oro, beneficiando especialmente a Zaruma y Pasaje.

Llegamos y el pueblo nos sonreía. Manú antes pertenecía a Zaruma, pero como esta Villa ha sufrido continuamente, desgarramientos territoriales, ahora Manú es parte jurisdiccional de Saraguro, cantón Lojano.

Más de seis meses del año 2019 habían corrido, cuando realizamos esta inolvidable excursión el Párroco y el Presidente del GAD Parroquial nos recibieron. A continuación, misa en el templo majestuoso, al terminar la celebración. Efraín Tituana ante decenas de feligreses hizo una significativa donación de muebles para los requerimientos del convento y el templo. De allí a la Casa Comunal, numerosas personas nos esperaban en el auditorio. Seguidamente discurremos: Las autoridades con su saludo de rigor y Efraín, Fabricio y yo enfocando temas históricos, de unidad, llamando a la integración comercial y cultural con la Sultana de El Oro.

Almorzamos de inmediato con gallina criolla y guarniciones coloridas de los productos cultivados en aquel suelo pródigo.

Una escapadita de mi parte en busca de leyendas, todo fue al apuro, pero se me habló de los misterios del Cerro de Arcos y la campana invisible que repiqueteaba en las alturas, movida por la Jayapa. También en la narración oral se nos ilustró a un perro negro, grande, de blancos y filudos colmillos, con babas que rodaban por las comisuras de su trompa, que no dejaba acercarse a nadie, quizá sea el “Cancerbero” o sea el perro guardián del infierno.

Por las cercanías había una piedra labrada, con una profunda perforación central que iba al interior. Dicen se trataban de una inmensa pieza de molino a la que nadie podía acercarse, porque un viento fuerte, muy fuerte, lo impedía.

Un trapiche de piedra, inmerso en tupida vegetación, estaba por la vecindad, con bueyes que con su fuerza brutal permitían se muevan los pesados pisonos. Todo esto era como una gran escultura de piedra, lo sobrenatural es que, en determinados momentos el conjunto cobraba vida y se movía en ajetreos propios de su faena. Alguien quiso arrancar un cuerno de uno de los bueyes, pero fue imposible. Los antiguos habitantes vieron la yunta y su molino, ahora no existe, desapareció con un halo de misterio.

La tarde empezó a declinar con un sol naranja perdiéndose en lontananza y regresamos dejando a Manú y su campiña florida, a su gente sencilla y hospitalaria. Al pasar por el Cerro Chivaturco, el diablo con rabo y cuernos, nos miraba nuevamente con su ceño fruncido.

EL FAMOSO BANDOLERO NAÚN BRIONES EN ZARUMA

En 1994, escribí un pequeño librito titulado “Medio tigre y medio oveja” con referencias de Naún (o Nahúm) Briones. La parte esencial del contenido consistió en resaltar la presencia del famoso bandolero en Zaruma. La publicación la efectuó el Centro de Difusión Cultural del Círculo Deportivo Trébol”. De esta obra tomamos únicamente lo constante en el prólogo (pág. 1) y “Versiones sobre el personaje” y “Yo cité a Naún”, constantes en páginas que van de la 11 a la 19.

Se apresta Zaruma a descansar de sus faenas de campo, minas y comercio. Declina la tarde. Hacia el poniente la corona del sol naufraga en un mar de sombras. El agro es víctima primero del hechizo de la noche y mutuamente se recoge en un manto plagado de silencios. Aquí y allá, los arboles impuestos al panorama perdido, van mudando sus exhalaciones fantasmales surgidas extrañamente de la tierra callada.

Un jinete traslada su humanidad en los lomos musculosos de vigoroso caballo, llevando pistola al cinto, sombrero de alero amplio y un bagaje de pensamientos sobre el fondo de cálida melodía interior, tal como si emanara de una cascada bulliciosa. Es Naún Briones que arriba cuando la noche se hizo y en instantes en que los focos eléctricos, como manchas de sangre,

Iluminan débilmente las calles. Venía el bandolero a libar con amigos o a pedir dinero a algún ricachón para repartirlo entre los campesinos pobres.

Está Naún en el pueblo. Las montañuelas donde se asienta la Villa, presentan una fisonomía menos emocionada. Hay rumor de temores, por ello prefieren cerrar los ojos para buscar nuevamente en el pasado el toque de encantamiento que les es tan querido.

Pasaría luego a Curtincápac, lugar de guarapos fermentados y de “punta” embriagante.

En la segunda mitad de la década de los años veinte y en la primera de los años treinta, Naún Briones Bustos, conocido como el Bandolero Romántico, realizaba sus andanzas por los territorios sureños del país y por los arenosos y calientes suelos del norte peruano. Las aventuras, aplaudidas unas y cuestionadas otras, de este personaje, eran comunes en la época y Zaruma fue también escenario de las mismas.

Sobre Naún Briones se ha dicho y escrito mucho, pero muy poco se ha recogido de su presencia en Zaruma, por ello, el propósito de esta entrega es plasmar algunos testimonios al respecto, transcribir notas de periódicos zarumeños de entonces, que enfocan el tema del bandolero, o anotar ciertos párrafos recogidos en revistas o diarios foráneos, que anotan aspectos de Briones.

Del contenido de este folleto se desprenderá que Naún Briones fue querido y odiado, fue “medio tigre y medio oveja”, fue benefactor y bandido; a él se le dio dosis de miel y de hiel, en fin, parece que fue un hombre que vivió con Dios y con el Diablo.

No es intención nuestra catalogarlo en ningún casillero, el interés radica en resaltar que Naún Briones, bueno o malo, también escogió a Zaruma para sus correrías e incluso estuvo recluido en la obscura y húmeda cárcel de la población, que para entonces funcionaba en una vetusta casa de la plaza principal de esta Villa de Mercadillo.

VERSIONES SOBRE EL PERSONAJE

Rafael Expedito Córdova, un viejo amigo, zarumeño, residente por mucho tiempo en Guayaquil, miraba conjuntamente con el autor de estas líneas, una fotografía grande de la plaza central que existe en el Museo local, foto tomada cuando aún no había parque, pues data de 1929 y el parque se construyó en 1938, en la que se aprecia la vieja pileta metálica en el centro y en determinados lugares unas bancas para el descanso de personas, al mirar dichas bancas dice Rafael Expedito recuerdo que muchacho aun yo trabajaba lustrando zapatos y no me avergüenzo de decirlo porque el trabajo no es afrenta y porque yo ayudaba con ello a mi madre y a mi hogar que era pobre. Siempre andaba yo con otro muchacho de igual edad y que había llegado de Cangonamá. No recuerdo muy bien pero creo cobrábamos un real por lustrada. Vimos a un señor sentado en una de las bancas y le propusimos dar brillo a sus zapatos, a lo que accedió. Decidimos mi amigo y yo lustrar un zapato cada uno y de esta forma “ganar a medias”. Así lo hicimos y cuando estábamos para culminar la tarea, el chico de Cangonamá lo queda viendo a dicho señor y asombrado le dice: ¡Don Naún! Y éste le contesta: ¡Shiii!, no digan nada, tomen cinco sures y váyanse. Así lo hicimos y nos retiramos con una extraordinaria fortuna en nuestros bolsillos, dos cincuenta cada uno.

Le conté el episodio a mi mamá y ella me respondió furiosa: ¡Que Naún ni que Naún!. Dime: ¿De dónde has sacado tanta plata...?

Fue así como conocí al célebre Naún Briones.

Otro coterráneo, Jorge Reyes Samaniego, zarumeño ce cepa y compañero de coloquios culturales, al preguntársele si Naún había estado preso en la cárcel de Zaruma, me contestó que sí, pues recuerda que el conocido bandolero del meridión de la patria estuvo las rejas en la vieja y funesta cárcel de la localidad que para entonces se ubicaba en los bajos de la antigua casona municipal, levantada en la plaza principal justo donde ahora está el flamante edificio del Concejo Cantonal Zarumeño.

Don Carlos “Chile” Espinosa abordado que fuera con igual pregunta, responde que Naún Briones estuvo en Zaruma por algunas ocasiones y que en una de ellas lo vio privado de su libertad en la cárcel local.

“Papá Masho” puede darle datos al respecto, pues con Naún mantenía buena amistad y siempre se reunían a conversar entre trago y trago.

“Papa Masho” era el cariñoso apelativo, con que se lo conocía en Zaruma al distinguido ciudadano. Químico – Farmacéutico, graduado en Cuenca, Dr. Maximiliano E. Espinosa, muy respetado en su tierra nativa.

Pensamos que con el Dr. Max Espinosa tendríamos abundantes referencias de Naún, pero, oh decepción, requerido que fuera, nos manifestó que no conocía al Bandolero Romántico y que estuvo fuera de Zaruma cuando Naún había sido encarcelado en la ciudad. Consideramos que tan apreciado caballero evitó, más bien, abordar el tema.

Don Homero Pardo Vega, conocido sastre con su típico y último taller en una de las casas de la Plaza de la Independencia, en una de mis acostumbradas visitas en un día cualquiera de 1991, me dice:

- Venga, venga, para hablar de los buenos tiempos pasados.
- A propósito de pasado dijo – digo- recuerda usted si Naún Briones estuvo en la cárcel de Zaruma?
- Los pormenores no los tengo presentes, pero que Naún fue encarcelado en Zaruma, es una verdad.
- Yo me acuerdo – interrumpe el señor Héctor Ortega, otro sastre del taller de don Homero fue una novedad el hecho de que Naún Briones estaba en la cárcel del viejo Municipio. Sobre Naún Briones expresa don Homero Pardo le voy a contar lo que Enrique Asanza me confesó:

Enrique Asanza vivía en una hacienda del Dr. Carlos Reyes, en Curtincápac, lugar que por entonces era barrio de Zaruma. Enrique me narró que cierta vez que realizaba faenas de molienda de caña, llegó un hombre completamente agotado, con sus vestimentas rotas y sus pies descalzos, con ampollas sangrantes. Pidió el visitante permiso para descansar, el que fue concedido a la par que se le ofreció un vaso de guarapo.

Al ver el estado de agotamiento y el destrozo de sus pies, fue llevado a la casa para curarlo, transcurridos unos días sanó y pidió quedarse para trabajar en cualquier faena, lo que se aceptó por parte de Asanza.

Cierto día se acercó a la hacienda un piquete de policías y autoridades civiles. Vistos por el sujeto que hasta entonces se había mantenido con nombre supuesto, confesó a Asanza que él era Naún Briones y que lo ayude para no ser apresado. Don Enrique Asanza presuroso lo esconde en el horno que aún estaba un tanto caliente por el pan que allí se horneó momentos antes, coloca la tapa de lata en la boca del horno y se apresta a atender a los agentes del orden, quienes le indicaron que buscaban a Naún Briones que, según se conoce merodeaba por la zona. Don Enrique díjoles que no sabe nada al respecto.

Se retira la policía con rumbo incierto. Naún sale del horno, sudoroso y sonrosado, agradece por todo y decide alejarse del lugar.

Al cabo de algunos meses los cascos de los caballos rompen el silencio campestre. La hacienda es visitada por un pelotón de gente armada como los huestes del legendario mejicano Pancho Villa. Hombre con grandes sombreros y con pistolas al cinto, otros con carabinas con carabinas a la espalda y cartucheras cruzadas sobre su pecho.

¿Se acuerda de mi? Dice el jefe a don Enrique Asanza.

Por supuesto que lo recuerdo, responde.

Vengo a visitarlo y a agradecerle por la ayuda que me brindó cuando en verdad la necesitaba.

Por demás está indicar que esos favores fueron pagados con creces.

Don Homero Pardo en su amena charla continúa señalando que Naún Briones no fue el único bandolero, pues la provincia de Loja tuvo muchos y de fama.

Recuerda al célebre Arnaldo Cueva, un decidido hombre que cuando llegó a libar en Cariamanga, en el estanquillo de una amiga, fue cercado por un cordón de efectivos del ejército y huyó rompiendo el cerco militar a punta de valentía y balazos.

Existía también otro que le decían “Pajarito” Rojas, natural de Malacatos, que ejecutaba sus fechorías por el norte del Perú; dicen apunta don Homero que este personaje consta en la novela lojana “Luzmila”.

Así mismo: en aquellos tiempos vivía el “Negro” Amaya que asesinaba y robaba en la “Quebrada del Muerto” que queda en el antiguo trayecto de La Toma a Cariamanga. Cuando lo detuvieron a causa de denuncias, se describió en una cueva todo el producto de sus robos y los restos de sus víctimas, personas que misteriosamente había desaparecido.

La “Quebrada del Muerto” por el sector de Chapamarca era temida porque los solitarios viandantes desprecian junto a las bestias y su carga. Se creía era un suceso sobrenatural. Por nuestra parte nos imaginamos algo así como aquelarres, como fantasmagóricos festines o como travesuras del “Gran Cormudo”, aquel dueño de llameantes posesiones.

Con el apresamiento del “Negro” Amaya, se disipó tan dilatado y escalofriante misterio.

YO CITE A NAÚN

Manuel Alberto Maldonado, un zarumeño autentico, de aquellos orgullosos de su lar nativo, preguntando que fuera si conoció a Naún Briones, contestó afirmativamente, acompañando la siguiente versión:

Aproximadamente en los años 1929 o 1930 no recuerdo con precisión el Juez de Letras de Loja, deprecó al Juez de Letras de Zaruma, un juicio contra Naún Briones.

Por la época dice Manuel Alberto trabajaba yo como Amanuense de la Judicatura de Letras de Zaruma que estaba ubicada en la casa que ahora es de los herederos del Dr. Enrique Solís, en el piso que quedaba casi a nivel de la calle 10 de agosto. No recuerdo muy bien si en ese tiempo era Juez el Dr. Ángel Benigno Reyes o el Dr. Raúl González, lo que si tengo presente es que como secretario fungía el señor Jacinto Crespo. Yo desempeñé mi empleo siendo aún muchacho, pues contaba apenas con 14 años de edad y es que nuestra situación hogareña se enmarcaba en escasos recursos y era necesario “buscárselas” para sobrevivir. En ese trabajo permanecí del 15 de septiembre de 1928 hasta fines de marzo de 1934.

Entre 1929 y 1930 estuvo preso en la cárcel de Zaruma aquel personaje que había adquirido tanta fama: Naún Briones, y el Juez me ordenó que le hiciera firmar un escrito.

Me encaminé desde la casa del juzgado hasta la cárcel. Había tres calabozos en el del centro, por ser más seguro, estaba Naún Briones.

La verdad es que yo tenía miedo de Naún, pero eso solicité al Alcalde, dos policías para que me acompañen a hacerle firmar la citación, pero el miedo se me quitó cuando me encontré con un hombre atento y amigable que firmó el documento sin ningún inconveniente.

Cuando cumplí una nueva orden para segunda citación ya no pedí apoyo policial sino, únicamente, permiso para entrar a la prisión y cumplir la diligencia. Su imagen no se ha borrado

de mi mente, era un hombre blanco, de estatura normal, contextura gruesa y pelo un tanto crespo.

Más tarde escuche muchas versiones de este personaje, que lo conocían como el Baldomero Romántico, que apoyaba a los pobres, en fin, unas favorables otras en contra. La verdad que este hombre no fue ficción, fue un ser de carne y hueso que realizó sus andanzas también por Zaruma y sus campiñas, sembrando el pánico en algunos y la esperanza en otros. Efectivamente yo conocí a Naún Briones, estuve conversando con él en la cárcel lugareña ante la mirada de sorpresa de otros incluso que se proyectaba desde rincones oscuros guarnecidos por gruesos barrotes de hierro.

Esto es lo que nos narró el apreciado amigo Manuel Alberto Maldonado. Personalmente se ha tratado de indagar algo en la Comisaría Nacional del Cantón, lamentablemente sus archivos han ido destruyéndose por acciones del tiempo o los roedores o por los continuos cambios de local a que ha estado sometida dicha dependencia. Es posible que en algún Juzgado zarumeño exista algún expediente de Naún Briones, habrá que buscarlo lo que constituiría un fehaciente documento.

LA MUJER BURLADA

Por Gonzalo Rodríguez Calderón

La magia de internet, “Google” y más, nos maravilló. En [es.answers yahoo.com](http://es.answers.yahoo.com), encontramos algunos datos de semejanzas y diferencias entre Historias, Mito y Leyenda. Entre las semejanzas se anotan: los tres pretenden explicar el pasado. Antes de la imprenta, los tres se trasmitían de manera oral entre los integrantes de un pueblo. Los tres favorecen la creación de una identidad nacional o al menos regional. Podría decirse que los tres son formas narrativas. Destacando las diferencias, la historia pretende explicar situaciones reales, así que se requieren de fuentes de información. Mito y leyenda, no. Los mitos son explicaciones que tienen que ver con el tema religioso y la comprensión de los fenómenos naturales. Un mito puede explicar la sobrenatural hazaña de un dios o hablar de criaturas extrañas. Si la gente lleva muchas generaciones creyéndolo, o si es una explicación oficial, es un mito, si no es pura literatura una leyenda es una mezcla de cosas reales con elementos fantásticos.

Personalmente considero que sí es histórica la conservación de leyendas en Zaruma, por eso trato de Hermanarlas, sabiendo que entre hermanos también hay diferencias. Con esto trato de

explicar que en estos cuadernos Históricos de la Patria Chica, se inmiscuya esta leyenda que es local y universal al mismo tiempo.

En aquellos tiempos de la Colonia, lejanos porque han transcurrido siglos, en Zaruma, la Villa enclavada en la cordillera, existía una bella mujer, era tan hermosa que toda la población la admiraba, de manera especial, los hombres que la galanteaban para sentir el orgullo de ser correspondidos por tan reluciente fémima, dama de tantos atributos que a su belleza corporal sumaba sus virtudes de bondad, solidaridad, respeto a la comunidad. Sin embargo, los caballeros de entonces no lograban que la mujer de encantos corresponda a sus cortejos. Cierta día cuando se dirigía al templo a la misa dominical, se encontró con un apuesto varón, elegante, bien parecido, muy educado, quien se le acercó y le declaró su amor, la dama, impresionada por las cualidades del distinguido caballero, le respondió afirmativamente y, desde entonces, mantuvieron relaciones amorosas, que colmaron de ilusiones a la zarumeña.

Tomaron la mutua decisión de casarse y efectuar su matrimonio eclesiástico en la iglesia de San Francisco, que era la única entonces, pues abrió sus puertas en el año de 1606. Hermosa y elegante, luciendo un traje con sola prolongada y una mantilla de igual color con encajes y bordados que cubría sus cabellos rubios la novia resplandecía por su belleza y por su anhelo de convertirse en una esposa feliz. Pasaron los minutos, se cumplió una hora, pasaron dos, y el novio, aquel apuesto caballero, no llegó. Esto causó sorpresa grande entre los invitados y un enorme desconsuelo en la dama distinguida y hermosa. Lágrimas copiosas rodaban por sus mejillas de seda, como testimonio de su amargura. La consolaban sus familiares y amigos, el mismo fraile que debía officiar la ceremonia, la abrazó pidiéndole que trueque su despecho por resignación.

Con sus sentidos a punto de desvanecerse, prácticamente desfallecida, con sus pies que no le permitían dar pasos, pues los sentía como de plomo, y su cabeza baja, con sus cabellos dorados, movidos hacia adelante, que le caían como cascada sobre el rostro entristecido, así fue conducida, por sus allegados, al hogar. La ubicaron en su alcoba para que descanse y logro apaciguar su sufrimiento derivado de aquel desastre social y de irrespeto que protagonizó su prometido del que luego supo, tenía una amante a la que le dedicó su preferencia.

Los minutos pasaban como que estuvieran en carrera desenfundada, el sufrimiento de la dama también se acrecentaba, parecía una competencia entre el tiempo y el dolor. Se sienta la bella mujer, con su rostro mojado por efecto de triste llanto, se pone de pies, de inmediato, se mira en el espejo, y aunque su faz estaba demacrada por el impacto, su cuerpo vestía aun el traje blanco, de larga cola y entonces el despecho asumió protagonismo, aquella fémima tomó fatal decisión, abrió un pequeño cajón de un armario, cogió una tijera y se asestó profundas heridas en su vientre y luego en el pecho, lacerando importantes vitales órganos de su anatomía, especialmente su corazón y antes de que la muerte, la tétrica señora de la guadaña, la llevara, aquella mujer con mano temblorosa, escribió un juramento, que, desde su tumba regresará para vengarse de aquel mal hombre, que la ilusionó, no asistió a la boda y lo que es peor había tenido una conviviente. El juramento de venganza no sería únicamente para aquel “caballero”, también tendría aplicación en todos los hombres que cometieran acción similar. Muerta la dama, luego de un lapso considerable de tiempo, el hombre sinvergüenza retornó a Zaruma y se vanagloriaba de aquel engaño.

Cierto día en la puerta principal del templo de San Francisco, que estaba ubicada en la parte frontal, desde donde pendían, de grueso barrote de madera, tres campanas de metal, ya que el recinto religioso no tenía torre para campanario, los vecinos encontraron un cadáver, que había sido apuñalado, se trataba de aquel ser que dejó plantada a la novia en la noche que fue fijada para la boda.

La comunidad de Zaruma y sus autoridades no pudieron determinar quién causó el homicidio, se rumoraba que fue la “Dama engañada”, que vino desde otras latitudes a cumplir su venganza. Al momento de sepultar el cuerpo de aquel ciudadano, los presentes pudieron apreciar que, en uno de sus dedos de la mano izquierda, se había colocado un anillo, era el que la novia tenía listo para intercambiarlo en las nupcias que nunca se llevaron a efecto. Los familiares de la novia, reconocieron el aro de oro, el mismo que debió ser para simbolizar una alianza eterna.

Por algunos años el espíritu de la “Dama engañada”, deambulaba por las callejuelas empedradas y tortuosas de Zaruma, aplicando su venganza a los hombres que actuaban en igual forma como lo hizo su descarado prometido. Parece que la presencia fantasmal de aquella bella mujer, ya no asoma en los espacios apresurados y tecnificados del actual, pero, ¡ojo!, la venganza no fijó tiempo. Es un llamado de atención para los facinerosos que pretendan actuar como aquel desvergonzado personaje de nuestra vida colonial.

Este asuntillo de la “Dama misteriosa”, es leyenda también en diferentes países, como igual sucede con el “Cura sin cabeza”, lo que cambia son tiempos y escenarios, pero la venganza de la dama de este relato, se mantiene en el más inesperado rincón.

Gonzalo Rodríguez Calderón

2013

EL PISACA

Éramos colegiales. Las aulas del “26 de noviembre” nos albergaban día a día, allí nuestra juventud iba pasando....

Estudiábamos, jugábamos, paseábamos y de vez en cuando furtivamente, nos tomábamos unos “traguitos”. Esto último lo hacíamos en las cantinas del pueblo y estas habíanse instalado en su mayor parte en la Calle Sucre, la de don “Panchito” Apolo, la de “Mama Pera” y otras tantas más. De repente asomó una nueva, su propietario un hombre pequeñín, de pelo negro y lacio, pómulos salientes y dialecto netamente serrano.

Había este señor alquilado un cuarto grande, repleto de perchas, allí instaló su cantina, pero los estantes siempre estuvieron vacíos, mejor dicho, casi en su totalidad vacíos, impregnados de polvo y de arañas laboriosas que tejían afanosas sus redes para atrapar insectos; unos dos botellones de “a galón” estaban en un rincón y una docena de sepsis colocadas en hilera cubría otro sector.

Tres mesas redondas y unos cuantos taburetes constituían el mobiliario, más adentro en un cuartillo aparte, el “reservado”, con una ventana que permitía la mirada al barranco lleno de platanales, cafetos y lodo causado por los desagües que en ese terreno terminaban ya que no había canalización.

La cantina surgió de la noche a la mañana y para sorpresa nuestra, apareció con un rotulo de madera en el que, con letras torcidas se había escrito EL PISACA, así se llamaba consecuentemente, aquel cuartucho de expendio de aguardiente.

Al hombrecito pequeñín, de pelo lacio y negro, de pómulos salientes y dialecto serrano, lo apodamos con el nombre de su cantina: “El Pisaca”, que significaba esta palabra?, no lo entendimos ni averiguamos nunca, la verdad es que el Pisaca fue siempre una hombre amable y bonachón, llegó a Zaruma con su mujer y aquí creó y crió su prole.

Su establecimiento fue adquiriendo fama, los solitarios botellones y las hileras de Pepsi, no tardaron en tener compañía, unas cuantas docenas de cerveza, también enfiladas, llenaban las percharías, más allá un reverbero con su llama azul, vibraba alegremente, pues se prepara ya los sabrosos hervidos de naranjilla aguardiente y azúcar. Una vitrola con discos de carbón, alegraban el ambiente y una guitarra pendía de un clavo aprisionado en la pared de madera.

La clientela aumentó, el Pisaca daba bomba al reverbero y corría a dar cuerda a la vitrola para otorgar nuevos bríos al disco agonizante. Otra innovación era la del “urinario” un embudo grande con un tubo que perforaba la pared para salir al exterior, desde allí, tres pisos más abajo, caía al barranco el líquido acumulado en las vejigas de tantos “chupadores”.

El Pisaca se fortaleció económicamente, su clientela era selecta y ya no se permitía el ingreso de aquellos bravucones que en más de una ocasión, armaron bronca bajo los embelesos etílicos y

destruyeron los bancos que eran para las posaderas de la clientela.....y, tampoco los usuarios llenaron de telarañas sus ropas, al arrimarse a las repisas.

Queremos que nos venda comida le habían dicho alguna vez.

No tengo comida!, fue la respuesta de El Pisaca. Pero esta inquietud había quedado grabada en su mente y a poco tiempo después, una gran paila de cobre, adornaba la entrada, repleta de mantecosa fritada y “maduros” enteros que se ahogaban en aquel quemante líquido.

¡Sabrosa carne de costilla de puerco, con maduro, yuca o mote!

Para decir de una vez, la peculiaridad más sobresaliente del carácter de El Pisaca, nada tan demostrativo y cercano a la certeza como observar que preparaba concienzuda y religiosamente sus fritadas.

Con el tiempo, llegó a hacerlo de una manera perfecta, sin que las excelencias del resultado, premios de una técnica y observación, estuvieran sujetas a eventos de inseguridad.

Todo calculado: la cantidad de carbón en la estufa, el tiempo de cocción, el término del reposo, el instante justo de vender la carne doradita.

Los sábados y domingos todos a comer esas frituras que no “pateen” asentábamos con una cerveza.

El Pisaca, ya sea que nos referimos a la cantina o a su dueño, entró a formar parte de la vida cotidiana zarumeña.

Aquel hombrecito pequeñín, de cabellos negros y lacios, de pómulos salientes y dialecto serrano, de repente desapareció..... Desapareció con el mismo misterio con que apareció. Algunos años vivió en esta comarca y siempre tuvimos la impresión que por los caminos que lo conducían más lejos de estos lares iban cayendo lágrimas de sus ojos achinados.

N. del Autor: Confieso desconocer nuestra geografía. Luego de escribir esto, me enteré que en las cercanías a Cata cocha hay un cerro llamado Pisaca.

SAN FRANCISCO Y SU IGLESIA

La actual iglesia de San Francisco, dícese que es la tercera, la primera fue fundada en 1606, subiendo a mano derecha es decir frente a la actual, la segunda, un conocerse la fecha, se ubicó en el mismo sitio donde se levanta el templo en estos días, que es el tercero.

Muchos recuerdan la segunda edificación, ubicada en sentido paralelo a la calle, no tenía torre y el campanario estaba en la parte frontal bajo techo y de una viga de madera pendían las viejas y colonias campanas que llamaban a los feligreses a misa y a la oración era mixta, es decir de madera y paredes de barro con alma de bahareque. El maderamen de guayacán y gualtaco, destacándose unos pilares tan largos que no se necesitaron empalme, otros más cortos, fueron emplomados, utilizando grandes clavos fabricados en alguna herrería lugareña.

Según recuerdan las personas que vivieron cerca del templo y consecuentemente lo conocieron en todos sus pormenores, el piso fue entablado, y el techo con tejas grandes, algunas de las que se acercaban al metro de largo.

Hacia atrás, es decir en la parte posterior, estaba el convento, que por no haber sacerdote que lo habite, se lo adecuó en dos departamentos que permitían alojamiento de familias. Allí moraron en fechas distintas, doña Panchita Toro Cornejo, los señores Leopoldo Pereira, Agustín Jiménez y Maximiliano Zambrano, de lo que se recuerda.

En lo que se respecta a la imaginería sacra, los conocedores manifiestan que San Francisco sigue allí, pero que gran parte de las imágenes, lamentablemente han desaparecido, causando un grave perjuicio a la riqueza colonial zarumeña. Dicen que San Juan está por algún templo o museo de la serranía.

Antiguamente, en Zaruma existía la quebrada de Juan Gómez, nombre de un sacerdote que como clérigo presbítero aquí residía desde 1563; este clérigo se encargó por un tiempo de la custodia del templo de San Francisco.

En lo tocante al primer edificio, éste se construyó mediante autorización superior, cuyo texto es como sigue:

“El 12 de octubre de 1605 se presentó en el Definitorio de este Capítulo que se celebró en el Convento de Guano, una carta y petición del Cabildo de Zaruma y asimismo una carta de los vecinos de dicho asiento firmado de sus nombres, en que pedían a este Capítulo se fundase un Convento de nuestra Orden (Franciscana) en el dicho pueblo, como más largamente consta en las dichas cartas; y habiéndose tratado esto en el dicho Definitorio con los PP. De la provincia y Definidores de ella, se determinó que se fundase dicho Convento y se admitió la dicha fundación como por está, firmada de nuestros nombres la admitimos y la ejecución de esta dicha fundación, se remite al P. Provincial para que provea de religiosos que funden el dicho Convento procediendo la licencia de la Real Audiencia y del Ordinario. En testimonio de lo cual firmamos con el sello de esta Provincia en el sobredicho día, mes y año. L.S. Fray Diego de Pineda, Visitador.- Fr. Cristóbal

Jiménez. Ministro Provincial.-Fr.Alonso de Salazar. Definidor. Fr. Pedro Flores, Definidor. Fr. Juan (N) Definidor y Fr. Juan Farfán, Definidor”

Prevía la licencia, la fundación del Convento de Zaruma se llevó a efecto colocándose bajo la protección de Santa María de Los Ángeles.

Sonadas eran las fiestas de San Francisco, con castillos, cohetes y vacas locas, con solemnes actos litúrgicos y también juegos populares como el palo encebado, la carrera de tres piernas, ollas encantadas, etc.

La señora Reinaría subía de Portovelo a instalar una “chingana” para el expendio de empanadas fritas y otro tipo de comidas.

Bien valía participar de la Fiesta de San Francisco y aprovechar la ocasión para visitar la bonita casa llamada “Bellevista” desde donde se apreciaba el sorprendente paisaje de Zaruma o se disfrutaba de las curiosas pinturas que dicha casa tenía tanto exterior como interior, obras de un cuencano realizadas con la entonces afamada pintura “Vieja antaña”. Doña Evangelina Mora habitara dicha casa. Las pinturas exteriores han desaparecido por cambio de paredes, las interiores se conservan, hay que cuidar las porque es parte del patrimonio zarumeño.

DON GUILLERMO: DE LOS CUATRO RÍOS AL CERRO DE ORO

La influencia cuencana en Zaruma es digna de recordar. Durante la Colina, la Villa estaba ligada a Cuenca y Loja, pues por esas ciudades debía pasar toda información o su producción aurífera hacia la Real Audiencia de Quito o a la Corona española.

Gil Ramírez Dávalos, luego de la fundación de Cuenca, habla ya en 1566 de la “Jurisdicción de la Villa de Zaruma”, y es que, desde hace años atrás vivían en esta localidad, varios peninsulares.

Cuando los gringos libertarios empezaron a escucharse, el Jefe Político y Militar de Cuenca, don José María Vásquez de Noboa, dirigió el 5 de noviembre de 1820 una comunicación al cabildo de Zaruma, participándole la Independencia de Cuenca. Loja se independizó el 18 del mismo mes y Zaruma le siguió el día 26.

A raíz de la instalación de compañías extranjeras en el cantón Zaruma, Portovelo pertenecía a esta jurisdicción, como la Inglesa que remató luego sus bienes a favor de la Norteamericana South American Development Company, para que inicie actividades desde 1895, un grupo de distinguidos jurisconsultos cuencanos se instaló en Zaruma, y luego cuando los zarumeños proclamaron la Provincia de El Oro, el 29 de noviembre de 1882, la influencia morlaca se dejó notar hasta tal punto que algunas de las nuevas autoridades eran de la ciudad de Santa Ana de los Cuatro Ríos.

En fin, Cuenca de una u otra manera otorgó su aporte para bien de Zaruma. Citamos el caso del músico Francisco Paredes Herrera uno de los más distinguidos del país, que estuvo en Zaruma, dirigiendo Bandas y enseñando música en las escuelas. Más tarde, otro cuencano llega a esta tierra, don Guillermo Vásquez, ciudadano distinguido, de vida ejemplar, luchadora, visionaria, emprendedora incansable, se desempeña como profesor de escuela primaria por un año para luego dedicarse a otras tareas.

Don Guillermo Vásquez a su arribó a Zaruma, llegó al Hotel de Don Cándido Rodríguez, el único entonces existente, y empezó una cordial amistad con el dueño de dicho hotel, amistad inquebrantable y de grata perdurabilidad.

En mi archivo he guardado con celo unos recortes de prensa que hacen alusión a este personaje.

Cuando lamento que no tengo registro de la fecha de esas publicaciones, son dos, la una que corresponde la revista Diners y la otra a un periódico del que no poseo el nombre; pero allí están las notas que atestiguan la veracidad de lo que expreso.

Las líneas iniciales del artículo de la Revista Diners muestra a don Guillermo, como un hombre de carne y hueso adornado de especiales virtudes:

No solo es un hombre exitoso, dueño de una de las mayores fortunas de Cuenca, sino que, contrario a lo que sucede con muchos hombres ricos, es muy querido por sus conciudadanos. ¡Ah don Guillermo!, dice el peluquero del parque Calderón! ¡Qué caballero! ¡Qué buena persona que

es! Y lo mismo repite el taxista, el empleado del banco, la dependiente de un almacén de antigüedades, el funcionario público, la señora encopetada...Todos.

¿Por qué? “Porque es una persona buena”. “Porque ayuda a los pobres”, “Porque ha promovido muchas empresas que dan trabajo a muchos”...

De lo editado por la Revista Diners transcribimos únicamente lo que corresponde a su estadía en Zaruma, y el texto va de inmediato; se trata de una entrevista:

- ¿Terminó usted la secundaria?
- Después yo habría de retomar los estudios en la Asociación de Empleados.
- ¿Qué... había un colegio de la Asociación de Empleados?
- Si, y sigue habiendo. Es un colegio nocturno, donde yo pude continuar mis estudios cuando regresé a Cuenca.
- ¿Regreso a Cuenca?, ¿a dónde se había ido?
- Porque momentáneamente había ido yo de profesor de primaria a la ciudad de Zaruma.
- ¿Cómo fue que llego allá?
- Bueno, la situación de la joyería no era muy buena en ese momento y, a pesar de la diferencia de edad, yo me había hecho de Saúl Tiberio Mora, el gran escritor, quien era Director de Educación. Fue él quien consiguió el cargo, pidió el nombramiento y un buen día me sorprendió diciendo que estaba listo un puesto de profesor para mí en Machala. Ya comprenderá que yo recibí la noticia con verdadero terror...
- ¿Qué edad tenía usted?
- Diecinueve años
- Y no había concluido la primaria
- Y no había concluido la primaria
- Y no había concluido la primería...
- Pero lo que me atemorizaba era dejar Cuenca. Así que me negué a ir y le dije a Saúl Mora que no podía hacerlo porque acababa de morir mi abuelo, lo cual era verdad. Un señor Madero, quien era Director de Educación en El Oro, insistió entonces y me ofreció el puesto de profesor en Zaruma con el mismo sueldo de Machala, es decir 180 sucres. La oferta era atractiva.
- ¿Qué grado tuvo a su cargo?
- Primero y segundo grado, los niños más pequeños. Pero también tenía que dictar materias de sexto grado, las que tenía que preparar arduamente, pues no las conocía muy bien.
- ¿Y cuánto tiempo estuvo de profesor?
- Poco tiempo, solamente un año
- ¿Por qué?
- Porque sucedió algo: yo me había hecho amigo de quien manejaba el único cine de Zaruma, y le acompañaba los sábados y los domingos, unas veces manejando las máquinas, otras cobrando la entrada. A este amigo, que era guayaquileño, a los dos meses de estar allí le sobrevinieron unas tercianas...

- ¿Paludismo....?
- Tercianas, que siendo paludismo eran mucho más fuertes. Así que tuvo que irse de Zaruma y me sugirió que escribiera al señor Sánchez, el empresario de Machala, a ver si me dejaba las máquinas. El acepto, siempre que yo le presentara una garantía. Yo no tenía nada que ofrecer en garantía, pero me acordé que al pasar por Machala, un comerciante del lugar, de apellido Astudillo, me dijo que debíamos ser parientes y que quedaba a mi servicio.

Así que le escribí, y él sin dudar dio la garantía a mi favor. Me quedé con el negocio del cine, que combinaba con el profesorado.

- ¿Y qué tal negocio el cine?
- Extraordinario, pues el club El Trébol, donde proyectaba las películas, no me cobraba nada, ya que sus socios estaban encantados con que Zaruma tuviera por fin cine. Pagadas las películas y las comisiones al señor Sánchez, lo demás era mi ingreso. Y si yo ganaba 180 sucres mensuales como profesor, ganaba además 600 mensuales por el cine, de manera que yo tenía una situación boyante.
- ¿Por qué se quedó sólo un año?
- Porque mi madre me reclamaba constantemente; ella quería que regresara a Cuenca, así que al año volví, con el pase de profesor a esta ciudad. Y entonces continué de profesor durante un año en Cuenca, pero esta vez me propuse concluir mis estudios, así que entre a estudiar por la noche en la Asociación de Empleados.
- ¿Y los ahorros que trajo de Zaruma?
- Se los entregue a mi madre. Eso era lo que me movía. Yo sabía que detrás de mí venía mi hermana María Estela, que vive todavía, mi hermano Polibio, que trabaja conmigo en la joyería.

En el periódico se publicó esta reseña:

DE PROFESOR A JOYERO Y LUEGO A MECENAS

“Sencillez y desprendimiento resultan palabras oportunas para describir su personalidad. Emprendedor y exitoso en sus negocios, pero con espíritu solidario. Él es Guillermo Vásquez, que a los 17 años, apenas graduado como contador, aceptó una invitación para dar clases en la escuela Juan Montalvo, en Zaruma. En esa ciudad orense, por encargo de su amigo Cándido Rodríguez, también manejo las máquinas proyectadoras de un pequeño cine. Sin embargo, su afición por la joyería lo cautivó.

Descubrió que le permitiría ganar más que los limitados 180 sucres mensuales como profesor.

Con ayuda de su primo Ariolfo Vásquez incursionó en la artesanía y empezó a consolidarse su visión empresarial. Hace 60 años compró una pequeña joyería, con sus ahorros. No descansó en su empeño por alcanzar el éxito. Incluso formó un equipo de trabajo con los mejores joyeros de la región.

Un encargo que recuerda es la confección de la corona para la Virgen María Auxiliadora, en oro y brillantes.

Aunque se considera un apasionado por la joyería, no luce ninguna. Cines como el Cuenca, concesionaria de vehículos, hoteles, constructora de edificios, entre otros, conforman la cadena de sus empresas.

Con “La Chiqui”, con quien se casó hace 49 años, en España, tiene una generación de 26 descendientes, entre hijos, nietos y bisnietos. A sus 81 años, por su convicción católica, su satisfacción es compartir con los demás”.

Las notas transcritas son elocuentes y describen de modo fidedigno al personaje.

Verdad es que Guillermo Vásquez, de los Cuatro Ríos de Cuenca, viajó al Cerro de Oro de Zaruma.

Cayó bien, dejó huella, sembró amistades y se fue, pero no para siempre, pues regresaba ocasionalmente a esta Villa a la que tomó especial predilección. En el portal del hotel del pueblo, con don Cándido Rodríguez, rodeando una mesa de estructura metálica que sostenía una superficie de grueso y brillante mármol, planificaban negocios y se embebían en reminiscencias.

COCES, ESTOCADAS Y HAMBRUNAS

Cuántas veces hemos visto en Zaruma el milagro del amanecer.

Cuando allá en oriente, brota una claridad incierta, las nubes, primero negras, paulatinamente se van tornando de un violeta obscuro para bañarse después en la tinta de un vivo carmesí. Luego se vuelven doradas y entonces asoma el sol. Las casas, los árboles, las montañas, visten contornos de oro y los charcos del agua llovediza espejean las maravillas del celaje. La gente revoletea en la tierra, parte de ella va a los oscuros socavones de las minas. Así ha sido el devenir de amaneceres en Zaruma y cada uno ha traído consigo, nuevos hechos, unos buenos y otros malos.

Retrocedemos para recoger algo de estos últimos.

En la Colonia se realizaban en Zaruma las mitas, es decir el laboreo de las minas por parte de los indios que eran obligados a este trabajo.

Los españoles afincados por estos lares, abusaron mucho de los aborígenes y estos hechos quedaron plasmados en la historia, pues así lo atestiguan documentos que datan de la época.

En el siglo XVII se cometían actos criminales que ahora nos sorprenden, como aquel en que Juan González de la Fuente abusó del indio Felipe Cayboranchi, haciéndolo trabajar excesivamente en la mina, durante el día, hasta tal punto, que el infeliz aborígen, salía exhausto de las entrañas de la dura roca; sin embargo, el peninsular lo compelió a que acudiese por la noche a que siga trabajando en el ingenio de moler oro que poseía. Cierta vez, dominado por el cansancio y por la acumulación de malas noches, el indio Felipe se quedó dormido, circunstancias en las que fue sorprendido por su patrón, lo que motivó que éste, con su espada, le cause graves heridas en el ombligo y en la región hepática.

Otro indio, Francisco Vilcas, pidióle un día su paga al mismo Juan González de la Fuente, a más de no pagarle, le dio muchas “coces y con un bordón de palos” de suerte que lo derribó. No contento con esto, sacó la daga y con ella le quitó gran parte del cabello. El indio por temor no reclamó más su emolumento.

A los pobres aborígenes, además de ocuparlos en las mitas, les asignaban labores en labranzas y crianzas, en trapiches y en el cuidado de chacras. A otros los alquilaban como esclavos, vendiendo su trabajo sin pagarles puntualmente.

Mientras esto sucedía en Zaruma, el Padre Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús, escribía su libro que lo identificó con prolongado título “De la Diferencia entre lo Temporal y lo Postrimerías Humanas y Principales Misterios Divinos”. El texto de este libro, antes de su publicación, fue aprobado el 4 de Mayo de 1670, por el Padre Tomás Muniesca, Religioso de la Compañía de Jesús, Catedrático de Teología y Calificador del Santo Oficio. Lograse la impresión, recién en 1714.

El libro cargado de misticismo y de reflexiones filosóficas, está escrito en el castellano de la época en donde la s se escribía con f; por dar un ejemplo, la palabra iglesia se la escribía así: iglefia. Cuantos se escribía con q: Quántos.

Se preguntaran los lectores: ¿y este libro del kilómetro título que tiene que ver con Zaruma?

La respuesta aflora de inmediato: quizá este sea el único que se haya conservado en Zaruma desde aquel lejano 1714. Hay documentos manuscritos, juicios, partidas bautismales,

inscripciones matrimoniales, etc., pero libros, que yo sepa, ¡no!. De por sí, este es un hecho importante, se lo encontró abandonado en el tumbado del antiguo convento parroquial y luego pasó a ser pertenencia del Museo, ahora del Banco Central, y allí está con su originalidad, con una portada de pergamino y la firma en la primera página de José María Jumbo, posiblemente su primer propietario.

Esto nos impulsa a justificar el por qué esta crónica es una mezcla de abusos y de increíbles hambrunas.

De este libro, tomamos algunos datos y al consignarlos lo hacemos convirtiendo ciertas palabras al español que utilizamos en este siglo en que las ojivas nucleares nos traen los nervios de punta. Así, de la página 206, con el título de “Hambres Notables”, extractamos:

No es menor miseria de la vida, el hambre, que no solo hombres particulares, sino provincias enteras han padecido, cual fue la que padecieron los romanos después de la destrucción de Italia. Cuando Alarico, enemigo capital del género humano, cercó a Roma, vinieron tanta pobreza, hambre y grandísima falta de todas las cosas que no teníamos ya lo que comúnmente solían comer, comenzaron a comer los caballos, perros, gatos, ratones, lirones y todas las demás sabandijas que podían haber y cuando éstas les faltaban, se comieron unos a otros.

Lo mismo acaecía en el cerco de Jerusalén, como cuantas Eusebio en la Historia Eclesiástica, cosa extraña es de oír, pero más abominable y monstruoso de ver como cuando Scipion cercó la ciudad de Numancia, después de haberles cortado el poder meter mantenimiento alguno, los puso en tanta necesidad e hizo padecer hambre tan mortal y tan canina, que cada día iban a cazar Romanos, como quién va a la caza de bestias salvajes, para comérselos, de modo que tan asco comían de la carne de los Romanos y bebían la sangre como si lo hicieran de una clara fuente de agua. A ningún Romano perdonaban y el que les venía a las manos luego era degollado y hecho cuartos y se vendía por menudo en la carnicería pública, de manera que valía más un Romano muerto entre ellos que vivo o rescatado.

Apunta el libro más adelante que en tiempos del Profeta Eliseo “se vendía la cabezas de un asno por ochenta monedas de plata y la cuarta parte de cierta medida de estiércol de paloma, por cinco monedas de plata”.

Algo que nos pone la carne de gallina es el hecho constante en el libro de marras, en que una madre desesperada por el hambre “degolló a su hijo, partiéndolo por medio, tomó un asador, asó la mitad y comiósela, y guardó la otra para nueva vez. Acabando esta lastimosa tragedia llegaron los soldados y percibieron el olor a carne asada, comenzáronle a amenazar de muerte si no les mostraba la vianda, más ella, de la pura rabia, les dijo: Callad amigos que comeremos como hermanos y púsoles delante el muchacho asado. Los soldados viendo espectáculo tan lastimero huyeron y dejaron sola a la miserable madre.

Existe otra narración de estas espeluznantes hambrunas en que dos mujeres hicieron un pacto en el sentido que se comerían a sus hijos, primero el hijo de una y luego el de la otra. Así sucedió con el primero, pero cuando le tocó el turno al hijo de la otra señora del acuerdo, este lo escondió y lo salvó por sobre todos los reclamos de la defraudada en este terrorífico arreglo.

Amigos, estas son cosas que nos hacen meditar. El abuso para con hombres obligándolos a un trabajo extenuante o el hambre desmesurada que propicia acciones de demente brutalidad nos

pone melancólicos. Es entonces cuando damos gracias al gran Dios por tener quién respete nuestra integridad física y por disponer de algo para acallar el grito de nuestras cavidades gástricas, y por ello también, quienes habitamos en esta Villa que se araña de la cordillera de Vizcaya, participamos en la fiesta de la Patrona zarumeña, la Virgen del Carmelo, para expresarle la gratitud mediante nuestras oraciones. Así sucede en las fiestas del 16 de Julio, los rezos de la gente, cual cánticos de fe, van corriendo al infinito con alas de mariposas, mientras coreado por detonaciones y detonaciones en repetida sucesión, se mira ascender por un cielo nocturno, el hilo de la luz trazada por un cohete – milagro de pirotecnia – que se resuelve luego en menudas estrellas.

EL DIABLO CON ESPUELAS

¡Ah, ese maléfico Lucifer que tantos temores nos ha causado “Este diablo siempre asoma en nuestras leyendas y tradiciones, mas parece que antaño nos visitaba con frecuencia, para hacer de las suyas, porque en la actualidad en Zaruma poco se deja ver, será tal vez que hoy por estos lares hay personas que son más diablos que el mismo demonio.

He deseado informarme mejor sobre quién mismo es el diablo y al consultar una Enciclopedia, dice: “Diablo” cada uno de los ángeles rebeldes arrojados al abismo. Por antonomasia, Lucifer príncipe de estos ángeles. En sentido figurado diablo también es una persona de mal genio o muy traviesa (¿Cuántos diablos de ésta naturaleza tenemos en Zaruma?), persona muy fea. Persona astuta, sagaz”.

Hay, de acuerdo al criterio enciclopédico otros diablos, así por ejemplo: Rastrillo con varias muescas en la parte superior, que se emplea en el juego de billar para colocar el taco cuando este no puede colocarse de la manera natural. Llamase diablo también, a una máquina para cardar la lana. Es el nombre que se da a un pez de cabeza triangular ancha y deprimida con lomo de color oscuro cubierto de tubérculos espinosos y con la mitad posterior del cuerpo delgado y de forma cómica.

Designase como diablo a aquel que es enredador y travieso. En fin hay personas que son el diablo de enamorados, el diablo de bebedores o el diablo de sinvergüenzas pero, todos los lectores van a estar conmigo que de entre esta diversidad diabólica, quiero referirme a uno solo y es a aquel que ostenta el título de “Príncipe de los ángeles rebeldes arrojados al abismo” “Ese diablo que vive en sus posesiones llameantes que posee grandes pailas con estiércol y con una anatomía tan singular ya que su frente está adornada con dos cuernos similares a los de una cabra sus pies son como las “pezuñas” de un chivo y también tiene un largo y ondulante rabo; además siempre sostiene en su mano derecha un inmenso tridente con sus puntas afiladas. Pues este es el diablo que algunos han visto y es él quien anda curioseando, induciendo el mal para engrosar las filas del numeroso ejército del infierno.

Sobre este Lucifer enemigo acérrimo del Todopoderoso quiero referirme en ésta crónica ya que se apreció, según cuentan, por estas tierras, como ya lo había hecho en estas otras ocasiones.

Sucede que en una casa de la población, acostumbraban a reunirse para ejecutar diversiones en actividades “non santas”, bailaban frenéticamente y con sentimientos libidinosos, se emborrachaban hombres y mujeres y luego procedían a dar rienda, suelta a sus instintos sexuales. Estos hechos se verificaban en una amplia sala, con ventanales de madera, altas paredes y un elevado, como las reuniones eras nocturnas, el ambiente apenas se iluminaba con una lámpara de keroseno. Los muebles que allí había eran de tipo antiguo, con patas de madera torneadas y con espaldares artísticamente tallados, unos cuantos sofás grandes de este tipo adornaban el cuarto, por más adentro se dejaban ver varias habitaciones con camas que eran empleadas para sus “actividades sensuales”.

En una de esas noches, se presentó a una de esas “fiestas”, un caballero desconocido, muy elegante, lo invitaron, le dieron entrada, lo presentaron, pero por más insinuaciones que recibía no quería bailar.”

Un niño curioso se había encendido debajo de uno de los grandes sofás, sorprendido veía lo que sucedía en aquella casa. Todos se sobresaltaron cuando el muchacho empalidecido, con sus “pelos parados” salió gritando.

¡Ese hombre tiene espuelas!

Todos se burlaron del pequeño, pero; cuando constataron la verdad, se dieron cuenta que aquello era algo infernal.

¡Era el diablo en persona!

Cundió el pánico, unos oraban, otros corrían lanzando gritos, hasta que alguien más sereno, convenció a los presentes que ante tan maléfica aparición, lo mejor era rezar, así lo hicieron, elevaron sus oraciones al Señor y se arrepintieron de sus pecados y luego entonaron cánticos religiosos.

Dijo el diablo con espuelas: Agradezcan a sus rezos y arrepentimientos y a este maldito muchacho, porque de no ser así, después de un rato estaríamos ardiendo todos en el infierno. Manifestando esto, el curioso visitante desapareció.

Desde ese instante todos estos seres de instintos perversos, se convirtieron en personas virtuosas.

LA MULA DE SIETE CABEZAS

Por Gonzalo Rodríguez Calderón

Las minas zarumeñas acarrean un historial de leyendas, duendes, espíritus de mineros, voces misteriosas, ayes lastimeros, en fin hay una miscelánea al respecto. Esta vez vamos a referirnos a la mula de siete cabezas que deambulaba por los socavones y sus laberintos.

Recordamos las tertulias de los abuelos cuando la vida hogareña era de más unión de más comunicación, al contrario de la moderna, alejada del calor familiar, más conectada al tecnicismo y materialismo. De aquellas tertulias que contaban los abuelos rodeados de hijos y nietos, recordamos la leyenda de la mula que tenía siete cabezas cuyo origen se remonta a los tiempos en que para las labores mineras en el interior de las galerías subterráneas, oscuras y húmedas, se realizaban acémilas, para transportar el cuarzo, ya que no había los carros y rieles como los hay ahora. Los mulares transportaban en sus lomos los saquillos repletos de material, recorriendo vericuetos, hasta determinado punto y desde allí con peleas la carga era subida a la superficie.

Las mulas permanecían en los socavones, no las sacaban, allí les llevaban alimentos, por lo general, los animales se enceguécían, y en condiciones tan deprimentes pronto morían.

En cierta ocasión fallecieron siete mulas, una diaria, y entonces las almas de estos cuadrúpedos, se unieron y decidieron formar un solo cuerpo pero colocando en él sus siete cabezas y así surgió un ser, como monstruo mitológico y su propósito era recordar a los mineros que obraron con tanta maldad al darles trato tan reprochable.

Los mineros oían relinchar y veían una serie de brillos blancos, producidos por los dientes de los animales, como eran siete cabezas se observaban bastantes luces, cuando los mineros se acercaban creyendo que era brillo de algún metal, se encontraban con la mula de siete cabezas que soplaban fuertemente y perseguían a los explotadores del bello metal. La persona de este monstruo era cada vez más continua y como consecuencia, la mina fue abandonándose poco a poco hasta que llegó el momento en que ningún minero quiso entrar más en ella. De esta manera, las mulas brutalmente tratadas, tomaron apropiada venganza.

Los mitologías griegas o romanas nos señalan infinidad de monstruos multicéfalos, unos de dos cabezas, otros de cuatro cabezas o de cien, también los habían de siete cabezas y también en la Biblia encontramos seres similares, y así Juan en sus Revelaciones del Apocalipsis, dice: Y vi una bestia salvaje que ascendía del mar, con diez cuernos y siete cabezas y sobre sus cuernos diez diademas, pero sobre sus cabezas nombres blasfemos. Ahora bien, la bestia que vi era semejante a un leopardo, pero sus pies eran como los de un oso y su boca era como boca de león. Y el dragón dio a la bestia su poder y su trono y gran autoridad.

La bestia horripilante tenía diez cuernos distribuidos en sus siete cabezas, cuatro cabezas tenían un solo cuerno y tres cabezas tenían dos cuernos cada una. Cada cuerno estaba rodeado de una diadema o corona. Se interpreta en la biblia que “los diez cuernos representan la plenitud de estos dos soberanos de que se compone toda la organización política de Satanás.

El diablo demostraba de esta manera su poderío, y todos los cuervos del monstruo son agresivos y las diademas, las coronas, mejor dicho simbolizan a los reyes de naciones que ejercieron su maldad bajo la influencia del demonio.

Los nombres blasfemos sobre las siete cabezas eran un insulto para Dios Todopoderoso y Cristo Jesús.

Dicen que la bestia monstruosa surgió de los mares, después del Diluvio Universal, salió del mar de la humanidad turbulenta y fue el dragón quien dio a la bestia su poder y su trono y gran autoridad. El monstruo de siete cabezas simboliza la creación política de Satanás entre las masas de la humanidad, pues el diablo quería ser el gobernante de este mundo.

El monstruo definitivamente es un simbolismo, la maldad, las grandes guerras las catástrofes se producían por esta bestia intermediaria que cumplía los deseos del diablo, pero al fin triunfa el bien sobre el mal, Dios supera a Satanás aunque hay momentos en que parece que el monstruo de siete cabezas quiere reaccionar.

La mula de siete cabezas y el monstruo con igual número de testas, alimentan el acervo de leyendas que, en voces transmitidas de generación en generación, han ido regándose por calles y zaguanes de las varias veces centenaria Zaruma.

LA PRIMERA PISCINA

Gonzalo Rodríguez C.

La actual piscina municipal, ubicada en una loma, es fomentadora de la práctica de la natación, además de punto turístico y una mirada de parte de la ciudad. Esta piscina a insinuaciones especialmente del Círculo Deportivo Trébol empezó a construirse en 1939 por parte del Concejo Municipal, entonces integrado por don Ángel Polibio Sánchez como Presidente, Dr. Carlos Reyes, Vicepresidente, Don Cándido Rodríguez Puerta, Presidente Ocasional y ediles, señores: Rosendo Crespo, Antonio Honorato Márquez, Carlos Jijón Hidalgo y Sergio Romero Valarezo. En marzo de 1939, los trabajos avanzaban y en el Presupuesto Ordinario de Egresos se destinaron para pago de construcción de la Piscina Municipal, cuatrocientos tres sucres con quince centavos para que la obra siga adelantando.

Mucho antes ya existió en Zaruma una pequeña piscina, era la primera en la localidad, sobre ella daremos a conocer algunos datos, como también, peticiones y avances de otras obras para el fomento deportivo local.

Para abarcar el tema de la primera piscina zarumeña enfocaremos algo de los campos deportivos en la segunda década de nuestro siglo. Los juegos de fútbol o básquet se realizaban en la plaza principal de Zaruma. Por entonces no había parque, únicamente la pila con su correspondiente cerramiento. Así con la pila al medio, se jugaban bulliciosos partidos de fútbol.

A un costado, al frente de la casa municipal, había el remedio de una cancha para baloncesto, con piso lastrado y las líneas trazadas con cal. Con esas incomodidades se hacía deporte. Faltaba sin embargo una piscina.

El quincenario El Oro, número 14, del 23 de junio de 1929, nos narra cómo se practicaban los deportes, y la iniciación de la construcción de una cancha en el sitio El Arrastre, donde hoy está el coliseo cubierto, allí también se ideó construir una “laguna de natación”, cuestión que nunca llegó a ejecutarse.

Como la población clamaba por una piscina, al fin se la construyó en Limoncito, sector que entonces se llamaba Barrio “El Molino”. Esta, la primera piscina de Zaruma se la bautizó con el atractivo nombre de “Baños de Jordán”.

Transcribimos con la ortografía de entonces el escrito del quincenario El Oro:

“Del todo necesario es un campo deportivo para el recreo, la cultura física y la estética de nuestra niñez y juventud y esto hace más exigente e imperioso si tomamos en cuenta que en esta localidad dado lo accidentado de su topografía, no permite sino determinada clase de ejercicios, como tennis, foot ball y otros similares. Por consiguiente se ha buscado “La Rastra” como el único y mejor sitio para el objeto, advertido que se encuentra apartado del centro de la población, no muy distante de ella.

La escuela de varones, por espacio de más de un año, ha venido trabajando en dicho lugar con todo gusto y entusiasmo en sus horas y días de descanso, economizando así un gasto mayor de s/.20, 00 dando la prueba de cuanto se puede al tener resolución, y de lo que representa en conjunto cualquier esfuerzo por pequeño que el fuere. Con el trabajo de nuestros niños se ha conseguido un terraplén de más de 1.000 metros cuadrados en dicho sitio, dando realidad al deseo acariciado, desde tiempos anteriores, por el Profesorado del Plantel.

Aún falta mucho por hacerse y el trabajo recomendable y laborioso de nuestros pequeñines no es suficiente para terminar la obra. Esta la razón para que nos veamos obligados a convocar a la juventud entusiasta y a toda clase de personas que estén en ella y para ello, a fin de que lo más pronto, con su valioso apoyo, contemos con un sitio adecuado para que nuestros niños y jóvenes de dediquen a ejercicios que tienen al desarrollo del organismo como a cualquier destreza, seguridad y expertitud en todo lo que se dice cultura física, desterrando así el sopor e inacción a que ineludiblemente se han visto obligados hasta ahí.

Es preciso convencerse que el juego de pelota, además de no ser correcto hacerlo en el pequeño circuito de la plaza, es demasiado mortificante para los transeúntes y especialmente para las señoras, cuyo libre y seguro tráfico debe respetarse en todo lugar y condición, como también por los daños que puede ocasionar así en las tiendas de comercio, como en los focos y alumbrados del servicio eléctrico. No deja también de dañarse el agua siempre que la pelota cae en el tanque surtidor público.

Manifestamos también al público, que el plan general de esta obra es completarla con una lágrima de natación a la cabecera de dicho local deportivo y lo cual nos proponemos dar principio, para lo que hemos solicitado la dirección e indicaciones del Ingeniero Sr. Arcesio Valencia, quien gustoso y placentero ha subido corresponder a nuestros deseos. Presentémosle nuestros sinceros agradecimientos”.

Del quincenario “La Época”, número 30, del 31 de enero de 1932, tomamos la siguiente nota relacionada a la primera piscina que se construyó en Zaruma:

INAUGURACION DE LOS BAÑOS DE JORNADAN

El día 6 de los corrientes (enero de 1932), tuvo lugar la bendición e inauguración de la piscina de natación que la iniciativa y esfuerzo emprendedor del señor Aurelio Bravo Ruiz le ha hecho construir en el vecino barrio del “Molino”, distante unas dos cuadras de esta ciudad.

Al acto concurrieron los padrinos nombrados para el efecto y numeroso público que fueron galantemente atendidos por el señor Bravo y su esposa señora Isolina Hidalgo.

Empresas como las del señor Bravo merecen nuestro aplauso porque, a más de ser un embellecimiento de nuestra chica, llena una necesidad que se hacía sentir y que comprendiéndolo así no ha omitido ningún esfuerzo para conocer la obra que con todo entusiasmo la aplaudimos desde que el amigo Bravo nos contaba su proyecto.”

EN PRINCIPE EMBRIAGADO

El príncipe acostado en la cama de su mugriento cuarto, estaba sobrio. Tratábase de un momento especial, pues siempre véaselo embrutecido por el alcohol, siendo como era un borracho. En ese momento de mentalidad lúcida repasó su vida que a la postre le había resultado un fracaso proyectaba imágenes de su pasado. Desde cuándo me llaman El Príncipe. No lo recuerdo. Yo creo que el señor cura me otorgó este apelativo al momento de enfriar mi mollera con las aguas bautismales. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te bautizo en el nombre de Carlos Manuel, hijo de Caridad Espinel y de: bueno de padre desconocido.

Tal vez esto de Príncipe debió ser cosa de mi madre, mujer santulona de carácter bonachón y dada a elucubrar fantasías. Leía cuentos de hadas y duendes, reyes príncipes y cortesanos, habitantes de palacios lujosos con altos muros protectores donde se escondían los guardias con arcos y con flechas: casas inmensas con pisos como espejos y con estatuillas de oro en los rincones. En sus devaneos Caridad Espinel era así convertía a los suyos en personajes de historia del medio evo. Vio en su amante a un gentilhomme que a la final de caballero no dio muestras cuando la dejó abandonada con un niño engendrado en sus entrañas, que luego vio la luz. Ese era yo.

Crecí hermanado con la pobreza, fui a la escuela y gané los años dificultad pues inteligencia no me fallaba, luego asistí al Colegio y, como me reía de mis compañeros, porque mientras ellos tenían cuaderno bien formados con membretes escrito a máquina y caratulas con líneas de colores yo en cambio, tenía una sola libreta en que anotaba lo más importante de todas las materias. En los exámenes mis compañeros condiscípulos se quemaban las pestañas estudiando y yo, no necesitaba de eso porque mi mente era como grabadora y mientras ellos, los “malones en el estudio” se sacaban un 12 o un 15 y yo me pelaba 19 o un 20, y los pobrecillos protestaban. Como es que El Príncipe saca sobresaliente y no tiene cuadernos, ni asiste bien vestido ni presta mucha atención, mientras que nosotros, cumplidores con ropa limpia y concentrándonos, sacamos notas que él. Yo me burlaba de mis vecinos de pupitre por más que querían no podían ponerme la pata y pensar que ahora la mayoría de ellos son ingenieros, doctores, profesores y yo... yo no soy nada. A los años logré terminar el Colegio en medio de necesidades, pues no tenía dinero. Mientras estudiaba me empezó a gustar el licor y cuando quise buscar un empleo, ya era un borrachín. Ahora soy un hombre sucio, harapiento, impertinente, alcohólico y continúan llamándome el Príncipe, como en mis años de escuela o de colegio. Me odian mis antiguos compañeros. Me desprecian los amigos de tiempos pasados, pero me siguen diciendo El Príncipe.

Si supieran que yo los odio más. Por eso con ellos gozo a mi manera. Como soy sucio y raído, me les acercó y le hago oler ese tufo indescriptible, en el cual hay un aliento de aguardiente y de miseria. Hacen la cara a un lado, pero yo me les pongo de frente para que vean y me huelan. Eso me divierte y le saco tajada a mi actuación.

¡Regálame cinco sures para un trago! Y me da diez con tal de desocuparse de mi presencia.

Un tabaco, pido Sacan de un bolsillo una cajetilla de Marlboro o Lark y me brindan.

Yo solo por picarlos cojo dos. Vez, cinco y no me dicen nada. Todos son unos maricones, se mueren de miedo, son indecisos y se sienten asqueados con mi presencia que es el símbolo de la miseria humana.

Si fueran otros, en vez de actuar como perros asustados, deberían ser más valientes, pegarme unas cachetadas, decir que lo que hago no está bien o simplemente ser más francos y gritarme que odian y que no los joda más. Pero no. Son débiles y corteses. Por eso yo les saco el jugo y se los seguiré sacando. Me divierto causándoles molestias y exprimiéndoles sus billetes, sus cigarrillos sus engreimientos.

No tengo componte, yo que vengo de la miseria y el hambre. Yo que tengo un padre que no conozco. Yo que vomito bilis en las nubladas madrugadas de la ciudad, seguiré yendo a mi cantina. Esa cantina oscura con bancos de madera, con paredes sucias de tierra y con un olor a podredumbre y desgracias, justo para mí, para Colorín. El Guaspetón y tantos otros que nos juntamos todos los días desde las siete de la mañana.

Ellos serán los que cuando “vire la esquina”, me lleven al cementerio.

Por eso seguiré chupando y chupando. No quiero ver la realidad, quiero olvidarme de todo...!Mundo desgraciado!

El hombre recostado en la cama de su mugriento cuarto, que tejía en su mente estas remembranzas y reflexiones de pronto se movió sobresaltado su cuerpo le pedía algo y se encaminó a su habitual cantina. Al siguiente día, en un zaguán cercano lo encontraron muerto. Lo velaron gracias a la participación del Club Barrial. Al funeral asintió gran parte de sus compañeros de escuela y colegio. Unos tenían los ojos enlagunados, otros, cuando lo metieron a la fosa dibujaron una sonrisa sardónica. Mientras Colorín, el Guaspetón y los otros compañeros de “chupa”, no haciendo caso del entierro, seguían en la cantina con olor a podredumbre y miseria y con quejidos de desgracia, empinando el codo, chamuscando sus intestinos con el aguardiente y absorbiendo lentamente las volutas de humo de los cigarrillos pedidos a algún callejón feligrés.

Querían esconderse de la realidad pues sabían que el momento menos pensado correría igual suerte que El Príncipe. Pusieron una cuota voluntaria y pidieron otra “media”. Salud por El Príncipe ¡Salud! Uno de ellos con la mirada en un rincón y con la voz casi apagada murmuró:

¡Pronto estaremos contigo! Y mientras el cantinero hacía sonar botellas y vasos para atender a otros clientes, en el grupo de amigos de El Príncipe se hizo un prolongado silencio, solo el humo de los tabacos subía azulado y raudo como queriendo alcanzar el cielo.

Caridad Espinel, con sus cabellos blanqueados, con muchas arrugas en su cara, con negras y profundas ojeras, derramaba lágrimas en un lugar solitario. Su vida había sido un calvario. Con la muerte de su hijo trataba de encontrar solución a una inquietud. ¿Tendrá de hoy en adelante paz en su sufrida existencia? O tendrá que poner una piedra más en el ya pesado fardo de penalidades que lleva auestas en su trajinar perenne a las posesiones de la nada?

UN CHASO FAMOSO

Cuando a nuestros idos llega este nombre: José Antonio, inmediatamente lo asociamos con el membrete de uno de los grande zarumeños, destacado en el campo artístico de la música, ya como inspirado compositor, ya como magnifico intérprete. Nos referimos a José Antonio Jara Aguilar.

El “Chazo” José Antonio, además de sus destrezas musicales, tenían sus ocurrencias, citaremos algunas puestas de manifiesto cuando realizaba su Conscripción, que dicho sea de paso, la cumplió con ciertas ventajas, pues sus jefes militares le tenían especial aprecio por su carácter y especialmente por su predisposición natural para el canto cuya garganta afloraban con dulzura y hermosa voz, las sentimentales melodías. Lo tenían siempre en fiestas, serenatas.

José Antonio acusaba fama de goloso y para el no había plato malo. Cierta vez, cuando servían el rancho a conscriptos, de una gran olla sacaban para cada cual porción de apetitoso “caldo de patas”, algo que era de elección para el chacito, como junto con el sazonado ido servían partes de la pata de res “esos sabrosos” como les decimos, José Antonio gesticulaba dan entender que dichas partes del plato no le gustaban.

Policia que vigilaba al personal, percatándose que el rapto Jara hacía desprecios al alimento que le brindaron, para castigarlo y disciplinarlo, ordenó que le sirvieran doble ración de caldo pero con más “angos” y Antonio reía en su interior, pues eso era lo que quería que le sirvan más de su plato predilecto..... y lo quiero con picardía y especial astucia.

En otra ocasión, cuando conscripto y estando en Loja un domingo les dieron franco y los jóvenes salieron a ir a la ciudad. José Antonio con algunos de sus compañeros pasaron por cierto lugar en que vendían una provocada y olorosa fritada y no teniendo dinero con que comprar “Chazo” decidió hacerse pasar por loco, sus compañeros amarraron con una soga y llegaron al lugar, con muecas de un furioso demente, se acercó a la fritada y comenzó a saborear la carne de cerdo, el dueño le sulfuró y protestó pero los acompañantes le dijeron que tenga cuidado, que se trataba de un loco furioso y José Antonio seguía comiendo y aún más, colocaba en la bolsa de sus compañeros trozos de fritada y maduros fritos.....Luego se fueron ante la mirada atónica de la duela de la tienda.

Así era José Antonio y ahora que recuerdo algo de sus correrías, deseo transcribir un artículo que con el seudónimo de Juan Zaruma, yo mismo escribiera en el Diario “Ahora” al cumplirse un año del fallecimiento del entrañable artista y amigo. Dice así:

“Quiero en esta oportunidad entrar en el recuerdo de nuestro querido “Chazo” José Antonio Jara para quien, a pocos días atrás se le levantara un altar de remembranzas al cumplirse un año de su desaparecimiento trágico y prematuro.

Prensa e Instituciones de la provincia dijeron mucho de él, y, por acá, en esta Sultana también se hizo algo, muy poco por supuesto ante todo lo que debió y debe hacerse por el desaparecido José

Antonio, que vio su luz primera en estas laderas y cantó más de una vez en los balcones de sus casas coloniales.

Amigos del “Chacito” llevaron adelante una programación, que se llevó a cabo en Radio Nacional Fénix, con audiciones en las que se destacó la valía artística de José Antonio, haciendo desfilar por el acetato todas sus producciones que, lógicamente lograron acelerar la sistema diástole de los corazones zarumeños y más de una tibia lágrima rodó por las mejillas de quienes en verdad sintieron su muerte. Decidieron también estos amigos colocar una placa en homenaje al artista fallecido. En Balzar, donde la dama de la muerte segó su vida, se colocó también una cruz con inscripción apropiada y, además se participó en la misa de honras celebrada en la iglesia Matriz.

Aunque zarumeño, debemos ser francos al decir que por interés se ha puesto en recordar en nuestra tierra al Chacito Jara. El Municipio y otras instituciones representativas permanecen indiferentes y, consideramos que es hora ya de rendir un merecido tributo a quien diera renombrar estos lares con su inspiración poética y del pentagrama.

El monumento que perpetúe en el bronce su existencia y que metal sea el eco de su voz argentina que aun, en su trame odioso recorre las sinuosas calles zarumeñas. La ciudad de Loja nos ha dado un ejemplo patético de reconocido a los hijos de esa tierra hermana que se han destacado en diferentes actividades, para todos ellos la percepción de su obra en sendos monumentos; Zaruma que imitativa en este sentido, debe hacer lo mismo, se ve el ejemplo porque es digno de imitarse y proceder a imitar los valores zarumeños erigiendo estatuas indiscutible pues, que una de ellas será en memoria de José Antonio Jara.

José Antonio Jara Aguilar vive sin embargo y vivirá archivo de nuestros recuerdos. José Antonio inolvidable artista de las letras y el pentagrama. José Antonio cantor de las cosas nuestras, vibra en los recuerdos.

Sigue viviendo en las aulas de los Colegios y Escuelas, en las noches tapizadas de estrellas, en las calles zarumeñas..... Vive José Antonio en cada cuerda, en cada instrumento, en cada palpar de este pueblo.....Vive José Antonio en el Grupo Teatral “Trébol” en donde puso de manifiesto, además, su talento como actor....Vivirá José Antonio en la Banda de Músicos Municipales que, por desgracia y por una apurada resolución edilicia, ya no existe.

Escribí en oportunidad anterior un artículo “Réquiem por una Banda” y se decía entre otras cosas. Fue en 1931 que con 28 integrantes, se estructuraba la segunda Banda Municipal en tierras zarumeñas, uno de sus miembros era un pequeñín que estaba dejando de ser niño para entrar a la adolescencia, era el encargado del tambor, José Antonio Jara Aguilar.

En tiempos de la presidencia municipal de don Alberto Carrión, con entusiasmo digno de elogio se conformaba la tercera Banda de Músicos en estas tierras, dirigida justamente, por el “Chazo” Jara, desde entonces con varados cambios venía funcionando para bien de Zaruma.

La Banda desapareció pero el recuerdo de sus notas vive José Antonio. Se decretó pena de muerte para esta banda, esta banda de pueblo, tan importante para un accionar turístico en el que estamos interesados.

Sin embargo y por sobre todo, José Antonio sigue y seguirá vibrando en el alma zarumeña.....

“Chazo” para unos “Chaso” para otros, en fin es el mismo personaje

Del libro Anécdotas y leyendas de Zaruma

REALIDADES Y LEYENDAS DE LOURDES

En la región oriental de Zaruma, más cerca a Portovelo que a nuestro poblado, se encuentra un sitio acogedor, amado actualmente Lourdes, pues antes se lo conocía como Tablón de Abajo”.

Por allí llegamos cierta vez con alumnos del Colegio Miguel Sánchez Astudillo” y conjuntamente con esta entusiasta muchachada se logró recopilar algunos datos importantes.

Se especula que el origen de esta población, data desde mediados del siglo XVII, cuando los exploradores de Oro de la región necesitaban como material indispensable la madera para provocar de seguridades a las minas. Era la zona ciento por ciento montañosa y prodigaba diversidad de maderas, de allí que se la bautizara con el nombre de “El Tablón”.

Don Daniel Romero, dueño de extensas tierras, donó parte de ellas para el establecimiento del recinto y el mismo contribuyó para la construcción de la primera iglesia, allá por el año de 1895, el templo en la actualidad se observa, sustituyó al anterior y fue levantado en 1923 en tiempo aquel de la Sindicatura del Sr. Samuel Romero.

Los habitantes del lugar guardan en sus recuerdos lo que sus abuelos les contaron en cierta oportunidad y es así como van asomando algunos nombres de quienes habitaban el pueblo en 1871, Juan Añasco y sus parientes, Raúl y Abigail Añasco, también se rememora a don Abel Vargas.

En los años subsiguientes hicieron el progreso de Lourdes algunos ciudadanos, daremos varios nombres, y que nos perdonen los que se nos escapan de este listado: Rosalino Romero, Sebastián Silva, Anselmo Romero, Manuel Antonio Orellana, Medardo Silva, Jacinto Jaramillo, Isauro Sánchez, Hipólito Romero, Lucio Montaña, Isaías Jaramillo, Miguel Suquilanda....en fin unos cuantos más..... Hombres honestos, trabajo y luchadores por el terruño.

El originario nombre de “Tablón de Abajo” se cambió al actual de “Lourdes”, por sugerencia del Reverendo Padre Salesiano Constantino Piechuta, llegado a estos lares del viejo continente, pues muy cercana a la población, esta una hermosa gruta, con una Virgen, gruta construida insinuación del Sacerdote en 1957 y en donde más de una persona ha creído ver la aparición de la Madre de Dios, emitido destellos celestiales.

El Padre Piechuta recordó con esto la milagrosa gruta de Lourdes y creyó conveniente rebautizar el alegre poblado con este significativo nombre religioso.

Se ha creído importante hacer esta referencia histórica Lourdes para luego pasar a contar algunas leyendas narradas a nosotros por habitantes de aquel sitio.

Un auténtico campesino, de esos de manos encallecidas, quemado por el sol, que llevaba sombrero de paja y machetacito, nos hablaba de ciertos demonios que tenían asustada a la

vecindad. Nos cuenta que en un sitio muy lejano a la plazoleta denominada. “La Chorrera” en un árbol frondoso llamado “Lozumbe” se colgaban unos animales que brincaban como monos, que al pasar los veían por las cercanías del árbol, los animales emitían horrorosos sonidos guturales, mientras que sus ojos parecían fósforos encendidos. Nunca se llegó a saber que estos animales salían por las noches, sin embargo, el campesino asegura que eran demonios escapados del caluroso infierno.

Por otro lado, en conversación amena, nos manifestaba que en el sitio conocido como-“Quebrada Seca” ubicado por el camino de “Todos los Santos” existió una casa en donde se realizaban continuos jolgorios, bailes frenéticos y juegos de póker con jugosas apuestas, cierta noche fueron sorprendidos por una figura pequeña que llevaba puesto un sombrero grande (el clásico duende) dicho ser se presentó en el centro del Salón donde estaban reunidos y se puso a bailar sacándose el sombrero y dejando ver su horripilante cara, para luego esfumarse ante el asombro de los asistentes. Lógico es suponer que des entonces las diversiones se terminaron y la tétrica casa fue abandonada.

La señora Rosalina Romero, distinguida matrona del lugar, recuerda que en una de las casas de la población, uno de sus hijos y algunos vecinos vieron una sombra en forma de mujer que se acercaba a ellos, creyendo los presentes que se trataba de una broma de algún amigo, salieron con linternas eléctricas a constatar tan rara aparición y se dieron cuenta que no se trataba de un ser humano sino de un espíritu en pena, que delante de ellos desapareció. Este espíritu de algún difunto, que “andaba recogiendo los pasos” siguió deambulando por el poblado por mucho tiempo y a más de una persona le puso la carne de gallina, entre ellas a la señora Celia Albear que al acercarse a mirar tan rara presencia, constató que desapareció, dejando un halo de profundo misterio.....

Zaruma. Julio 31 de 1980

SEGUNDA PARTE

Varios Autores

Compilación: Gonzalo Rodríguez

EL BAUTIZO

Rodrigo Rodríguez

(Tomado del Quincenario “El Oro” en su edición del 26 de Mayo de 1929)

Cuando la mamá se ha servido la gallina N° 40 de la primera serie y empieza a dar “pasitos” y a sentarse en la alfombra colocada frente a la cama comienza a preocuparse seriamente de este gran problema: “cristianizar al guagua”; claro! No puede pasar más tiempo de “jíbaro”, y el llamado a solucionarlo es el pobre marido, que mientras la señora devoraba tranquilamente su gallina diaria, amén de la variedad de rompopes, cremas, etc, a base de huevo, sudaba la gota gorda para hacer frente a esos inevitables gastos, y ahí lo vemos al buen hombre, delgado y pálido como un hueso, pues, de la gallina ni el caldo!.... nada señor!, ustedes los hombres no entienden de estas cosas que van a entender! Y las señoras necesitaban convalecer; las señoras dije?, y lo repito: La gallina se la reparten amigablemente mamá y.....! Comadrona!

Ah! Pobre marido! En este tiempo es el ser más insignificante en su propia casa y de rey de la creación no tiene sino el nombre. La vecina más desocupada que se prestó a asistir a la señora, es quien hace y deshace, la enferma no mueve un dedo sin su permiso, todos en la casa están pendientes de sus mandatos y hasta el “inocente” parece que le teme, pues al verla, deja de llorar...El mismo Galeno que fue llamado para que converse en un cuarto vecino con el futuro padre, mientras la comadre asiste a la señora tiene que aguantárselas calladito, pues no hay poder humano ni divino que la haga entrar en razón, señora Juanita, le dice el Médico con su voz más dulce, ¿no le parece que debemos lavarnos las manos y recortarnos las uñas para atender a la señora? Lavarnos las manos? Le contesta la tal Juanita ¡Está loco!, no sabe que sufro reuma?, láveselas usted, que a mí no se me ha muerto ni una en mis cincuenta años de práctica, ni tampoco nadie se ha atrevido a llamarme ladrona!. Y amén, porque dejándolo boquiabierto al doctorcito, se dirige muy oronda al cuarto de la enferma y esta tiranía dura por semanas!.

La comadre permanece en el cuarto de ésta todo el tiempo, leyendo un libro piadoso a ratos, haciéndole doler la cabeza con su charla a otros, roncando lo más, pero salta, como para defender a su presa si alguien entra y deja la puerta abierta, si, llevado de la curiosidad abre una ventana, para cerciorarse si el guagua tiene los ojos verdes como su tatarabuelo; o si por desgracia, levanta más de lo prescrito el toldo que cubre a la mamá como un palio...! Ahí te quise ver!, oiga señora no ve que el aire la va a matar a la enferma?

y mientras la indiscreta amiga inventa una disculpa, la otra ya ha cerrado de un sólo golpe puerta y ventana, y la conversación prosigue, calmados los ánimos, gracias a la deliciosa semioscuridad que rodea a todos. Si la enferma muere fruto de la bendita ignorancia de la comadrita, está ya tiene su disculpa con la de la “corriente de aire”.

Mientras tanto, el bautizo se aproxima y entonces empieza a decidirse del futuro del pobre bebé, sin pensar que algún día este puede pedirles cuantas, y digo que se decide del futuro, porque el nombre es algo esencial en la vida y rara vez una persona ha podido soportar ciertos nombres impuestos contra toda su voluntad, o si no que lo diga San Tito, que para salvar su mal nombre tuvo que hacerse SANTO, lo cual no ésta al alcance de todos, y aquí el papá cree llegado el momento de reivindicar todos sus derechos: la niña quiere que se llame María, como mi mamá...No hables disparates!, no sabes que la hija de la cocinera se llama Marica?; ustedes los hombres prosigue la esposa tienen un pésimo gusto; que fuera de ustedes sin nosotras (fuéramos solteros piensa él pero no se atreve a decir); la niñita se ha de llamar Mary Edvig, que es muy elegante y además nadie ha puesto ése nombre todavía. Pero mujer, ya que hablamos español no tenemos por qué poner nombres gringos a nuestros hijos; dejemos que los nombres extraños se impongan entre los pedantes, que no saben ni pronunciarlos ni escribirlos: que es eso de Mary se escribe como se pronuncia Mari o hay hache muda por allí, que Dios guarde! Llegue hasta afectar con el tiempo a la persona que lo lleva? y Edvig? que significa, planta, pieza de máquina, o es un quejido?, talvez en alemán sea un nombre bonito, pero como el destino no ha querido que esta niña nazca en Berlín, creo que tal nombre le sienta tanto como a una alemana el de Prepedigna.

¡Calla ignorante! le interrumpe la indignada consorte, no sabes que es de mal gusto eso de nombres antiguos; hay que ponerle un nombre que nadie, aquí por lo menos lo tenga y Mary Edvig se ha de llamar. El esposo se declara vencido por argumentos tan convincentes, y como un grupo de visitas, apoyando a la señora, empieza a hablar a gritos, por supuesto, todas al mismo tiempo, desaparece a toda prisa, huyendo de tal batahola. Calmado un tanto el griterío, la señora saca triunfante un almanaque, que lo ha guardaba debajo del colchón y declara, que aunque no aprende como se escriben esos nombres es muy fácil copiarlos de ahí; todas las amigas aplauden a la señora, por idea tan brillante, y queda para siempre decidido que la inocente se llamará Mary Edvig, por los siglos de los siglos..!

Al día siguiente hay otra disputa en la elección de padrinos, o sea el par de bienaventurados que “sacarán de pila” a la guagua, esto de elegir compadres es un asunto grave; se piensa en un matrimonio, pero se teme disgustarlos, el otro tal vez no se porte bien, el de más allá, aunque muy grosero, no vale porque cargaron una guagua de cierta

gente no muy decente; por fin encuentran la pareja que no puede ser más dispareja; un viudo de cincuenta, íntimo de la casa, y una chiquilla de quince, hija de unos amigos; el papá ¡siempre el papá! Tiene que ponerse al habla con las víctimas designadas, las que entre sonrisas forzadas agradecen el honor, deploran la mala elección, y en fin repiten las conocidas frasecitas del caso, que tienen tanto de sinceras como la futura ahijada de aviadora.

Llega el día, mejor la noche, pues la moda lo exige así, y la criatura es conducida a la iglesia ahogada entre sedas, el cura al oír tales nombres, los revuelve con gran cantidad de latín y aprovecha de éste, para ponerle el de Teresita del Niño Jesús; la guagua grita, pero es un vano, ¡ya pasó todo! Sonrisas, niqueles a los muchachos que gritan ¡capillos! ¡Capillos! Y a casa de los compadres!

Aquí están reunidos un sinnúmero de invitados, entre los a que reina la mamá, más fresca que una lechuga gracias a la dieta y como si no hubiera quebrado un plato!

Los padrinos se portan, regalando recuerdos a todos, una verdadera distribución de premios; empieza el baile y sigue la jarana, mientras la guagua se chupa el dedo (si lo permite la faja) y el papá que sabe lo que cuesta un hijito nos da la razón a todos los que somos solterones empedernidos.

UNA AVENTURA EN LA NOCHE

Anónimo

Hago una aclaración, que el presente trabajo no lo he escrito yo.

Traspapelado se lo encontró en la Biblioteca Municipal. Tampoco he indagado quién es su autor. Sea como sea, es una leyenda muy linda, que quizá se publicó alguna vez y que permito transcribirla, con el permiso del dueño de tan magnífica inspiración.

Dice así:

¡Zaruma, engastada como perla, en el seno de la Cordillera de Vizcaya, tiene un aire típicamente español, las costumbres, el idioma y en el aspecto de sus habitaciones: cordiales y generosos como los hay pocos. Asistiendo a una feria dominguera de esta singular población orense, uno se figura encontrarse en una aldea española, de aquellas que se arrempujan en las laderas de la sierra morena. El zarumeño ha merecido no pocas virtudes de sus antecesores blancos, que desde la caduca Española vinieron en pos del oro de sus ricas minas, sin, haber impedido por cierto, la filtración, de alguna de aquellas taras que los caracterizaron en las conquistas de América India.

Mantiene la seña austera del castellano y el espíritu bohemio del andaluz. En esta tierra virtuosa ocurrió la siguiente historia, que la leyenda o quizá la tradición ha guardado celosamente, trasmitiéndose de padres a hijos en sucesión perenne.

Don Belisario Sánchez de Montes de Oca, nombre que se dará al personaje de este relato, a fin de evitar suspicacias, era un borrachín empedernido y un sátiro a carta cabal.

Los escasos pesos que le dejaba su oficio de joyero, los empleaba con prodigalidad en rendir culto al Dios Baco y en hacer conquistas amorosas por la fuerza de la razón, o por la razón de la fuerza. No había en el pueblo mujer elegante y airosa que no le llenara el ojo, ni campirana bonita que no la hiciera objeto de sus requerimientos amorosos y de sus asedios libidinosos. Sus correrías de mozo atrevido y galán le habían dado ya triste celebridad, que se había convertido en la pesadilla de cuanta mujer se aventuraba a caminar por los caminos vecinales.

Cierta noche sin luna y sin estrellas, de aquellas húmedas noches zarumeñas, en las cuales la neblina en complicidad con las tinieblas, contribuyen a que las sombras se traguen al viandante en un abrir y cerrar de ojos; Don Belisario libaba licor en el estanquillo de don Raimundo, situado en la Ladera (hoy Calle Sucre). A eso de las diez de la noche, la población no daba otra señal de vida nocturna que la débil llama de la lámpara de

kerosene del citado estanquillo, y el dueño se disponía ya a despedir a su cliente, requerido por las plañideras llamadas de su media naranja, que lo invitaba amorosamente a disfrutar del sabroso sueño de la media noche; cuando no sin sorpresa, vio pasar por la calle, completamente sola a la viuda de Don Matías Alvarado y Oña, camino de su hogar situado en las afueras de la población, en medio kilómetro de la misma, en el Barrio Limoncito. Mujer hermosa, llena de singulares virtudes y ejemplo viviente de matrona sin par. Por un momento pareció que a don Belisario se le iban a salir los ojos de las dilatadas orbitas porque una mirada centelleante y morbosa asomó en sus pupilas. Abandonar el estanquillo y ponerse de inmediato al seguimiento de la viuda, todo fue uno. Pero la mujer en lugar de caminar por el suelo, parecía hacerlo en el aire, sin permitirle a su contumaz seguidor ponerse a mano.

Pronto la pareja dejó tras de sí las ultimas casas del pueblo; la viuda adelante y el sátiro a la zaga. Al pasar el puente de Matamulas sobre el arroyo bullanguero del mismo nombre, la viuda se volvió airada hacia el impertinente perseguidor y le insinuó enérgicamente que se volviera y no la importunase, no sin antes reprocharle por su villano proceder, pero aquello antes que un rechazo era una invitación y un desafío para don Belisario, acostumbrado como estaba a forzar mujeres a plena luz del día, no se diga al amparo de las sombras de la noche y a cubierto de miradas indiscretas, donde todo humano auxilio, en aquellos lejanos tiempos era imposible.

Por eso de inmediato arremetió con furia satánica contra su víctima, sometiendo a dura prueba la robustez del sátiro. Se entabló muy pronto una ruda lucha entre los dos paseantes nocturnos. La mujer se defendía con todas sus fuerzas y el hombre utilizaba todas sus mañanas en su intento de dominarla sin lograr. Finalmente se impuso la ley del más fuerte, cesó el forcejeo y la resistencia se hizo nula.

Cuando don Belisario se sentía ya triunfante y se disponía a satisfacer sus brutales instintos sexuales, con gran admiración y sorpresa vio que la viuda se convertía en una bandada infernal de gigantescos cuervos que comenzaron a atacarlo violentamente a picotazos y aletazos obligándolo a salir en precipitada fuga, prorrumpiendo desgarradores y maldiciones.

Arrastrándose como pudo llegó a su casa más muerto que vivo:

Tenía la cara convertida en un guiñapo sanguinolento y las ropas hechas jirones. El terror se dibujaba en sus pupilas tristes y vencidas, dejando escapar de sus labios amoratados palabras desarticuladas implorando el auxilio del párroco el que se hizo esperar portando tanta agua bendita como para inundar la población.

Cuentan nuestros abuelos que don Belisario murió de mal de espanto y que en los escasos días que le restaron de vida no quiso saber más de mujeres que de trago. La viuda de don Matías Alvarado y Oña a quien ni siquiera se le había ocurrido abandonar su dulce hogar aquel día continuó disfrutando por largos años de la estimación y el respeto de sus semejantes, muy ajena a este suceso.

Es así como me lo han contado.

EL ESPIRITU QUE SEÑALÓ LAS CUENTAS

Diario Expreso

El presente trabajo apareció en el Diario Expreso, en su edición del domingo 6 de octubre de 1987 con el subtítulo Sucedió en Zaruma y dice así:

Carlos Araujo era rico comerciante zarumeño que dedicaba sus capitales a la compra de café y a enviarlo a Guayaquil donde su hermano Manuel tenía una bodega en Colón y Pedro Carbo. De allí el café salía para su procesamiento en las plantas del carretero y quedaba en buen remanente de utilidades que ambos se repartían en santas paces y así habían venido funcionando por muchos años hasta que las cuentas empezaron a hacerse turbias porque Manuel no despachaba el dinero a tiempo y cada vez se espaciaba más los pagos y es que se había metido en otros negocios y estaba usando el capital de su hermano en provecho propio.

Este asunto puso muy contrariado a Carlos, que llegó hasta adivinarlo. Al principio las diferencias eran pequeñas, pero luego se fueron haciendo mayores hasta llegar al millón de sucres, suma que para 1950 era más que elevada. Por todo ello Carlos anunció a su esposa que realizaría un viaje de negocios a Guayaquil con el objeto de liquidar ciertas cuentas y que estaría de regreso en Zaruma a más tardar en tres días, con regalos para ella y los chicos pues esta era la forma de convencerla y que no le reclamara por su prolongada ausencia.

Entonces Zaruma estaba mucho más alejada del tráfico que ahora y el viaje a la costa a la par de accidentes y riesgoso entrañaba muchas horas de camino. Había que descender el cerro de oro hasta Portovelo y de allí tomar por el Pasaje y Santa Rosa a Machala pero recién entonces comenzaba la aventura pues en Puerto Bolívar se embarcaban en motovelero de los que hacían carrera marítima a Guayaquil. Se perdía todo un día en esos cambios pero se llegaba más descansado que por la carretera, intransitable, sobre todo en el invierno, cuando las aguas la dañaban por completo.

Carlos llegó un miércoles a Guayaquil y se presentó de improviso al almacén de su hermano, una fuerte discusión sirvió para que se enterara de la verdad de sus presentimientos y entonces comenzó otra discusión para que Manuel le cancelara las cuentas atrasadas aunque sea con pagarés a la orden, que se veía a las claras que no tenía dinero en efectivo. Al fin, y luego de mucho forcejear, logró que le diera diez pagarés mensuales de cien mil sucres cada uno, sin intereses y con ellos se fue al Banco La

Previsora donde los entregó al cobro, para evitar las molestias de tener que venir en cada ocasión a Guayaquil.

Enseguida pasó por donde varios paisanos y comenzó a establecer las condiciones de venta de su café, pues había decidido que mientras su hermano le debiera dinero no podía seguirle remitiendo el producto, pues la deuda en lugar de decrecer se alzaría.

Por la tarde compró algunas chucherías para sus muchachos y unos cortes de tela para su esposa y a eso de las seis se embarcó en el “Abdón Calderón” con destino a Puerto Bolívar; más, un imprevisto daño en la caldera hizo que se bajara a tomar una taza de chocolate en las carretillas del malecón y allí estaba cuando fue misteriosamente asesinado por la espalda, con un tiro de pistola que se escapó de los arboledas cercanas y que le entró por la nuca matándole instantáneamente. Sus maletas quedaron con el barco y su billetera no fue robada. Enseguida se arremolinó la gente, vino la policía, quisieron perseguir al asesino, cuya sombra se había dibujado en la oscuridad de la noche por entre las callejuelas del antiguo barrio Villamil, pero nada se hizo.

Carlos Araujo apareció en la crónica roja de todos los periódicos y la noticia fue comunicada a Zaruma, donde causó la impresión que es de suponerse en estos casos. Su viuda y sus hijos lloraban inconsolables, la población entera se trasladó a su domicilio a dar el pésame y el cadáver fue llevado por amigos para recibir cristiana sepultura en el camposanto de ese lugar, y pasaron los años, y una noche que estaba su inconsolable viuda rezando el rosario, vio dibujarse en el dintel de la puerta de su dormitorio los contornos de una sombra oscura que le pareció el cuerpo de su esposo en una de sus características poses, cuando le hablaba con cariño sobre los problemas del diario vivir. No sintió miedo y como si estuviera siendo conducida por algún fluido cerebral se encaminó hacia un rincón del dormitorio, fijándose en que una de las tablas del piso se encontraba floja y con un cuchillo la sacó, para encontrar que allí guardaba su marido una libreta con apuntes de su negocio. En la primera página leyó el número de una cuenta corriente en el Banco La Previsora de Guayaquil y hechas las averiguaciones del caso se encontró con que tenía un saldo superior al millón de sucres producto del pago de los pagarés de Manuel Araujo, así como otras cobranzas que la buena señora ni se imaginaba que existían. Con dichos dineros pudo solucionar algunas apremiantes deudas y sacar a flote a su familia.

Nunca se supo quién había asesinado a Carlos Araujo, suponiéndose que pudo haber sido un matón a sueldo pagado por su hermano, o quizá algún ebrio de los muchos que pululaban por esos lugares del malecón de antaño, sin embargo, el buen hombre, aun después de muerto, se preocupó por los suyos y orientó a su viuda a que reclamara el dinero de su cuenta que de otra manera se hubiera perdido en los laberintos burocráticos

de los bancos. ¿Mensaje del más allá? ¿Ilusión óptica? Vaya uno a saberlo, pero que sucedió en Zaruma, sucedió y aun es fama en esa ciudad que el muerto protegió a los suyos desde la eternidad.

LOS PERUANOS HUYEN UNA VEZ MÁS

Una de las costumbres de los zarumeños católicos apostólicos y romanos hasta el fanatismo en tiempos en que se usaba casaca corta pantalón bombacho hasta las rodillas medias largas que cubrían las pantorrillas y zapatillas con hebillas de oro o plata al estilo de la Edad Media; era vestirse de penitentes en los días de la Semana Santa cuando lo mandaba el señor Cura por penitenta o voluntariamente en busca del perdón de los pecados. Dicho vestuario que lo proporcionaban en la misma iglesia consistía en una túnica blanca al pecador de la cabeza a los pies sujeto a la cintura por un largo cordón. Complemento indispensable de esta singular indumentaria era una larga y pesada cadena de hierro que el penitente debía arrastrar por las calles y caminos a oscuras y sin más compañía que el tétrico sonido de su cadena y su Fe de cristiano convencido.

Cuenta la tradición que se celebraba la Semana Santa del año 1829 en que tuvo lugar la Batalla de Tarqui que como el lector sabe culminó con una vergonzosa derrota del ejército peruano cuando llegó a Zaruma una treintena de individuos parte del derrotado ejército precedido de fama por fechorías cometidas en su larga y penosa caminata. Los zarumeños consecuentes con sus principios de caridad cristiana atendieron del mejor modo y de acuerdo con sus posibilidades muchos pedidos del hambreado y desarrapado grupo; pero es el caso que cuando más solícitos se demostraban mayores eran las exigencias de los peruanos quienes llegaron a amenazar a los habitantes con un saqueo en regla para esa noche del Jueves Santo si no se atendía todos y cada uno de sus pedidos con el consiguiente desazón para nuestros abuelos que contritos y angustiados pero resueltos a todo se retiraron a sus hogares en espera de los acontecimientos.

Serían las diez de la noche cuando los peruanos aprovechando del silencio y la oscuridad reinantes en la Villa se disponían al asalto de una casa situada en el barrio La Ladera (hoy Calle Sucre) se encontraron de manos a boca con un par de penitentes que en esos momentos daban comienzo a su macabro recorrido.

Los asaltantes ante la aparición creyendo que en el Ecuador hasta los muertos se levantaban de sus tumbas para castigar a los malos, llenos de terror y cobardes como siempre despavoridos, huyeron una vez más a la desbandada dejando en el soñado teatro de sus hazañas sus armas y todo lo que llevaban encima y además sus más caras ilusiones de adueñarse lo que no les pertenecía mientras que los penitentes confiados y tranquilos con su inmovible Fe a cuestas continuaban su peregrinación purificadora de culpas y pecados.

NOTA:

Artículo tomado del semanario “AVANCE” N° 6. Febrero 25 de 1979

DÓNDE ESTA ANGEL IÑIGUEZ

Por Gonzalo Alvarado Aguilar

Señor Iñiguez! ¡Señor Iñiguez! Gritaba con grandes aspavientos, un hombre de mediana edad, desde la otra acera de la Diez de Agosto, en Quito.

Esperamos a que el semáforo se pusiera en rojo. Entonces vimos cómo el hombre cruzó corriendo la calle y acercándose a Ángel, y sin saludar siquiera, le espetó con voz rotunda y emocionada:

- Señor Iñiguez, se acuerda usted de mí?, fue mi profesor de matemáticas en sexto curso, en el Colegio 26!! Ante el azoramiento de Ángel y su natural vacilación, el hombre arremetió de inmediato:
- Yo soy Clodoveo Pérez. Se acuerda cuando usted me sorprendió dibujando en la pizarra un hombre con los cabellos en punta y entonces usted...
- ¡Aaah! Don Clodo! Claro que recuerdo esa trastada de muchachos cortó Ángel; pero ahora una ancha sonrisa iluminaba su rostro.

Vino el diálogo fluido y cálido, de mutuo reconocimiento y gratas reminiscencia juveniles de hace 20 o 30 años. Nuestro hombre se despidió con grandes demostraciones de afecto, y sin dejar de insistir:

Lo espero esta noche, a las ocho, en el Fogón Zarumeño.

Quien tuvo la distinción de caminar con Ángel Iñiguez por las calles de cualquier ciudad del Ecuador, seguro que debió ser testigo de escenas como esta.

En la mayoría de las veces permanezco azorado unos instantes nos explica Ángel Iñiguez porque no logro reconocer de inmediato a ese hombre o mujer que me llama la atención con el apremio afectuoso que usted observó.

Es que los adolescentes replicó experimentan cambios físicos radiantes, y al cabo de no verlos en veinte años se hace difícil reconocerlos.

- Sin embargo, ellos nos reconocen al instante completa Ángel Iñiguez y agrega con su característico buen humor.
- Quizá sea por mis churos y la risa le brota espontánea y alegre.
- Después de largos años de ausencia, regresé a la tierra de mis mayores, la ciudad había crecido.

Nuevas casas se levantaban sin temor a los barrancos. Los embotellamientos de vehículos en su calle principal, no dejaron de llamarse la atención.

Un día, mientras esperaba que una congestión vehicular se disolviera, divisé a mi maestro caminar por un portal. Presto, me acerqué a saludarlo; pero, extrañamente, Ángel no dio ninguna muestra de reconocermelo y un leve gruñido fue la única respuesta a mi saludo. Apenados por no haber podido mantener la plática afectuosa que anhelaba, acudí con alarma donde Marcelo, un viejo y querido amigo, zarumeño hasta el hueso, campechano y jovial.

Desde las fases iniciales que suelen intercambiar dos amigos que se encuentran a los años, dirigí la conversación hacia el punto de mi interés inmediato.

- Parece que Ángel está perdiendo la memoria o ya la ha perdido por completo – me dijo, con profunda pena.
- Con la chispa que tenía, resulta increíble que se hubiese apagado tan temprano.

Se nos fue la noción del tiempo en nuestro coloquio. Los recuerdos juveniles discurrieron velozmente con Ángel Iñiguez presente en ellos. Las aulas volvieron a cobrar vida en la memoria.

Vibramos nuevamente al calor de la pasión didáctica que Ángel Iñiguez derrochaba en sus clases de matemáticas.

- O en las de Castellano – recalcó, aún recuerdo el poema que nos hacía declamar en la hora de preceptiva literaria. “Delirio, de Juan Antonio Cavestany: “En un charco de sangre, ahí estabas tendida/ para siempre callada, para siempre dormida/con los ojos abiertos, muy abiertos/...”
- El maestro de verdad no muere remata Marcelo- En el corazón de sus alumnos la llama del maestro no se apaga.
- Este es el pago cuando la siembra es fecunda, - agregó- después se escribirá su historia.

Dos dolores irreparables abrieron profundo tajo en el corazón de Ángel Iñiguez. La herida no cicatrizó y por ella se le fue escurriendo el alma poco a poco. Se quedó vacío por completo.

Ahora está en el limbo.

Tomado del periódico Municipal “Nuevo Zaruma”, N° 1 de diciembre de 1999.

Nota de Gonzalo Rodríguez C.: El recordado amigo Ángel Iñiguez Asanza, fue en primer curso del Colegio 26 de Noviembre, mi profesor de Literatura. Aprendí con él a amar las letras.

EL FOGÓN

Por Mario Toro Cornejo

Llamémoslo:

Fogón de tierra

Fogón de casero

Fogón mural

Fogón de los recuerdos

Fogón antepasado y presente aún

Acurrucado humildemente en el suelo, o acostado en una plataforma rectangular, modelo de arquitectura clásica, barroca, eres todo de tierra (materia también humana), con dos pares de claraboyas para dar alojamiento a tus inseparables vecinas las vasijas inquilinas tuyas. Madrugador infatigable, que izas tu bandera de humo inaugurado en las casas el diario pan que ha de nutrir la humana y vital necesidad alimenticia, y la marcha triunfal hacia el trabajo. Llenas tu vientre con delgados maderos, astillas, virutas, espirales y al contacto con la violencia del fósforo inicias tus internos ajetreos ardientes. Por las piernas entrecruzadas de los leños te reptan culebras de oro; se agazapan pequeños nidos de fogata; chisporrotean allí dentro fogonazos simultáneos o sucesivos de brotes y surtidores de candela que revienta; fugaces meteoritos son disparados al exterior por la explotación de tu subterráneo sol; se propaga el incendio represado y... ¿eres entonces una minúscula maqueta del infierno?...

¡No...no! Con tus inflamadas lenguas múltiples buscas las posaderas de las ollas y penetrando su coraza te metes en ellas, que responden a tu vocabulario pirotécnico con susurrantes confidencias...; luego abren ya sus labios las ollas y después los platos en la mesa llamarán con ademanes de seda a los convidados de todos los días.

¡Qué apreciado servidor, tocado con la gracia inherente de las cosas sencillas y bellas que atraen espontáneamente la intimidad y el cariño a su regazo ingenuo de abuelo condescendiente con aliento de frazada, de pastor de cuyes parlanchines!.

¡Este viejo cocinero familiar y de confianza, en la casi generalidad de las casas urbanas y campestres, está acogido a la jubilación obligatoria para ceder su indispensable trabajo a las nuevas generaciones de cocinas de kérex, gas o electricidad!

¡De vez en cuando, deambulando por los hermosos caminos de Zaruma, nos encontramos con alguna pequeña casa abandonada y, en ella, nos recibe el veterano ennegrecido que expone en

sus restos de cenizas los recuerdos de la vida, lo circunstancial que es el estar, el corto puente del ser al no ser!.

¡Sin embargo, a orillas de un río que convoca amistades y donde todos pisan sendas infantiles, entre un círculo de risas y cantos, se ve revivir en un nicho de piedras saludando a la brisa con tus manos ardientes, cerniendo en los árboles tu cabellera ondulante y presidiendo la fiesta como invitado de honor en escenarios naturales con fragancias sublimes que se mezclan con tus cálidas vivencias!.

¡Y de paso...te improvisas en algún solitario descanso por un esforzado camino para alimentar al viajero y dejar tu folklórico rastro poético!.

Tomado del periódico Zaruma.

EL BURRO, YO Y ALGUIEN MÁS

Por German Mora Blacio

Esta anécdota la dedico a mi hermano César Mora, con cariño, gratitud y nostalgia, por los tiempos idos, que fueron duros, pero sirvieron para temprar nuestra voluntad por conseguir un porvenir mejor, mediante el trabajo continuo, tenaz y esforzado, que ahora nos trae la satisfacción del deber cumplido en nuestro corto paso por la vida.

Érase una vez... el burro, yo y alguien más; y no cambio el orden de presentación porque sería injusto quitarle el primer lugar al protagonista de la historieta que relataré a continuación.

El contenido de mi relato es tan real y veraz como la luz del medio día en “la hora de Sixto”; tan singular que lo recuerdo en detalle con “la satisfacción del deber cumplido”, después de transcurrido más de medio siglo desde los acontecimientos a narrarse. Tan revelador de lo que era nuestro don de obediencia a las órdenes de las personas mayores; y tan patético en relación a la poca importancia que un jovencito daba a los riesgos que podría tener una aventura con tal de cumplir con un mandato.

Esto es cosa del pasado. Hoy no sucede igual, porque la gente viene al mundo sobreprotegido por los padres y por la sociedad misma, donde hay mucha comodidad y poco esfuerzo material; mucho que recibir y poco que dar.

La historieta se desarrolla en el cantón Loja de la provincia de Loja, allá por el año 1936, poco antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando yo tendría unos diez años de edad y estaba en cuarto grado de escuela.

Otro de los protagonistas, mi hermano mayor, algo así como el jefe de familia. El hombre de las órdenes precisas, concisas y tajantes; sería unos once años mayor que yo y es parte importante del relato.

Y el burro, personaje principal, mi adorable y recordado burro, guía intelectual de una interesante expedición nocturna por parajes desconocidos. No me fue presentado formalmente, por lo cual no conocí su nombre ni apellido, ni su afiliación, ni su edad, pero supongo que era menor que nosotros, por lo cual esta vez lo he colocado en tercer lugar, precisamente por su grado de sabiduría, lo cual habría mucho que investigar.

Mi hermano y yo vivíamos en Las Pitas, un barrio suburbano de la ciudad de Loja, situado a unos cinco kilómetros al norte de la misma, que actualmente ya forma parte de la zona urbana de la ciudad. En este barrio mi hermano tenía una pequeña tienda de abarrotes, licores, etc., de cuya actividad vivíamos honestamente.

El burro de mi relato procedía posiblemente de los alrededores de Taquil, actualmente parroquia del cantón Loja, con el nombre Miguel Riofrio, situada a unos treinta kilómetros al noroeste de la ciudad de Loja, con la cual se unían sólo por camino de herradura para el tránsito de acémilas. Entre éstas, el burro, el más inteligente y paciente de su género, aunque quienes no lo conocen piensan lo contrario, llegando a compararlo con los tontos de verdad cuando dicen: “eres más tonto y necio que un burro”. Esta es una grave injuria en su muestra, que desgraciadamente no puede ser sancionada por la ley de los hombres; pero llegará al día en que será severamente sancionada por la ley de los burros, cuando conformen su propio partido político y llegar al poder, algo así sucedió en el “Planeta de los Simios”.

Con estos antecedentes, entro de lleno al tan anunciado relato.

Mi hermano se había trasladado a Taquil con el propósito de instalar una tienda de abarrotes similar a la que tenía en “Las Pitas”, cerca de Loja; pero solo por unos ocho días, aprovechando la inusual afluencia de gente durante los días de fiesta en Taquil. Pero el número de compradores fue mucho mayor de lo imaginado, de manera que él solo no podía atender el negocio, por lo cual alquiló un burro en Taquil y me lo mandó a Las Pitas, donde estaba yo, para que fuera urgentemente a ayudarlo en el negocio.

Era un día viernes, nada parecido al “Viernes Negro” de “Don Serrucho” a pesar de la oscuridad en que se desarrollaron los acontecimientos. Cuando yo regresaba a las cinco de la tarde después de terminada la jornada escolar, me encontré sorpresivamente con un burro amarrado a las puertas de la casa, en Las Pitas.

El burro, joven, bien plantado y desafiante, me miró fijamente; yo también lo miré; nos miramos mutuamente por un momento, como un acto de presentación, porque nadie tuvo la cortesía de hacerlo; pero noté que el burro me seguía mirando de abajo hacia arriba y parecía que hasta me sonreía pues yo era un muchachito escaso de carnes, muy corto de edad y de estatura; algo así como peso pluma, por lo cual el burro habrá, dicho “si esto es todo lo que tengo que cargar el asunto es pan comido”.

Además, alguien me entregó una nota que había enviado mi hermano desde Tasquil, junto con el burro, que decía:

“Ven inmediatamente, el burro te conduce”

Confieso que nunca he tenido una misiva tan corta, pero precisa; tan memorable como tajante: pues en seis palabras se había dicho todo lo que había que decir.

Al comienzo pensé que estaba ante un problema, porque tenía que viajar por la noche, a un lugar desconocido, por un camino de herradura desconocido de unos 25 kilómetros de longitud, guiado por un burro que también era desconocido para mí.

Sin embargo, pensé que mi hermano había sido bastante considerado conmigo, porque me enviaba un medio de transporte y un excelente guía, conocedor de su trabajo; ya que también pudo haber dispuesto: “ven inmediatamente”, y nada más... Igual yo habría cumplido el mandato.

Además, por motivos especiales que mencionaré al final, yo sentía una inmensa curiosidad por conocer Taquil; por lo cual sin más consideraciones, con gran satisfacción y muy poco temor, monté al burro a las cinco y un cuarto de la tarde y partimos los dos rumbo a Taquil.

El primer tramo de nuestra ruta, de unos cinco kilómetros, estaba constituido por la carretera que conduce de Loja a Cuenca, esto es entre Las Pitas y la entrada al barrio Motupe, que es todo lo que yo conocía.

En este pequeño tramo yo conducía al burro, todavía en pleno día. El animal estaría riéndose de mi pretensión, porque el tramo siguiente, entre Mopute y Taquil, era largo, solitario y tenebroso, sobre todo porque lo atravesaríamos en plena oscuridad, donde él (el burro), solamente él y nadie más que él, sería el guía, medio de transporte y conductor. Yo pasaba a ser un simple apéndice pegado al lomo del burro, sin voz ni voto.

Él debía tomar importantes decisiones para escoger el camino correcto hacia nuestro destino, sorteando las bifurcaciones que conducían a otros lugares; además de otras importantes decisiones que mencionaré después, en honor a la verdad.

En nuestro viaje, a las seis de la tarde estábamos abandonando la carretera para tomar el camino de herradura, por el costado izquierdo, que conduce a la entrada de Motupe, donde se inicia la larga e interminable cuesta hasta coronar la cordillera, posiblemente cerca de los 3.000 metros sobre el nivel del mar.

En consecuencia, al inicio de la cuesta, a las seis de la tarde, transferí el mando al burro y la responsabilidad total en la conducción, puesto que era el único conocedor del trayecto restante; lo cual fue anotado en la bitácora del viaje, para conferir el mérito a quien corresponde. Esto es “al César lo que es del Cesar”, como dirían los romanos, sin alusiones personales.

Pasadas las seis y media de la tarde, terminábamos de atravesar el barrio Motupe, donde empezaban a prender las luces porque se acercaba la noche. Eran las últimas casas y luces que veríamos hasta las dos de la madrugada del día siguiente, porque pasaríamos por zonas totalmente deshabitadas.

A medida que avanzaba la noche, se acentuaba la oscuridad total y no se veía nada alrededor del camino ni en la lejanía; especialmente en los tramos encajonados del camino, que se formaban por la constante pisada de las acémilas y la erosión de las aguas, a través de muchos años.

En estos tramos encajonados y angostos, con profundidades de hasta cinco metros bajo la superficie del terreno natural, parece que se camina por un túnel, con el cielo oscuro como bóveda. Podría decir que no alcanzaba a ver ni las orejas del burro, por orejón que era, y que daba lo mismo ir con los ojos abiertos o cerrados, porque la oscuridad era absoluta y total.

Por ratos parecía que yo navegaba en un mar de tinieblas, montado en un bote sin remos, que en este caso era el burro, quien sí tenía el privilegio de pisar tierra y hacer oír sus pisadas y su respiración debido al más absoluto silencio de la noche. Los pájaros, las ranas y todo ser viviente dormían profundamente y ni siquiera roncaban ya que no les oíamos.

Desgraciadamente no llevaba linterna, no era noche de luna ni se veían las estrellas durante la cuesta, porque seguramente el cielo estaba cubierto de neblina, y no estaba en los planes de San Pedro hacerles una barridita, para aliviar el algo el camino de dos inocentes peregrinos, o sea el burro y yo.

Indudablemente que se trataba de una noche negra de un “viernes negro”, a la que había que ponerle buena cara, y seguir adelante y adelante, tratando de vencer la cuesta, para conocer la cordillera y luego descender a un extenso valle donde estaba Taquil, la “tierra prometida”.

Viajar por varias horas en condiciones nada usuales, “flotando” en la obscuridad, me producía una cierta intranquilidad, no sé si desesperación, o simplemente miedo; pero me consolaba saber que iba regiamente acompañado por el burro, quien dominaba totalmente la situación y me inspiraba absoluta confianza.

Cuando salimos de Las Pitás, a las cinco y cuarto de la tarde, no habíamos merendado ni el burro ni yo, por la premura de partir. Por este motivo, cuando salíamos de los tramos encajonados del camino, el burro se detenía a comer la hierba que encontraba en las orillas; y cuando estábamos próximos a una bifurcación de caminos, él se detenía por mucho más tiempo; el que le daba la gana; posiblemente porque tenía que tomar una importante decisión: escoger el camino correcto. Como yo no podía interferir, estaba obligado a soltarle totalmente las riendas. Además, parecía que se trataba de una viveza o zapada del burro, que se aprovechaba de mi ignorancia sobre la ruta a seguir. Yo nada podía decirle por el bien ganado respeto que le tenía, daba su inteligencia actuación.

Y así avanzábamos...con paso lento pero seguro, de manera que, parodiando una hermosa poesía que conozco, bien podía decir:

“Cansino el paso y anhelante el pecho,

Receloso el mirar, baja la testa,

El burro y yo íbamos venciendo, en la obscuridad, la penosa angustia de la cuesta”.

Y la cuesta se terminó. Alcanzamos la cúspide de la cordillera, a unos 3.000 metros sobre el nivel del mar, posiblemente a las doce de la noche, cuando se levantó la neblina que cubría, gracias a la intervención de San Pedro, debido a nuestras súplicas. Pudimos ver las estrellas, como aquellas que iluminaban a los Reyes Magos (en este caso al burro y yo) con lo cual pareció que la noche era menos oscura y el camino más benigno, especialmente para el burro, que tendría menos esfuerzo en el plano que en la cuesta para transportar su propio cuerpo, ya que la carga que

llevaba (o sea, yo), no era problema de consideración, como lo había sospechado desde un principio, cuando me examinó detenidamente.

Durante la hora siguiente, mientras atravesábamos el páramo, surgió un nuevo problema, que ya lo estaba sintiendo antes, pero con menor intensidad; esto es el frío helado de media noche, en las zonas altas, desprotegidas de vegetación.

Supongo que el burro poco le afectaba esta situación, por la protección de su pelaje y la costumbre de trajinar por estos lugares.

Pero a mí me afectaba seriamente el intenso frío, porque mi pellejo cubierto con ropa muy ligera, seguramente estaba volviéndose morado, ya que no paraba de tiritar, con un chasquido de los dientes, que parecía estar sincronizado con el paso del burro.

Yo no llevaba sombrero ni poncho, ni abrigo adicional que me protegiera, que es lo usual para cruzar zonas altas, porque desconocía la ruta y por desprevenido. Más parecía que hubiera estado yendo de paseo a la playa.

Sentí que las orejas y la nariz se me helaban, y que tenía dificultad en mover los dedos de las manos para sostener las riendas del burro y también para orinar (tenía deseo de orinar inducido por el mismo frío). Además, al detenerme con este propósito, habría quedado helado todo yo, con un inocente “chupetito” entre los dedos. La solución era movilizarse rápidamente.

Creo firmemente que el burro comprendió esta situación, porque espontáneamente aceleró el paso y dejó de parar para servirse su exquisita hierba. Su plan era sacarme pronto de esa zona. Supongo que se dijo: “yo debo entregar esta pequeña carga en el lugar de su destino, sano y salvo y no un bulto helado”. Fue uno de los actos más inteligentes del burro, que ahora se había convertido hasta en mi protector.

Al poco tiempo de haber cruzado la cordillera e iniciado el descenso al valle, divisamos, a lo lejos y hacia abajo, las luces de pequeños poblados entre los cuales estaría Taquil, hacia donde se dirigió el burro con absoluta precisión.

La bajada fue un poco larga, pero más soportable, porque iba disminuyendo la intensidad del frío a medida que descendíamos con mayor rapidez. Además, parecía que ya nos habíamos acostumbrado a la obscuridad y que ésta era menor debido al cielo despejado y al firmamento lleno de estrellas.

Al fin... Llegamos a Taquil, posiblemente a las dos de la mañana. Nuestra misión se había cumplido con una que otra angustia, pero con éxito; y yo podía decirle a mi hermano: “ordenes cumplidas, heme aquí para lo que sea útil”.

Y el burro también se retiró..., a seguir cumpliendo con la función que le había destinado la vida, ser un burro servicial, dócil, inteligente e incomprensido. No lo volví a ver nunca más, pero lo llevo en mis recuerdos.

Supongo, que a los pocos días volví a Loja para continuar en la escuela; pero no recuerdo nada de los detalles del regreso, que debió ser en pleno día y con sol, y sin ninguna novedad que valga la pena recordar.

Como epílogo debo mencionar, algo que le añade interés al relato. Dije antes que “yo sentía una inmensa curiosidad por conocer Taquil”. La razón es la siguiente:

Yo nací en Taquil, en el año 1924, de donde debí salir por la ruta Taquil-Chuquiribamba-El Cisne, diferente a la del relato, a los cuatro años de edad, después de la muerte de mis padres. De aquello no recuerdo nada, absolutamente nada. En consecuencia, yo iba a conocer el lugar de mi nacimiento montado en burro, en una noche oscura, fría y solitaria, por lo cual mi interés en el viaje era más grande que cualquier inconveniente que podría presentarse.

Quito, diciembre de 1992.

Tomado del libro “Vivencias y Ensayos” del Ing. German Mora Blacio. 2015. Sebos Grafic.

MOLIENDA

Por José Mora Valverde

Un robusto seno de tierra vestido de verde, retenía para sí los últimos rayos crepusculares.

Abajo, en la hondonada, comenzaba la noche. Allí, diminuta perdida entre los árboles, gigantes de cien brazos, se levantaba la escuelita campesina.

Oratorio de ideas. Taller donde se construye la Patria Nueva.

Señor, Señor...

¿Qué pasa Juanito?

¡Casi me olvido!. Mañana no voy a venir estamos moliendo. Papá dijo que bajará a tomar guarapo.

Ya, no te preocupes, por ahí iré.

Apretó la carrera. Pequeña alforja al cuello a manera de poncho. Sombrero en la mano. Con trotecillo felino pronto se perdió de vista.

Al otro lado del cerro una espesa nube gris se formaba espirales sobre el techado de la enramada.

Grueso pegajoso, enorme hondo de humo testimoniaba la presencia de la molienda.

El día dormía en la negra pantalla de la noche luciérnagas y cocuyos en forma de figuras geométricas con sus fugaces lucecillas intermitentes. El dulzón del bagazo fresco atraía a cientos de insectos.

Molían hasta dos semanas seguidas.

Entonces era de ver. Padre, madre, hijos, algunos vecinos contratados momentáneamente, acémilas, perros, machete, barrenos, leña, todos intervenían en la alegre danza de la molienda impregnándose de miel, endulzándose el alma.

La principal invitada era la rubia de muchas cinturas.

Vestido verde-amarillo, de largos brazos delgados, con diadema plateada de aterciopeladas florecillas; la caña de azúcar.

Verde- amarillentas manchas tapizaban cerros y hondonadas. Cañadulzales empenachados palmoteaban sus hojas al vaivén del viento.

- Juanito, ¿Invitaste al profesor?
- Si papá, dijo que vendría.
- Bueno, ¡María! Ya regreso donde el compa Androceo. Voy a pedirle prestado un cedazo para descachazar.

Juanito trabaja duro, como todo niño campesino ayudaba muchísimo. Horas de horas jugaba a la gran ruleta del trapiche.

Ganaba a cada instante manojos de fresco bagazo. Diligentemente los hacinaba formando las paredes de la enramada.

Animando a las acémilas, acomodando bagazo, metiendo caña en el trapiche, se le iba el día y las fantasías de juegos infantiles.

¡Cómo le gustaba ayudar a sus padres!

Se sentía útil cuando blancas hilachas de bagazo y guarapo salpicaban su cara.

- ¡Buenas tardes!
- ¡Hola Profe!, venga, venga.
- Sírvase raspadura, guarapo fresco o caliente. O a lo mejor un buen “ojo de pollo”.
- Poco a poco don Telésforo, gracias, gracias.

Sencilla, franca, espontánea, seguía una larga charla.

El profesor endulzando amarguras al beber con placer el néctar de la caña y don Telésforo, llenando y llenando con tibia miel los moldes de panela.

Tempranito se acostaban todos.

Había que madrugar a la molienda, dos buenos ojos de pollo (aguardiente con guarapo), se trasegaba el profesor y se despedía.

Fue al otro día.

Mortecina luz del mechero de keroseno, apenas alumbraba la ranura de las mesas del trapiche para meter los pedazos de caña.

Chirridos de caña al reventarse, crujir de hierros al sentirse solos.

El sueño de la madrugada doblegó la tierna resistencia del niño.

De pronto. ¡Ayayayyyyyyyy papacito....mamá.....

Quince días faltó Juanito, una media especie de guante, ocultaba su mutilada manito.

Tomado del periódico Zaruma, Marzo de 1999

HA MUERTO MI ABUELO ELOY ROGELIO

Por Ruth Lucia Romero

Mi abuelo falleció y no siento tristeza como sería lo usual, a mí misma me sorprendió y me puse a analizar ¿Por qué?

Descubrí varias cosas; cuando una vida es fructífera y se la vive al máximo, su partida no produce pena sino alegría; es como si la tarea encomendada hubiera sido cumplida y una vez terminada lo natural es retirarse.

Hoy recuerdo cada momento de los que compartimos y me sorprende lo mágico que resulta. Sí. ¡Mi abuelo fue un mago! Yo lo evoco – sin poder evitarlo - como un gran patriarca, él lo era en realidad, y por tanto no puedo sino asociarlo a algún personaje de esos que viven en lo recóndito de los libros de García Márquez o Julio Cortázar. Sin quieres veo partes de su juventud y madurez, porque cuando hablada con él, hermosamente transmitía sus vivencias. Así parte con imaginación, parte con visiones legadas, él fue dejando en mí (y en nosotros) esas manchas indelebles que el tiempo parece borrar, pero que quedan siempre grabadas en un rincón de la mente.

Entonces, sin tiempo y sin espacio lo veo nacer allá, en una lejanísima provincia a la que el acceso era a lomo de mula, nace al albor de una nueva era – 1895 – plena revolución liberal, efervescencia política ¿Cómo va a llamarse ha dicho doña Mariana? Y José Manuel ha dicho ¡Eloy Alfaro!; la cristiandad impugna el hombre, ningún vástago lo llevará, se lo bautiza Rogelio y en la última ganancia del padre, Eloy Rogelio.

Su personalidad recia se va forjando, parte para sus estudios en la Capital, contaba con 17 años (1912), contará luego el triste teñir de las campanas cuando anunciaban la hoguera bárbara. Va al Salesiano Don Bosco, su habilidad y creatividad innata bien lo vale. Su aprendizaje de mecánico, electricista y artesano despunta, pronto está en la mira sacerdotal, se lo llevarán a Italia para Ordenarlo. Un último permiso para volver a casa a despedirse de los padres es concedido, parte pues de vuelta a Zaruma, su padre ni hablar ¡Cura, JAMÁS!, irá a Loja a montar su taller mecánico. Efectivamente contando 20 años se establece allí, herramienta y rústica maquinaria es trasladada por caminos de herradura, se localizará frente a un Estudio Jurídico – el del Dr. Simancas y su esposa una Obstetriz, establece con el Poeta – Abogado, una gran amistad y simpatía. Son vacaciones y las hijas del matrimonio llegan al hogar paterno, entre ellas Pastoriza, quien a la sazón cuenta con 13 años; el destino y los designios humanos forjan el matrimonio de Rogelio y Pastoriza.

Evoco ahora la silueta de ese Macondo, ubico poco a poco las casas apiñadas y perdidas entre colinas y abundante vegetación, delineo los tejados, las calles empinadísimas y empedradas; es un pueblo que ha florecido gracias a la actividad minera y al oro que brota de sitios aledaños.

Este hermoso sitio llamado Zaruma, que huele a café y tigrillo, que tiene sus tamales de mote; que es un pequeño hormiguero de gente buena y bromista que ríe a costillas del vecino, cuanta entre sus típicos personajes al “Chivo” Romero; tiene 14 niños, 7 varones y 7 mujeres y también una sonora campana que se deja oír cuando es hora de comer, a tanto hijo no hay como llamar y nadie puede faltar a esa sagrada hora; largos y blanquísimos manteles son extendidos para tal fin; nunca faltará la yuca, el plátano verde y el arroz mote; mi abuelo es un patriarca ¡claro que sí!, las niñas a aprender labor de casa cocinar, bordar, lavar; los muchachos al taller, hay que trabajar para el sustento diario.

La inventiva y audacia del viejo son increíbles, así surgen la vaca lechera de las ferias, el hipódromo eléctrico, los estuches de juguetes “Mi Carpinterito”, las planchas de magnesio, las artesanías en cacho, los petardos que al explotar forman animales, la máquina de algodón de azúcar, la maicena perfumada para carnaval y por supuesto el descubrimiento del proceso para hacer globos de agua; toda la familia trabaja en eso – fuerza de trabajo es lo que sobra-.

A la noche a los inmensos cuartos; uno de varones y otro de mujeres, siete camas en cada uno se extienden en hilera; néveas sobrecamas, apariencia de hospital por la asepsia, tranquilidad que no puede ser interrumpida sopeña de probar chicote que el abuelo maneja muy bien.

Mi abuelo fue todo un personaje, duro como el roble, autosuficiente, fiel a sus principios, venera a su Pastoriza – que es hermosa – pero ello no obsta para uno que otro desliz.

Pronto se llenará de yernos y nueras, luego vendrán los nietos, también los bisnietos y llegará hasta los 12 tataranietos. (Somos los 500 Romero como dice mi Padre).

Mi abuelo inspiró por su fuerte personalidad, toda una gama de sentimientos; eso sí, a nadie indiferencia se podría sentir el temor, el miedo, el amor, el respeto o el desafío de las personas que hacia él se dirigían. Aún hoy a los 92 años tenía la suficiente energía y lucidez para conseguir siempre lo que quería; era astuto como un zorro el viejito y sobre todo indoblegable.

Hoy me he sentado un poco a pensar en él, pienso que creo mucho en las coincidencias y legados, pienso que mi hijo Juan Antonio es su último bisnieto y el último descendiente antes de su muerte y no puedo evitar pensar que algo o mucho de su carácter se trasladarán al retoño.

Quisiera sobre todo, su fuerza de carácter ¡Jodido! Y su vitalidad y firmeza para llevar a cabo cualquier empresa, es todo lo que puedo pensar, soñar o aspirar.

Creo que él hoy descansa junto a su Pastoriza y que los dos perfuman la tierra y sobre todo la fructifican.

¡ADIOS ABUELO!

Quito, 22 de abril de 1987

HISTORIA DE CANDIDO

Enrique Rodríguez Zambrano

Llegó a Portovelo miró los zapatos que usaba la gente; dijo: “Esa pendejadas no sirven” y se regresó.

Había aprendido el oficio en La Ceja el pequeño pueblito colombiano donde nació, después que lo reclutaron como soldado en la Guerra de los Mil Días, la tía María lloró, gritó pero igual se lo llevaron solo alcanzo a darle una funda de arepas para que las comiera con agua de panela.

Rumbo a Panamá en Puerto del Río recibieron la noticia de tratado firmado entre el gobierno y los revolucionarios. Se ponía fin a una guerra que las ancianas contaron día por día, noche tras noche cuando se apagaban los luceros cada vez que moría uno de los suyos.

Así que su gran batalla fueron los caminos de piedra que lo retaron a seguir un sendero de aventuras un paisaje de soledades acompañado solamente por el recuerdo de su padre; ese herrero mágico de sus querencias al que volvería a ver después de cuarenta años de andar poniendo la huella en sus vivencias.

El tío sacerdote quiso que él también lo fuera; dejó el seminario porque su imaginación era más alta que las torres de la iglesia y volaba más lejos que el tañir de las campanas. Sus aromas no tenían olor de incienso percibía el mar el valle; fragancias lejanas que tendría que encontrar.

Salió en busca de ellas las encontraría en la piel de una mujer, Matilde luego de un interinado en el que fue: Copista de escrituras, telegrafista vendedor de licores, zapatero, trabajador del ferrocarril, marinero, guardia civil y tantas otras cosas que no se acordaba porque una noche de insomnio tiró sus lágrimas al mar y en ellas guardaba el tiempo, atesoraba sus historias y remojaba sus recuerdos.

Regresó a Portovelo con un cargamento de cueros, leznas, chairas, clavos, cuchillos, hormas, mangle, cáñamo, escofinas, figurines, cera, martillos y unas manos ansiosas de trabajo, porque no encontró como le habían contado, “el oro barriendo las calles” en esas calles, solo había polvo.

Por todas partes, un letrero South American Development Company, prohibida la entrada Propiedad Privada. Solo para americanos, Área restringida y muchas otras leyendas que indicaban quienes eran dueños del pueblo.

Los gringos llegaron, grandotes y sucos, con unos aparatos que acercaban las distancias y metían por las pestañas, los ríos y los cerros. Dibujaban los paisajes en una telaraña de líneas cambiando

de nombre las cosas números y símbolos donde antes linderaba la quebrada grande y el pacay blanco donde empezaban las tierras de Juan el Oso.

De todas partes sacaban piedras, las tomaban en las manos, las miraban, las partían, las volvían a mirar, decían: Ves, Ves y las guardaban en una gran bolsa que no dejaban nunca.

Tiempo después, se divisó a lo lejos un ciempiés de muchas cabezas, el grito de los arrieros, una piara de mulas en una hilera interminable, trajo un rompecabezas de cosas que más tarde se convirtió en un gran campamento.

Luego, los hombres, de todas las edades, por todos los caminos; dejando sus casas, dejando sus chacras, con las alforjas vacías para llenarlas de esperanza. Así llegaron, para convertirse en un engranaje que latía y respiraba en el almacén de la Compañía de repente, despertaron el silencio con una bulla que se quedó, para siempre en el amanecer, junto al grito de la tierra desgarrada por las máquinas.

Los zapatos de Cándido ya llevaban a la gente por las calles nuevas, por los salones, por las pensiones, por donde las prostitutas, por las horas cortas de los domingos cuando se podía recorrer senderos que no eran oscuros, beber cerveza, recoger sol en la piel, para que se les derretiera en el sudor de la semana y tomar el aire en las manos para la asfixia de su desilusión.

Como en las minas, Cándido agachaba su corpulencia morena haciendo zapatos, largas horas, en un taller que poco a poco se hizo grande. Necesitó operarios y los contrató.

En Cuenca, un primo le contó que en Portovelo, en las minas, se ganaba mucha plata, que se podía guardar porque allí daban todo: ropa, comida, y casa, que alcanzaba para el aguardiente y sobraba cogió su poncho, vendió unos cuyes, salió de su pueblo a la madrugada.

Tenía dieciocho años, era fuerte y solo quería tener dinero para prioste de una gran fiesta. Se asustó cuando miró los cocuyos gigantes que con un solo ojo en la frente, caminaban por las calles en lo que llamaban Portovelo. Era de noche, el Cholo José llegó entre largas luces que se cruzaban en su destino.

No le dieron trabajo en la Compañía, pero un paisano le avisó que un colombiano necesitaba operarios en su zapatería. No sabía nada de este oficio y nunca había usado zapatos porque las alpargatas eran la segunda piel de sus pies.

Empezó martillando suela, luego aprendió otras cosas, don Cándido le enseñaba, era buena gente, hasta le regaló un par de zapatos cuando le dijo: “Carajo, cuando has visto un zapatero descalzo”.

El Cholo José quería ser minero. Lo consiguió cuando lo contrataron para romper la roca en un socavón oscuro, sin aire, en donde cada día dejaba él. Último esfuerzo de su vitalidad.

El Cholo José, el cholo fuerte, con el pasar de los días se transformó en la vívida imagen de una planta de maíz a la que le quitaron el viento.

Una noche, sonaron las sirenas coros agoreros de la muerte. Una explosión en el tercer nivel. Todo el mundo fue allá, Cándido también. En la bocamina, lamentos, ansiedad, tristeza, gritos queriendo llegar al fondo de la tierra con el aliento vital de la esperanza, de la vida. Muchos quedaron abajo, en su tumba ancestral, impregnadas en las rocas, mezclados con el polvo de la tierra.

Del Cholo José, solo encontraron los zapatos. Cándido los recogió y los tiró al río, se acordaba que él, un día, en sus lágrimas echó al mar parte de su vida.

LAS FIESTAS

Rodrigo Rodríguez

Con la terminación de las lluvias que durante ocho meses nos empapan y entristecen viene la agradable reacción de las mañanas limpias y tibias en las que el sol sonríe otra vez los habitantes entumecidos aún por esta húmeda frialdad típica de este clima. Ah el invierno de aquí pone a prueba no solo a los puentes contra el desborde de los ríos y a los tejados contra las iras del cielo hecho mar sino y sobre todo a nuestro espíritu contra la sorda acometida de la terrible neurastenia que nos envuelve como la niebla callada persistentemente.

Pero no hay plazo que no cumpla según dicen los autores y nuestro famoso invierno tiene que irse con la música, quiero decir con la lluvia a otra parte; ya estamos a mediados de Mayo! La naturaleza y los hombres sienten transformarse y sorprendemos un rayo de luz hecho iris en los pétalos de las rosas y nos deslumbramos con la alegría hecha sonrisa en los labios de las mujeres!. Si porque durante todo el tiempito que ha llovido nuestras lindas paisanas se olvidan de reír! Y les doy la razón pues no es motivo de regocijo eso de oír truenos que hacen retemblar el espacio y que nos obliga a quemar “ramos benditos” y a cometer barbaridades como la de encomendarnos a permanecer en casa durante días y semanas sitiados como en el Arca de la historia les doy la razón repito aparte de que como siempre las mujercitas aquí como en la China tiene el acierto de creerse con ella sin importarles poco ni mucho nuestra opinión.

Llega pues el verano trayendo aparte de sus méritos la grata recomendación de ser el tiempo de “fiesta” y por lo tanto de viajes paseos y todas sus agradables consecuencias: si se exceptúa cuentitas atrasadas con los dueños de cantinas que son los dueños de la fiesta y compromiso matrimonial; porque verdaderamente aquí en verano no nos limitamos a cosechar arroz y otros productos más o menos inofensivos si no que y con razón pues no solo de pan vive el hombre (ni la mujer agrego yo), es el tiempo de cosechar novia lo cual me parece muy oportuno pues “en tiempo de fiesta” todo se facilita y todos nos sentimos más generosos que de costumbre.

La fiesta es algo así como una epidemia que invade a fecha fija pueblo tras pueblo sin respetar villorrio ni aldea por humildes que sean al contrario algunas de éstas se enorgullecen de tener hasta siete días de fiesta es decir misa con sermón procesiones a granel fuegos artificiales y licor el “trago” es la suprema finalidad del vecindario que acude en verdadera romería desde los lugares más distante se sacrifica todo las comodidades de la casa los negocios y compromisos pero se va a la fiesta después de viajar horas y a veces días por caminos infernales pero con el orgullo de cabalgar una mula “de paso” enjaezada como para tirar de una carroza imperial las guarniciones tienen adornos de plata y atormentada por “roncadoras” del mismo metal; el jinete

elegantísimo adelanta a su respetable por lo numerosa familia hacia el lejano centro de peregrinación.

Es tal la cantidad de fiestas que se suceden durante los cuatro meses de verano casi sin interrupción y el párroco tiene que hacer prodigios de cálculo mental y elemental, para alcanzarse a preparar tanto sermón y cantar tanta misa.

Como es natural hay que pagar los oficios religiosos puesto que no sería justo que el cura predique que el sacristán repique y el cantor grite gratis y por esto en cada lugar y cada año hay un grupo de bienaventurados o priostes quienes tienen que agenciarse para cubrir esos gastos y tantos otros que son indispensables en una fiestecita, lo importante es quedar bien ahora si para esto se necesita vender el macho que costó “50 libras” en el treinta y que aún no se acaba de pagar o hipotecar la “estancia” no importa puesto que es preferible andar a pie o vivir a la intemperie a no demostrar devoción al Santo del barrio. Y así se va festejando con Año Cristiano en la mano a los Santos y Santas más populares que en definitiva son todos pues sólo es cuestión de gustos en algunas se va a cumplir una “promesa” como en el Cisne en otras como la del famoso TREINTA de Santa Rosa se cumple con la más grande ilusión de la vida: el Treinta significaba el único deseo para miles de campesinos que “bajan” vivos o muertos; es la fecha para todo el Treinta se vende café se compra sal de contrabando se saca con un año de plazo la mulita que representa el único capital y a veces el único afecto de nuestros resignados arrieros. Yo bendigo este tiempo de fiestas, porque significa un paréntesis en nuestra monótona vida de odios: en Malvas, como en Roma y Guizhaguiña, los zarumeños somos únicos y nos abrazamos estrechamente, aunque al día siguiente, desvanecidos los humos del fuego sigamos tan distanciados como siempre. ¡Quién estuviera siempre de fiesta!

(Tomado del Quincenario “El Oro” del 20 de Octubre de 1929) (1)

ANÉCDOTA TREBOLINA

Arturo Pereira E.

(Quizá está puede ser considerada la primera anécdota)

Luego del 20 de diciembre de 1934, fecha de fundación del C.D. TRÉBOL, en la que participaron 21 dinámicos ciudadanos, fueron muchas las solicitudes de ingreso a la nueva Institución, y fue ilimitado el entusiasmo demostrado por todos en busca de la estabilidad y progreso de la joven entidad.

La aspiración siguiente de los trebolianos, conforme consta en actas, fue la de adquirir un radorreceptor, para lo cual se impusieron una cuota extraordinaria, que se la recaudó de inmediato, comisionándose al Sr. Carlos Jijón, Primer Presidente del Trébol, para que viaje a Guayaquil y realice la compra.

Una gran novedad en nuestro medio vino a construir el radio “STEWART WAGNER” de sintonía nacional que don Carlos Jijón trajo, cumpliendo así su cometido, quien llega a Zaruma justamente una tarde en la que, los equipos de Básquet y Voley del Trébol, cumplían un compromiso en Portovelo, con motivo de las Fiestas del 4 de Julio de ese año de 1935; terminados los juegos, los deportistas estaban invitados a una merienda en el Hotel “Plaza” del entonces Campamento Minero, pero unos momentos antes, alguien llegó con la “noticia” de que don Carlos Jijón había traído el radio. Ahí quedó merienda y todo lo demás, y en poco tiempo, por la cuesta del “Castillo”, todos los trebolianos llegaron al local de la Institución, quedando encantados con la “belleza” de radio que tenían. Mas, no podía faltar un travieso que empezó a meter la mano en el aparato, y antes de que empiece a funcionar ya lo había dañado.

De ninguna manera el asunto podía quedar así. Varios socios cogieron el radio, y con esa energía propia de la juventud, lo fueron llevando hasta los talleres de la South American Development Company en Portovelo, en donde arreglaron el daño, que había sido pequeño, regresando de inmediato al “TREBOL”, para entonces sí darse gusto escuchando hasta el final las emisoras que habían. Cabe recordar que por entonces, la radiodifusión en el país estaba comenzando, eran muy pocas las emisoras que se podía sintonizar. Los vecinos del lugar se agrupaban donde había un receptor, siendo RADIO “EL PRADO” DE RIOBAMBA, la que mejor se escuchaba, y en ella la atracción principal constituía cuando cantaban las HERMANITAS FIERRO.

ROBO VALIOSO EN LA IGLESIA MATRIZ

Quincenario “La Época”

Serían más o menos las dos de la tarde del día lunes tres del que cursamos (Diciembre de 1934), cuando fueron alarmados los habitantes de esta ciudad con la noticia de haberse perpetrado un robo considerable en nuestra Iglesia Matriz consistente en dos cálices, el uno de oro y el otro de plata dorada, un copón de este mismo metal, la corona de oro del Niño que reposa en los brazos de la Virgen del Carmen y la corona de esta imagen, de metal de escaso valor.

Al constatarse la magnitud del robo, con el agravante de haber estado depositadas en el copón más de cincuenta hostias consagradas, la indignación de este católico pueblo no tuvo límite y, en innumerables caravanas, se dedicó a la búsqueda de los audaces ladrones que ultrajando las creencias populares, habían cometido también un sacrilegio profanando un lugar santo, santo como es el templo donde los fieles van a contarle sus cuitas al Dios de cielos y tierra y a implorarle su bendita misericordia. A las investigaciones del caso se dedicaron también, como era de esperarse, las autoridades de Policía del lugar, sobresaliendo en esta empresa, por su incansable y decidida labor, el señor Subintendente de Policía, a quien tributamos nuestras voces de aplausos, por cierto, bien merecidas.

Al día siguiente, en el poblado llamado Machala, del asiento minero de Portovelo, fueron localizados y apresados dos individuos sobre quiénes recaían serias sospechas y conducidos debidamente custodiados, a la oficina de la Comisaría Nacional del Cantón. Al percatarse el pueblo de la presencia de los presuntos ladrones, manifestó su indignación con gritos de protesta e invadió, en son amenazador, el lugar donde se encontraron detenidos y, haciendo relucir sus revólveres, varias personas de las más exaltadas, intimaron a los detenidos para que declaren en donde habían escondido lo robado, consistente en las piezas que ya hemos detallado.

El miedo dicen que es alto de cuerpo. Cuando ese temible león denominado Pueblo ruge, tiemblan hasta los montes y los detentadores de sus libertades y sus bienes, caen pulverizados al estentóreo eco de sus rugidos, y esto es lo que resultó. Al percatarse los sacrílegos ladrones del serio peligro en que se encontraban si no declaraban la verdad, principiaron a temblar como atacados repentinamente de baile de San Vito, y entre frases entrecortadas por la emoción, señalaron el lugar en donde habían ocultado el fruto de su criminal hazaña. El alborozo popular no tuvo límites. Gritos de alegría, hurras de victoria, entremezclados con aires de indignación, se escuchaban por doquiera, en tanto que una numerosa concurrencia, con el Señor Cura Párroco, el talentoso y virtuoso doctor Ernesto A. Castro, a la cabeza, se encaminaban al lugar donde “se encontraban ocultos los sagrados vasos; y en donde, efectivamente, fueron encontrados y conducidos a la Iglesia a los acordes de la banda de música municipal, a excepción de las sagradas

hostias, las que, según declaración de uno de los criminales, habían servido de alimento para matar su necesidad, cometiendo así, según las creencias católicas, un horrendo crimen, con muy pocos precedentes en la historia de los tiempos.

Para terminar este relato, debemos manifestar que los autores del robo, material de este artículo, han despedazado la corona de la Virgen, la de oro del Niño y causado serios desperfectos a uno de los vasos.

Esperamos, pues, que tan salvaje atentado será debidamente castigado, imponiéndoles a los criminales César Torres y Jorge Samaniego, el máximo castigo que nuestras leyes penales señalan, porque ha sido verificado con fractura, alevosía y cinismo propio de los individuos que están avezados a esta clase de crímenes.

Los sujetos sindicados del robo, el uno pertenece al cantón Santa Rosa y el otro es oriundo de la Provincia del Guayas.

(Tomado del quincenario La Época, N° 97, del 9 de diciembre de 1934)

EL BAÑO SEMANAL

Hilda Crespo de Reyes

En tiempos mejores, hace de esto ya más de 60 años, ocurría semanalmente un acontecimiento de mucho relieve en el seno de los hogares zarumeños, como fin de semana.

Era esta costumbre una de las típicas de nuestra tierra, asearse el día sábado como preparación para que la #toga dominguera luzca mejor.

Como todos conocemos en aquellos inolvidable y hermosos años no había agua potable; este elemento lógicamente era uno de los más cotizadas: entre nosotros, ya que se lo compraba por barriles al “aguador” que la llevaba a entregar a la casa y desde luego no había cómo extenderse mucho en su gasto, se trataba en todo caso de economizar en lo posible el precioso elemento y con ello su valor. A esto se debía en gran parte el que el aseo del cuerpo sólo se lo practicaba semanalmente; aunque también nuestros padres nos prohibían hacerlo con más frecuencia debido a que la humedad se introducía en nuestro cuerpo y nos traía graves enfermedades. Si llegaba el caso de hacerlo en otro día que no fuera el sábado, se debía seguramente a algún acontecimiento de trascendencia como una fiesta o quizás un baile familiar.

Aquí en la ciudad había varios lugares dedicados al baño; como “El Chorrillo”, la quebrada de “Zaruma Urcu”, el “Chorro de Juan Gómez”, “El Guineal”, el baño de “Batea Rummy” etc. Este último era un baño muy cómodo y se cree que lo construyeron expresamente nuestros antepasados; se formaba al pie de una roca, por la cual bajaba el agua e iba a caer en una gran piedra ahuecada al centro, formado a manera de una batea, seguramente éste era el motivo de su nombre.

Todos los baños poseían una apreciable cantidad de agua muy fresca y cristalina, la que era recogida por medio de una canoa que la extraía del tronco de un plátano; para caer de una prudencial altura formando un gran chorro sobre el cuerpo de los bañistas zarumeños que se acercaban a gozar de esta delicia.

Motivo de mucho ajeteo en especial para el elemento femenino de la casa era ese dichoso día del baño; la gente menuda lo esperaba con impaciencia, pues era motivo para salir de la casa y jugar y divertirse a lo grande con los vecinos y amistades que eran invitados al acto. Se comenzaba por tomar el almuerzo más temprano que de costumbre, pues en esos buenos tiempos se lo hacía máximo a las once de la mañana luego comenzaba la preparación para el corto viaje que a la fuerza había que hacerlo; se llevaban grandes cestas o canastos de comestibles así como también se ocupaban las alforjas de silla para acondicionar la ropa para el baño. Veamos en lo que consistía: un pantalón bastante grueso y muy cómodo que llegaba hasta la rodilla para los hombres; en cuanto al elemento bello no usaban sino el aristocrático “saco de baño” el cual consistía en un batón confeccionado de sempiterno azul marino, muy ancho y muy largo que

llegaba hasta el tobillo; las mangas al codo con un cuello muy bonito pero muy cerrado; la señora de la casa se esmeraba en adornarlo con ribetes blancos en sus contornos, cuello y mangas que daba a la prenda un aspecto encantador. La confección del traje en esa formase debía primero a ocultar a la persona que lo usaba de miradas indiscretas que nunca fallan y luego para que el sol no quemara con sus rayos la delicada piel especialmente de las chiquillas en los momentos que se daban el baño.

Ya en el sitio del acontecimiento las personas se vestían sus trajes y entraban al agua; momento terrible en especial para chicos; los mayores lo hacían con mucho tino y delicadeza como no existía sino un solo chorro cada cual lo ocupaba por turno y por pocos momentos mientras las otras personas se ocupaban en menesteres del mismo acto. El sol terrible enemigo de las damas en ese tiempo cuidaban esmeradamente de dejarse besar en lo posible ya que había el peligro de que sus rayos echaran a perder su tersa piel quemándola y dejándole manchas; cosa que nuestras abuelas cuidaban en lo posible; pues se daba el caso muy corriente de que señoras de mayor edad poseían un cutis tan suave y terso como el de un tierno niño.

Terminado el baño la dueña de la casa con la servidumbre comenzaba a preparar el “entredía” y las muchachas a hacerse su toilette. Para esto se cubrían con una gran sábana que les servía de tapado y comenzaban a desenredar su largo y hermoso cabello para recogerlo en gruesas trenzas luego venían las pomadas menjurjes que se aplicaban en el rostro, cada cual a su manera guardando naturalmente, sus métodos y secretos que vienen transmitiéndose hasta ahora de madres a hijas; el uso del polvo era con verdadero derroche el mismo que se lo confeccionaba en la casa pues se decía que el “extranjero” agrietaba el cutis; por ultimo venía el carmín el que daba paso finalmente al negro para cejas y pestañas.

Ahora ya todos frescos y preparados para gozar de los ricos manjares que las mamás llevaban para abrigarse después del baño siendo los chicos naturalmente los que más gozaban ya que comían hasta no poder más.

Una vez terminada la succulenta comida y la buena charla cada uno comenzaba a recoger sus pertenencias para regresar a casa; pues el sol ya comenzaba a ponerse y había que regresar cuanto antes al hogar.

El baño había durado varias horas dejando agradables impresiones en las familias zarumeñas.

NOTA: Este trabajo participó en el concurso que sobre Tradiciones Zarumeñas, promoviera la I Comuna en 1961.

LAS VISITAS

Rodrigo Rodríguez

Lugar donde se cultiva la vida social es lugar donde las pasiones y los defectos individuales no son reprimidos: puesto que por regla general nos odiamos más mientras menos nos conocemos aunque parezca lo contrario.

Lo cierto es aquí esta dichosa tierra nos interesamos poco o nada por pulir nuestra personalidad mediante el trabajo culto con los demás; cada uno de nosotros quisiera tener una vía, una plaza y una iglesia propias para no tener que encontrarnos con nada; no admitimos competencia ni en la devoción de los Santos!.

Y así pasamos aislados toda la vida prolongando en pleno siglo veinte que es el siglo veinte de la unión de los individuos y de las clases, la época feudal en la que cada familia, cada individuo, encerrados en su castillo o fortaleza consideraban como enemigos o como extraños que es tan odioso como lo otro a todos lo que quedan fuera de las propias murallas; nosotros no hemos podido fabricar éstas pues ni el guayacán ni el amarillo se prestan felizmente para ello pero en cambio llevamos una muralla de prejuicios y rencores en nuestra intimidad que nos impide extender la mano a todo el que sea digno de ella como amigo leal y de verdad y en cambio obliga a pasear muy tiesos y muy empaquetados, sin mirar a nadie, sin saludar a nadie entre dientes que es peor que no saludar y aun atropellando al que viene en dirección contraria ¡quisiéramos que nadie nos lleve ni esta clase de contraría!.

Y sin embargo ¡nos visitamos! Sí a quien dijere lo contrario miente ¡ah pero que visitas! Cada dos o tres años la mamá, nunca el papá, se acuerda que debe una visita a la fulana. Quien vino a saludarla en el día del Santo y entonces de mala gana como quien se prepara a un sacrificio empieza a planear el pagar la tal visita pero como frecuentemente se encuentran las señoras en la iglesia, único lugar de reunión local, se pasan comiendo a besos y reiterando sus protestas de mutuo cariño.

Pero comadre “ya no se le ve tiempos! Calle comadrita he estado solo pensando en visitarla; pero los chicos, la cocinera, la casa, el invierno (en fin, la vida toda) no me han dejado, pero lo más pronto hemos de estar por ahí y hasta la próxima, en que se repiten las mismas palabras ¡tan sinceras! Esto de estar “pensando” en pagar una visita es cuestión de algún tiempo, y nadie se apresura por nada, puesto que el tiempo mismo parece que acorta su marcha por estos barrios, apuesto que por curiosidad, y el clima por su parte, invita a una paz enervante.

Mientras tanto cuando llega el año de la visita, (no hay plazo que no se cumpla) ya resulta hasta inoportuna, pues a veces ha muerto la comadre o el compadre o algún tatarabuelo de la sobrina de este y el gusto resulta un lloriqueo, o en el tiempo transcurrido han dejado de ser amigas las dos familias, gracias a la intriga que nos envuelve, como la niebla.

¿Y las chiquillas que actitud toman? Me dirá alguien. Ah! pobrecitas! para ellas ni voz ni voto, son pajarillos con las alas rotas y los papás mientras más las quieren más las molestan! por eso el matrimonio y el convento son para ellas muchísimas veces un cambio de mal estado.

El día en que ellas se unan, hagan valer sus derechos y rechazando toda herencia de rencor, transformen esta monotonía suicida en paraíso de encantos ese bello día Zaruma sería de verdad la “Sultana de El Oro”, y entonces les levantaríamos una estatua, de la que quisiera que fuera el pedestal el corazón del zarumeño.

(Tomado del quincenario El Oro del 15 de septiembre de 1929)

LAS LUMINARIAS

Jorge Reyes Samaniego

Todos los pueblos casi sin excepción tienen sus tradiciones y costumbres que por fuerza de su conservación se va transmitiendo de generación en generación.

Las tradiciones están siempre vinculadas con hechos o sucesos que tiene alguna relación directa con la iglesia y la religión.

En el caso presente vamos a tratar de relatar en la mejor forma una de estas aprovechando de los pocos recuerdos que aún conservamos y valiéndonos también de datos concretos que nos hemos procurado de fuentes verídicas y bien informadas con el fin de dar mayor veracidad a nuestro relato.

Si la memoria no nos traiciona creemos que hasta hace unos cuarenta años existió una costumbre tradicional muy zarumeña en todas las grandes festividades de nuestra Villa pero con razón podemos asegurar que LAS LUMINARIAS se hacían notar con más difusión en los meses de julio de cada año con motivo de los festejos de Nuestra Señora del Carmen.

Todas las personas que tienen más de cincuenta años seguramente recordarán y quizás añorarán la importancia y significación que tenía en esos ya lejanos años, la fiesta y feria que se realizaba en honor de nuestra santa imagen; naturalmente que se celebraban otras; como la de San Antonio que también era muy concurrida pero indiscutiblemente las celebraciones del Carmen eran y siguen siendo las principales. Hagamos un poco de historia:

En nuestra Villa en la que en esos tiempos aun no llegaba en forma tan acentuada la bienhechora mano de la civilización de la que estamos gozando hoy por lo mismo no teníamos los espectáculos que ahora sirven de base para la formulación de los programas en nuestras festividades como ser los deportes, el cine, la radio, etc., así como también no existían vías carrozables que en la actualidad son el fundamento para muchas actividades, pues estas cosas maravillosas que ahora casi pasan desapercibidas, porque las tenemos a mano y el ciudadano desde que nace ya goza de sus bendiciones, antes no se podía decir lo mismo y nuestras grandes fiestas se desarrollaban en otra forma.

Concurría mucha gente de la Provincia de Loja en especial como también del Azuay, siendo la mayor parte negociantes que tenían que recorrer a lomo de mula dos, tres y hasta cuatro y cinco días para llegar a nuestra ciudad a realizar sus transacciones comerciales. Así tenemos que de Céllica, Catacocha, Cariamanga y Saraguro concurrían muchas personas trayéndonos muchos productos de sus comarcas y en especial era muy significativo el negocio de mulares por su conocida clase y bondad; venían nuestras comprovincianos del cantón Santa Rosa y la importancia de la Feria de Julio de Zaruma era tal, que no faltaba hasta negociantes de la República del Perú.

Estos negociantes y turistas, después de vender sus productos o intercambiarlos con los nuestros permanecían en el pueblo el tiempo necesario para recordar y visitar sus buenas amistades o hacer otras nuevas, gozando en igual forma de las festividades como también del amable y caballeroso trato de los zarumeños.

Por la noche y ya terminadas las preocupaciones y azares de sus negocios, todos los habitantes se dedicaban a festejar con verdadera unción a la Patrona de la Villa, la Santísima Virgen del Carmen.

Las campanas de la iglesia, que en aquella época eran manejadas con excepcional y verdadera maestría por el mejor Sacristán que hemos tenido en todos los tiempos, el siempre recordado don “Juan Macas” dejaban oír sus alegres notas, que eran lanzadas al aire invitando a los millares de fieles, también el templo muy limpio y vestido de fiesta, a rendir pleitesía y admiración a nuestra Reina, que vestía de sus mejores galas irradiaba bondad y dulzura, invitando con su majestad serenísima a sus devotos a la meditación y recogimiento:

Después del santo rezo de las seis de la tarde, todos los fieles salían presurosos a gozar de momentos de solaz, dándose cita en la plaza pública, que como siempre resultaba estrecha para dar cabida a tan numerosos festejantes y en la que ya encontraba el ambiente alegre y risueño por las notas melodiosas que entonaba la banda de músicos de la Villa, dirigidos en ese entonces por el maestro Luis Rodríguez, que se situaba como era costumbre en los balcones de antigua torre de nuestra Iglesia Matriz, para ser mejor escuchados.

Mucha alegría se notaba en los zarumeños, pues, tanto hombres como mujeres todos muy “togados” se paseaban ufanos y contentos alrededor de la hermosa pileta de estilo español que ayer así como hoy, ocupa el centro de nuestra histórica plaza, y aquí viene el motivo principal de este artículo: como en aquellos años de mil novecientos veinte, Zaruma aun no contaba con alumbrado eléctrico, se servía para ello de una graciosa y original costumbre de iluminación para las grandes solemnidades y festejos.

Las personas que con el nombre de “Priostes” les correspondía costear los gastos de uno de los días de la fiesta, juntamente con la iglesia y el comité especial que aun labora en estas actividades, también tenían que preocuparse de que no falte la suficiente iluminación en la plaza, para lo cual se tomaban todas las medidas pertinentes y acostumbradas para el caso se adquiría la cantidad necesaria de velas de buen tamaño, y después de tomar el consentimiento a los propietarios de los mejores y más representativos edificios que circundaban la plaza, se colocaban las velas en los largos y vistosos balcones de las casas que eran muy numerosas, así como también en sus ventanales y en todo lugar donde se podía colocar una cerilla o luminarias.

Pues en verdad era muy hermoso el espectáculo que ofrecía nuestra principal plaza al espectador; basta imaginarnos el conjunto de miles de lucécitas uniformemente colocadas alrededor de la plaza y que llegaban hasta la torre la que en ese entonces tenía también sus balcones como ya explicamos, muy pintoresco resultaba el ambiente en el que no fallaba la presencia invaluable de muchas luces de Bengala, así como variedad de piezas de pirotecnia que en todo tiempo son

muy bien aceptadas y aplaudidas, y que exhibían a cada momento, aumentando el encanto de aquellas noches inolvidables. LAS LUMINARIAS dejaban el sabor de la alegría y duraban algunas horas mientras se desarrollaban todos los números programados, las rifas, o se terminaban de quemar los fuegos artificiales, y cuando estaban por consumirse las velas que se habían colocado para la iluminación, los alegres zarumeños se retiraban a sus hogares, satisfechos de haber gozado de momentos de esparcimiento y alegría. LAS LUMINARIAS pues resultaban, además de ser de imprescindible necesidad, uno de los números de mayor atracción y que más gustaba a los festejantes por su vistosidad y colorido; y para nuestras mentes infantiles, todo aquello resultaba de infinita fantasía y ensueño; hoy que estamos recordando todo aquello, nos parece haber vivido en un mundo distinto de una época lejana y feliz y entonces nos viene la idea de pensar como la generalidad de la gente: que todo tiempo pasado fue mejor.

NOTA: Este trabajo participó en el Concurso de Tradiciones Zarumeñas promovido por la I Municipalidad de Zaruma en 1961.

AL COMPAS DEL RECUERDO: CORAZON Y ESPIRITU DE UN PUEBLO

Marco Rodríguez Calderón

(Tomado del Semanario Rumbos N° 48 del 20 de febrero de 1966)

Erase un pueblecito de estrechas callejas circundado de caminos abruptos circundado de caminos por los cuales como un enjambre llegaban a los cuatro puntos cardinales los campesinos para vender sus productos en la feria del domingo. Los primeros rayos del sol de verano se asomaban por tras las colinas viejas atalayas cuya silueta vigilante se erguía a cada revuelta del camino. Una tenue brisa juguetona y madrugadora trae aire azucarado a fuerza de caña dulce y cafetos maduros. En la penumbra se destaca ya el contorno íntimo y apacible de ese pueblecito regalándonos el espléndido panorama en apoteosis de verdor y de luz, al pie mismo de la cordillera catadora de la belleza, donde la paz y la alegría son la esencia misma del ambiente en tanto que la plaza principal, como un activo colmenar se agitaba como preludio de un día de trabajo.

Erase un pueblecito de tradiciones laborioso y culto, agradable y acogedor; la plaza principal recogía el pulso vital de la población. El viejo perfil de la torre se destacaba nítidamente por entre las callejas, adquiriendo un aspecto, misterioso. Cuando campanas de la Iglesia Mayor se echaban a vuelo una canción plañidera brotaba de sus bocas de bronce convocando a los hombres y mujeres a la cita con Dios el tac,tac presuroso de los suecos de Carmen Valarezo y Rosario Astudillo eran los primeros en oírse sobre las piedrecitas de la calle de la “ladera” mientras que por la calle del “conejo”, la calle de “las flores” la del “matadero” y la “ rastra”, damas emperifolladas en largos faldones, botines de media caña abotonados por un costado, moño y reluciente mantón y caballeros de camisa con cuello almidonado, chaleco y bordón concurrían a la primera misa demostrando las costumbre de un pueblo de arraigada fe cristiana.

Cuando el vigía del alumbrado público terminaba de apagar los faroles el pueblo entraba de nuevo a su agitada vida y todos esperaban sacar el mayor provecho del día de feria.

El murmullo incesante de los parroquianos se acentuaba como los rayos del sol mañanero; aquí allá y acullá grupos de jóvenes afeitados la barbilla y de tenue bigote dibujado como discreta pincelada que con el andar del tiempo crecería lo suficiente como para retorcerle las puntas con aire distinguido. Estos jóvenes formaban un clan de amigos inseparables que a más de ser los que arrancaban suspiros a las chiquillas que muy recatadas atisbaban por tras las celosías, se encargaban de buscar la diversión dominguera. Unos a los gallos diversión muy generalizada entonces; otros a la pinta juego de azar permitido en la época; los señoritos a quienes aún no se les había permitido esa clase de diversiones a pesar de sus 21 años cumplidos planeaban jugar una partida de “briscan” en casa de algunas chiquillas a la hora del té; otros nocharnegos y juerguistas, organizaban un baile en casa de un respetable amigo para lo cual previamente lo disponían todo, el cantante, del bándolín acompañados por un hábil artista encargado de llevar los “arpegios” con su flamante guitarra, unas cuantas botellas de Torino anisado una especial de coñac “Gallito” para el dueño de la casa y las personas mayores. Las chilenas, las danzas y el vals

sería el fuerte de la noche todo esto, siempre que la tarjeta que debería enviarse en súplica de admisión, no fuera objetada.

La tarde hacia presente, los toldos de los “carniceros” se levantaban como banderas blancas, arriadas a los acordes de un himno de trabajo: los campesinos atareados en colocar los lomillos a sus acémilas: los “cutos” en caravana de negro rebaño, emprendían el retorno a sus lejanos bohíos y los “gringos” tambaleantes por el wiski se retiraban en bullicioso parloteo. Cutos y gringos, dos castas raras y extravagantes, hacían mutis del escenario dominguero entre la curiosidad de los chiquillos de entonces. La noche caía sobre el pueblecito, con sus sombras de silencio dándole una extraña apariencia de irrealidad a la ciudad dormida.

Después, todo seguiría igual el mismo rumor de la quebrada del “matadero” los faroles de luz mortecina comenzarían a hacerle guiños a la noche; la calle del conejo se vuelve silenciosa y triste; en la plazoleta el canto cristiano de la pila y el grito desafinado de uno que otro parroquiano rezagado al que se le propasaron los copetines y demuestra así su valentía. La noche callada y el susurro de la brisa lejana arrullan al pueblecito que fatigado sigue su vida de acuerdo a su itinerario nocturno.

En casa, la abuelita cuenta anécdotas y “ejemplos” a sus nietecitos y ante los ojos desorbitados de los chiquillos, habla del cura sin cabeza, del ataúd misterioso del “agua dulce”, de la viuda que por las noches salía en la quebrada de “Juan Gómez”; de la desaparición de Malvas o de la misteriosa fortuna de los Montesdeoca Papá comenta de lo cara que ha estado la plaza; los huevos a tres por un real; la carne a real y medio; el queso a cuatro reales es la libra y muy salado; el arroz a un peso la arroba. Que vida, decía papá, todo por las nubes. Luego la noche misteriosa sumida en elucubraciones fantasmales, la acariciante fragancia de los jazmines y geranios saturaba el ambiente de un pueblo ansioso de ser grande, pujante y eterno.

Cuántas noches han pasado ya; cuántas fiestas domingueras: la torre, la misma torre, con sus campanas vetustas siguen cantando al infinito; sus callejas transformadas en calles pavimentadas; la misma pila, los mismos cerros, la misma brisa perfumada.

¿Qué hay en el alma y en el espíritu de sus hijos?

¿Habrá cambiado como el precio de los huevos y la carne?

Interrogantes suspendidas en la nada. El pueblo de ayer es la misma ciudad de hoy, agradable y acogedora, cuyas estrechas callejas se encuentran animadas de ideales y esperanza.

EL INDIO MOROCHO

Julio Palacios S.

José Morocho se llamaba el mocetón fuerte y robusto que amaba a su tierra y a su propia novia con fiebres de volcán andino.

Un día arrolló su equipaje humilde, el mismo que consistía en un poncho colorado y una alforja recién terminada con el nombre de José, obsequios, el primero de su madre María y el segundo de su novia Juanita.

Al amanecer de un día brumoso, José Morocho recorrió su choza de rincón a rincón con su mirada inquieta e inquisidora y salió dejando a los autores de su vida en un mar de llanto.

Al trasmontar la ladera, límite de la tierra de sus padres, divisó la heredad querida de sus primeros años. Allí se paró reteniendo el aliento y a la tenue luz de los últimos luceros de la madrugada, masculló el adiós más lastimero, rodando por sus tostadas mejillas abundantes lágrimas. Apretó contra su pecho el primero y último recuerdo de su novia y partió dejando atrás aquellos seres queridos que en todo el largo camino le arañaban el corazón.

Caminaba y caminaba con los dos mejores recuerdos de su vida a la espalda la pena honda le llevaba indeciso aún. Por fin llegó a una casucha, donde ansioso devoró un jarro de chicha fuerte, luego vino otro y otro. Así amortiguó un tanto el dolor y el cansancio. Tomó calor y aliento y determinó ahora seguir rumbo a Portovelo en busca de trabajo; allá, al lugar se dijo hay mucho oro para llenar la alforja que me diera una tarde de abril la novia adorada, aquella que jamás, quizá, vuelva a besar.

Más allá se reunió con un viejo amigo, que así mismo, como José Morocho, llevaba un fardo de penas y dolores en la espalda.

Al comienzo de una noche clareada de luna llena y cuando las cigarras y cocuyos habían dado su último canto a la tarde, llegaba entre alegre y triste nuestro provinciano, nativo de uno de los barrios gualacenses. Esa noche durmió con su amigo en la casa de policía de Compañía South American Development Company.

Al siguiente día se hizo conducir por unos obreros coterráneos que se hallaban trabajando en Portovelo al sitio del trabajo. El Capitán de Minas MISTER NIHIL le dijo en mal castellano “Mi dar trabajo en mina, voz tener mucha buena fuerza, veriwel”.

A la vuelta de un año de labores dentro de la mina José Morocho había perdido su nombre y ahora sus compañeros le apodaban con el mote de “INDIO MOROCHO”.

Se encariño tanto con el trabajo de la mina que a simple vista había olvidado aquel amanecer brumoso cuando dejó para siempre su choza humilde, su heredad, sus padres, su vaca y su novia trigueña tan hermosa como los trigales maduros de su tierra y las puestas del sol inolvidables siempre suspiradas de su comarca azuaya bajo cuya luz tenue y diáfana aparecía envuelta la gallarda silueta de Juanita Morales.

El Indio Morocho pues sostenía en su espíritu agitado esta drama pasional tremendo sin tener un confidente para contarle todas las cuitas que llevaba escondidas en su alma.

Pasaban y pasaban los días y los meses. El Indio Morocho para atar un tanto los sombríos recuerdos que le torturaban tomó una compañera de penas llamada Florinda Beltrán y así en el duro bregar diario bajo el subsuelo seguía laborando con la constancia del que quiere redimirse económicamente. Pero el “Indio Morocho” no buscaba aquella redención ilusoria.

Acariciando su lámpara de gas bajaba y subía por la humedad y umbrías galeras de las minas. Al término de sus jornadas salía a recibir los pagos y luego se regresaba sin que fuera horas de trabajo ni tomar el descanso acostumbrado. La mina fue su casa, su novia, su heredad querida. Allí vivía enterrando entre sus recuerdos triste y solitario.

Para compaginar sus días de triunfo y de dolor fue un día del mes de abril también que resolvió no salir más de la mina. Allí le conducían sus compañeros la comida, los préstamos y los pagos. Nadie le convenció de que dejara ese lugar; pues a pesar del ambiente malsano, de lo funesto y trágico de la mina, aparte de los fantasmas, ruidos y ayes espeluznantes que se oyen, según cuentan Jefes viejos, el “Indio Morocho” no hacía caso de todos estos cuentos.

En el Tercer Nivel, bajo 90 de profundidad había hecho su morada definitiva había pasado dos años con ocho meses, cuando de pronto le vieron que salió como disparado por la boca de la MINA GRANDE al reconocerle los obreros que le vieron exclamaron gritando : ¡Que fue “Indio Morocho”!. Él no había percibido ese llamado estentóreo que le hicieron sus compañeros. Se dirigió veloz abriéndose paso como quien lleva una consigna, una misión de vida o muerte más allá, frente de la mecánica también le vieron que pasó como una exhalación. Aseguran que pisaba unos momentos sobre tierra y otros creían que era un ser alado y que más bien volaba.

El sitio predilecto a donde solía ir siempre cuando hacía esas apariciones inesperadas era a la mina “CURIPAMBA”, al otro lado del río Amarillo. Allí entraba a la vista de los obreros, quienes con mucho temor le abrían paso diciendo: “allá viene el “Indio Morocho”!! Cuidado!! y pasaba como un bólido, perdiéndose entre las rocas de la mina.

El “Indio Morocho” era ya un ser semiextraño para sus compañeros. Todos le miraban con cierta desconfianza y terror.

En la cuadrilla que hacía su trabajo le observaban que guardaba absoluta reserva de hablar cierto aislamiento con los demás y cuando acordaban había desaparecido cumpliendo su tarea.

Los Jefes americanos que conocían de estas novedades del Indio Morocho siempre le hacían visitas en el Nivel que había tomado como vivienda.

En lo mejor de la charla estaban cuando se les esfumaba como por encanto sin que hayan podido advertir muchos de ellos la desaparición.

Lo curioso y sorprendente es de que a la misma hora que los visitantes habían estado hablando con el “Indio Morocho”, otros mineros le habían visto que entraba a la mina de sus predilecciones: la “Curipamba”.

Los cabellos y las uñas le iban creciendo terriblemente y nuestro hombre como es lógico, sin salir de la mina, iba tomando un aspecto horripilante.

Ya no era el mocetón José Morocho, de aquellos tiempos de romance, de emotividad espiritual, allá en su tierra querida, cuando acariciaba bajo las capulicedas fragantes el talle grácil y dúctil de su adorada Juanita.

Por fin un día obscuro, triste y soledoso, como su honda morada, sus compañeros le hallaron muerto. Había desaparecido del miserable valle de lágrimas que Morocho no quiso ver jamás.

Cuando le sacaron para darle sepultura, enterraron con él lo más querido de su vida: su poncho y su alforja, los regalos más grandes de sus dos más grandes amores: María, su inolvidable madre y Juanita Morales, su eterna prometida, su novia en la vida y más allá del infierno azul, en la eternidad.

Nadie lo sabía, nadie lo presentía José Morocho murió por ella, de dolor y ese romance que alumbró su vida como un sol, se apagó como llama exangüe, como se apagan los luceros cuando el día empieza a nacer.

Al siguiente día de su descanso, el espíritu del “Indio Morocho” empezaba a recorrer todos los sitios por donde sus pies se habían posado. Trabajadores que aún existen, compañeros del “Indio Morocho”, tales como los Señores: Segundo Calderón, Celso Gálvez, Luis Mora, etc., y otros que ya han desaparecido, como: Martín Sánchez, Rodolfo Zambrano, Luis Ramón, etc., han asegurado ser veraces las versiones de la presente tradición, las mismas que de tiempos atrás han venido de boca en boca llenando de espanto y de pavor a niños y viejos.

Es así como una ocasión, en una de sus tantas apariciones, el geólogo americano Sr. Yantes se encontraba al otro lado del río Amarillo sobre la mina “Curipamba”, realizando un trabajo. Después de haber practicado el estudio que la Empresa Americana seguía para descubrir una mina rica y cuando ya se disponía al regreso sintió que alguien pasó por detrás de él con tremenda velocidad. Cuando alzó la cabeza para observar, distingue una persona extraña sobre el sitio mismo donde venía haciendo el estudio. Reconociéndolo Mr. Yantes al melenudo “Indio Morocho”, hecho pies en polvorosa y se disparó por sobre la ladera del cerro corriendo a la mayor velocidad posible. “El Indio Morocho” lo siguió en carrera vertiginosa y en medio de lo que un cucuyo prende y apaga sus faros verdes diminutos, le estaba pisando los talones a nuestro asustado gringuito Yantes. Este corrió más y más cuando llegó a la Ingeniería se desplomó sin alientos, contando lo sucedido, después de reponerse, a todos los de ese Departamento.

En ese mismo instante le vieron muchos mineros que pasando por delante del Winche iba como con pies alados, clavándose de cabeza en el Pique Americano.

El presente relato está ajustado fielmente a la verdad, toda vez que se ha recogido todos los datos de trabajadores que laboraron con el “Indio Morocho” y que aún viven en este Asiento Minero.

Pues, cuando los mineros de aquellos recorren ese Tercer Nivel y especialmente ese rincón trágico y sombrío donde hallaron una mañana, muerta al “indio Morocho”, tienen que abandonar rápido ese sitio por que el espíritu de “Morocho” deambula vagamente, tétrico en el lóbrego ambiente de las minas de Portovelo.

NOTA: Este trabajo participó en el concurso de Tradiciones Zarumeñas, promovido por la Municipalidad de Zaruma en noviembre de 1961.

“La revista”. Suplemento del diario EL Universo 09/05/2010

EL DUENDE Y EL AVE

TEXTO Y FOTOS MOISÉS PINCHEVSKY

El guía Tito Castillo apaga la linterna y parecería también que nuestras vidas. La sensación es inquietante, ya que la estrecha mina se convierte en un pozo de negro infinito que volvería loco a un claustrofóbico. A eso se suma un silencio igual de subyugante, que Castillo luego rompe con un peculiar llamado: Ommmm, ommmm, ommmm, ommmm.

Todos esperamos con curiosidad. Algunos también con temor. Casi diez segundos después el guía enciende la linterna. Volvemos a la vida. Y los comentarios se disparan. “Yo lo vi, en serio!; era como de un metro de estatura, medio encorvado y estaba de espaldas”. Otro de los visitantes señala con el dedo índice a medio metro de donde estábamos, para decir: “Allí estaba. Era como una silueta negra que luego desapareció”.

Tito Castillo, quien aprendió tal llamado místico del “ommmm” en clases de metafísica, también confiesa haberlo observado en ese momento, exactamente en el mismo lugar que los demás señalaron. Las descripciones coinciden, pero no todos quienes no asomamos en la llamada Cueva del Duende logramos distinguir a ese pequeño personaje que, según el guía, habita en todas las minas de Sudamérica.

“Son los encargados de proteger el tesoro de las minas. Ellos deciden a quién se lo dan y a quien se lo niegan. En Bolivia se lo llama Tío y en Perú le dicen Muqui”, indica nuestro guía durante esa experiencia cumplida en ese pequeño tramo de la mina El Sexmo, excavación de poco más de 300 metros dentro de una montaña que brindó oro, cuarzo y silicio desde tiempos de la Colonia española, pero que ahora está dedicada al turismo.

El ingreso es gratuito y comienza en un salón para observar un video que explica, por ejemplo, que el nombre de la mina proviene de tiempos del rey español Felipe II, quien después de recibir como regalo una pepa de oro de tres libras, encontrada en una mina de Zaruma, en agradecimiento reemplazo el impuesto del Quinto Real (una quinta parte de las ganancias producidas en sus tierras) por el “Sexmo”, un impuesto que se reducía a pagar la sexta parte.

La búsqueda del duende de la mina del Sexmo penetra en la montaña de manera horizontal, así que no se requiere descender mientras se avanza con la compañía de las explicaciones del guía y de los rieles utilizados antes para extraer las rocas.

Resulta inevitable que los visitantes sueñen que, mientras avanzas, podrían toparse con alguna pepa de oro que dejaron los antiguos mineros. La ilusión se acrecienta al observar intrigantes cambios de color en los muros que sugiere la presencia de minerales.

Pero, aunque no encuentren el preciado metal “seguro no lo harán” quedan otros tesoros que si podrá llevarse el turista: por ejemplo, la sensación de avanzar por una zona cargada de energía mística que, según el guía, emana a raudales de los minerales.

Pero las almas curiosas encontrarán su mayor premio al escuchar sobre la presencia del duende protector de la mina, para luego asomarse con curiosidad crédula en aquel tramo negro de la cueva profunda.

Y ¿Quién sabe?, con algo de suerte (buena o mala), el visitante quizá logre agarrar desprevenido al habitante más sorprendente de la más mítica mina del Sexmo.

MUCHA PENA TE ESTÁ DANDO

Ángel Iñiguez Asanza

Quien no ha leído las Tradicionales Peruanas debido al ingenio de Ricardo Palma, no sabe en verdad lo que se ha perdido de exquisito, sabroso y ameno; ahí están pintados, con la gracia característica de Palma, la vida y milagros de personajes célebres de la historia, el arte, la ciencia y del diario convivir de antaño. De manera especial descuella, eso sí, el hombre común del pueblo, cuyos usos y costumbres se repiten en el tiempo y en el espacio.

Deseoso de imitar, aunque sea pálidamente, el libro inimitable de ese gran maestro de las letras americanas, he recogido hasta ahora interesantes datos relativos a diversos personajes de nuestro medio. Disculpad si la mayor parte de las veces no los menciono con su propio nombre; pero es el caso que han transcurrido muchos inviernos desde que se realizaron los sucesos que nos ponemos narrar. Por otro parte, y quede aclarado de una vez, no es mi intención herir susceptibilidades de nadie, sino contar simplemente los hechos en sí, como por ejemplo:

Establecer el origen de tantos dichos que andan de boca en boca de los zarumeños a través de los años, casos amenos de la ingenuidad de las gentes, frases oportunas de aplicación a la época actual y hechos históricos que merecen recordarse.

No pienso seguir un orden cronológico de los hechos, ya que hoy se me consignan unos datos, mañana otros de épocas diferentes y anteriores a los primeros, no pudiendo aguardar más hasta tener todas las informaciones necesarias para iniciar el trabajo que me he propuesto. Vosotros mismos, caros lectores, estoy seguro, llegaréis en mi búsqueda con nuevas y valiosas informaciones. Y bien, amigos lectores, no “pre ambulemos” más disimulen la palabreja y vamos al grano, comencemos por darle un nombre al suceso que narramos hoy.

MUCHA PENA TE ESTA DANDO. Con alguna frecuencia he oído en nuestro medio la frase “Mucha pena te está dando”, la que aplicamos comúnmente a algo que rebosa nuestra paciencia o que no está de acuerdo con nuestro modo de pensar curioso como todo hijo de Adán y Eva de la última, especialmente, he tratado de averiguarle el origen de expresión tan, extraña. He aquí lo que ha llegado a mi conocimiento.

Algunos empleados del teatro MAESJI de esta ciudad, nombre que se formó con la primera sílaba de cada uno de los apellidos Matamoros, Espinoza y Jijón, correspondiente a los propietarios de la empresa, y no porque fueran grandes paladines de nuestra historia, como escribiera un alumno en un examen de redacción hace muchos años; algunos empleados, digo, acostumbran recorrer con su proyector diversas zonas de la provincia, poco después de la agresión peruana del 41; y así encuéntranse en Arenillas nuestros viejos amigos: Celso Jijón; Jorge Reyes y Jaime Jarrin. En la plaza de la entonces floreciente parroquia de Arenillas, asientan a “toparse” con un Paisano suyo, de cuyo nombre no queremos acordarnos, pero que para el caso le pondremos Monfi; paisanos nuestros que, como todo buen zarumeño eran excelentes para una extensa charla en tierra

extraña Pregúntenle a Don Monfi sobre el paradero de su hermano, Alfonso, con quien compartieron los bancos escolares. Falleció hace algunos años, contesta don Monfi.

¡Pobrecito!, exclama Jaime, compungido saboreando al mismo tiempo un bocadillo de los muchos que tenía en venta su amigo de Malvas.

Era muy bueno mi hermano Alfonso. Recuerdan ustedes sus grandes actitudes para la nación y el salto alto?.

¡Pobrecito!, exclama nuevamente Jaime, llevado a la boca otro exquisito turrón. Charla que Charla, recordaron las mil virtudes del hermano desaparecido; y ante cada añoranza, Jaime volvía a saborear otro bocadillo.

Ante tan “espontaneas” muestras de dolor del amigo Jaime y viendo como los dulces desaparecían poco a poco, don Monfi exclama de repente, disgustado, y cerrando el cajón de bocadillos:

¡Caramba!, “MUCHO PENA TE ESTÁ DANDO”

Esto me asegura ser el origen de frase tan singular, y como ya nos hemos metido a historiadores es necesario narrar la verdad de los hechos y solo la verdad agregando un detalle final.

A última hora me llega una nueva versión de los hechos: referente a quien se comía los bocadillos. ¡Quien era más “Apenado”, Jaime o Jorge?. Esta pregunta queda para resolverse por cuenta de ustedes, amigos lectores.

Y de esta manera he dado fin a mi primera historia, Si acaso os gusta puede ser que me atreva a contar otra y otra más.

(Tomado del Seminario Rumbos N° 48 del 20 de febrero de 1966).

LAS PROMESAS

Hilda Crespo de Reyes

Una de las costumbres más usadas de nuestro medio, costumbre tan antigua, que data de siglos, es la práctica de la promesa al santo de nuestra devoción, la “Promesa” consiste en pedir a la Sagrada Imagen un favor; a cambio del cual el que pide, ofrece rendirle homenaje en el día de la celebración de su fiesta, si el favor pedido, se obtiene; la persona que lo recibe tiene la obligación de cumplir la promesa. Esta es más o menos difícil de satisfacerla; depende de la calidad del favor pedido, de la devoción del solicitante y hasta la posición social y económica del que la hizo.

Entre las distintas imágenes a las que se les hace esta clase de peticiones: entre nosotros a la que mayor confianza y veneración tenemos es a la Santísima Virgen de El Cisne.

La devoción a esta Santa Imagen con la advocación del Cisne, es una extendida entre los pueblos sureños, que el día 15 de agosto que sus devotos celebran la fiesta en su honor, hay caravanas enteras de gente que de todas partes acuden y han acudido en todo tiempo a rendirle homenaje.

Se cuenta que el cumplimiento de la “Promesa” especialmente en tiempos pasados era mucho más difícil de hacerlo; la mayor parte de los devotos realizaban el viaje caminando con sus propios pies y sin tomar alimento alguno. El camino que había que recorrer era muy penoso, debiendo pasar por tramos sumamente fríos por el cerro, donde el viento soplaba con mucha fuerza y rigor acabando con las pocas fuerzas y vigor del piadoso caminante; por otro lado el polvo arenoso que el viento arrastraba o los cegaba por completo, pero desafiando todas estas penalidades llegaban al Cisne, su meta milagrosa, donde rezaban y velaban a su Reina y oían con unción la sagrada misa, recibiendo la Santa Comunión; por fin se encontraban libres de la promesa para comenzar a gozar del paseo, hacer sus compras para traer su mejor presente a la familia como “medidas de las fiestas”. Todavía recordamos con suma alegría cuando nuestros padres llegaban a casa con unas cuantas libras de cecina o los ricos perniles con los incomparables cuyes; pero nada más preciado o querido para los pequeños que el clásico collar que su progenitor le colgaba del cuello; se trataba de una sarta de pequeñas galletas bastantes duras confeccionadas con harina morena que en aquellos años a todos nos parecían muy agradables y que de inmediato nos poníamos a saborearlas con deleite.

La devoción de la Santísima Virgen del Cisne, se la practica desde tiempos Inmemorables; pero para nuestros antecesores resultaba demasiado lejos y difícil trasladarse al caserío del Cisne, donde se venera aun a la Santa Imagen. Además los habitantes de nuestra Villa que en ese tiempo se componía en gran parte de Españoles o de sus descendientes tenían la seguridad que la Sagrada Reina no recibía los honores que ella merecía, pues los indios creían ellos no se encontraban suficientemente preparados como para rendir el culto debido a la dulce Señora; todos estos factores hicieron a nuestros antecesores concebir la idea de trasladar la Sagrada Imagen a nuestro templo donde según ellos recibiría el culto y los honores dignos de su Santa Majestad.

Comenzaron pues a mandar los “comisionados” que por su representación y merecimientos convenían a pedir el traslado de la Imagen; pero los indios se oponían tenazmente como era de suponer alegando que la Virgen les pertenecía. En verdad los milagros y favores alcanzados de parte de su Reina hacían que sus almas sencillas ardan de amor y veneración para su Señora; para ellos significaba la joya más preciada y aun hasta el mejor presente que Dios les otorgó.

Pero a pesar de todo nuestro antiguo morador consiguieron ver cumplidos sus deseos; habían obtenido el permiso para que la Sagrada Imagen sea venerada en el Templo de la Villa de Zaruma.

Los indios lastimados y llenos de pena al ver que les sería arrebatada su Reina le pedían que les hiciera el mejor y el más grande milagro, cual era de no separarse de ellos al no dejarse arrebatar de los extraños. Hubo, cuentan sobre toda una indígena muy piadosa la que con ardientes lágrimas en los ojos pedía a la Virgen que no se dejara traer; entonces ella se sintió intimidante alegre pues la Imagen le transmitió la idea de que no debía preocuparse porque ella regresaría. La india así reconvertida con esta idea consoló a todos los habitantes.

Llegó el día solemne en que la Reina debía venir. Fue para nuestra tierra la gran fiesta y regocijo. Muchos vecinos del lugar se trasladaron al Cisne a traer en procesión y cargada en hombros a la Santa Virgen La entrada en Zaruma fue triunfal y apoteósica.

Sus devotos salieron en masa a recibirla y llevarla a su nuevo Templo vestido de gala por el magno acontecimiento. Se celebraron todos los números programados en su honor y por fin se la colocó en su hermoso altar, regio trono mandado a hacer de exprofeso para Ella.

Pero ¡Oh desilusión! Cuando al día siguiente muy por la mañana se preparaban a continuar los festejos y celebrar la misa matinal. Lo primero que buscaron fue a la Santa Imagen; pero solo encuentran un bello altar pero vacío; la Reina no estaba; la Imagen había desaparecido.

Salió el Sacerdote a dar parte a sus fieles de la triste nueva, todos creían que era natural que se trataba de un robo pues la patrona llevaba consigo hermosas y valiosísimas joyas y adornos obsequio de sus devotos como reconocimiento a sus favores.

Comenzó la búsqueda de la Sagrada Imagen muchos suponían que los indígenas pudieron haberla llevado; aunque no se encontraban huellas de que persona alguna hubiera penetrado en el Templo. Ya se desesperaba de hallarla hasta que después de unos días se obtiene la noticia que la Santa Virgen se encontraba en su pequeña y pobre iglesia de El Cisne; se había regresado a estar con sus humildes fieles adorada en su templo.

Las personas que la habían visto contaban que en tenía su faz señales evidentes de cansancio, su frente perlada de sudor. La orla de su vestido húmedo del rocío del camino; sus sandalias y pies muy empolvados, en ella se dejaba notar que había efectuado un largo viaje pero, lo que más llamó la atención en los creyentes era la huella de su sagrado y pequeñísimo pie en el camino. Dicen también que esta huella permaneció expuesta por mucho tiempo sin borrarse de los ojos de los devotos.

Pero los zarumeños no se arredraron por este primer fracaso.

Volvieron de nuevo intentar traerla; pero en esta vez ya no pudieron hacerlo; pues la Imagen tan pequeña que una sola persona puede cargarla al momento que la querían sacar de su altar para efectuar el viaje dice se ponía tan pesada que era imposible moverla aunque fuera entre varias personas.

Solo entonces se convencieron nuestros antepasados de que la Santísima Virgen no quería separarse de su templo y de sus devotos del Cisne y dejaron de pensar en traerla.

Pero no por estos ha mermado y desmayado entre nosotros la devoción de la Santa Imagen y la tienen siempre presente en sus necesidades y desgracias.

Desde luego parece que hoy la Reina del Cisne ya es más condescendiente y otorga sus milagros y favores con mayor facilidad; ya sus devotos no sufren tanto para ir a cumplir sus promesas y que son muchos; pero hoy lo hacen en vehículos dejando ya los cruentos sufrimientos del traslado que solo son recuerdos y tradición. Y es así como seguiremos viendo en las generaciones venideras, como en el mes de Agosto desfilan miles de peregrinos, caravanas de fieles que van en adoración a cumplir las muchas promesas que durante todo el año han ofrecido a la Virgen del Cisne.

NOTA:

El presente trabajo participó en el concurso de Tradiciones Zarumeñas, promovido por el Municipio en 1961.

LA BAJADA DE LOS PANTALONES

Eduardo Espinosa Cornejo

A MANERA DE UN PROLOGO

Zaruma, la tradicional Villa del Cerro Rico de Minas de San Antonio que aparece en el escenario de nuestra historia, hace más de 400 años, como un centinela del Medioevo apostado en los abruptos riscos de un ramal andino; con sus casitas, nidos blancos colgados del infinito azul de un cielo diáfano y puro, en donde aletean siempre risueñas las alondras de sus aspiraciones: Zaruma, tierra donde cotidianamente se eleva la plegaria unciosa del trabajo matizado con la férvida oración de su acendrado catolicismo, herencia del españolismo que junto con su habla, sus costumbres, su idiosincrasia sembrada en estas hermosas tierras, seguía guardando hasta no hace muchos años, ciertas modalidades, ciertos tabúes que regían la ida social y hogareña, y, que hoy, han ido desapareciendo ahogadas por el modernismo.

Acaso entre la gama de costumbres que podríamos recordar, tenemos una, que si no es de suma importancia, sin embargo, revela un aspecto típico y acaso único en nuestro vivir de antaño, costumbre que me permito traerla no al conocimiento sino únicamente al recuerdo.

Para ser más exactos y de acuerdo al habla popular y porque así se decía, me permito intitular mi modesto trabajo con:

“LA BAJADA DEL PANTALON”

Estas sencillas palabras, tenían un profundo significado dentro de nuestras costumbres de antaño, porque ello indicaba, que el adolescente o joven, que hasta los 16-18 y 20 años, vivía al calor de su hogar, como un niño de 6 o 7 años en la actualidad, alcanzaba ya cierta independencia, es decir, se le consideraba como un adulto, por el sencillo hecho de que se había puesto pantalón bajo que hasta esa fecha no era sino a media pierna. Este acontecimiento de un hondo sentir y repercutir en la vida psíquica, espiritual y material del joven, no era un accidente sencillo en su existencia, sino algo que contribuía a la afinación de la personalidad, porque prácticamente, era lo que en la actualidad podríamos llamar de “Presentación en Sociedad”.

Este hecho que en la actualidad a nadie llama la atención; porque el infante, el niño, no tienen en su vida este período de transición, porque puede decirse que desde que el niño nace ya se le viste con pantalones largos y conforme va desarrollando, el pantalón marcha paralelo también a este desarrollo de manera que es común, corriente y a nadie llama la atención. No así en aquellos pretéritos tiempos en que este hecho intrascendente hoy, era el acontecimiento que brindaba comentarios por algunos meses y que contagiaba a todas las esferas sociales.

Generalmente se escogía las fiestas patrias del “26 de Noviembre”, aun cuando lo clásico y lo especial, era que este gran suceder debía hacerse en la llamada FIESTA DEL CARMEN.

El joven o jóvenes que por llegar a los 18-19-20 años de edad, se resolvían a dar este gran paso, preparábamos de un año para otro, aquellos cuya economía era modesta, pues debían mandar a confeccionarse por lo menos tres ternos, dos de casimir y uno de dril, o viceversa, y, esto, naturalmente significaba algún gasto añadiéndose el gasto de zapatos, camisas, corbatas, tostada o sombrero, casi siempre que hagan juego en color para cada terno; por lo mismo, a pesar de que todas estas prendas eran de precio económico, estaban en relación a lo que él ganaba, ya trabajando en (la carretera), Portovelo, etc., que no pasaba de \$1,20 – 2,00 etc.: por lo mismo toda la indumentaria significaba algún gastito, que no era posible desembolsarlo, salvo el caso de aquellos que disfrutaban de una situación económica desahogada.

Ya en el seno de los amigos o grupos barriales se comentaba como un hecho de gran importancia: fulano o Zutano dizque se van a bajar el pantalón en la Fiesta, y, naturalmente, esto era esperado con ansiedad por los amigos, parientes, vecinos y en general por el grupo social al cual pertenecía el “héroe”.

Llegando el gran día, era de observarse, primero, los preparativos, ensayos, etc., que el joven hacía en su hogar, con la expectación de sus familiares, primeros jueces, luego de los amigos íntimos que ayudaban envidiosos al mejor lucimiento de su amiguito, para llegar al paso más trascendental, cuál era la salida de la casa y la presentación pública, en donde debía recibir a cada momento las manifestaciones de felicitación, los abrazos, los en hora buenos, etc., de cuantos se encontraban en la calle, plaza, (pretil) de la Iglesia, etc.

Como complemento de este hecho: es lógico suponer que vendría también la primera “chuma” del joven o por lo menos era el motivo para que el joven supiese lo que es tomar sus primeras copas, y, que muchas veces, cuando el agasajo de amigos, etc., se propasaba un poco, el homenajeador “se pegaba” la solemne borrachera con las consecuencias de que el elegante terno cuidado, mirado con tanto amor, era el que en resumidas cuentas salía con la peor parte, por razones que son obvias. Indicar. Naturalmente que cuando esto sucedía el primer día, siempre había la reserva de los demás ternos para los dos días subsiguientes de la fiesta, porque era ley, que cada día, debía presentarse con un terno distinto.

La segunda parte de este proceso, era quizá la más importante, porque el joven, hasta cierto punto y a partir de esa fecha alcanzaba ya la emancipación de la estricta hogareña, pudiendo ya quedarse un poco más tarde en la calle por la noche, fumar, participar en alguna “farra” y hasta buscar ya algún amor con quien compartir las delicias de la vida.

En síntesis, un ligero motivo o cuadro costumbrista de hace unos 35 o 40 años atrás, que he tratado de revivirlo con fidelidad y verdad.

NOTA: Este trabajo participó en el Concurso de Tradiciones Zarumeñas promovido por el I. Municipio, en 1961.

CORPUS CRISTY

José Elías Gía

El pueblo tiene un aspecto alegre, risueño; el paisaje de color verde oscuro dividido en forma caprichosa por líneas sinuosas ostenta los llamados chaquiñanes Hermosos trigales se mueven ondulantes obedeciendo al fuerte viento que sopla de Oriente a Occidente. Entre la inflorescencia de los maizales canta alegre el gorrión enamorado; aunque, el mirlo también posa en las flores de cabuyas para elevar delicado trino al Cielo por todos los rincones se aspira aire fresco y perfumado. En las cercas de tantas sementeras adornan madurados frutos de moras y pasifloras (exquisito alimento de los mirlos).

Los vecinos del pueblo se preparan para pasar buenas fiestas. El sastre y las costureras están atareados en la confección de la consabida “TOGA” que deben lucir en la Fiesta. El sombrerero del pueblo tiene un patio amplio repleto de sombreros arrugados, recién lavados y en su taller se le ve sepultado entre hormas, brochas, cintillos y la piedra hueca de moler azúcar.

Como se siente la proximidad de la Fiesta entre las hojas secas de los maizales juega el viento de junio, los caminos están expeditos, bien rozados y el follaje que antes estuvo verde, está seco ya.

El curita desde el púlpito ordena a sus feligreses que tengan limpia la plaza, que barran todo el convento y que laven todo el piso de la Iglesia, da lectura a una bien trazada lista de Comisionados y Priostes.

Al día siguiente sale el Comisionado para recoger limosnas, llevando en andas a la imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro, en medio de un buen número de acompañantes que cantan al Ave María esta gente tan devota y que ama a su Madre Santa, no siente hambre, cansancio ni sed.

En cada casa reciben dinero en efectivo y alguna cosa para el Bazar todos dan limosna para la Virgen que les visita, según las posibilidades de cada uno.

Los pobres dan coles, huevos, papas, cuajadas, cuyes, granos, etc. Hay un secretario que hace una anotación prolija del dinero y cosas que ofrecen los devotos.

La Santa Imagen llega a la casa donde debe pasar una noche; pues, allí está arreglado un pequeño e improvisado altarcito, a base de cortes de tela de vivos colores, flores naturales y largas ceras labradas de antemano.

Allá acuden todos los vecinos al acompañamiento, portando consigo espermas, ceras, lámparas de kerosene. Durante esa noche se reza el Santo Rosario, cantan Letanías, Salmos y alabanzas todos la contemplan con respeto y veneración. Los chiquillos curiosos desean tocar los pies desnudos de la Santa Imagen, que solo llevan sandalias; sin embargo, esos finos y delicados pies aprisionan enorme serpiente de ojos pacientes, trompa abierta con afinados colmillos.

Después de un recorrido completo por todos los barrios de la parroquia, retorna Imagen Santa a la Iglesia, en medio de una procesión estruendosa.

Es la semana anterior a la fiesta en lugar adecuado próximo a la plaza se han improvisado covachas y están instalándose las chinganas. Los mercachifles exponen al público sus mercaderías bajo un toldo de lienzo.

Hay un moviente inusitado en la población. La Plaza que suele estar desierta ahora tiene muchos concurrentes especialmente chiquillos traviesos y juguetones.

¡Ah! ya ha llegado el maestro cuetero. Dicen en verdad, asoma por el lado sur de la Plaza, un hombre de rostro alegre estatura más pequeña que mediana, bastante gordo y de escasa barba. El contenido de su equipaje nadie conoce. Pero, de inmediato instala el taller con carrizos, piolas, cabuya torcida, papel de seda, etc.

Como se entretienen los chicos ante estas novelerías!. Ya mismo llegan los músicos repite el Síndico de la Iglesia.

¡Pobre prioste que le tocó el turno de atención a la Banda de Músicos!. Más la dueña de casa, la prioste mayor, tiene en la picota un hermoso borrego, unas cuantas gallinas, un cajón de pan de sal, y uno de dulce; el cántaro de chicha y un barrilito de trago, los más escogidos cuyes deben estar bien asaditos para la víspera. ¡Cuánto trabajo!. Tanta ocupación en estos días. Casi no se dan cuenta cuando hizo una detonación la primera camareta que hizo temblar el suelo y luego, en la puerta de la iglesia, la banda de músicos ejecuta la primera pieza musical.

¡Es que ya ha llegado la banda!. El regocijo es grande. Desde el ancianito de barba blanca y marcha temblorosa, hasta el pequeñito que apenas puede caminar están contentos, lo que es la víspera de Corpus Cristi.

Las campanas de la Iglesia hacen la llamada característica a los feligreses. En todo cuadrilátero de la plaza están en orden montones de chamiza. Un comisionado ha hecho arreglar el toro gente y la bola de trapo con petróleo. El toro gente es un armatoste de madera, forrado con cuero de res y, apropósito han conseguido la cabeza de una vaca los cuernos de la vaca, han vestido con trapos viejos; en la cola también hay trapos viejos con kerosene.

Un ciudadano muy conocido que año tras año, ha conducido bien este aparato, está listo. Uno de los priostes le llama la atención y le brinda un buen trago para que se embriague, y más que nada, para que pierda el nerviosismo.

Las alegres campanas no han cesado de llamar a los feligreses, desde las 12 del día hasta la misma noche en que entra el Sacerdote con el Sacristán y el Maestro de Capilla a la Iglesia, a celebrar Vísperas.

La Iglesia se llena completamente de gentes conocidas y desconocidas pues, aquí están a la vista esos vestidos nuevos. La consabida TOGA: sombrero bien armado con cintillo de colores; zapatos nuevos. Las mujeres lucen pañuelos de vistosos colores y paños Guadalupanos de largos flecos es de ver a las jovencitas de rosadas mejillas, con su peinado reluciente, entre la aglomeración de devotos, que se disputan puesto aparente para colocar las velas o ceras labradas en casa.

Han pasado las ceremonias litúrgicas. El templo parroquial vomita bocanadas informes de masas humanas de raros colores.

Afuera reina inquietud, alegría, movimiento total.

La chamiza ha prendido fuego, poco a poco, en casi todo el cuadrilátero de la casa un grupo de muchachos sale a la esquina opuesta del templo, en carrera abierta, pateando una pelota de fuego, la que va en distintas direcciones a capricho de mozos, locos de alegría; pues ellos no miran donde puede estar el peligro, ni en que sitio puede hacer el impacto.

La bola de llamas cae al pie de una dama la que huye antes de incendiarse.

En momentos en que la banda de músicos ejecuta alegre pieza musical, sale la VACA LOCA o Toro Gente aquel jovencito, medio chumadito, maneja el armatoste, corre, salta, baila, medias vueltas, inclina la cabeza al suelo, enviste a cuanto curioso esta de frente, tanto peligro tienen los cuernos llameantes de la Vaca Loca, así como la cola que también está envuelta en llamas y aparece de intento han dejado un gancho de alambre en la cola por eso es que las vueltas son tan peligrosas más, un grupo de mozos armados de palos persiguen a la Vaca Loca uno que otro, haciendo gala de valentía da tremendo palazo en los cuernos encendidos o en los laterales del armazón endiablado.

En otra de las esquinas de la plaza está el pirotécnico controlando que se consuma ese cargamento de voladores, camaretas, volcanes, ruedas, etc., hasta que al final se quema el CASTILLO.

Aunque en este instante se entrecruzan ratones, buscapiés, más petardos desconocidos, los chicos juegan con el fuego y nada temen y se filtran entre las llamas de la chamiza, entre el humo espeso de la pólvora y entre los grupos de hombres y mujeres que contemplan extasiados este aspecto singular de la iniciación de la Fiesta.

¡Qué noche!

¡Qué alegría tan desenfrenada! ¡Que plazuela para infernal!

Los colores de ponchos, follones, pañolones y paños se encienden en mil colores, que no encontrarán acuarela adecuada para pintarla, ni expresión capaz de ponderar este paisaje de colores múltiples y de alegría infinita.

Así es la fiesta de Corpus Cristy.

NOTA: El presente trabajo participó en el concurso Tradiciones Zarumeñas promovido por el Concejo en 1961.

EL ATAUD MISTERIOSO

Zarucho

Yo que siempre he puesto en tela de duda la existencia de espantos y apariciones de ultra tumba, de duendes y endemoniados, porque mi creencia a consistido toda mi vida en gastar plenamente convencido de “que los muertos no muerden” y están bien como daditos donde los que respiran vida los aseguraron para que no estorben en este valle de lágrimas, en muchos casos no he podido ilustrarme a la duda que me ha saltado repentinamente de si los que pasaron a nueva vida, vuelven a divertirse con nosotros, asiéndonos pasar unos sustos de padre y señor nuestro y a reírse bonitamente a nuestras costillas; y esta duda de la existencia de cosas misteriosas, ha llegado, en muchos casos, a martillarme de tal manera el cerebro, que ha puesto en serio peligro mis firmes ideas de no creer en nada que huelga al misterio del más allá.

Recuerdo, entre los varios episodios importantes de mi vida, que una de las causas, que más dudas sembró en mis creencias y que casi las hecha a pique, si no hubiera sido porque felizmente las tenía bien aseguradas gravadas en el corazón, fue el relato que mi amigo X... me hizo en una noche tempestuosa de invierno, en que junto a la lumbre tibiábamos nuestros entumecidos miembros y procurábamos endulzar con amena charla, parte de las pesadas e interminables horas nocturnas.

Después de encender un cigarro y deleitarse por un momento saboreando su aroma y deber sumido de concentración mental, el humo que en espirales y contorciones se esparcía por la estancia, formando caprichosas figuras, mi amigo empezó diciendo:

“En una noche tormentosa de invierno, en que los relámpagos convertían al mundo en una gran hoguera, los truenos haciendo retemblar y el líquido elemento amenazaba derretir la capa terrestre, como a un bloque de azúcar, esperaba impaciente en mi habitación, a que la tempestad cesara su furor. Las diez... las once...las doce... la noche de los duendes y los espíritus, y también de los vivís que andan en pos de aventuras por dan la tempestad avanza y en el espacio de dibujo un pedazo de luna, que iluminando por un instante el negro horizonte, se ocultó rápidamente tras negro velo.

Había llegado la hora de concurrir a la cita de mi amada. Un tanto nervioso por el placer de sentir de ir a reunirme con la que era dueña de mi amor, me encendí mi linterna y con paso ligero me encamine por la tortuosa calle del cementerio de esta Villa de San Antonio de Zaruma, vía que conducía al sitio lugar donde habitaba la dueña de mi corazón. Sin preocuparme de si los muertos se acordarían de mi humilde persona llegue al cementerio no sin antes haber reparado a cierta distancia del lugar donde me encontraba unas lucecitas mortecinas que ardían en toda la calle. Cosa que no llamo mi atención porque en aquel tiempo era costumbre de la gente campesina velar a los muertos por la noche en la capilla allí existente o cerca de ella cuando por cualquier circunstancia les era imposible penetrar a su recinto. Al acercarme al lugar de las luces que al titilar impelidas por el viento convertían en pequeños puntos luminosos, puede comprobar que a su centro se encontraba un ataúd al parecer abandonado, por la ausencia absoluta de ningún

ser humano. Y ocurrió lo imprevisto, mi Cabeza se convirtió en una bola enorme con los pelos horriblemente parados. Me castellana los dientes. Todo mi ser temblaba como azogado y no recuerdo más sino que emprendí automáticamente una vertiginosa carrera de retroceso. Cuando me volvió la noción de las cosas me encontraba jadeante en la puerta de la Iglesia Matriz. Después que la calma de apodero de mi volvió a cometerme con más empeño el deseo de ver a Dulcinea; pero la vía estaba obstruida por tan indeseable y fúnebre aparato.

¿Qué hacer?. En estos sacudes me hallaba cuando, la necesidad me aguzo el ingenio”: Me acorde del camino que nos conduce Portovelo que aun cuando más largo también me permitía llegar en mi proyecto un camino lateral al lugar codiciado. Como lo pensé lo hice: pero no a con lado con el resto. Al internarme al punto denominado “Angostura” en una curva del camino pude contemplar con ojos espantados las mismas luces y el mismo ataúd que así como en la otra vía me impedían el paso.

Y no recuerdo más. Cuando pude darme cuenta exacta de mi vida me encontraba tumbado en mi cama arrebujaando entre mis crispadas manos las frazadas que sirvieron para abrigarme. Acontecimiento tan terrible como inesperado vario por completo una de las fases de mi vida; porque tuvo el poder suficiente para hacérmelo a la mujer para quien había pasado transes tan amargos; aun cuando a ellos les debía la salvación de mi vida como vais a saberlo. Un día que por casualidad me encontré con mí fenecido amor lejos de mostrarse resentida por mi ingratitud y olvido con palabras de cariño me dijo con acento en el que se revelaba una infinita alegría.

¿Bien hiciste mi querido X... en no bajar aquella noche... has de saber que mi marido que se había dado de nuestras relaciones amorosas se regresó a la hora del crepúsculo y paso toda la noche esperándote tras la puerta de la habitación con un puñal en la mano para asesinarte. Yo en aquellos horribles transes no pensaba sino en voz mi americio X... y con toda la fe de mi creyente alma le pedía a Dios que no bajaras para que no seas víctima del terrible brazo de quien ultrajábamos su honor y cuando descurto el alba en el oriente le di gracias de rodillas al Supremo Asadero porque se había dignado escuchar las suplicas de una pecadora y termino diciendo no amigo con rostro en que se dibujaba un mal disimulado terror y con voz entrecortada por la emoción: ¿fue un caso raro de telepatía. Fue un algo del más allá de esas regiones ignotas sumidas en el más absoluto misterio?.

¿Qué fenómeno inexplicable sucedió?. En ese preciso momento un relámpago más brillante que la luz semi apagada de petróleo que nos alumbraba nuestros rostros horriblemente pálidos por el miedo mientras el tétrico graznido de búho se dejaba oír a la distancia.

(Tomado del quincenario La Época del 12 de julio de 1932)

LA RIQUEZA DEL SESMO Y LA HONRADEZ DE UN HOMBRE

Tomado del Semanario El Criterio, de Portovelo, número 5 del 27 de abril de 1963.

Las betas de mineral aurífero de la mina de El Sesmo, siempre tuvieron su fama. En el tiempo que la explotaba la SOUTH AMERICAN DEVELOPMENT COMPANY, se presentó con tanta riqueza, que cuando disparaban lo hacían sobre lonas o sobre planchas de hierro, y una vez sacado de la mina en sacos sellados, lo conducían a los camiones, tapando con una lona el cajón y asegurándolo con candados.

Cierto día después de llenar el carro y asegurarlo con candados, se olvidan de poner los talegos que contenían las muestras de mineral que van a la Ingeniería, que sin lugar a dudas debían ser muy ricas en oro, no les quedó sino colocarla cuidadosamente sobre las lonas:

Saliendo el carro rumbo a Portovelo y al llegar al sitio “Curva Grande”, donde hoy está construido el Cementerio, unos quinientos metros antes de este lugar todavía existe una casa abandonada que ese tiempo habitaba una familia muy pobre pero muy honrada, al pasar el carro frente a esta casa, salta ligeramente un bache y cae un talego de ese riquísimo cuarzo.

El dueño de casa sale al momento que el carro pasaba y vio y comienza a gritar al chofer, no consiguiendo ser oído por mas gritos exagerados que lanzaba el hombre, toma el declive y ganando terreno, endereza por un caminito recto y mientras el carro daba la vuelta a la curva, logra hacerse oír a tanto grito y silbo, y para el carro. El hombre cuenta la escena al chofer, este le indica que ponga el talego sobre el carro y le agradece, sacando seis reales diciéndole estas soberbias palabras:

“Con esto compra una soga y te aconsejo mejor te ahorques”

Este había sido un hecho muy verídico. Así me lo contaron.

LA FERIA

Rodrigo Rodríguez

(Tomado del quincenario “El Oro”. Edición del 28 de Julio de 1929)

La tranquila población ha vegetado seis días más y el séptimo dispone a.... trabajar.... Ni más ni menos; el sábado empiezan a invadirla, pacíficamente, los campesinos de los alrededores. Los del Tablón traen el arroz y las frutas; Sinsao importa las yucas, sangos y camotes; Guanazán, las papas y el grano; Piñas, azúcar y café; y de muchos otros lugares vienen con su mulita de plátanos, maíz, palmitos, la mar y sus peces, digo mal, precisamente lo que no se ve por estas tierras, ni para remedio, es un solo pescado, y así seguiremos hasta que se nos ocurra que la Asamblea, el Director de la Armada o alguien decrete que Sevilla del El Oro sea puerto marítimo o por lo menos fluvial.

Es, pues, nuestra población, la Meca Comercial a la que todos los fieles acuden puntualmente cada semana con los víveres que saciarán nuestra hambre por siete días.

Desde mediodía del sábado, llegan por los cuatro puntos cardinales trayendo agolo para la feria del día siguiente: este piensa vender su maní y con la ganancia comprará un corte percal a su mujercita; el otro hace sus cuentas y espera hacer un buen negocio con sus choclos y entonces ¡entonces! Podrá ceñirse a la cintura uno de esos Collins que brillan tentadores en los almacenes, el de más allá no tiene para vender, solo viene a oír su misa, pero todos traen el oculto e incomparable tesoro de su sencillez, son niños grandes que trabajan como titanes toda la vida, no conocen lo que es descanso, y bajo la ruda corteza de su apariencia, poseen cualidades de verdaderos caballeros: honrados por convicción, pues no conciben como un hombre que se precie de tal, pudiera mentir; humildes y valientes sin ser fanfarrones, cuidadosos, conservadores de sus costumbres pues su visita semanal al poblado no influye para nada en su modo de pensar; no comercian ideas sino víveres y géneros.

Los pobladores los ven llegar e irse con su habitual indiferencia, y así no causa la menor sensación la continua llegada, aislada o en grupos numerosos de este enjambre de patriarcas agricultores; guardan sus energías y sus afectos para otros extraños que vienen de cuatro a cinco días de viaje, se diferencia de los nuestros en indumentaria, en dialecto y en raza, pues si los de por aquí en su mayoría son de raza blanca y viste su camisa guinga, pantalón de sempiterno o “diablo fuerte”, poncho con hilo de algodón, sombrero de ramos; los otros son indígenas que tejen su propia ropa de lana, inclusive, no conocen lo que es manejar una peinilla (machete), llevan sandalias como ciertos religiosos ¿Quiénes son estos, pues, que desde tan lejos nos visitan y son causa de nuestra expectación? ¿No das, querido paisano no te anuncia el corazón? (aunque en este caso es de más utilidad el olfato); quienes han de ser sino los San Fernando con su queso.... ¡Ah!, ahora si habrá buena feria se abren las ventanas corren los moradores, y a la voz de “Ya llegaron los quesos” se trasmite a gritos, veloz como un incendio, a todo los rencores de la población, todos se excitan,

se mueven, buscan en sus bolsillos el dinero que le pondrá en posesión del codicioso maná... ¡El Zarumeño sin queso no es nadie! Podrá estar la plaza llena de las frutas más raras y deliciosas, pueden estar los víveres a precios irrisorios; nada no le importa tienen que comprar queso, pues nadie se atrevería volver a la casa sin uno de ellos, o dos si tal es su felicidad, cruzando las calles victorioso y triunfal como un héroe que en batalla campal que regresa a sus líneas maltrecho y agonizante pero con la bandera enemiga, por qué ¡y eso es la buena!

La compra del famoso queso es causa de disgusto y atropellos; todos quieren el mismo y lo pellizcan golosos para probarlo sin hacer caso para nada del duelo natural que tiene una terquedad estudiada y mientras más le rueguen más se extiende. Pero ¿no has venido a vender? Le dice ya un ciudadano cansado de esperar y optando un aire amenazador ¡sí pero cuesta un sucre la libra! responde el quesero mientras solo en medio de una multitud que parece dispuesta al asalto defiende con ambas manos su “tercio” de queso envueltos en la paja del páramo y que constituyen un tesoro.

¿Un sucre? No seas loco la semana pasada compramos a “nueve” y queso bueno no está mazamorra entonces déjenlo que prefiero regresarlo antes que rebajar y dicho esto dirige su mirada altiva al grupo, como un rey a los vasallos que imploran sus favores.

En su Interior está más tranquilo que nadie pues es un negociante viejo y sabe de qué pie cojean sus clientes el los pagará lo que él quiera.

El padre de familia que verdaderamente se interesa por tenerla contenta sale de su casa dispuesto a no regresar sin su queso pues sabe que todos los de su casa y los de fuera de ella lo avergonzarían diciéndole. ¿Qué no ha comprado queso? Estaba bueno y barato!, aunque el comedido mienta a sabiendas, pues hasta ahora no se ha dado el caso de queso que reúna tales condiciones. Sale pues, ve el grupo que rodea al San Fernando, y como es hombre más o menos pacífico gusta ver los toros, lejos, pero, poco a poco se va acercando, como atraído por una fuerza oculta, misteriosa, y al ver desfilar por sus barbas a los afortunados que ya lo han conseguido y lo van mostrando provocativos, se siente como con una pesadilla y se abre campo hasta llegar a encararse con el tirano vendedor ¡quiero un queso! No hay ¿y esto que es?, metiendo las manos por entre la paja, ¿crees que no tengo plata? Sí, pero vale doce la libra ¡No importa! Y diciendo y haciendo sacan el primero que encuentra, lo prueba, y aunque esté más amargo que la Quinina, lo hace pesar, paga y se va sonríe... respira tranquilo; ¡ya se siente otro! Ahora si podrá dormir tranquilo, pues las demás compras que hará mañana, son un juego de niños en comparación de lo pasado; mientras tanto los demás han quedado indignados con el valiente, pues pagó un precio altísimo a cambio de una espera angustiosa, y todo redundaba en beneficio del dueño del queso.

Lo cierto es que a los treinta o cuarenta minutos, se acaban los quesos y la fatídica noticia corre de boca en boca, ¡ay de aquellos que no pudieron comprarlo! ¡Vae svictis!, se sienten inferiores, acobardados indignados de ir a su casa. Pero no digo yo, ¿por qué comemos tanto queso? ¿Es este el famoso parmesano, o el famoso riobambeño de hermoso color crema, limpio, de consistencia delicada y en fin de gusto delicioso?

Pon, querido lector la mano en el pecho y confiesa que casi siempre, el tal queso causa de tantos gustos y disgustos, no tiene sino el nombre de tal, pues una mazamorra de harinas de maíz, fréjoles, y Dios sabe que más! “humedecidas” con leche, de consistencia de afrechos, salado agrio y de un olorcito, que más vale no menearlo!

¿Entonces? ¡Ah! quien pudiera explicar todos los gustos!. Este es uno que nace y muere con nosotros y no sería difícil que nos ayude a morir más pronto de lo necesario, pues, conociendo la higiene de los fabricantes, saca tú la consecuencia!.

Llega el domingo, la plaza está sembrada, no de semillas, sino de productos de estas; cada ciudadano recorre una, veinte, cien veces, los mismos lugares, hasta comprar todo lo que necesita para una semana, ¡y vaya si necesita! Hay hogares hasta con veinte bocas; pregunta, pide, regatea, hasta que llena la alforja que lleva o la llevan sus domésticos. Es una verdadera colmena cuyo vago zumbido se oye desde lejos.

De repente este sordo bullicio es dominado por el alegre repiqueteo que llama fieles a misa; son las doce del día; todos se apresuran, las chiquillas elegantes se abren paso y entran a la mansión de Dios a rezar por los pecadores inclusive nosotros sentimos acometidos de una devoción fulminante y entremos también.

Al salir, ya la plaza está medio vacía, pues sus ocupantes, oída la misa y vendido víveres, emprenden el regreso, es la hora del negocio en los numerosos almacenes. Comerciante versus Agricultor.

A las tres de la tarde, no queda de la feria sino escombros, un campo de batalla se ha liberado una vez más “la lucha por la vida”. Un chapita escoba en mano, empieza su labor depuradora, y todo queda como antes, ¡como siempre! En espera de un domingo más.

LAS CHAMIZAS EN LA FIESTA DE SAN ANTONIO

Jorge Reyes Samaniego

Hace muchos años que dejó de festejarse en nuestra ciudad, la fiesta de San Antonio con la pompa y solemnidad que se lo hacía en otras épocas.

Nos cuentan las personas que por su edad tienen razón de saberlo, que en tiempos pasados el día de este milagroso santo, no transcurría casi desapercibido como en la actualidad, pues era fecha de mucha recordación y alegría para los zarumeños, y por lo menos dos días con sus noches, los priostes de la fiesta y más devotos, realizaban verdadero derroches de entusiasmo en dichos festejos, como lo vamos a ver.

Primeramente y como era la costumbre y tradición en nuestro pueblo, numero de mucha novedad era el denominado con el nombre de “Las Chamizas”; éste consistía más o menos en lo siguiente; numerosas personas de las más entusiastas, que por suerte nunca faltan en ninguna parte, se prestaban para salir a recolectar buenas cantidades de ramas y hojas secas en el “Cerro Gordo”, como se conocía a una de nuestras colinas que resguardan al pueblo. Todo esto naturalmente que se lo realizaba con verdadero regocijo, y gran sentido del buen humor, pues se adornaban debidamente las mulas en las que se transportaba la hojarasca o “chamiza”, y una vez que estaban completamente cargadas de dicho material, se les colocaba en la parte superior de la carga y a cada lado, dos banderas y más adornos, presentando de esta manera un aspecto fantástico por su enorme volumen y color.

La entrada a la Villa se efectuaba como es de suponerse. Gran cantidad de pequeños bullangueros que como siempre son los primeros en acudir a estos actos populares, aplaudían y demostraban su regocijo, con gritos y carcajadas haciendo las delicias de los mayores.

Por otra parte la banda de músicos, ya sea de Chuquiribamba, del Cisne o de Paccha, contratada para la fiesta por carecer en ese tiempo de este servicio en nuestra tierra, también cooperaba a festejar el acontecimiento con sus pasodobles y chilenas, muy en moda en esa época, encabezada como era natural el simpático y singular desfile, hasta llegar a la plaza pública donde se depositaba la “Chamiza”, lista para ser quemada con todos los honores, por la noche, en grandes y vistosas fogatas.

Otro acto trascendental y de no menos importancia que el anterior, realizado tradicionalmente en esta fecha por nuestros antepasados, era la invitación que hacía las dos imágenes de más categoría y veneración de la Iglesia Matriz de la ciudad; el santo que se festejaba o sea San Antonio y la hermosa Virgen del Carmen, patrona de los zarumeños, que salían de su templo en hombros de cientos de católicos y creyentes de lo más representativo de la ciudad, y llenos de fe y regocijo encaminaban sus pasos por la difícil pendiente de la calle San Francisco, hasta llegar a la pequeña iglesia colonial que existió hasta hacen pocos años en el barrio, para invitar disqué a sus dos colegas de santidad y patronos del mismo: San Francisco y Santo Domingo.

Esta galante invitación se efectuaba de acuerdo al protocolo establecido y como ya lo anotamos, para dar mayor solemnidad y realce a las festividades de San Antonio.

Las imágenes invitantes a sus centenares de creyentes peregrinos, una vez que hacían un prudente y aconsejable descanso, además de que se efectuaban varios números tanto litúrgicos como populares, procedían al deseado regreso que resultaba mucho más solemne y pomposo, por el número de imágenes que ya sumaban cuatro, así como también por la cantidad de acompañantes y devotos que se unían al cortejo, engrosando considerablemente la clásica procesión, que con sus cánticos y fervorosos rezos dirigidos siempre por el señor cura Párroco del lugar, dejaban en el ambiente junto con el sacro olor del incienso, una inefable y santa estela de actitud en el corazón de los creyentes vecinos del lugar.

Esta visita según nos informan, resultaba un poco larga, pues permanecían los patronos de la altura junto a sus colegas de la Iglesia Matriz, hasta los días de julio que se realizaba la fiesta patronal de Nuestra Señora del Carmen, despidiéndose hasta el próximo año.

Por la noche era todo alegría y bullicio en las calles y plaza, donde se reunían los habitantes para espectral los variados numeras que debiente desarrollarse para contento de todos, y uno de los más significativos era sin duda el clásico “toro gente”, que muy adornado y a tono con las circunstancias, hacía de las suyas, como también las delicias de chicos y grandes.

No menos halagadores los juegos de artificio, donde se exhibían los incansables buscapíés, así como también los llamados y vistosos ratones y globos de diferentes formas y colores, que hacían suspirar de dicha a los chicos, sellando como se dice estas noches de esparcimiento con broche de oro, con los famosos castillos de varios cuerpos, obra maestra del pirotécnico del lugar, que con sus mil colores y mucho estruendo aumentaba a dar brillantes y colorido a la reunión. A esto se sumaba la actuación de la banda de músicos que desde los balcones de la antigua torre de la Iglesia, obsequiosamente deleitaba a sus oyentes con sus alegres sonos.

Mucho habría que recordarse de aquellos tiempos en los que nuestros dichosos y entrañables viejos en un ambiente de paz vivían sin imaginarse siquiera esta época de la televisión los vuelos interplanetarios y las bombas de 50 y 60 megatones que amenazan con destruir a la humanidad.

El presente trabajo participó en el Concurso de Tradiciones Zarumeñas promovido por el Municipio en Noviembre de 1961.

LOS ALTARES

Américo Ordoñez Asanza

Esta es otra novedosa costumbre tradicional que se conserva en la región zarumeña, lógicamente, también legado de la hispanidad y transmitida a través de las generaciones que dejaron los españoles en nuestros territorios. Es una fiesta más pagana que religiosa, con música, licores y baile, aunque el homenaje a un santo y la satisfacción de una necesidad propia sean los móviles para realizarla.

Términos usuales para referirse a esta fiesta son “vestir al altar” y “bajar el altar”, la que se efectúa en las circunstancias siguientes:

El dueño de un santo, que lo tienen y venera en su hogar, aproximándose el día en que el calendario señala la fiesta, se prepara a vestir el altar, en su propia casa, e invita a los amigos y vecinos para que lo bajen. El motivo ya está dicho, será celebrar al santo, pero al propio tiempo reunir fondos, principalmente, para construir una iglesia en el pueblo o mejorar la existente, atender a los menesteres de la misma, etc.

El altar puede ser de cinco, diez o más varas, entendiéndose como tales unas tiras de madera, pendientes horizontalmente del tumbado de la sala y en la que se cuelgan diversos objetos, tales como pañuelos, jabones, latas de sardinas o salmones, tarritos de leche o de frutas al jugo, billetes, cortes de tela, etc. a un costado es colocada la imagen del santo si ya no estuviera en su propio sitio de la sala. El número de varas y la cantidad y calidad de las cosas que se cuelgan, depende de la situación económica del dueño de casa; igualmente está condicionada a su fortuna y generosidad, contratar una banda de música, sacrificar alguna res y tener provisión de licor, para obsequiar a los invitados.

Instalada la reunión, a la que, naturalmente, hombres y mujeres habrán de asistir con sus mejores atuendos o trajes domingueros; hechos los brindis o ya durante el baile, los invitados escogen y señalan la vara o varas que deseen bajar, lo que se efectuará terminada la fiesta, para llevar las cosas a sus propios hogares y consumirlas, lo que pueda consumirse, allí mismo. Sin embargo, el quid del suceso está en que quienes bajan las varas quedan estrictamente obligados a devolver, duplicados, los objetos o cosas, para montar el altar del año siguiente, que se realizará en la misma casa, y lo cual han de cumplir religiosamente, si se precian de personas serias y de palabra, y si no quieren aparecer como informales y tacaños. De manera que si el altar de un año ha sido de cinco varas, el del año próximo será de diez; si fue de diez varas, el siguiente será de veinte, y así en progresión ascendente. Mas, queda a voluntad de reponer las varas bajadas con sus mismos objetos duplicados el año inmediato, o entregar su valor en dinero, el que irá a incrementar los fondos para la necesidad que se desee llenar.

Al festejo de los altares puede asistir cualquier persona no invitada, aunque admitida; eso sí, teniendo que pagar el licor y los platos que se sirviera, en beneficio de aquellos fondos.

Trabajo literario que participó en el Concurso de Tradiciones Zarumeñas promovido, por el .
Concejo Cantonal en Noviembre de 1961.

DOS CASOS: EL PERRO OMNIPOTENTE Y EL CABALLO MISTERIOSO

Mario Toro Cornejo

Al inicio de la década de los veinte recuerdan los de aquella generación, había sido contratado el compositor azuayo Francisco Paredes Herrera para que organice y dirija la primera Banda de Músicos Municipales de Zaruma y el músico, que dizque estaba en el goce de su mejor juventud, pronto atrajo la amistad de la muchachada zarumeña y, precisamente, en aquellos románticos como tan agradables y recordados tiempos la presencia del artista llegaba con la más propicia oportunidad cuando afición a la música de cuerdas y la preferencia por los serenatas a las enamoradas eran rituales bien cuidados entre las más saludables costumbres.

Reunidos con Francisco Paredes un grupo de amigos, cierta noche que parecía bien auspiciadora, formularon el itinerario de los lugares en donde tenían que sorprender a los durmientes (mejor dicho, a las durmientes) con el despertarse al son de la melodías en boga. Ya en camino, procedieron a acercarse a una de las casas destinatarias para el ofrecimiento musical, y allí ¡Ah!..... Se encontraron, frente a la casa de su dirección, con la figura repelente de un perro de muy azaroso aspecto que, tanto los cohibió en su alegre entusiasmo, hasta para preferir suspender la preparada toca y tomar una orientación completamente opuesta y que no dé lugar a vérselas con el mismo funesto y raro protagonista irracional frente al nuevo lugar al extremo del anterior! ¡Y! que hacer se preguntaron todos ya desconcertados y ciertamente con mucho temor! ¿Suspender todo, otro intento de cumplir con los románticos deseos probar la última vez a ver si podían evadir aquella tan de mal agüero compañía?

Hicieron lo segundo, para que por tercera ocasión, se repita el malhadado y por demás extraño caso, por lo que les llegó una crítica ansiedad y recelo como para obligarse recogerse juntos en una sola habitación de algunos de ellos y esperar así a que el día llegue a las calles para tener ya el valor de salir de ahí cada uno por su cuenta!

La novedad tuvo impactante y muy comentada repercusión en la comunidad de la época! ¡Pues, no era para menos! Y por los mismos años veinte, el vecindario de la calle San Francisco, desde la entrada a la Martin Samaniego hasta sobrepasar la en ese entonces existente, inestimable y antiquísima Iglesia del mismo nombre del Patrón del barrio, experimentó el inquietante suceso ocasionado por que durante las noches de todo un mes, entre las medias noches o comienzos de la madrugada se desplazaba cuesta arriba en desenfrenado galopar, justamente cuando nadie transitaba por la calle que tampoco era costumbre hacerlo en avanzadas horas nocturnas, curiosamente, pesa a la gradiente y dificultad del empedrado de la arteria, y pese a la aparente o imaginaria corpulencia, se desplazaba dijimos a alta velocidad un caballo de color oscuro con abundante crin y la cabeza siempre desviada al lado contrario al lugar de donde se lo veía; esto es:

“Para los que lo observaban desde el costado derecho, cabeza estaba desviada a la izquierda; para los que lo miraban de la izquierda, la cabeza se presentaba orientada a la derecha; a los que algo podían examinarlo de frente, les parecía la cabeza al suelo!”

Ese fue el nervioso informe de los que, con gran temor, hicieron presencia de ánimo y pudiendo fisgonear a través de las celosías de las típicas ventanas de ese tiempo, para tratar de percatarse de “qué mismo era”. Mejor ¡vieron propiamente un fantasma en forma de caballo en esas misteriosas noches de un mes de 1928!...

CRÓNICA PARA CREYENTES

Gonzalo Alvarado Aguilar

“La mayoría vestían de negro los días jueves y viernes de la “semana mayor”. y el ayuno de los viernes era infaltable, incluso los viernes de la cuaresma. Solamente una comida frugal al término de esos viernes de recato y devoción...”

En las primeras décadas del siglo XX los de “Semana Santa” eran de profundo recogimiento y devoción religiosos, dentro y fuera del hogar. Todavía pesaban sobre las personas algunas restricciones que hoy nos parecen ingenuas, como aquellas de no decir palabras gruesas, no maltratar al hermanito, no bañarse los días jueves y viernes “Santos”; nada de deporte y peor el juego de cartas.

Con el paso de los años, muchos usos y costumbres se han perdido; pero vale mantenerlos en la memoria colectiva, pues esta es parte de la identidad de los grupos humanos. Además resultaría interesante una comparación con los días actuales. Posiblemente los creyentes comprobarán como han cambiado los tiempos.

En Zaruma, cuando no había suficientes bancas en la Iglesia Matriz, las familias de alto copete llevaban a ella unos muebles especiales, finamente tapizados y charolados: Eran los reclinatorios que servían para oír la misa de rodillas y para colocar el devocionario. Las mujeres asistían al templo con la cabeza cubierta por una mantilla de fino tejido, prenda que les daba un toque de singular distinción.

La mayoría vestía de negro los días jueves y viernes de la “Semana Mayor”. Y el ayuno de los viernes era infaltable, incluso los viernes de la cuaresma. Solamente una comida frugal al término de esos viernes de recato y devoción. En esos tiempos, los zarumeños tenían la costumbre de comer el palmito, que lo sacaban de la chonta o de otras palmas silvestres, y que era traído de Salvias o de Chepel.

También la fanesca, plato tradicional de la Semana Santa, no podía faltar en la mesa de todas las familias.

En la iglesia, las familias se turnaban para hacer guardia de una hora durante los días jueves y viernes. Y entre los adultos más devotos se designaba a los “Santos Varones”, quienes, vestidos de terno negro, tenían el encargo de realizar el “descendimiento”, que consistía en desatornillar a Jesús de la cruz y depositarlo en el “Sepulcro”. El viernes santo enmudecían las campanas y para llamar a los fieles entraba en acción la matraca con su seco golpeteo. Después de “revivir” las campanas el sábado de gloria, la matraca volvía a dormir en el armario.

Un lienzo de color violeta oscuro era utilizado para cubrir el altar mayor, desde el cielo raso hasta el piso; y los santos también fueron velados con negro lienzo: eran “las tinieblas”.

Hasta 1938, los obreros de la Empresa Minera SADCO gozaban de descanso no pagado durante los días miércoles, jueves y viernes de la semana mayor.

Realmente fue muy intensa la devoción del pueblo.

Hay quienes aseguran que en los jueves santos ardían las huacas. Y no fueron pocos los que permanecieron en vela más allá de la media noche, con la esperanza de ver la luz fulgurante que, se supone, despide el oro enterrado.

Tomado de la Revista PRIMERA PLANA

Abril 2013- Edición N° 71 - Machala

VIOLENTOS CELOS OCASIONAN UN FRATRICIDIO

Quincenario “La Época”

Son las ocho de una noche del mes de marzo de 1931. Un cielo profundamente azul cobija el reducido caserío de Sinsao. De una casa baja y de modesta apariencia, salen ecos de una canción, que unidos al compás típico de la guitarra, tratan de conjurar la monotonía de las veladas campestres.

La casa de Nicanor Guamán; la melancólica cantora es Antonia Cabrera, acompañada de su sobrino, Manuel Pacheco Cabrera, quién “puntea” la guitarra y de su hermano José Rosa Cabrera.

En las habitaciones interiores duerme ya el dueño de casa, con su esposa Rosarina Cabrera, hermana de Antonia, y de sus hijos.

Antonia (grita de repente; Rosalina Cabrera a su hermana) anda a la cocina y prepara un agua de toronjil, que estoy mala!

Antonia se dirige a la cocina, mientras sus compañeros continúan robando rústicas armonías a las cuerdas tensas. Luego, ellos también, se dirigen a sus dormitorios. Momentos después, tres golpes secos, seguidos de un grito desgarrador, un grito de ajusticiado, saliendo de la cocina, rasgan la calma de la noche y ponen en conmoción a los habitantes de la casa.

Manuel Pacheco se incorpora en su lecho y al querer lanzarse fuera de él oye la voz de Antonia Cabrera: hermana, decía, no me mates de tal suerte, tú me matas, me haces no sé qué roturas en la cabeza”.

No esperó más Pacheco y de un salto paso el umbral de su dormitorio; ¡horror!, desatentada, loca, su tía Antonia, envuelta en llamas, salía de casa en frenética carrera.

Tomó Manuel de donde pudo una camisa, la mojó y siguió a la incendiada, en unión de José Rosa, su tío que llevaba una manta; envuelven a la víctima en las mantas, sofocan el fuego y la vuelven a su casa, donde cae, rendida en su lecho.

Solo entonces aparece Rosalina y al acercarse al lecho de dolor. Oye estas palabras gemebundas de Antonia:

Hermana, tú me quemaste, tú me has incendiado sin motivo para ello “Rosalina, entre airaba y cohibida, niega; pero Antonia le replica:

No, tú me quemaste; trajiste kerosene, pusiste en la bata, me regaste en el cuerpo, rasgaste un fósforo y me prendiste fuego. Vuelve a negar Rosalina a pies juntillas; pero enseguida, sintiendo ya las dentelladas del remordimiento y previniendo la acción de la justicia, ofrece a su víctima que, “la llevaría a un hospital y costearía los gastos de la curación, pero si le ofrecía, por la señal de la cruz, no contar a nadie eso que le había sucedido”.

Antonia, aguijoneada por el deseo de mitigar los dolores que le metan, accede y jura, sobre el símbolo sagrado de la cruz, encubrir lo sucedido. Pero Rosalina, presa ya del terror de un delincuente, no contenta con un juramento, le apostrofa:

Condenada, júrame que no has de contar a nadie lo que ha pasado, porque de no, no te mando al hospital". Y Antonia, sin fuerzas para resistir, jura dos y tres veces lo mismo.

Luego Rosalina se retiró a mascullear en el lecho su remordimiento.

Manuel Pacheco, José Rosa Cabrera y unos vecinos compasivos velan con la enferma y, usando rústicos sedantes, procuran calmar los dolores que la torturan.

A la madrugada, los hombres llaman a las puertas de sus vecinos y solicitan ayuda para llevar a la enferma al hospital Curipamba de Portovelo; reunido un número suficiente, se preparan a partir.

Ya en la camilla, Antonia, dirigiéndose a uno de los presentes, le dice: "Misael, yo si he sido mala; pero no para que Dios me haya castigado tanto"; y cuando ya salía de casa para siempre: "Adiós, dice, despidiéndose, yo muero inocentemente".

En el camino, ni una sola palabra. A las doce del día, 10 de Marzo, la camilla llega al hospital, donde la enferma es atendida; demuestra "una extensa Quemadura de tercer grado en las regiones siguientes: Parte posterior del cuello; toda la espalda, desde la raíz del cabello hasta las nalgas; el tórax; el abdomen hasta las regiones inguinales; todo un brazo y la mano del otro brazo así como un lado de la cara. Heridas contusas en la cabeza y heridas menores en la frente"

Durante la permanencia en el Hospital mantiene altas temperaturas, delira con frecuencia, las heridas despiden una fetidez tal que obligan a rociarla con cloroformo para poderla curar. Al principio la enferma es fiel a su juramento y dice haberse incendiado ella mismo por descuido; pero la verdad se sabe y los rumores llegan hasta la paciente; entonces refiere la verdad del caso a sus enfermeras y compañeras de sala.

Poco después se le declara nefritis a consecuencia de las quemaduras, y muere, el 29 del mismo mes, a las cinco de la mañana.

Días más tarde, Rosalina Cabrera desaparece del barrio. Instruido el sumario correspondiente por la Judicatura de Letras del Cantón, el Juez dispone que una comisión parta a buscarla en el sitio donde se cree puede haberse refugiado.

En la tarde del 25 de Abril la comisión habla llegado al sitio denominado SAYO, parroquia Chuquiribamba en la provincia de Loja. Tras breves pesquisas se logra localizar a la prófuga.

En hora avanzada de la noche la comisión golpea la puerta de una miserable choza, situada en un pajonal inhóspito. Una estratagema franquea la entrada a la choza, donde dan, por fin, con la buscada Rosalina.

“Doña Rosalina, dice uno de los capturantes, usted no debe tener aprensión de que la llevemos, porque en Zaruma no se la necesita sino para que rinda una declaración”.

“Sí, buena declaración, replica la interpelada, ¡como yo no sé!”.

Como la perra esa, maldita, ya dizque ha muerto, por eso me vienen a llevar”, y después ente charla y charla añade: “Prefiero que me levanten sumario por una cosa así y no por el robo de una simple vaca”.

Hasta aquí hemos seguido las declaraciones de testigos presenciales de los hechos.

Ahora nos toca hacer notar que hechos como el narrado significan hondas desmoralización y por lo mismo, merecen que los jueces de la causa apliquen la ley con mano severa, a fin de precaver males mayores de restaurar los fueros de la vindica publica ultrajada y de satisfacer las exigencias de la sociedad que espera saber el fin de este bullado y pernicioso drama.

(Tomado del quincenario La Época del 24 de Mayo de 1931).

EL BAILE DE LA CUADRILLA

Nelson Jaramillo Mora

Distracción favorita ha sido el baile en toda época. En la mejor sociedad deslumbró ya por su cadencia o por la animación que las parejas le dan. En Zaruma allá por los años 1912 a 1914 se tenía como baile de aquel tiempo. La Cuadrilla una danza cuya particularidad era formar el ocho a medida que se danzaba. Las numerosas parejas desplegaban su ingenio conforme escuchaban al ejecutante del instrumento musical que en su garganta afinada cual alondra decía estas frases:

Todas me gustan todas me agradan en general; pero esta chica, pero esta linda me gusta más. Y proseguía el baile con acentuado ritmo ahora tomándose de las manos y dando pasitos de un lado a otro se tornaba más alegre y lleno de colorido.

Así el buen humor se esparcía por los aires y de nuevo el cantante relucía esta sentencia:

Muchacho no digas eso, tu madre te ha de pegar, a mí no me pega nadie, porque digo la verdad.

Por el mismo tiempo de La Cuadrilla se bailaba también la Polka.

Nos dicen que se lo hacía como el Pasodoble de ahora. Nuestra curiosa pregunta fue: ¿Quién enseñaba estos bailes?

La respuesta brotó violenta y exaltó el nombre de don Miguel Orellana Hábil maestro de danzas que dejó en cada hogar zarumeño buenos discípulos.

Ambos bailes eran por naturaleza los predilectos en todo acto social.

Son viejos recuerdos que hemos tratado de rememorarlos a tiempo para expresarlos en estas páginas de Reminiscencias.

Los versos que se cantaban para el baile de la Polka decían así:

De Marzo una mañana, blanca, Serena hermosa, yo vi un botón de rosa que principiaba a abrir.

(Tomado del libro Reminiscencias, publicación del Colegio Nacional 26 de Noviembre, 1971)

Nota de Gonzalo Rodríguez. En este libro describimos el baile de la Mazurca a cuyo ritmo se movía García Moreno esto era en época republicana.

En la Colonia otros bailes se practicaban. Melvin Hoyos distinguido miembro de la Academia Nacional de Historia las describe en Memorias Porteñas, reviste del diario. Expreso 8 de diciembre de 2019:

VESTIMENTA Y BAILES POPULARES

A la mujer del pueblo se le permitía andar con polca o justillo y pollera de percal con vuelos, así como con camisas (blusas) de mangas cortas y bombachas, bordadas con muselina de hilo, encontrando rara vez alguna que sobre esta se pusiera manta o mantilla.

Los bailes más practicados eran la cachucha, la redova, el escobillado, la contradanza y otras danzas típicamente españolas, permitiéndose los zapateos solo en las fiestas, debido al carácter folclórico y puramente nacionalista que este tenía.

Con respecto al tema musical, los cronistas de nuestra tierra dirían: “Arpas, guitarras y violines formaban las orquestas en los bailes, siempre acompañadas por el canto.

El baile era una pasión; se bailaba por todo pretexto y entre las mujeres del pueblo abundaba tanta gracia para ello, que se les apodaba las gitanas de América.

INFORTUINO DE UN GRAN CABALLERO

Julio Espinoza Apolo

Zaruma, Villa Minera, fue para los españoles y aventureros, el poderoso imán para su codicia. Sus lomas y barrancos, con vegetación salvaje, sintieron el paso de los castellanos y se estremecieron con el sonido metálico de las armaduras y escudos “blancos barbados” que subieron por el Tumbes, hallaron su paraíso soñado en este ramal de Vizcaya que abrió sus entrañas milenarias, para lucir su áureo esplendor. Y tras los primeros aventureros, llegó la caravana interminable de “extraños”, convirtiendo la apacible comarca zarumeña en un centro de actividad minera. Las galerías y minas destrozaron la virginidad de la roca y los molinos de piedra, toscos y perezosos, convirtieron el cuarzo en arena dorada.

Cuenta la tradición que al iniciarse el siglo XV, entre los lejanos y olvidados años 1615 a 1620, llegaba a estos lares don Alonso Ortiz de Montesdeoca, con su hombría castellana y su espíritu de empresa, para arraigarse a este pedazo de tierra hispana y saborear de su leyenda y realidad. Su risueña esperanza de fama y de riqueza, junto a su amor por el trabajo, con el andar del tiempo, le dieron la justa recompensa: fortuna y comodidad, llegando a la cumbre de sus aspiraciones cuando adquiría en propiedad la histórica mina del “Sesmo”, de la cual se dice se sacó una “pepa de oro” que había de remitirse al Soberano Español, como un presente de la riqueza del sueño zarumeño. Dueño y señor de esta prodigiosa mina, Don Alonso Ortiz de Montesdeoca se convirtió en potentado, porque su galería avanzaba día a día al corazón de la tierra, prodigando el precioso metal.

Pero, en ese potentado y gran señor, había el hombre de corazón generoso y bueno. Fue todo un gentil caballero lejos de embriagarse con la fama y el placer de una vida llena de comodidades, mantuvo incólume la grandeza de su alma. Sus sirvientes y peones tuvieron en él, no al “chapelón” verdugo y desalmado, sino al gran “patrón” condescendiente y bueno, al hombre compasivo de la miseria humana. Cuanta diferencia había con su señora esposa española de nacimiento, llevó en su espíritu el errado concepto de superioridad pronta a ejercerlo sobre los suyos, acaso por la riqueza y la fama de su esposo.

El amable y comunicativo; ELLA, soberbia y miserable; El humilde y generoso ELLA endiosada en su palacio levantando tal vez con sudor y sacrificio. Porque de saber que don Alonso gustó vivir bien, en medio de la abundancia y el lujo que su fortuna le permitía.

Por eso, allá hacia el oriente, más o menos a un kilómetro del poblado, junto a la quebrada de “La Pillasela”, levantó su pintoresca mansión.

Es posible que rememoró su vivienda de Castilla, con zarzas y parrales, con balcones volados y jardines en flor, con faroles de colores y rejas de metal, para reproducirla en el continente que descubriera Colón y en la Villa que fundara el gran Mercadillo.

Sobre una planicie levantó su palacete, cuyo acabado ponía de manifiesto su gusto arquitectónico. Le invitamos, amigo lector, a visitar la residencia de don Alonso.

Una callecita de piedra menuda nos conduce hasta la entrada, en donde nos saludan hermosos maceteros de enredaderas hábilmente cultivadas. Trasponemos la puerta para llegar a un acogedor saloncito con muebles de mimbre y esterilla que destacan su figura sobre una alfombra carmesí. Floreros en las esquinas, cuadros de tardes de toros y otros apliques más, ponen un aire alegrón sobre las blancas paredes. No podían faltar, desde luego, los recuerdos de la familia o de la tierra nativa añorada: de ellos nos hablan las fotografías que exhiben en la mesa redonda de centro. Hacia el fondo hay un arco donde cuelgan dos farolitos andaluces para iluminar el comedor que está contiguo, muy bien provisto e inmaculadamente limpio.

Hacia la derecha, una cortina tejida deja entrever un dormitorio.

Tal vez seamos indiscretos al revelar en él la existencia de un hermoso lecho elegantemente ataviado; lujosos almohadones brillan sobre una cubrecama de seda. Y al pie de la cama, para codicia de quienes han tenido la suerte de mirarlo, está majestuoso y resplandeciente el BANQUILLO DE ORO que la dueña solicitó a su marido para satisfacer su orgullo y vanidad. Los Lavaderos y minas darían su contribución aurífera para satisfacer el gusto de la matrona y don Alonso, como amantísimo esposo, día a día y de sol a sol, sudó la “gota gorda” para completar el deslumbrante artefacto. Por algo el vecindario, cuando algo de valor llegaba a esa casa, murmuraba entre risas: “Eso es para el banquillo de oro de la española”.

Don Alonso tenía su oficina en un cuarto pequeño, allí estaban sus papeles y archivos sobre un escritorio de madera, mientras de una pared pendían armas de cacería de la que gustaba mucho “el señor”. Afuera, en casita aparte vivía la servidumbre que quería mucho a su patrón y miraba con desconfianza a la señora, por su porte altanero y déspota.

Más abajo cerca de la quebrada, una enorme rueda de piedra, recostada sobre una mesa de roca, hacia crujir el cuarzo, en los días de molienda de las muestras.

Un desafortunado día, el señor Montesdeoca recibió la desagradable noticia que su mina se había derrumbado, sepultando en vida a los trabajadores. Presto acudió a socorrerlos, elevando a la vez sus plegarias al cielo por la salvación de su gente. Cinco angustiosos días duró la labor de rescate hasta abrir la mina que devolvió a los hombres con vida, en forma providencial. Su fe de buen católico había triunfado esta vez como en otras ocasiones, resolviendo esos tantos contratiempos que a nadie le faltan, por más que la fortuna nos sonría.

El señor Montesdeoca, había regalado a la iglesia candelabros y copones del reluciente metal, como recompensa modesta a los favores divinos. También tenía la humanitaria costumbre de salir todos los domingos a Zaruma, para oír la misa y luego repartir limosna entre los pobres, aunque su esposa siempre le recriminó esta costumbre.

Una vez, había recibido un favor especial del cielo, cuando sus hombres escaparon de garras de la muerte en su derrumbada mina. Don Alonso hizo una doble promesa cumplir un acto de humanidad y ser más pródigo en su limosna en el próximo domingo.

Para cumplir lo primero, en un armario de su oficina oculto un traje de indio que vestiría por ese día y cuando su engarbada esposa se acercó a ver la bolsa de pesetas que don Alonso sacaba de la caja de caudales para repartir su acostumbrada limosna, tuvo que pecar piadosamente, pretextando gastos extras que debía realizar.

Llegó aquel inolvidable domingo. La oscuridad de la madrugada todavía cubría el cielo, cuando don Alonso se disponía a salir de su casa una brisa helada se dejó sentir entre las ramas que se movían como fantasmas nocturnos, mientras los grillos rasgaban sus desentonadas guitarras. El hermoso caballo esperaba impaciente la cabalgadura de su bondadoso amo, hasta que termine de saborear una aromática taza de café. De brazo de su hermosa esposa salió hasta la puerta y dándole un beso en su nacarada frente se despidió con un hasta luego.

El peón se adelantó por el sendero y el caballo rompió el silencio con su acompasa paso. Así transcurrieron breves instantes hasta que don Alonso hizo un alto y desmontó de su rocinante. Bajo el techo de una enramada de uno de sus potreros cambió la ropa. Su bien planchado pantalón fue reemplazado por un calzoncillo de lienzo y un poncho de lana cayó graciosamente de sus hombros. Sus botines y brillantes espuelas, miraron envidiosas las humildes alpargatas que calzó su amo. Así, disfrazado, con los ojos casi ocultos en la falda del sombrero indígena, emprendió a pie la caminata hasta Zaruma.

En la vuelta de la cruz pudo ver, tras la neblina, la luz de uno que otro farol del pueblo mientras el campanario de la iglesia franciscana llamaba a los fieles a la santa misa.

Detrás de las enlutadas beatas, Don Alonso entró al templo, escogiendo un rincón oscuro para ocultar su persona; pues su promesa debía cumplirse en el mayor anonimato. Siguió el desarrollo de la santa ceremonia con el más profundo recogimiento, dio gracias al Señor por todas las gracias y dones que le había prodigado. Luego abrochó el cuello de su poncho para ocultar el rostro y recorrió las naves de la iglesia repartiendo su generoso donativo, mientras las manos humildes con palidez de cirio una calle de honor a su buen corazón.

La misa llegaba a su final y se iniciaba la gran tragedia!

Una terrible tempestad azotaba la zona; los rayos con su luz enceguedora asesinaban el negro horizonte, los truenos hacían remecer los ventanales y las nubes vomitaban chorros de agua en vez de lluvia.

Muchos fieles abandonaron el templo en loca desbandada. Don Alfonso se quedó orando en el templo. Su mirada profunda seguía el movimiento titilante de los cirios mientras el humo de los ramos que quemaban algunas gentes se elevaba en aspírales hasta el cielo. El llanto de los feligreses lo sacó de espanto y llevó su pensamiento a su casa que había dejado apenas horas antes. Hubiera querido volar junto a su idolatrada esposa, pero era suicidarse ante la furia de la naturaleza. Solamente le consolaba en su angustia la seguridad del cariño y bondad de su fiel ama de llaves que, entre la servidumbre, acaso era la única que amaba entrañablemente a su mujer.

Ahora su pensamiento se colmó de preocupaciones. Habían sido arrasados sus plantíos que significaban el pan de su gente?. Se abrirían las peñas de su mina destruyendo su esfuerzo y esperanza?. En ese angustioso y largo día el hambre se apartó de su cuerpo y su cerebro era volcán en erupción. Tras angustiosa espera, amainó el temporal y pudo el desesperado hombre emprender el regreso a su casa.

El barro arcilloso parecía detener al caminante en su paso acelerado. En el último recodo del camino, antes de llegar a su casa don Alfonso se quedó petrificado. ¡Allí donde quedó su hermosa casa, solo había huellas de la nada!. Miró hacia abajo, al fondo de la hondonada y encontró una montaña de escombros.

En breves instantes, su mente desandó diez años de fatigosa jornada!

Allí estaba sepultada su casa, junto con sus más dulces recuerdos. Allí estaba muerta su querida esposa a quien había consagrado su amor y su vida entera. Allí desaparecía la historia escrita de sus archivos, en cuentas y notas de su esfuerzo y su desvelo.

Y entre muebles y papeles, entre cadáveres y flores, también estaba sepultado el BANQUILLO DE ORO, capricho de su esposa, admiración de los curiosos y envidia de los egoístas. Una vida fraguada con honradez y trabajo, destruida en breves horas por la crueldad del destino! Don Alfonso viró la cara contra el paredón del camino y haciendo almohada de sus temblorosos brazos, lloro desconsoladamente. Algo repuesto de tan fatal, levantó su rostro hacia el cielo, mientras sus lágrimas rodaban por sus rosadas mejillas. Para expresar su profundo dolor, sus labios apenas pudieran entreabrirse para exclamar:

“Dios mío, porque me has castigado! Si tu santa voluntad ha sido esa, Señor, llévate a mi esposa a los reinos de tu cielo y dame valor para cumplir la jornada de la vida que tú mismo me has asignado! Perdóname Señor si te he ofendido ¡Allí, sobre el barro y la hierba, cayó desmayado el cuerpo de don Alonso Ortiz Montesdeoca:

Era el INFORTUNIO DE UN GRAN CABALLERO.

Era un día de leyenda del año 1630

Este trabajo participó en el concurso de Tradiciones Zarumeñas promovido por el Municipio en 1961.

REPORTAJE AL PASADO

EL ROBO DE LAS BARRAS DE ORO DE LA COMPAÑÍA MINERA SOUTH AMERICAN DEVELOPMENT COMPANY

(Un drama de la vida real)

Autor anónimo

Tal como se ocasionan los robos en las grandes urbes ecuatorianas en el último recesión de este agonizante siglo, el robo de dos barras de oro (lingotes) de 25 libras de peso cada una, oro de 22 quilates, a la extinta empresa minera South American Development Company que explotó los yacimientos auríferos del subsuelo de Portovelo y Zaruma de 1895 a 1952, parecerá cuento de hadas, no precisamente por la cantidad de oro robada (50 libras de un total de 400 que tuvieron los ladrones a su entera disposición sin que nada ni nadie los estorbase) sino más bien dada la forma simple e infantil en que se efectuó el atraco. Los delincuentes que lo realizaron no fueron ladrones profesionales sino gentes proclives a realizar de cuando a cuando acciones vergonzosas de poca monta.

La empresa americana South American Development Company, que en adelante se la nombrara por sus siglas (SADCO) explotó, como queda dicho, las vetas auríferas de Zaruma y Portovelo durante 57 años consecutivos, extrayendo del subsuelo durante este tiempo 70000 quintales de oro fundido, sin pagar durante la mayor parte del lapso señalado ni un solo centavo por concepto de impuestos de explotación y exportación al Estado Ecuatoriano, ni siquiera en concepto de obras de compensación; solamente los últimos años, por decreto obtenido en el Congreso Nacional por el entonces Senador por El Oro Dr. Manuel María Romero Sánchez (fallecido), la SADCO comenzó a pagar el 12% de producción bruta.

La cifra de 70000 quintales, aparentemente fantástica, es real; fue obtenida de los registros contables de la empresa en referencia por el ex gerente de la compañía minera CIMA, que sucedió a la SADCO en explotación de las minas del sector, Ing. Benda, de nacionalidad alemana, y por quien este reportaje escribe, la SADCO siempre llevó una contabilidad doble, la una para pagar los impuestos de los últimos años de explotación, y la otra la que presentaba a sus accionistas para establecer utilidades.

Establecida esta necesaria aclaración, que en modo alguno trata de justificar este temerario hecho delictivo sancionado por nuestras leyes continuamos con el relato materia de este "Reportaje al pasado".

El día 5 de cada mes las SADCO exportaba a los Estados Unidos de Norte América entre 16 y 40 lingotes de 25 libras cada uno, cantidad que era variable, ya que posteriormente las remesas cuadruplicaron su contenido.

Desde Portovelo las remesas mensuales de oro eran enviadas a Guayaquil por el camino de herradura de Ayapamba, en mulas cargueras hasta Santa Rosa, donde era embarcado en barcos

de pequeño calado que hacían el cabotaje entre los puertos oreños de Puerto Bolívar y los embarcaderos santarroseños ubicados en Pital. La Emerenciana y Jelí (estos dos últimos posteriormente) y la ciudad de Guayaquil. Por aquellos lejanos días la única vía usada para comunicarse la parte alta de El Oro con Santa Rosa era el viejo camino de herradura de Ayapamba antigua parroquia del cantón Zaruma (actualmente perteneciente al cantón Atahualpa) y que hoy a quedado regalado por la apertura de modernas rutas carro sables.

Era el tal camino un endemoniado vericuesto que generó entre los arrieros a verdaderos héroes del transporte terrestre. Si bien es verdad que la ruta estaba llena de obstáculos geofísicos: ríos turbulentos, angosturas y gargantas profundas, desfiladeros peligrosos, con tambos incomodos, no es menos cierto que se podía viajar sin riesgo de ser asaltado, pues la honradez y el respeto mutuo eran los denominadores comunes entre usuarios y vecinos residentes en las orillas del camino; por esta razón la SADCO realizaba sus envíos de carga aurífera sin ninguna protección. Alguien podría imaginar erróneamente que los arrieros se peleaban por conducir dicha carga; muy por el contrario la rehuían por la responsabilidad que conllevaba y por los fletes cicateros que pagaba la empresa minera.

Por el tiempo en que ocurrió el robo de los lingotes de oro, el encargado de transportarlas era el arriero Mariano Guamán residente en el barrio rural de El Faique, distante unos dos kilómetros y medio de Portovelo por el camino de herradura. Como de costumbre el 5 de aquel fatídico mes, Mariano Guamán salió de Portovelo arriando cuatro mulas de carga acompañado de un chico de nombre Alberto Darquea (a la fecha ambos fallecidos).

Las horas del día transcurrieron sin novedad y a las cuatro y media de la tarde habían rebasado con su recua el sitio La Chonta, y avanzando un poco más adelante acamparon en el tambo Luoloma para pasar la noche, a orillas del río Santa Rosa, sin sospechar que eran seguidos desde lejos por tres jinetes. A las 5 de la tarde del mismo día se los vio pasar a estos por Ayapamba, sitio de paso obligado en la ruta, montados en briosas mulas de silla, en incluso fueron reconocidos; es decir, a la misma hora en que Mariano Guamán y su acompañante acampaban en Luoloma.

Pronto viraron la cordillera de Dumari, rebasaron Sambotambo y como era verano la caminata la realizaron a toda prisa. Ya en plena noche, a orillas del camino iban observando las fogatas de los arrieros que acampaban en plena intemperie, subiendo y bajando en su oficio de transportar cargas; las fogatas según ellos eran para “espantar al tigre”, pues el camino era una herida abierta en plena selva. Solo perturbaban el silencio de la noche los gritos estridentes de los monos aulladores, a los que estaban acostumbrados todos los arrieros y de cuando en vez se dejaba escuchar el aullido lejano de algún gato montés que ponía los pelos de punta a cuanta gente lo escuchaba; las acémilas se encabritaban tratando de romper los cabestros que las ataban a las picotas y algunas veces lo lograban saliendo en estampida sin rumbo.

Serían las diez de la noche cuando los tres extraños viajeros nocturnos llegaron al sitio la Chonta, donde calculaban que acamparía Mariano Guamán, en cuya persecución iban, desilusionándose al no haber podido darle alcance. El “Barco” se desmonto de su silla tendió sobre la yerba un

poncho guanaco y se estiro cuan largo era: se sentía muy cansado. El “Chivo” hizo lo mismo; pero el tercer personaje no identificado aun a quien como referencia lo llamaremos Juan, hizo una fogata no lejos del camino junto a sus compañeros de aventura. Habrían transcurrido unos 15 minutos cuando la voz tonante de Juan los despertó:

Oye tú, “Barco” desgraciado, ¡No seas maricón!, ven tómate un drake que tengo un puro que quema la garganta.

¡Y tú también “Chivo” condenado!, para que se les quite la flojera, como que los noto temblorosos como gelatina. Para más de comernos al indio Mariano tres drakes bien tirados bastan.

A mí no me vengas con pendejadas hijo de pu... rezongó el “Barco” con una voz ronca que parecía provenir de los quintos infiernos.

¿Qué pasa chicos? Aquí no vamos a pelear ni cosa parecida. Ayer resolvimos ser ricos y estamos a pocos minutos de alcanzarlo. Es cierto que los tres estamos cansados, continúo diciendo el “Chivo”. Mañana tendremos cualquier cantidad de plata en nuestras manos, más que aquellos palurdos ricachones de Zaruma. Vamos, monten.

Los tres montaron sus correspondientes cabalgaduras y continuaron por el camino adelante. No bien había recorrido media hora cuando divisaron una fogata que languidecía junto al tambo Luoloma. En las semioscuridad identificaron los clásicos cajones de madera de canelo forrados con sunchos de fierro, que contenían los lingotes ¡Alza indio taimado! Dijo el “Chivo”.

Mariano, entre dormido y despierto, solo acertó a decir: ¡Muchacho maldito! ¿Dónde te has metido? Tratando de reaccionar a lo que imagino una broma de mal gusto más, al darse cuenta de la gravedad del caso, trato de rastrillar su viejo colt, que no obstante su vetustez jamás había disparado un tiro, y antes que el correo pudiera aplastar el gatillo del arma, rápido el “Chivo” le asesto con su garantizado tremendo planazo en la espalda que lo derribo por tierra, produciendo una herida sin mayor importancia ¡quieto indio maldito! Un movimiento más en falso y te mato. A ti personalmente no vamos a quitarte nada; el oro no es tuyo, así que...

¡A callar se dicho! Tronó Juan como rayo en tormenta. Darquea había corrido a esconderse en el monte y desde su escondite observaba sobresaltado lo que ocurría reconociendo a los asaltantes, no obstante que estos llevaban un pañuelo que les tapaba la cara de la nariz para abajo. A Mariano lo maniataron “por si las moscas”, dijo el “Barco”.

Luego procedieron a abrir uno de los cajones del cual los malhechores extrajeron los dos lingotes de oro que contenía que brillaban a la luz de la luna llena resplandecientes; de inmediato volvieron grupas rumbo a Zaruma, no sin antes advertir al correo que de hacer bulla regresarían y lo matarían.

Los nobles brutos eran forzados a punta de espuela y látigo a dominar la cuesta a rompe cinchas. Mientras subían la cuesta, más nerviosos que una liebre atrapada el “Chivo” más astuto que sus

acompañantes recordó que habían dejado libre al chico Darquea que había escapado al monte al iniciarse el asalto y robo.

Tengo una vaga idea de haber visto a ese chico en alguna parte, dijo Juan.

¡Ah, ya se!. Fue en la finca del Indio Mariano Guamán, arriando una yunta de bueyes en torno a una Chagtanuga de tres masas. ¡Vamos a tener problemas!, - continuó diciendo - porque si es el que intento identificar ese muchacho es una candela.

Olvidenlo chicos, - dijo el “Barco” ahora solo nos corresponde pensar en la buena vida que nos espera estoy ansioso por ver qué cara pondrá la “Bizcochuelo blando” cuando le pase por las narices un fajo de billetes nuevitos de aquellos que el Banco Industrial y Agrícola ha puesto en circulación.

Por mi parte – añadió el “Chivo” - voy a mandarme a confeccionar una leontina de oro donde el maestro Bravo, para sacarle pica al escribano.

Tienes razón hermano del alma, acentuó Juan, que hasta ese momento había permanecido callado, sumido en tenebrosos pensamientos, rumiándolos como yerba fresca, fuetando a su mula para doblar pronto la cordillera de Dumari.

Al filo de la madrugada vieron a los ladrones pasar por Ayapamba, ya de regreso, los Ayapambences madrugadores como todos nuestros campesinos en domingo. En adelante se hicieron humo, fue como habérselos tragado la tierra. Con las mulas agotadas por el cansancio, ya en pleno día y a unos nueve kilómetros distantes de Zaruma se internaron en la maleza subiendo la cuesta Laritaca.

Por aquel tiempo no había aparatos de radio. Los diarios de Guayaquil llegaban a Zaruma y a Portovelo con retraso de tres y cuatro días, y no habían aparecido todavía los corresponsales de prensa; no obstante la noticia del asalto y robo pronto se difundió, pues los arrieros eran trompeteros de las noticias. En tanto Mariano Guamán, una vez repuesto del susto, tranquilamente depositaba siete cajones con catorce barras de oro en las bodegas de vapor “Olmedo” anclado en Puerto Pital, para ser conducidos a Guayaquil, dos menos de las que había recibido en Portovelo. Enterado de lo sucedido con la remesa por boca del propio Mariano Guamán, el gerente de la SADCO puso en movimiento pesquisal a la policía privada de la empresa; mas pasaba el tiempo y nada en concreto se había podido averiguar, pese a que los habitantes de Zaruma colaboraban con los pesquisadores, más por adular a la SADCO que por otra cosa.

Cierto día un “adulón de levita”, bien engominado, con las esperanza entre manos de una buena recompensa, cuchicheaba en las orejas del gerente de la SADCO, “Si, mi señor míster, me lo contó una cocinera y es ciertito. En la hornilla de tal casa en Zaruma, en el tradicional barrio urbano de San Francisco, hay escondido un ladrillo de oro, presumiblemente de los robados a la empresa”. El funcionario minero sin inmutarse, extrajo de su bolsillo cinco sucres y pago su chisme al recadero, que ese era el precio de los dirigentes de la SADCO pagaban por cada chisme. La policía cayó sobre la casa señalada como gavilán sobre su presa.

Allí encontró el ladrillo cruzado en la hornilla de la cocina, separando inocentemente una boca de la otra del horno, a manera de pared.

El Juez de Letras de Zaruma inmediatamente instauró el sumario correspondiente. Las evidencias caían como espada de Damocles sobre los personajes del presente relato. En Zaruma se respiraba calma, los tres pillos habían desaparecido y por algún tiempo cesaron los escándalos callejeros, las burlas al vecindario y las peleas en estanquillos y cantinas. Los malhechores habían fugado del lugar, era evidente a uno de ellos, “Barco”, más tarde se lo podía ver habitualmente en los muelles del Malecón de Guayaquil al momento de la llegada de los barcos procedentes de la provincia de El Oro, como añorando a la tierra lejana, ingrata pero nunca olvidada. Cabizbajo, desgarrado y dominada la cara por un blanco pálido, quizás arrepentido de sus pasadas fechorías, expiaba sus errores en su autoexilio. Los otros dos, desde sus escondites vigilaban el desarrollo del proceso judicial.

Transcurrido cierto tiempo regresaron a la ciudad, aunque uno se marchó definitivamente para el ingenio azucarero “San Carlos”. ¿Se robaron el sumario...?

Colorín... colorado....

Tomado de “OROVISIÓN” REVISTA 1992 – N° 21 - MACHALA

EL MATRIMONIO EN EL PASADO

Mercy Ayala y Dolores Mora

Muchos años atrás, la celebración de un matrimonio en nuestro medio era asunto novedoso, nos dice la señora Julia de Aguilar, y esta solemnidad duraba hasta tres días; mientras que en la época actual ha cambiado radicalmente.

En aquellos tiempos, las personas llegaban a matrimoniarse por conveniencias familiares o por aspectos de orden social y económico.

Los contrayentes no podían casarse los días martes o viernes, porque supersticiosamente se consideraban días de “Mal agüero”.

Eran los padres los encargados de buscar a sus hijas el marido “ideal”, este noviazgo se hacía entre los 14 y 19 años de edad.

Los interesados visitaban el hogar donde había un supuesto pretendiente de sus hijas y entre estas dos familiar se arreglaba el matrimonio; inclusive se llegaba a fijar la fecha para el enlace conyugal, mientras que en el fondo de lo sentimental, los dichos novios ni siquiera se conocían y lo peor de todo, que no se amaban, sin embargo, estas parejas, en algunos casos resultaban más estables que las actuales.

Como en toda prima la libertad e independencia, los hijos que habían cumplido 30 o 35 años, por propia cuenta buscaban a su dulcinea.

Es curioso anotar que, el enamoramiento seguía un largo calendario, por supuesto, con encendidas y febriles pasiones.

El prometido podía conversar con su novia en la casa de ella, pero en presencia de los padres y se fijaba esta visita una sola vez en la semana o cada 15 días, tampoco se les permitía pasear juntos, ya que los futuros suegros, eran personas de acendrados celos.

Los preparativos para la boda tenían el carácter de ser “sonados” como se dice juntamente en nuestro medio campesino.

La madre de la novia con sus hijas, estaban encargadas de confeccionar el vestido, la calidad de la tela: el CREPE PRENSADO.

Cuando el vestido estaba, no podía ponérselo en prueba la prometida porque por alguna circunstancia fatal, el compromiso se esfumaba, como conejillo en la niebla.

Cuando existía vínculo familiar, el Obispo concedía dispensas eclesiásticas. En otras ocasiones esta dispensa era proclamada por un religioso en tres misas de domingo manifestando el clérigo que si no había impedimento, el matrimonio se realizaría.

El mejor consejero de la desposada, se llamaba San Antonio, por quien las mujeres sienten una ternura con proyecciones milagrosas. El preferido regalo de las madres para con su hija, consistía

en brindarle una cama con sábanas y almohadas bordadas con encajes blancos, cobijas y colchas tejidas de hilo.

El casamiento civil se lo hacía por PODER, es decir que la prometida se casaba por intermedio de un apoderado, el mismo que firmaba el acta, esto aparentaba ser un matrimonio entre hombres.

Cuando la flamante novia iba a partir con destino a la iglesia, recibía la bendición de sus padres y la despedían en medio de abrazos y llantos.

Por supuesto, este peregrinaje hasta el templo de la parroquia o de la ciudad lo hacían en acémilas aperadas cómoda y elegantemente.

Los padrinos también formaban parte de este pintoresco folclore, tan propio de la tierra nuestra.

El acto eclesiástico concluía entre el día.

La mujer vestía traje blanco con una cola larga y vaporosa, sus zapatos igualmente blancos, portaba a veces un sombrero especial, en sus manos ostentaba una rama de jazmines y su cabello ensortijado, sus mejillas reflejaba un color rojo, como si fuese el primer fruto que madurado un hermoso naranjo o un aromático mango.

El, en cambio, relucía terno negro o azul marino, camisa blanca y corbata negra.

Los anillos han sido consagrados como símbolo de la unión y fidelidad; eran a veces prestados por sus padres o por algún otro matrimonio.

Estas sortijas estaban protegidas por tres aros unidos entre sí; los de los extremos, representaban a los novios y el del centro, al corazón, expresión del amor y del cariño.

A la iglesia entraba primero el novio acompañado de su madre y luego la novia con su padre.

Una profunda y mística nostalgia manifestaban los contrayentes.

Están juntos para recibir los espirituales consejos del sacerdote y luego proceder a la “velación” que consistía en sostener en las manos una vela encendida por un corto tiempo.

Para este acto se exigía padrinos, y si no se cumplía, el matrimonio no sería feliz.

Concluido este requisito de estilo, todos marchaban a casa a festejar el acontecimiento conyugal, que duraba dos días con sus noches; primero en la casa de la novia, al día siguiente, en el hogar del novio.

Era costumbre que los festejados tenían que pasar por debajo de un arco hecho de flores o de frutas y se les arrojaba dos o tres puñados de arroz en espiga como símbolo de una dulce y eterna armonía.

La sala de recepción estaba convenientemente arreglada, las puertas y ventanas relucían cortinas blancas.

La mesa destinada al banquete contenía varios bocaditos, que hoy nos hacen falta y los recordamos con nostalgia: el chimbo, la empanada de cambray quimbolitos todo esto se asentaba con un buen Torino, Anís del Galo o un ponche preparado con ron y leche.

La verdad quienes han tenido la gentileza de contarnos estos viejos recuerdos, nos dicen que había mucho que comer, no faltaba el pan, las galletas, los bizcochuelos, la carne de gallina, de pavo o de cuy y hasta de chanco o borrego, todo esto, acompañaba una especie de ensalada hecha a base de papaya verde y fruta de pan. Las parejas bailaban al son de personas que cantaban y tocaban guitarra al ritmo “campechano”.

Todo resultaba un derroche de alegría y buen humor.

Cabe indicar que por aquellos tiempos los recién desposados no realizaban viajes de bodas o el disfrute de una inolvidable “luna de miel”. Casi siempre los esposos residían en el mismo hogar de sus padres.

NOTA: Nuestro agradecimiento a las respetables personas de los barrios Zaruma Urcu y Palosolo, que tuvieron la gentileza de proporcionarnos estos interesantes datos que han venido a formar parte de nuestra vida costumbrista y cultural.

SINGULAR SERENATA

Arturo Pereira E.

Son tradicionales las “Serenatas Trebolianas”. Todos los años, con ocasión del aniversario de fundación del CD TREBOL, tiene lugar uno de los actos de mayor trascendencia en la vida institucional; el cambio de la Directiva, luego de lo cual, un grupo de socios acompaña a un Conjunto Musical debidamente preparado, a las serenatas galantes que se da a la Srta. TREBOL del año anterior, a la Srta. TREBOL electa, a la Presidenta del Comité Femenino, al Presidente Saliente y al Presidente que se acababa de elegir. En cada casa se preparan convenientemente para atender a una cuarentana de socios, que se alimentaba a lo grande: aquí les sirven aguando de gallina, allá, estofado, más allá, café con exquisitos tamales, etc., y el trago nunca faltaba en ninguno de los hogares visitados. Por lo general todo termina a las 5 o 6 de la mañana, con la barriga llena, el corazón contento y muchos tragos adentro.

El 19 de diciembre de 1968, terminaba sus dos períodos el señor Dr. Gonzalo Rodríguez Calderón, entrando en funciones el señor Edmundo Peñaherrera Espinosa como en todos los años anteriores, se comenzó con las serenatas y el último a quien se le dio fue al Dr. Gonzalo Rodríguez, Presidente saliente, muchos fueron los socios que hasta su casa llegaron y pocos los que se quedaron hasta el final; se comió y se bebió hasta el amanecer, y ya a las seis de la mañana, salieron rumbo al mercado en busca de algo para seguir comiendo ¡Eso sí!, todos son muela brava llegando al mercado, esta terrible gallada lo encuentra al Dr. Carlos Carrión Aguilar, quien se había retirado a su hogar bastante temprano, luego de haber recibido la satisfacción de ser elegido Vicepresidente de la Institución.

Por desgracia para él, venía comprando hígado de res, para disfrutar con los suyos; pero al verlo, sus comelones amigos resolvieron, por unanimidad, exigirle al nuevo Vicepresidente café con hígado. Se constituyeron en su apartamento y todos, como si estuvieran en su casa, pedían café con hígado de res y yuca. El bondadoso Dr. Carlitos, tuvo que volverse al mercado y comprar todo el hígado posible, para complacer a sus estruendosos amigos.

Pasadas las 7 de la mañana, el día 20 de diciembre, fecha de Aniversario de Fundación del TREBOL, acordaron trasladarse al local de la Institución, sacaron el Emblema Patrio, hicieron subir al conserje, Vicente Morocho a la parte alta del edificio, para proceder a izar la Bandera, mientras ellos desde la calle con mucho respeto aunque algo desentonados, cantaban las sagradas notas del himno Nacional.

En la fotografía que oportunamente se les tomó, consta: Dr. Gonzalo Rodríguez, Dr. Carlos Carrión, Dr. Carlos Pérez, Edmundo Peñaherrera Espinosa, Ángel Iñiguez A., José González C., Bolívar Apolo, Julio Ortega M. y lógicamente, el viejo y querido conserje treboliano.

LAS TRAVESURAS DE UN OSO

Jorge Reyes Samaniego

La anécdota que vamos a narrar, completamente verídica, tuvo lugar en uno de los puestos de expendió de carne de res un día domingo única semana que se realizaba el mercado en la Plaza Central, hoy Parque de la Independencia; en aquella época no se contaba aun con una Plaza de Mercado en Zaruma.

Unos ochos o diez ciudadanos manejaban el negocio del expendio de este vital artículo para el sustento humano entre los que recuerdo a los señores: Ignacio Hidalgo, Luis Sotomayor Néstor y Roberto Guzmán, Alfonso Romero y otros, los mismos que desde muy tempranas horas de la mañana bajo una carpa improvisada instalada procedían a la atención del público, especialmente a los habitantes del medio rural que acudían en gran número a la feria dominical.

Es necesario asimismo anotar que por aquellos tiempos (año 1923) todavía llegaban a nuestra Villa espectáculos ambulantes entre ellos de los más populares domadores de osos que con sus ejemplares amaestrados al son de una pandereta hacían ejecutar ciertos movimientos que el domador anunciaba como baile pero no dejaba de producir la admiración de chicos y grandes y terminaba la presentación el domador luego de colocarle el bozal al oso practicaba un recorrido alrededor de los espectadores para recibir en la pandereta las monedas que en pago de su labor.

Eran las dos de la tarde más o menos de un día domingo y la plaza ya se encontraban sin mayor afluencia de parroquianos después de haber concluido sus transacciones mercantiles pero en algunos de aquellos puestos de expendio todavía sobraban piezas de carne que se exhibían pendientes de los habituales ganchos, de estos puestos era el de don Luis Sotomayor A, la hora indicada se hizo presente en la Plaza uno de dichos domadores conduciendo de la cadena a un robusto oso de color negro bastante desarrollado, tomando ubicación frente a la antigua Casa, hoy el Palacio Municipal, para iniciar su presentación de antemano anunciada.

Al efecto, una vez que quedó el oso libre del bozal para su mejor accionar percibido el olor de la carne que estaba cerca fue mayor el deseo de saborear el de agrandar al público que en buen número se encontraba presente y haciendo caso omiso de las órdenes del amo en veloz carrera se precipito al puesto más cercano que estuvo a su alcance que era precisamente el de don Luis Sotomayor.

Ya puede figurarse amigo lector la sorpresa y el horrendo susto que ocasiono al dueño de la carne y más personas que se encontraban cerca de él, los que poniendo pies en polvorosa se pusieron a buen recaudo dejando al intruso en posesión de la mesa, iniciando de inmediato un opíparo banquete hasta que el domador pudo finalmente poner fin a esta tragicomedia logrando dominar al goloso plantígrado.

Relato

Revista IMPACTO- Febrero- Marzo 1975-Machala

DINERO A SUS ORDENES, ESPERO PROMESA.

Por Juan Carlos Aguilar Romero

Lo que refiero en el presente relato ocurrió cuando yo tenía doce años y a la fecha cuento sesenta de edad. Por entonces el mejor medio de comunicación entre la ciudad de Loja y Zaruma, y entre esta última y el Puente de Santa Rosa en la provincia de El Oro, eran escabrosos caminos de herradura y el vehículo apropiado, la acémila, híbrido resistente y veloz producto del cruzamiento entre yegua y asno o entre caballo y burra. Mi padre era poseedor de una piara compuesta por ochenta de estos serviciales y mansos cuadrúpedos. Los más briosos y suaves eran de pura raza, los trotones estaban dedicados al transporte de carga. Regularmente se cubría el trayecto entre Zaruma y Loja en tres días bien andados; más un viaje reposado requería de no menos de cuatro o cinco jornadas. Aquello de que el Empresario de Correos empleara solamente dos días en cubrir dicha distancia transportando valijas y encomiendas siempre fue considerado como cosa excepcional. Por aquellos lejanos días era mi propio padre el Empresario. Ni en Loja ni en El Oro se contaba con los servicios bancarios de que hoy se dispone y eran las oficinas de correos las que obligatoriamente tenían que entregar y recibir los dineros que desde Quito remitía el Gobierno Central para pagar a los empleados públicos o bien para atender a la realización de tal o cual obra. Toda persona particular que deseaba enviar dinero de un lugar a otro, especialmente en el Sur del Ecuador, tenía que utilizar los servicios de las oficinas de correos si no disponía de algún amigo de confianza que le llevara el dinero de favor. Por manera que el transporte de valijas y encomiendas incluía también el de dinero en efectivo. Recuerdo que por aquellos días fue creado el Banco Central del Ecuador y la moneda que tenían en circulación otros Bancos como el Comercial y Agrícola, del Ecuador, del Azuay, etc., fue retirado y sustituido por flamantes emisiones hechas por el Banco del Estado. Las monedas fraccionarias entre las que se contaban los ayoras y las lauritas venían en cajones pequeños que pasaban un quintal y los billetes de toda denominación, en cajas de madera un tanto más grandes. En cierta ocasión una piara procedente de Santa Rosa conduciendo noventa de estos cajones llegó a Zaruma y continuó rumbo a Loja. La única protección que se le dio a mi padre para cubrir cualquier riesgo en el camino fue de siete soldados armados con fusiles máuser; pero los militares comandados por un oficial, aunque parezca a muchas personas extraño, no estaban en condiciones de resistir el ritmo de la caminata y generalmente se quedaban muy retrasados, al punto que este “moderno tesoro de Atahualpa” llegó a Loja sin guarnición militar atónitos a los lojanos que conocían el contenido de los cajones hechos de tablas recientemente cepilladas. A propósito, vale la pena recordar que eran los tiempos en que la famosa banda de criminales y ladrones que comandaba el tristemente célebre Nahúm Briones, azolaba los campos de Loja; pero en honor a la verdad ésta jamás asaltó al correo.

A mi padre más confianza le inspiraban sus ocho peones fajados con sendas pistolas al cinto, seres con un sexto sentido al menor movimiento de las hojas de los árboles que orillaban el camino,

con ojos de águila para detectar a los sospechosos a cientos de metros de distancia. Aquello que no lo veían o sentían lo intuían. Las noticias les llegaban en el viento en curiosa gama de olores y sabores, sabuesos humanos leales al patrón como el perro a su amo, de honradez acrisolada. ¡Qué coraje de cholos! Vadeaban los ríos asidos de las colas de los mulos más robustos y trepaban las lomas con la agilidad de un gamo. ¡Como el recuerdo! Juancho era audaz y borricón, José María levantaba un quintal en una mano con la facilidad que cualquier humano levanta un talego de 4 libras de peso. Jujujú era bromista y mujeriego, como Baudilio, fanfarrón y mata bailes, pero todos llevaban los pantalones bien puestos.

En cierta ocasión que mi padre no pudo viajar como de costumbre, depositó su confianza para la conducción de peones, mulos y correo a su compadre Rubén Feijoo, de Calera Chico. Era don Rubén un campesino musculoso y bien honrado que al reír descubría una caprichosa fila de dientes mal cuidados, semianalfabeto como la mayoría de los campesinos de su tiempo. Apenas si podía dibujar unos garabatos sobre el papel a los que daba con atildada ceremonia el pasaporte de firma y rúbrica. A duras penas sabía contar mil y esto solamente por decenas y centenas. Un tanto chocho, hasta la vista le escaseaba. De esto se percataron bien pronto los dos empleados principales de la Oficina de Correos de Loja, cuando don Rubén hizo la entrega de la carta cuenta que había recibido en Zaruma de las manos de las hermanas Romero, dos crisoles de honradez y eficiencia ya desaparecidas del escenario de la vida.

Con ojos llenos de avaricia el Interventor de la Oficina de Loja se acercó cauteloso al escritorio ocupado por el Administrador y se apegó tanto a éste como si tratara de besarlo y le susurró al oído:

- ¿Ha notado una cosa doctor?
- ¿Qué?, inquirió el Administrador
- Pues que en este viaje no ha venido don Juan Francisco y en su lugar ha enviado a ese zarucho montubio, que al parecer no sabe leer ni escribir y creo que la ocasión que tantas veces hemos esperado ha llegado, así que si a Ud. le parece hoy mismo damos el golpe.
- Interventor, esos montubios, zarumeños son más duchos que un zorro y bajo esa fisonomía de aparente simplicidad, se oculta un hombre inteligente y sagaz, por manera que tome todas las precauciones del caso, acotó el Administrador.
- No hace falta mi doctorcito, balbuceó el Interventor y corrió a sentarse en su escritorio hecho una fiesta.

Era de ver al Interventor Valdivieso hacer cuentas largas, sumar, multiplicar, dividir, etc. Esto para comprar muebles de mimbre importados, estotro para adquirir la finca de la viuda Rosa Amelia, que la están vendiendo barata, y.... bueno....., ya veremos qué hacer con el resto.

Nunca es la taciturna vida de la Oficina de Correos de Loja los empleados inferiores habían visto al interventor Valdivieso, “Robo Tieso”, como lo motejaba la gente, tan feliz. Y esto no pasó desapercibido por el portero un viejo servidor del Estado que había consumido su vida trabajando con un sueldo de hambre y a quien le sentaba a las mil maravillas el “arroz paisano” que mi padre

le regalaba en cada viaje que hacía a Loja, en pago de la posada que éste corriente y cordialmente le ofrecía en el edificio de la Gobernación, donde aquel vivía con su familia en un cuarto con apariencias de bodega.

Don Rubén Feijoo regresó a Zaruma de aquel viaje muy ufano de haberlo realizado sin contratiempos y feliz de haber respondido a la confianza depositada en él y en compañía de mi padre se dirigió a la Oficina de Correos de este lugar para hacer la entrega de la valija y del dinero que había traído de Loja.

Cuando la señora Romero, principal de la oficina, le indicó que faltaban treinta mil sures de la cantidad que don Rubén había recibido de manos del Interventor en Loja, poco faltó que don Rubén se desmayara. Los ojos amenazaban salirse de su orbitas y un blanco pálido había sustituido al color rosado de su rostro. No era nada menos y entre dientes, como rezando alcanzó a balbucear: ¿Madre Santísima del Cisne, en que líos me he metido?, ¡Sálvame Reina y Señora nuestra! Mi padre, aunque consciente de la responsabilidad que pesaba sobre él, pues todos sus haberes no le alcanzaban para cubrir el faltante – por entonces con dos sures se compraba un dólar y el sucre valía cien centavos y no cuarenta y cinco como ahora -, tomó las cosas con más calma. Por primera vez revisó la carta cuenta que su compadre Rubén había firmado en Loja y notó que la entrega por parte del Interventor estaba hecha en perfectas condiciones. Feijoo estaba certificando con su firma y rúbrica haber recibido de manos de dicho funcionario la suma de TREINTIDOS MIL SETECIENTOS CUARENTA Y OCHO SUCRES CON CUARENTA Y CINCO CENTAVOS, pero solo tenía en su poder \$ 2.748,45, y aseguraba casi llorando haber recibido solo eso y que en momento alguno abrió siquiera el paquete que contenía el dinero, el cual, por otra parte, no había aumentado ni disminuido de tamaño, ni nadie lo había tocado en la alforja viajera en que desde Loja lo había conducido hasta Zaruma. Una nueva observación de la carta cuenta permitió a mi padre sacar nuevas conclusiones. La escritura de las palabras TREINTA MIL y de la cifra 3 antes de 2.748,45 no cuadraban exactamente, lo que lo hizo entrar en sospechas de que algo anormal había ocurrido en la Administración de Correos de Loja y de inmediato dio a conocer telegráficamente lo que acontecía al señor Director General de Correos del Ecuador, don Luis Fernando Ruíz, prominente laticungueño que tenía fama de funcionario probo y conocedor acertado de las gentes que trataba, enterándolo al propio que tiempo de la sospecha que tenía. Por otra parte las autoridades locales dieron a mi padre 3 días de plazo para que depositara el dinero antes de proceder a detenerlo. ¿Qué hacer en tales circunstancias? La noche de aquel día la familia se mantuvo en vela hasta la una de la madrugada siguiente, en que mi padre acompañado por su compadre Rubén partió rumbo a Loja. A las cuatro de la tarde de aquel mismo jueves 25 de mayo el portero de la Administración de Correos de Loja colocaba sendos atados de alfalfa frente a las cabalgaduras que en jornada sin precedente habían conducido a mi padre y a don Rubén hasta la hermosa tierra de Pío Jaramillo Alvarado y casi a la misma hora los dos fatigados viajeros se presentaban en la Oficina de Correos ante los ojos atónitos del Administrador y del Interventor. Pero antes ya el eficiente portero los había puesto al tanto de la actitud fuera de costumbre asumida por este último en el lapso que ocurrían estos acontecimientos; sin embargo toda reclamación resultó inútil y hasta cierto punto peligrosa,

puesto que el Interventor Valdivieso amenazó furibundo con entablar querrela contra mi padre por haber puesto en duda su honorabilidad. La reclamación planteada en la Gobernación de la Provincia en lugar de componer agravó la situación, pues siendo el Interventor sobrino carnal del Gobernador este trató de reducir a prisión a los dos zarumeños, especialmente a don Rubén, que temblaba de miedo como azogue, sin escuchar sus razonamientos.

A eso de las 8 p.m. de aquel fatídico jueves, amparados por las sombras de la noche dos hombres tomaron estratégica ubicación debajo del puente de Las Pitás. Unos veinte minutos más tarde se trasladaba solo y a pie el Interventor Valdivieso desde la ciudad a su residencia ubicada unos treinta pasos más adelante del citado puente. Iba cargado de copas, pero no lo suficientemente como para no darse cuenta de cuanto ocurría a su alrededor. Al pasar el puente fue interceptado por los dos hombres de quienes he hablado anteriormente.

Del susto el alcohol se le bajó del cerebro a los pies y temblando imploró que no lo mataran. – Morirás cerdo ladrón, amenazó mi padre en tono que no dejaba dudas a la determinación, si no devuelves los \$30.000,00 que nos has robado. Fue tal el impacto producido en el ánimo de aquel cobarde ladrón, que de inmediato confesó su crimen sin olvidar el más mínimo detalle, prometiendo reintegrar el dinero al día siguiente. Dos paisanos colocados a prudente distancia de los sucesos que se relata escucharon claramente la confesión del Interventor. Ya había dos testigos.

Al día siguiente mi padre se presentó a las 8 de la mañana en la Oficina de Correos de la ciudad donde fue recibido por el Administrador y el Interventor con muestras de cordialidad, cumplimientos exagerados y movimientos nerviosos. Antes de que mi padre pudiera pronunciar una sola palabra, el Administrador se adelantó en decir:

- Pues,... Mire don Juan Francisco, el señor Interventor ha sufrido una lamentable equivocación ajena a su voluntad y está muy contrariado por ello, estamos dispuestos a restituir el dinero con la condición de que Ud. guarde la más estricta reserva al respecto, pero los \$..... 30.000.00 no se los podemos entregar de inmediato. Hay que completar un balance, hacer reajustes de cuentas y esto demorará unos tres días. Mi padre aceptó el trato, pues prácticamente tenía perdido el dinero, y lo peor del caso era que debía reponerlo de inmediato, y salió de la Oficina. Pero pocos minutos después el Administrador, que para entonces ya había confiado el caso a un abogado, se arrepintió de lo hecho y solicitó inmediatamente al Gobernador de la Provincia la detención inmediata del Empresario de Correos y su acompañante, más éstos percatados del peligro habían puesto mucha distancia entre ellos y sus perseguidores sobre los lomos briosos de sus mulas que pugnaban por regresar a la tierra de origen.

A las dos de la mañana llegaron a Zaruma. A las 10 a.m. de aquel mismo día recibió mi padre un telegrama urgente procedente de Loja que textualmente decía: “Empresario Correos.- Zaruma.- Dinero a sus órdenes.- Venga recibirlo.-Espero promesa”. El lunes de la semana siguiente, portando el telegrama en sus manos mi padre estuvo nuevamente en Loja. El dinero le fue devuelto en las condiciones pactadas y él regresó otra vez a su pueblo natal y luego, ni corto ni perezoso, transcribió textualmente el famoso telegrama al Director General de Correos, quien

de inmediato dispuso la cancelación de los dos funcionarios inescrupulosos, solicitando su enjuiciamiento penal. A mi padre le interesaba sobre todo que aquellas dos ratas abandonaran el nido donde posteriormente podrían intentar hacerle nuevamente daño, por ello se sintió satisfecho con la separación de los mismos y no demostró empeño en que la causa progresara en el Juzgado de Letras, como se los denominaba antes a los Juzgados del Crimen, donde posiblemente fue piadosamente olvidado y archivado el sumario.

NOTA DE LA REDACCIÓN: Si bien es cierto los hechos que aquí se relatan corresponden estrictamente a la verdad de lo sucedido varios nombres y fechas han sido deliberadamente alterados por el autor, para evitar aclaraciones que bien podrían conducir a situaciones desagradables.

HASTA AQUÍ LLEGAMOS....

Para calificar a esta nueva edición de “Cabeza de Maíz”, personalmente voy al campo de la inmodestia ubicándola como interesante y para ello acojo el criterio de quienes leyeron las ediciones anteriores. Esta nueva entrega está incrementada en buen número, enriquecida con nuevos escritos que concitarán la atención. El libro que presentamos será como una alameda por la que, quienes recorran sus líneas, caminarán entre duendes, fantasmas, brujas, ninfas, monstruos diversos, pero también se encontrarán, con la riqueza iluminada de otras leyendas, anécdotas, seres divinos, milagros, heroísmo, personajes, costumbres, y el paisaje inigualable de la Villa de San Antonio, como que fuera un inmenso óleo pintado por las divinas manos de Dios.

Todo es un acopio del Zaruma de ayer, tierra instalada en las alturas más cerca del sol.

Mi deseo es que esta nueva edición, bastante y entusiastamente mejorada, sea un libro que no falte en los hogares zarumeños, es para leerlo en familia, tampoco pueden prescindir de él las Escuelas y Colegios, y en las bibliotecas públicas, institucionales o caseras, deberá asignársele ubicación preferente en sus estanterías. En fin, que este gran desfile de fantasías y realidades nutra las mentes y apuntalen la extraordinaria identidad de Zaruma, su historia magnánima, sus vivencias, su gente.

Estoy refiriéndome a “Cabeza de Maíz”, de mi modesta autoría, pero la excitativa es igual para que se lea y se conserven los libros, especialmente los que abordan temas de nuestro terruño, escritos hábilmente por coterráneos o no coterráneos, deben mantenerse en celoso resguardo, de seguro, los estudiantes, historiadores, investigadores, genealogistas, a futuro los buscarán, para contar con ingredientes para sazonar aún más la grandeza de la siempre querida tierra de oro y sol.

¿Seguiremos en la tarea de encontrar otros temas? Seguro que sí, mientras las células envejecidas me permitan caminar por las calles regadas en la montaña como serpentinadas, por sus campos, sus mieses, sus flores, y me permitan, así mismo, arribar, al alma, al corazón de su gente, donde radica la esencia misma de nuestras raíces y el árbol con mucha fronda de nuestra laureada grandeza.

El autor.